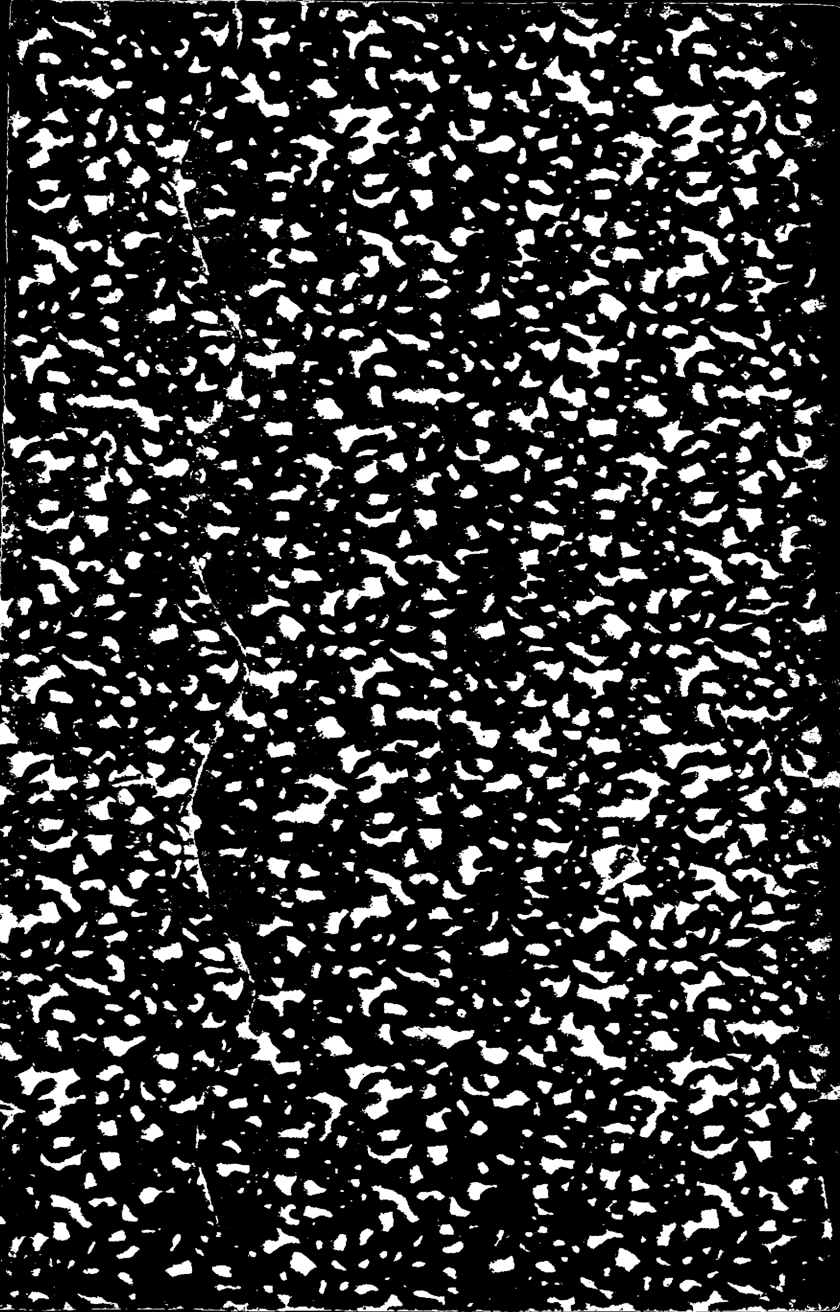
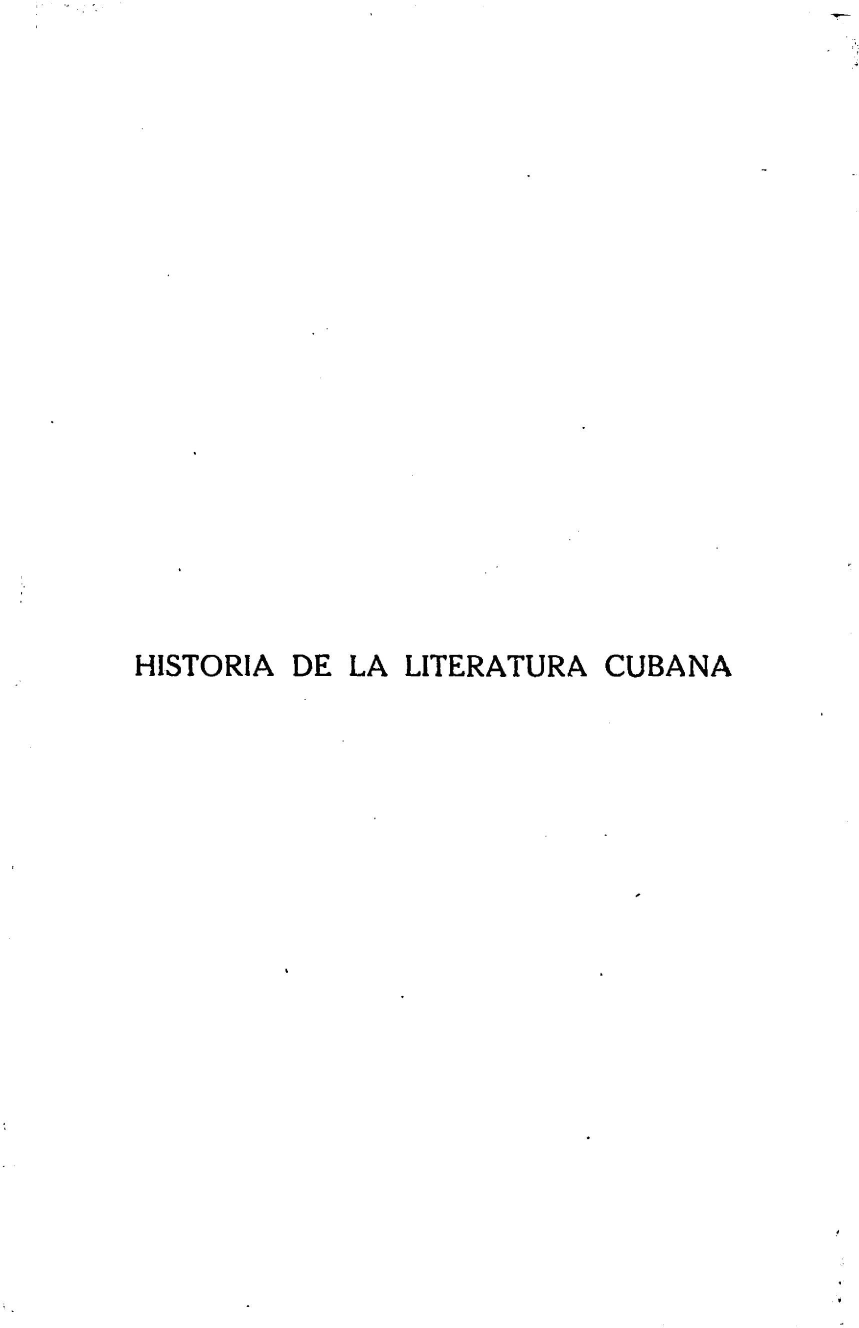




UNIVERSITY of MICHIGAN
GENERAL LIBRARY
OCTAVIA WILLIAMS BATES
BEQUEST



Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid.



HISTORIA DE LA LITERATURA CUBANA

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. GUTIÉRREZ NÁJERA: *Sus mejores poesías.*
II.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *Sangre patricia* y *Cuentos de color.*
III.—JOSÉ MARTÍ: *Los Estados Unidos.*
IV.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Cinco ensayos.*
V.—F. GARCÍA GODOY: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—NICOLÁS HEREDIA: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. GONZÁLEZ PRADA: *Páginas libres.*
VIII.—TULIO M. CESTERO: *Hombres y piedras.*
IX.—ANDRÉS BELLO: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—DOMINGO F. SARMIENTO: *Facundo.* (Civilización y barbarie.)
XI.—R. BLANCO-FOMBONA: *El hombre de Oro.* (Novela.)
XII.—RUBÉN DARÍO: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—CARLOS ARTURO TORRES: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—PEDRO-EMILIO COLL: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—JULIÁN DEL CASAL: *Sus mejores poemas.*
XVI.—ARMANDO DONOSO: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—ALBERTO GHIRALDO: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—GONZALO ZALDUMBIDE: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *Vidas oscuras* (Novela.)—4 pesetas.
XX.—JESÚS CASTELLANOS: *La conjura* (Novela.)
XXI.—JAVIER DE VIANA: *Guri y otras novelas.*
XXII.—JEAN PAUL (JUAN PABLO ECHAGÜE): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. BLANCO-FOMBONA: *El hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—LUIS MARÍA JORDÁN: *Los atormentados.* (Novela.)
XXV.—C. ARTURO TORRES: *Estudios de crítica moderna.*—4 ptas.
XXVI.—SALVADOR DÍAZ MIRÓN: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
XXVII.—CARLOS PEREYRA: *Bolívar y Washington.*—1,50 pesetas.
XXVIII.—RAFAEL M. MERCHÁN: *Estudios críticos.*
XXIX-XXX.—BERNARDO G. BARROS: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA: *Cuentos color de humo y Cuentos frágiles.*
XXXIV.—MIGUEL EDUARDO PARDO: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *De mis romerías* y *Sensaciones de viaje.*
XXXVI.—ENRIQUE JOSÉ VARONA: *Violetas y Ortigas. (Notas críticas* sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolstoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)
XXXVII.—F. GARCÍA GODOY: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco-Fombona.)
XXXVIII.—ALVARO ARMANDO VASSEUR: *El Vino de la Sombra.*—2,75 ps.
XXXIX.—JUAN MONTALVO: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades)* y *Un vejestorio ridículo ó Los Académicos de Tirteafuera.*
XL-XLI.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *El mirador de Próspero.*
XLII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Cancionero del amor infeliz.*—2,50 pesetas.
XLIII.—RAFAEL MARÍA BARALT: *Letras españolas.* (Primera mitad del siglo XIX.)
XLIV.—EDUARDO PRADO: *La ilusión yanqui.* (Traducción, prólogo y notas de Carlos Pereyra.)
XLV.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *El doctor Bebé.* (Novela.)
XLVI.—MIGUEL ANTONIO CARO: *Páginas de crítica.*
XLVII.—MARIANO ANTONIO BARRENECHEA: *Ensayo sobre Federico Nietzsche.*
XLVIII.—CARLOS PEREYRA: *El pensamiento político de Alberdi.*
XLIX.—CECILIO ACOSTA: *Cartas venezolanas.* (Apreciación de Cecilio Acosta, por José Martí.)
L.—AURELIO MITJANS: *Historia de la literatura cubana.*

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

AURELIO MITJANS

HISTORIA DE LA LITERATURA CUBANA

DEL MONTE.—HEREDIA.—MILANÉS.—SACO.—
GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.—
ZENEA, ETC., ETC.

PRÓLOGO DE RAFAEL MONTORO

LA VIDA Y LA OBRA DE MITJANS, POR MANUEL DE LA CRUZ

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

—

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

Este libro es un homenaje á la memoria de uno de los más notables escritores cubanos de la anterior generación, muerto cuando su privilegiado cerebro comenzaba á dar los más sazonados frutos. Vivió poco y laboró mucho. Su obra más importante es ésta, en que condensó una gran parte de la vasta labor que en las letras y las ciencias ha reâlizado la patria de Martí, fecunda en poetas, pensadores y héroes...

Bernardo G. Barros, escritor también cubano, con cuya cooperación eficaz contamos, ha escrito acerca de esta edición—en una de sus recientes cartas á nuestro director—atinadas observaciones que creemos oportuno reproducir por los interesantes detalles que encierran.

El Sr. Barros dice así:

«Se trata de un libro importantísimo, de una valiosa contribución á la historia literaria y científica de América. La edición debe ir acompañada del prólogo de Rafael Montoro, así como del estudio que Manuel de la Cruz—notable escritor ya desaparecido—publicó, cuando murió Mitjans, en La Habana Elegante*, interesantísima revista ilustrada que fundó y dirigió el poeta Enrique Hernández Miyares (también desaparecido) y de la cual, como de* El Fígaro*, fué colaborador asiduo Julián del Casal.*

»*Dicho estudio fué reproducido, como homenaje á Mitjans, en las páginas de la* Revista Cubana, *que fundada y dirigida por nuestro gran Enrique José Varona, continuó la obra admirable de divulgación literaria y científica iniciada por la famosa* Revista Bimestre *y proseguida por José Antonio Cortina—gloria de nuestra tribuna y nuestro foro con su* Revista de Cuba...

»*La primera edición de esta obra—que la muerte dejó inacabada—fué hecha en la Habana en 1890, por suscripción popular.*

»*A un escritor eminente, que es otro grande de la tribuna y de la intelectualidad cubana—Rafael Montoro—se le encomendó la tarea de escribir el prólogo con el cual apareció entonces dicha obra y que usted podrá juzgar lo imprescindible que es para la edición que proyectamos.*»

«*En cuanto al estudio de Manuel de la Cruz, aunque parezca innecesario añadirlo al final de la edición, creo que no debe prescindirse de él tampoco. Aurelio Mitjans murió muy joven. Fuera de Cuba no se le conoce. En su misma patria se le ha leído poco. No vivió lo suficiente para ser, como el mismo Varona ó como nuestro admirado Manuel Sanguily, el crítico de su época. Es necesario, por tanto, analizar su obra y presentar su corta pero fecunda existencia en todo lo que tuvo de noble, de abnegada, de consciente dedicación á la revisión de los valores literarios de su patria.*»

Editorial-América.

Madrid, 1918.

PROLOGO

El nombre de Aurelio Mitjans era ya muy conocido y estimado en nuestros mejores círculos literarios cuando, á impulsos de una incurable enfermedad, corría con acelerado paso hacia el sepulcro que había de encerrar para siempre las nobles esperanzas fundadas en su admirable talento, por su familia, por las letras y por la patria. No creía seguramente que fuese tanta la estimación alcanzada por sus trabajos el joven recogido y modesto, cuya temprana muerte representa, para nuestra amenazada cultura, una desgracia no menor que la pérdida, en ya lejanos días, de José Zacarías González del Valle, para sus amigos. Acaso murió Mitjans con la inmensa tristeza de no haber sido siquiera adivinado, en la pureza de su intención y en la serena laboriosidad de su vida, por los hombres de su tiempo. Mas si esta duda pudo caberle, no fué sino una preocupación hija de su excesiva modestia. Porque sea cual fuere la irremediable ligereza y el apasionamiento fatal de los juicios en nuestro desconcertado país, existen aún los elementos esenciales de una opinión pública ilustrada, que tal vez se constituya definitivamente algún día. Y ésos, desde

muy temprano, supieron distinguir los méritos excepcionales del joven literato, no apartando de sus empeños la vista—aunque él no lo advirtiese—sino cuando cayó, temprana y tristemente, en los brazos de la muerte. Harto conocido ya del público discreto por sus concienzudos escritos, no se había internado bastante en la oscura selva *de las luchas políticas ó de las contiendas literarias, siempre tan apasionadas y violentas en nuestra raza vehemente y celosa, para que el resentimiento, la animosidad del combate ó la emulación se irguiesen despechados y coléricos contra el aplauso general de las personas cultas. Las esperanzas cifradas en él eran, para los que, aun sin conocerle, le amábamos, algo así como libramientos de gloria y de acción provechosa y fecunda, girados sobre su edad madura, y en favor de la patria entristecida ó vacilante, por la unánime decisión de críticos, y de lectores á secas; si es que hay ya lector á secas, y quien no se erija en juez inapelable y severo, en nuestra igualatoria sociedad.*

I.

Perteneció Mitjans á una generación nacida y desarrollada bajo anormales y peligrosas influencias. Mecióse la cuna de los hombres de su edad al tempestuoso rumor de la guerra y de las violencias promovidas, en las ciudades, bajo el amparo de la profunda agitación causada por los azares de la contienda y por el estallido de añejos y mortales aborrecimientos. Aun no se ha descrito, y es posible que no se describa jamás, el estado moral, caótico y

desesperante, en que la crisis arrojó á la sociedad cubana, fuera del teatro de la lucha. Los que tuvimos la suerte de no contemplar ese cuadro, nos condolemos todavía al escuchar las relaciones de los que sufrieron el peso de tanta corrupción é iniquidad. La célebre frase de Macaulay, según la cual el mayor inconveniente de las revoluciones es el trastorno social que dejan en pos, nunca se vió quizás confirmada tan desastrosamente por los hechos como en nuestro país. Subvertidos los moldes tradicionales de la sociedad cubana, hicieron irrupción brusca é invencible sobre todos los respetos todos los apetitos y todos los rencores. Interrumpida la lenta y dificultosa evolución que hubiese podido sustituir al cabo esos antiguos moldes con los de una existencia social y política más holgada, el día en que los comisionados de la Junta de Información de 1866-67 dieron harto prematuramente por fracasada su obra, nada había quedado bastante firme para detener como fuerte dique el torrente invasor de la demagogia, apoderada del patriotismo como de un arma irresistible. Toda reacción, como toda revolución, tiene fatalmente excesos y delirios. Por eso es tan peligroso suscitarlas; y pudo decir con tanta razón el melancólico Pastor Díaz, hablando de sucesos parecidos: «Nuestras memorias individuales podrán acaso parecer imaginarios cuentos á los ojos de una generación á quien el cielo permita vivir más tranquila sobre el suelo regado por la sangre y el llanto de sus padres, y á la cual ahorre la divina clemencia el espectáculo espantable y desconsolador de las revoluciones» (1). Necesarias, inevitables á veces, son

---

(1) Vida del Duque de Rivas hasta el año de 1842. *Precede á la edición completa de las obras del poeta.*

siempre un gran azote; y uno de sus mayores peligros es acaso la reacción á que, vencidas ó contrarrestadas, dan forzosamente origen.

En pueblo joven é inerme como el nuestro, los efectos habían de ser tan señalados, en este orden, que aún hoy nos abruman y entristecen á pesar de los beneficios alcanzados, por modo indirecto, de la conmoción, y no obstante los progresos importantísimos logrados después. Nuestra aristocracia, iniciadora y amiga, por lo común, de todos los progresos en otra época, quedó inutilizada, dispersa, ó sumida en la frivolidad é insignificancia más desconsoladoras. Nuestras clases medias, y sobre todo las más cultas, las que habían disputado con gloria á la nobleza y á la fortuna prestigio y poder, recibieron violentas acometidas; y diezmadas por el destierro, anuladas por las persecuciones y la exclusión de todo positivo influjo, dejaron de constituir un factor decisivo en nuestros inciertos destinos. Mientras en lo económico se producía, como efecto inevitable de la general sacudida, una transferencia más ó menos ilegítima de la riqueza, que dejó de estar representada por los elementos de arraigo, poseedores del suelo, transformáronse los hábitos, costumbres é ideales, en el sentido de la trivialidad, del egoísmo pedestre y avillanado, de la prosaica y ruda manera de ser y de vivir que aun florecen más de lo que quisiéramos, por desgracia. Los que entonces eran niños, crecieron en una atmósfera envenenada, que no permitió el lozano desarrollo de las más nobles aptitudes humanas sino en individualidades muy poderosas y fecundas.

El período que se inaugura con la paz del Zanjón tenía

que ser esencialmente contradictorio, por no decir caótico. La influencia beneficiosa de la libertad civil y política, que en largos años de lucha constitucional hemos conquistado, desde las formas incompletas, aunque fecundas, que debieron su existencia al pacto del Zanjón, se ha visto contrariada por la ambición y el desorden que acompañan á los grandes cambios políticos, cuando no se realizan, sabiamente preparados, en continuada y orgánica evolución. Nuestra sociedad no ha encontrado todavía el asiento á que aspira. Agítanse en su seno, con perniciosa irregularidad, las fuerzas contrapuestas de la tradición y de la libertad; y en esta pugna incesante, todos los éxitos son relativos, todos los bienes precarios, todas las ambiciones posibles todas las quimeras simpáticas! La misma libertad, obra aquí de tardía improvisación, sin profundas raíces en las costumbres públicas, ofrece todavía, con triste frecuencia, ora el espectáculo lamentable de su falseamiento, ora el cuadro desalentador de su perversión por la licencia. Ese sagrado vínculo del respeto mutuo, necesario en toda sociedad para mantener á los hombres unidos, no se ha reconstituído aún bajo la forma libre y racional que demanda el espíritu de los nuevos tiempos; y la befa más vejaminosa usurpa con sobrada frecuencia sus funciones augustas á la crítica, ó sus derechos respetables á la sana controversia. El alma de la juventud, solicitada de continuo por todas las exageraciones, por todos los desconsuelos, por todas las impaciencias, se aflige ante la inanidad de las fórmulas absolutas; y aunque reconozca la excelencia de los términos medios y progresivos que únicamente pueden servir de norma á la educación política del país y á la difícil prepara-

ción de su futuro engrandecimiento, se desconcierta, á veces, ante la fría circunspección de procedimientos basados en la prosaica realidad, y suele rebelarse contra el esoterismo *inevitable de las empresas políticas destinadas á una larga y penosa gestación. Y como nuestro régimen administrativo apenas puede decirse que abre carreras á los jóvenes, fuera de los trillados senderos de la jurisprudencia y de la medicina, necesitan, á la verdad, virtudes admirables, para librarse de la pérfida fascinación, del atractivo funesto de la indiferencia ó de los vicios.*

II

El grupo de notables escritores en que descolló muy pronto Mitjans, con sus especialísimas cualidades, merece respetuoso afecto por el mero hecho de haberse conservado fiel á la literatura, cuando todos abandonaban su cultivo, tan luego como pasaron los primeros años de fiebre y de exaltación que siguieron al advenimiento de las libertades públicas. ¿Qué horizontes ofrece aquí la literatura seria? ¿Qué prestigios proporciona? ¿Qué lauros conquista? ¿A qué posiciones conduce? El olvido y la indiferencia son sus misérrimos atributos. Para mayor desconsuelo, la profesión de escribir ha llegado á ser el juguete de todas las audacias. Mientras tanto, las mismas veladas en que el poeta ó el literato de veras cosechaban el único premio que les podía brindar una sociedad utilitaria y dividida, en los aplausos y celebraciones de algunos aficionados, han perdido su auge, acaso por haberse abusado de ellas; y el público pre-

fiere una corrida de toros ó una zarzuela abrillantada por los impuros realces de la música orgiástica, ó del género bufo, *á las obras dramáticas más celebradas y á las más sublimes creaciones de Beethoven ó de Wagner. Para disculpa, alégase una intransigencia extraña con todo lo que no es superior y exquisito; como si en los espectáculos predilectos no imperase de continuo la mediocridad! Este período pasará, sin duda, merced al vigoroso arranque con que luchan por la buena causa los verdaderos amantes de la cultura patria, en sociedades y en periódicos de índole diversa, cuya tirada suele estar en relación inversa de su mérito y trascendencia; pero los estragos y tentaciones que causa son, en el entretanto, demasiado funestos para que no honremos como es debido á los que, sin otro apoyo que el de su firme voluntad, han sabido vencerlos.*

Mitjans demostró en este recio combate virtudes dignas de la mayor alabanza. La naturaleza y la fortuna fueron para con él crueles é injustas en demasía. En su niñez brindaba una vigorosa juventud, y apenas traspasó el umbral de la adolescencia, asaltóle la inexorable enfermedad que cavó en breves años su sepulcro. Hijo único de un millonario, estaba destinado á gozar de una verdadera opulencia, y ha muerto muy pobre, á los veintiséis años, sin responsabilidad alguna en la pérdida de tan cuantioso caudal. El brillante escritor que oculta su nombre bajo el seudónimo de Juan Sincero, *en una notable necrología escrita al darle casi el último adiós, ha sintetizado ese cúmulo de fatalidades en las siguientes palabras: «El joven y laborioso escritor que acaba de morir, gloria de la nueva generación, es un ejemplo de lo que puede la energía moral, que vence y*

domina las iniquidades ciegas y fatales de la naturaleza; de cuánto puede realizar en el arte y en la vida social un espíritu serio y reflexivo, dotado de la virtud de la perseverancia, en el lapso más breve, sin pasar de las fronteras de la juventud; de cómo, en fin, el vencido inexorablemente en la lucha por la existencia *puede rebelarse contra su suerte y ceñirse el lauro de la victoria, cuando parecía condenado á llorar su derrota irreparable.»*

Nacido en esta ciudad, educado en el Real Colegio de Belén, bajo la disciplina y preferente atención que aplican todavía los padres de la Compañía de Jesús al estudio de las humanidades, Mitjans pudo enderezar así por acertado rumbo, desde temprano, sus naturales dotes para el cultivo de las bellas letras. Encargóse luego de dirigirle un profesor benemérito, cuya lozana madurez diríase que encubre el hecho de haber cooperado en primera línea á la formación de dos generaciones: el señor D. Francisco Calcagno, á quien fuimos tantos deudores de provechosas enseñanzas en la niñez. Más tarde, y cursando ya los estudios jurídicos, residió Mitjans algún tiempo en la Península, de donde volvió para tomar con extraordinario lucimiento el grado de Licenciado en Derecho Civil y Canónico.

Cuantos le conocieron están de acuerdo en que poseía las más brillantes dotes naturales para la elocuencia y para la polémica, siendo á la vez muy sesudo y laborioso. Estas cualidades, unidas á su mucha aplicación, hubiéranle conquistado, en breve tiempo, envidiable lugar en nuestro Foro, como se lo hubieran dado en la Política, para la cual mostraba no comunes aptitudes de serenidad y de buen juicio. Pero su enfermedad le apartó de estos ejercicios vi-

gorosos, para los cuales tenía además una entusiasta vocación.

No se concibe tormento mayor en el alma de un joven animoso y emprendedor que la forzada inacción. El escritor antes citado, que lo trató íntimamente y cuyos informes tienen, por tanto, toda la autoridad que puede apetecerse, ha pintado con vivaz colorido estas luchas interiores de su malogrado amigo, en los términos que siguen: «A los veinte años hizo presa en su débil organismo la horrible carcoma de la tisis, que fué apagando su voz hasta que llegó al más completo afonismo, quebrantando sus fuerzas hasta reducirlo á un estado vecino de la inacción, limitándole el panorama de la vida y estrechándole la liza en que desenvolvía sus prolíficas facultades. Poco á poco fué habituándose á la idea de la muerte; en los últimos años tenía perfecta conciencia del próximo é inevitable desenlace. Se resignó al silencio, ahogó su verbosidad, tascó el freno sin ira, sin revelar su angustia ni su desesperación; si alguna vez se olvidaba del inexorable mandato de su sino, muy pronto un golpe de tos, los síntomas de la asfixia, le hacían volver á la obediencia. Reaccionó, sin embargo, desplegando sus energías mentales: ya que no podía ceñirse la toga de apóstol de la justicia, que en sus hombros hubiera sido manto de romano, y no sayal de rábula, convirtió su habitación en celda de benedictino, se consagró al cultivo de las letras, á estudiar y acrecentar el patrimonio de la literatura cubana, como juez y como creador, sin el calor del estímulo positivo, sin más voces de aliento que el eco de su propio entusiasmo, de su irrevocable y segura creación. No levantó la pluma sino pocos días antes de su muerte, cuando

empezaban á envolverlo las tinieblas de la nada, cuando, según me escribía con invencible melancolía, leía mecánicamente, sin provecho alguno, y las ideas huían de su cerebro, agostado, más que por el excesivo trabajo, porque lo había esterilizado la enfermedad.»

III

El Sr. Mitjans concurrió á casi todos los certámenes desde que se dedicó á la literatura con tan firme propósito. En todos obtuvo merecidos triunfos, que le crearon en poco tiempo una honrosa reputación. Los escritores humorísticos y muchos que presumen de serios, hacen escarnio—con frecuencia—de esas modestas lides en que se ejercita, con gloria y provecho, la juventud estudiosa. Mitjans tenía, á lo que se ve, demasiado buen juicio para participar de una prevención tan injusta. Al publicar reunidos esos meritorios trabajos, disculpábase de mencionar los honores académicos que le habían proporcionado, con palabras en que se nota un delicado sabor de desdeñosa ironía: «Si la gratitud no obligase al autor á hacer dicha mención, tentaciones hubiera tenido de suprimirla, para que no la atribuyesen á jactancia los que miran mal las justas literarias, calificándolas de pugilatos de la democracia del talento, á que concurren los sedientos de gloria populachera y barata; que tales debieron ser Lope y Calderón, Guerra y Orbe, Valera y Cano, Villemain y Ohnet, Vélez Herrera, la Avellaneda y Luaces, entre otros mil.»

Contiene la colección cuatro estudios sobre José Jacinto

Milanés, el teatro bufo en Cuba, la Avellaneda y sus obras, y los caracteres dominantes de la literatura contemporánea, respectivamente. Fueron premiados los dos primeros en las conversaciones literarias *del Dr. D. José María Céspedes; el tercero, en los Juegos florales de la* Colla de San Mus; *y el cuarto, con medalla de oro, por el Círculo de Abogados de esta capital.*

Difícil, por más de un concepto, era el jucio de la obra y significación de Milanés en nuestra literatura. Objeto este poeta, por largo tiempo, de un culto idolátrico, empezaba á ser víctima á la sazón de cierto desvío, ya que no de ese desenfado vulgar y chocarrero que suele hacer entre nosotros las veces de una sátira festiva ó de una ingeniosa polémica, pudiendo asegurarse—y esto es lo más triste— que la mayor parte de los idólatras *y de los* iconoclastas *no conocían á derechas las producciones mismas que tan descompasadamente discutían. Mitjans señaló, con discreto análisis, los fracasos y deficiencias del desventurado poeta de Matanzas; sus amaneramientos y prosaísmos, sus errores y descuidos, pero demostró concluyentemente también los méritos con harta injusticia desconocidos por sus ásperos censores. Sobresale esta disertación por la exactitud de los datos y por la serena elevación del criterio, haciéndose notar al mismo tiempo por una tendencia muy determinada—y de la que algo diré—á considerar en sí misma la obra literaria, con abstracción de toda circunstancia exterior y de toda teoría preconcebida. El opúsculo dedicado al* género bufo en Cuba *es muy recomendable; el asunto no merecía el certamen ni la disertación, pero el autor procuró elevarlo y revestirlo de interés y amenidad con su erudi-*

ción y buen juicio. El estudio biográfico-crítico sobre la Avellaneda es notable por la severidad del plan y por lo concienzudo del desempeño; y abarca las obras todas de la insigne poetisa camagüeyana. Pero en este importante trabajo, como en el examen de los caracteres dominantes de la literatura en los últimos cincuenta años, *lo que más sorprende es el carácter limitada y exclusivamente técnico, cuando no ético ó moral, del método y de las juicios del autor. No se preocupa con las peculiaridades individuales del poeta ó publicista en quien se ocupa; ni con las circunstancias de lugar y tiempo á que obedece; ni menos con una síntesis filosófica ó histórica que sirva de clave á las dificultades del estudio. Tampoco se adhiere á los cánones y generalizaciones de ninguna Estética particular. Las tendencias que con mucha ostentación y no escaso ruido se disputan hoy los sufragios, apasionando á la animosa juventud, tuvieron, pues, muy limitado influjo sobre Mitjans, que las estudiaba y las conocía, sin embargo, como no las conocen ni las estudian muchos, aun en la misma Francia, de donde solemos importarlas. No participaba, por último, del escepticismo, erudito y conciliador, que un eminente literato español cultiva con éxito extraordinario, ni del mal llamado* impresionismo *de ciertos críticos franceses muy celebrados que van formando escuela por el mundo.*

Según el biógrafo y amigo íntimo antes citado, explícase esta singularidad de Mitjans por «haber sido discípulo indirecto del crítico más ilustre de la España moderna, de Manuel de la Revilla». Es opinión que debe tenerse muy en cuenta por ser de persona que tan íntimamente conoció á Mitjans; y además porque, aun á primera vista, resulta bas-

tante exacta. Apuntaré, sin embargo, una diferencia que juzgo muy esencial. Revilla, de quien fuí, como algunos saben, compañero de redacción en la Revista Contemporánea, *durante el período crítico de la evolución de su pensamiento, vivió tan dado á la filosofía como á la literatura: y si bien es verdad que se acercaba cuanto era ya posible á los métodos y gustos de Lista, de Alcalá Galiano, de su mismo padre D. José de la Revilla, humanista distinguido que influyó poderosamente como director de Instrucción pública en el despertar del espíritu español, fué siempre, á su modo, filósofo militante y propagandista al mismo tiempo que entusiasta y cultísimo literato. No «empezó naturalizándose súbdito de Kant para acabar aproximándose á Bain», pues había empezado, en realidad, según puede verse por la primera edición de su* Curso de Literatura, *con domicilio, ya que no con plena y perfecta vecindad, en la escuela de Krause, según con cierta libertad de exposición y de sentido, se había propagado brillantemente por las Universidades de la madre Patria; en lo cual procedió él como casi todos los que fueron sus compañeros y más íntimos amigos. Adhirióse luego, allá por 1876, al neo-kantismo importado por el Sr. Perojo, de cuyo libro sobre* El movimiento intelectual en Alemania *hizo en la* Revista de España *un caluroso panegírico, en que indicaba el nuevo rumbo de su inteligencia; lanzándose á la vez, con su vigor y elocuencia habituales, desde la tribuna del Ateneo al ataque de las posiciones en que se mantuvieron por algún tiempo todavía los hombres á quienes acaso respetaba y quería él aun entonces, más profundamente quizás. En esas ideas perseveró hasta que hubo de nublarse la fúlgida luz de su entendi-*

miento, inclinándose, en efecto, con toda predilección, á los psicólogos ingleses, cuyas obras corrían ya, vertidas al francés, por los círculos cultos de Madrid; acaso porque no conociendo él sino muy imperfectamente la lengua de Fischer, de Lotze y de Lange, no le era posible consagrarse de lleno al estudio de las nuevas tendencias que en Alemania aspiraban y aspiran á conciliar los resultados de las escuelas kantianas y post-kantianas con los nuevos descubrimientos y conquistas de la ciencia experimental y con los ensayos filosóficos basados en ellas. Pero lo cierto es, de todas suertes, que el amor y la preocupación de la filosofía acompañaron á Revilla hasta la catástrofe de su razón, que precedió, por dicha suya, desde muy cerca, á su temprana muerte.

Mitjans, por su parte, no tuvo nunca, á lo que parece análoga vocación. No se advierte en sus tersos escritos huella alguna de un ideal filosófico determinado y exclusivo, fuera de referencias, hoy usuales en todo y para todo, á la observación y al experimento. Por manera que el carácter rigurosamente literario de la crítica fué, en los trabajos de nuestro malogrado compatriota, mucho más dominante y decisivo; lo cual despoja á veces de superior transcendencia á sus juicios y principalmente á los de carácter general ó histórico, cerrándole amplias y luminosas perspectivas, pero le permite en cambio dar á sus reposadas exposiciones esa nitidez y transparencia que tan instructivas y amenas las hace para la generalidad de los lectores; justificando aún más cumplidamente los premios que su sólida erudición y buen gusto hubieran bastado siempre á conquistarle. Por estas cualidades, como también por la fluidez y

elegancia natural de la dicción, considero de valor muy permanente en nuestra literatura los estudios *de Mitjans sobre Milanés, la Avellaneda y Luaces.*

Fuera de estos trabajos, sólo dió á la estampa algunos artículos publicados en La Habana Elegante. *A los afanes de esta culta publicación, como á los de su fraternal colega* El Fígaro*—caso raro de sincera cordialidad entre literatos, que resplandece como un diamante negro en medio de las sombrías y apasionadas emulaciones de la vehemencia meridional—, débese que nuestros ingenios noveles, sin público, sin periódicos, sin editores, no sucumban tristemente en la indiferencia y en el abandono más desconsoladores, faltos de un eco fiel que recoja piadosamente los acentos de su voz. Sin estas amables publicaciones, ¿quién conocería, fuera de un corto número de personas, al mismo Mitjans? Su primer libro, como acontece con casi todos los de alguna transcendencia que se publican entre nosotros, muy semejantes en esto á nuestros hermanos mayores de la Península, estaba destinado á no contar sino con una escasísima demanda. Gracias á la renombrada* Revista Cubana, *el más importante trabajo de crítica del joven autor había alcanzado siempre el aprecio y admiración de los espíritus más cultos, pero no todos los jóvenes pueden acometer trabajos de tanta importancia relativa.*

Los estudios que había empezado á publicar Mitjans sobre las tendencias críticas más acreditadas en Francia, iniciándolos en un artículo magistral sobre el ya famoso crítico y novelista P. Bourget, hubieran sido interesantísimos. En ellos habría fijado el sentido y alcance de sus preferencias doctrinales, explicando el fundamento de su sistema

crítico y los motivos que le hicieron decidirse por las síntesis hermosas y profundas de Emile Faguet.

De tarde en tarde daba á conocer, además, algo de su pensamiento social y político, revelando una perspicacia y sentido práctico no comunes. Dió así el apoyo de su inteligencia á la obra difícil y fecunda del partido autonomista, cuyas soluciones tendrían de su parte la circunstancia de ser hoy las únicas posibles en el sentido de la libertad, si no les bastase ser á toda luz las más conformes con el estado económico, social y político del país. Mantúvolas gallardamente en el círculo de sus amistades, con generoso convencimiento. Advertido y estimado fué, por cuantos pudieron apreciarlo, como prenda y anuncio de una cooperación valiosa, aunque su callado apartamiento de la vida política no permitiera que se le contase entre los afiliados, ni aun diera derecho á requerirlo para empeño alguno de carácter práctico. Súpose muy pronto que su enfermedad era incurable; y ya entonces sólo cupo decir quizá como el poeta, pensando en el amarguísimo acíbar que el cáliz de la vida pública guarda para todos: ¡felices los que mueren jóvenes!

IV

Mas no es posible decirlo ni pensarlo para los que, leyendo sus versos, han podido darse cuenta de los profundos y sagrados afectos que hacían ambicionar una larga existencia. Porque Mitjans era un poeta soñador y dulce, cuya lira vibraba tiernamente en loor de los afectos de la familia y de la paz del corazón, las cuales cantaba en rimas fáciles y

correctas, que alcanzaban á veces una entonación verdaderamente lírica. A los diez y seis años compuso una leyenda en verso titulada A orillas del Genil, que cautiva por el esmero de la versificación y por la exquisita poesía de muchos conceptos, revelando una precocidad sorprendente. Más tarde—y con su habitual reserva—se ejercitó con frecuencia en el arte métrica. He tenido á la vista casi todas sus poesías, merced á la benévola confianza de la interesante y desconsolada esposa que iluminó el oscuro horizonte de su vida con destellos de admirable ternura, y á la cual dedicó sus más sentidos cantos. Confieso que entre todas sus poesías prefiero las que expresan afectos dulces y tristes, ecos de un corazón desolado. También se conservarán por largo tiempo entre sus admiradores los versos sencillos y patrióticos, vibrantes y marciales, que firmó con el seudónimo El Camagüeyano, sin que quisiera descubrir el secreto de haberlos escrito ni aun á sus más íntimos amigos.

V

Pero la obra más importante de Mitjans había de ser la que lleva este prólogo al frente, para inesperada honra de quien lo escribe. El Sr. D. Manuel Sanguily, cuya profunda erudición y alta competencia son bien conocidas y estimadas, escribía á Mitjans en 25 de Noviembre de 1888, devolviéndole los borradores: "En nuestra modesta vida literaria, será un acontecimiento la aparición de esta obra de usted, y por lo que hasta aquí aparece, le auguro éxito com-

pleto y grandes y merecidas alabanzas." Y después de recomendar algunos puntos á la revisión del autor, añadía: "Pero en cuanto al conjunto va siendo una interesante galería, un cuadro que se desenvuelve como en panorama; en que se va viendo el esfuerzo, la ascensión lenta y difícil del pueblo de Cuba, con sus caracteres propios, sus especiales circunstancias, sus guías y sus productos mejores en el orden intelectual. Temo, sí, que le será cada vez más difícil la tarea, á medida que se acerque usted á su fin, principalmente por lo difícil que le será la investigación en lo correspondiente á la parte científica. Desde ahora, sin embargo, puedo con seguridad anticiparle mi más cordial enhorabuena."

Merecíala, sin duda, el libro que ahora se da por fin á la estampa—aunque incompleto, como quedó—merced al celo de mis distingüidos amigos los señores D. Francisco Calcagno y D. Raimundo Cabrera, á quienes me asoció la benevolencia con que me distinguen.

Difícil era el empeño acometido por Mitjans. Proponíase depurar con esmero las fuentes y rectificar las flaquezas y el apasionamiento tradicionales de la opinión, fundando en un examen verdaderamente imparcial los elogios y los reparos. Esto bastaría para que fuese el empeño meritorio ó interesante, como el que más para nosotros. Pero si se tiene en cuenta por otra parte la admirable condensación de los datos, el discreto enlace de las noticias, la riqueza de la erudición, lo conciso del lenguaje, lo pulcro y adecuado del estilo, crece la justa estimación de este libro, que deben leer todos los cubanos amantes de la cultura del país.

No es una Historia de la literatura cubana, *ni podría*

serlo; porque no tenemos, ni es posible que tengamos, literatura *propia y determinada, cuando no la tiene ningún otro pueblo de América, sin exceptuar, propiamente hablando, á los Estados Unidos, sino una Historia del* movimiento científico y literario en Cuba, *que ya necesitábamos, y que aventaja, por más de un concepto, á la obra misma de Bourinot sobre* El desenvolvimiento intelectual del pueblo canadense, *que es, sin disputa, una disertación interesantísima (1).*

Nada he de decir sobre la presente Historia, porque un prólogo no debe ser un juicio, ni aun puede serlo sin cambiar completamente de carácter. Advertiré solamente que no es la obra de Mitjans un enfadoso panegírico ni una ponzoñosa detracción, sino un libro serio, razonado, eruditísimo, que revela profundo conocimiento de la literatura en general y de cuanto se ha escrito y pensado en Cuba hasta el período en que incurable enfermedad le hizo interrumpir para siempre su noble y laborioso empeño. De sus otros escritos me ha parecido que debía decir algunas palabras: de éste nada he de añadir en son de crítica, pues no quiero prevenir el ánimo del lector con prematuras observaciones. Pero consignaré, desde luego, que el honrosísimo patrimonio que debe Cuba á sus literatos de nota, y que le señala un lugar excepcionalísimo entre las colonias modernas, queda esclarecido en términos que desafiarán los rigores de la crítica.

El plan de esta obra notable es digno de la mayor ala-

---

(1) The intellectual development of the Canadian People. *An historical review. By John George Bourinot,* the clerk of the House of Commons, *Canada Toronto. Hunter, Rose & C.° 1881.*

banza. Abarca todos los géneros literarios y los agrupa en correctas y rigurosas clasificaciones, ordenando en amplios y bien deslindados períodos de tiempo el general desarrollo de nuestra cultura. La narración es rápida, las observaciones son breves y precisas, y la sobriedad de citas y de referencias, la concisión del lenguaje y la austeridad del estilo, dan al libro ese grato sabor "á poco" que en la difusa y subjetiva literatura de nuestros días apenas se encuentra, porque cada cual escribe de corrido toda una biblioteca, si es preciso, para hablar de sus interesantes vicisitudes ó de sus no menos interesantes psicologías; sabor más raro cada día, que recomendaba ingeniosamente D. Juan Valera, recordando que los chinos, amaestrados quizás por seculares escarmientos, no hacen nunca "ediciones corregidas y aumentadas, sino corregidas y disminuídas".

Tal vez ha llevado Mitjans demasiado lejos esas cualidades apreciables; tal vez hubiera debido ampliar alguna vez el cuadro de sus apreciaciones, fundamentar más minuciosamente algunos juicios, comprobar con más rigor algunas referencias; pero esto hubiera sido faltar á la severidad de su plan. Este libro no es una obra de vulgarización, como ahora se dice: y no será el que esto escribe quien lo deplore; porque obras tales sólo sirven, casi siempre, para vulgarizar, esto es, para empequeñecer y desfigurar los asuntos, sin conseguir jamás que lleguen á ser del dominio del vulgo los de carácter verdaderamente elevado; del vulgo decimos y no del pueblo, porque el vulgo está en todas partes. El arte, la ciencia, la misma religión en sus más altas manifestaciones, hállanse reservadas á una minoría de almas selectas en cada generación; rigiéndose por

principios muy distintos de los que deben imperar en la política, porque en el desenvolvimiento de la idea del espíritu corresponden á esferas harto diversas. El libro que nos ocupa es un acabado resumen *de la historia de nuestras letras, análogo, por su forma, al que escribió Baralt de los anales de Venezuela, un análisis concienzudo y sugestivo, según el término corriente, que ofrecerá segura guía al que se proponga estudiarlas, al mismo tiempo que una síntesis razonada y clara á los que necesiten recordar en un momento las fases principales de nuestro progreso intelectual.*

La historia de la enseñanza pública tiene que ser el cimiento de toda verdadera historia de las letras en Cuba Así lo advirtió Mitjans, y dió comienzo á su libro con una concisa é instructiva reseña de nuestras pobrísimas instituciones docentes hasta el período que se inicia en 1790 merced al esfuerzo de algunos patriotas beneméritos secundados por un gobernante de excepcionales cualidades y por un prelado de dotes no menos recomendables y esclarecidas; período en que los afanes de la Real Sociedad Económica de Amigos del País determinan la corriente de ideas que agita á nuestra soñolienta sociedad colonial y la pone en comunicación con el espíritu del tiempo nuevo; con ese movimiento poderosísimo de las inteligencias que dió impulso á la Revolución Americana y á la Francesa, inspirando luego las transformaciones todas de nuestro siglo; con ese magnífico despertar que la filosofía alemana designa con la palabra Aufklärung *imperfectamente traducida, según los más autorizados expositores, con la voz* ilustración *por nosotros comúnmente usada, y á la cual debiera acaso preferirse, como quiere el traductor inglés de la* Filo-

sofía de la Historia *de Hegel, el término* iluminación, *si no pareciere harto enfático y declamatorio. Por cierto que el gran pensador sintetizaba ese nuevo espíritu en el reconocimiento y en la proclamación de las leyes de la naturaleza y de lo que como sustancia de lo verdadero y lo bueno, según nos muestra la razón libremente consultada (1). Así prácticamente lo comprendió también, por su parte, la generación incansable, á cuyo legal y sostenido esfuerzo, en circunstancias harto tristes, debióse el advenimiento del espíritu público en nuestro desatendido y, hasta entonces, atrasado país.*

Con erudición tanto más profunda cuanto menos ostentosa, condensa Mitjans en su obra, como se advierte á la simple vista, un cúmulo de noticias exactas y cabales, que suponen largos y pacientes trabajos. Sus juicios son siempre independientes y severos. Esta es la mayor novedad que su libro ofrece, después de la de haber resumido en tan corto espacio datos y referencias que hubieran podido diluirse en largo número de páginas. Estos juicios del autor, sinceros, francos, severos, acomodados siempre á sus convicciones, serán recibidos con extrañeza donde la censura y el elogio, la alabanza más descompasada y la detracción más violenta suelen obedecer á prejuicios declarados, no expresando en realidad la opinión, sino el estado pasional ó las inclinaciones personalísimas de aquel que los emite. Los juicios que van á leerse son hijos de una meditación serena, desapasionada y erudita; y aunque á veces deje de estar conforme con ellos el lector, como no siempre lo está

---

(1) Filosofía de la Historia. *Parte IV. Lección III. Cap. III.*

el autor de este prólogo, nadie negará imparcialmente el perspicaz entendimiento, el depurado gusto ni el vasto saber que en ellos resplandecen.

La Historia del Sr. Mitjans, si le hubiera sido dado concluirla, habría satisfecho una necesidad generalmente sentida; y aun incompleta, como ha quedado, será utilísima. La historia de nuestra literatura y el examen crítico de su contenido necesitaban una síntesis. En libros y opúsculos diversos hállanse quizás los más importantes materiales: y un grupo de infatigables eruditos dedícase, con empeño, á completarlos. Como obras de conjunto, que abarquen más ó menos imperfectamente todo el desenvolvimiento de nuestra cultura hasta la fecha en que se dieron á luz, sólo pueden citarse, quizás, los célebres Apuntes de Bachiller y Morales, el Diccionario *del Sr. Calcagno, la introducción de Anselmo Suárez y Romero á las* Obras *de Ramón de Palma, algunas disertaciones de López Prieto, que no se han reunido todavía; el célebre discurso de Mestre, en lo concerniente á la filosofía; tal vez, y en sentido muy general, las obras históricas de Pezuela y de Guiteras, ó las noticias de Luaces y de Fornaris, y cuando se den á la estampa, coleccionadas, las eruditísimas y concienzudas monografías que periódicamente viene publicando hace años el Sr. D. Vidal Morales y Morales. La obra de Mitjans nos hubiera dado un completo bosquejo de nuestra actividad literaria, resumiendo los valiosos datos y los importantes juicios que andan esparcidos en multitud de escritos, los cuales con gran dificultad pueden reunirse; y completándolos, no pocas veces, con profundas y sagaces observaciones. Su libro tiene derecho, por lo tanto, á un lugar prefe-*

rente en la biblioteca de todo cubano, y aun la de todo español cuyo espíritu nacional no se detenga ante las legendarias columnas de Hércules.

Para unos y para otros será motivo esta obra de hondas tristezas, porque en sus páginas se reflejan claramente las fatalidades históricas que pervirtieron una vasta colonización. Mas no pecaremos en el entretanto, unos ni otros, de presuntuosos si sentimos despertarse también un legítimo orgullo ante la narración del malogrado historiador; considerando que en ninguna época, que en ningún país se constituyó jamás, bajo circunstancias é instituciones tan desfavorables, una literatura como la colonial de esta Isla, que no obstante su natural subordinación á modelos extraños, y en particular á los de la Metrópoli, dió al aplauso del mundo culto, en treinta ó cuarenta años de verdadera actividad, nombres como los de Heredia y la Avellaneda, esperanzas como las de Orgaz, Mendive y Luaces, una figura tan sublime en su candorosa contemplación de las cosas eternas como la de D. José de la Luz Caballero, un publicista tan profundo y sagaz como Saco, literatos como los del Monte y Echeverría; y hasta en las esferas inferiores de una sociedad viciada por la esclavitud, plebeyos como Plácido, y siervos como Manzano, en cuyas frentes, humilladas por la injusticia, puso Dios el destello de la inspiración, que redimió sus almas de la opresión y les abrió, anchas y esplendorosas, las puertas de la inmortalidad.

RAFAEL MONTORO.

PRELIMINARES

Tratándose de una sociedad naciente como la nuestra, hemos creído necesario reseñar la historia y los progresos de la enseñanza, para describir los orígenes del movimiento intelectual; por eso colocamos al frente de la primera época y de cada uno de los períodos en que dividimos la segunda un cuadro de la instrucción y de sus adelantos en sus diferentes esferas.

Para la historia de la instrucción primaria presentábannos abundantisimos datos las actas de la Sociedad Económica, la memoria de D. Juan Justo Reyes sobre Educación, premiada por la misma corporación en 1831; los *Apuntes* del Sr. Bachiller y Morales, los artículos publicados en 1856 en la *Revista de la Habana*, tomados de la memoria que poco antes dió á luz D. Pelayo González; los de Saco en el periódico madrileño *La América*, de 1863, y otros trabajos de menos extensión é importancia, ó de inferior originalidad.

Las memorias y actas de la Corporación patriótica que por espacio de cincuenta años, desde 1793, estuvo especialmente encargada de velar por el aumento, organización y mejoras de las escuelas, forman arse-

nal inagotable de noticias fidedignas y curiosas, al cual han acudido cuantos desearon informarse amplia y cumplidamente en la materia. Pero estas memorias han necesitado ser completadas por otros trabajos en lo relativo á tiempos anteriores y posteriores á la intervención de la Sociedad en la enseñanza, y con otros datos de los pueblos alejados de la capital, hasta los cuales nunca llegó eficazmente su influencia, y de los cuales no adquirió noticias aproximadamente exactas antes del censo de 1836. Algunas monografías, como las que existen de Villaclara y Matanzas (la primera de D. Manuel Dionisio González, de 1857; la segunda de D. Pedro Antonio Alfonso), y otros trabajos ligerísimos que en diversas épocas han aparecido en periódicos del interior, completan la reseña del movimiento general de la enseñanza en Cuba.

Bachiller y Morales fué, sin duda, el primer investigador laborioso que acudió á beber en la mayor parte de estas fuentes, reunió sus informes y dió una idea general de los primeros pasos de la instrucción primaria entre nosotros; cuarenta y ocho páginas de sus *Apuntes* están á ella consagradas. En lo concerniente á los tres primeros siglos de la conquista, casi no puede hacerse sino repetir en una ú otra forma sus datos. Pero la aglomeración confusa en que los presenta, la falta de claridad y método de que adolecen, no obstante la división en capítulos y la profusión de epígrafes, las contradicciones en que incurre, por lo menos aparentemente, á causa de la obscuridad de su estilo (véase el último párrafo de la página 9 del tomo I), hacen su lectura fatigosa y difícil.

El trabajo de D. Pelayo González fué un adelanto por su método y claridad, por algunos datos nuevos y

por algunas indicaciones que hallaron favorable acogida en el Gobierno, según nota de los editores de la *Revista de la Habana.*

Supéranle, sin embargo, los artículos de *La América*, porque era Saco, y lo demuestra en ellos, un incomparable expositor de las materias más áridas y confusas, que con sencilla elegancia y precisión valiosa daba la clave del asunto, ponía de relieve sus líneas principales, sintetizaba, resumía, comentaba con acertadísimo criterio y desembarazaba al lector de pormenores superfluos y enojosos que no siempre condenan valerosamente al olvido los eruditos pacientes, ávidos de exponer en público museo los resultados íntegros de su labor. Así es que en Saco no encontramos ni todos los nombres propios de maestros y miembros de comisiones y juntas, ni todos los detalles de proyectos de arbitrios ó reglamentos propuestos y fracasados en los primeros veinte años de la Sociedad Patriótica, que incluye la memoria de González, ni otros datos con que enriquece sus *Apuntes* Bachiller. Pero no olvida, como González, las importantes disposiciones del Gobierno Supremo por las que gozó y perdió la Sección de Educación 32.000 pesos de auxilios anuales; explica más francamente la mezquina rivalidad del obispo Tres Palacios, tan perjudicial á la enseñanza, y da extractos de los informes del presbítero Vélez y de D. Domingo del Monte, que valen mucho más que algunos soporíferos cuadros de números (sea dicho con respeto y sin blasfemar contra las estadísticas).

Algunos trabajos de D. Joaquín Santos Suárez y la memoria lujosamente impresa por D. Pedro de Agüero en 1867, titulada *La instrucción pública en la Isla de*

Cuba, si no añaden ningún dato á la historia de la enseñanza primaria hasta 1842, esclarecen la de los veinticinco años posteriores. Facilitan el conocimiento de este período copiosas fuentes oficiales y la preferente atención que otorgaron al asunto revistas y periódicos llenos de comentarios y polémicas. Para conocer los años posteriores á 1867, abundan también las fuentes de informaciones.

La historia de la segunda enseñanza y de los estudios mayores y profesionales, ha de servirse igualmente de los materiales acumulados en varios de los trabajos que acabamos de citar. Las *Memorias* de la Sociedad Económica, que tanto intervino, casi hasta ayer, en organizar cátedras nuevas y pedir reformas universitarias, son para el propuesto objeto, como los *Apuntes* del señor Bachiller, de utilísima lectura. La obra de D. Pedro de Agüero trae importantes cuadros que reflejan claramente la situación en 1.° de Enero de 1867, y consideraciones sobre el plan de estudios de 1863, debido al general Concha, entonces ministro de Ultramar. En las revistas y periódicos á cuyos comentarios hemos hecho referencia, se encuentran datos é indicaciones útiles.

Tan abundantes materiales y tan variadas fuentes de información nos hubieran permitido escribir largamente sobre la enseñanza. Pero nos pareció preferible escoger y presentar lo capital, con la esperanza de ser menos enojosos para la generalidad de los lectores. A los pocos aficionados á muchos pormenores de materia tan árida, les quedará el recurso de acudir á las citadas fuentes. Si los demás encuentran cómodo informarse rápidamente de lo esencial sin recorrer muchos volúmenes; si nuestro relato les parece

claro, breve y ordenado, aunque la tarea de simple selección y exposición dé corta gloria, nos satisfará sobradamente el realizarla sin hacer indigesta su lectura.

El movimiento literario es el objeto de nuestro preferente estudio. Al llegar á él abandonamos la timidez del compilador de ajenos datos, y nos arriesgamos á juzgar con criterio independiente. No siempre es esto posible, tratándose de autores de los siglos pasados y de principios del actual, de cuyas obras, que no hemos visto, tenemos que hablar por referencias. Después de 1820 la tarea se facilita. Si alguna dificultad resta, es por el extremo contrario, por la balumba de obras de poca importancia que hay que leer con provisión de paciencia y escrupuloso celo para dar cuenta al lector en corto número de líneas y quedar de todos modos con el natural temor de que los más ilustrados nos tachen de prolijos, y los indulgentes nos tilden por severos.

El examen del movimiento científico no debía entrar en nuestro trabajo. *A priori* reconocíamos y *á posteriori* confirmamos nuestra mayor incompetencia en tal terreno. Sin embargo, la corta extensión y escasa originalidad de los ensayos prácticos y especulativos sobre ciencias, verificados en Cuba antes del año 1868, que pone punto á esta reseña, tentaban á que osásemos hacer algún esfuerzo más que completase el cuadro del movimiento intelectual del país. Creímos al fin que aconsejándonos con algunas personas idóneas, y limitándonos á ordenar y exponer, podríamos escribir tres ó cuatro capítulos breves, útiles para iniciar á los que no conozcan directamente, ó por expositores más aptos, las obras á que se refieran.

Los versados en la historia de los ramos científicos cultivados entre nosotros, los saltarán y nos perdonarán la intrusión. Los que la desconozcan enteramente adquirirán una noción ligera. A esto responde el capítulo final de cada período.

Una súplica queremos hacer á los lectores: cuando echen de menos, al acordarse de uno ú otro cubano eminente, un elogio cumplido y completo, recuerden que ésta no es una obra de biografías, y adviertan que tratamos de presentar el resultado del movimiento general. Escribimos una historia literaria, y por eso no es extraño que carezcan de capítulo especial hombres como Varela, Arango, Luz ó Saco, donde lo tienen la Avellaneda, Luaces y Piñeyro. Hubiéramos deseado consagrárselo también á Heredia; pero hemos preferido la brevedad á repetir lugares comunes, tratando de un poeta tan conocido y comentado.

A la falta de datos fidedignos deben atribuirse las otras omisiones que se noten. Considérese el presente volumen como un ensayo, que servirá de base sobre la cual otros más idóneos y en mejores circunstancias erigirán el monumento.

LIBRO PRIMERO

PRIMERA ÉPOCA

(ANTES DE 1790)

CAPÍTULO PRIMERO

LA ENSEÑANZA

Instrucción primaria.—Conyedo.—Caraballo.—Los padres Belemitas. — Estudios secundarios.—Representación al Ayuntamiento de la Habana en 1603.—Instancia de Farias.—Altamirano.—El clero.—Santiago de Cuba.—Paradas en Bayamo.—Los jesuítas en la Habana.—Estudios mayores. — La Universidad; su deficiencia.—San Basilio Magno (1722).—Colegio Seminario de la Habana (1773).

La historia del movimiento intelectual en Cuba comprende dos épocas bien diferentes, separadas por el inolvidable gobierno del general D. Luis de las Casas, que se inauguró en 1790. Antes de este año no hay desenvolvimiento constante y regular de nuestra cultura: sólo encuentra el investigador, diseminados en trescientos años y esparcidos en pueblos distintos y sin conexión ni enlace, datos más ó menos curiosos, pero aislados siempre, que sólo merecen ser citados por su antigüedad y como antecedentes históricos.

Trataremos de agruparlos con el mayor orden posible, y acaso con cierta nimiedad disculpable en los preliminares, para entrar luego en el examen de la segunda época, verdaderamente interesante.

No es extraño que en casi tres siglos, como dice Saco, ni el Gobierno, ni los Ayuntamientos de Cuba, costeasen una sola escuela gratuita para los pobres. Julio Simón ha demostrado (1) que la Francia anterior á la revolución del 89 no seguía conducta diferente. Los presupuestos de 1774, 1775, 1781, 1785, 1787 y siguientes, contenían millones de francos para los mendigos, academias, literatos, bibliotecas, imprenta real, jardín de plantas... nada para las escuelas. El Estado no se preocupó de la instrucción primaria mientras la Convención no puso en el tapete sus transcendentales problemas, lo que tuvo efecto en 1792. Y si tan corriente ha sido hasta este siglo en todos los países que la enseñanza elemental estuviese desatendida, hasta en los mismos días de esplendor literario, cuando ingenios eminentes han dado lustre y prez á la historia de su patria; si son de tan reciente fecha los desvelos, el afán y el eficaz amor de los gobiernos que levantan la instrucción primaria de su postración en naciones como los Estados Unidos, Alemania y Francia, no ha de sorprendernos el atraso en que la vemos en el siglo XVIII entre nosotros, en este pueblo que no había logrado aún la importancia que después le ha dado la fertilidad de su suelo y su ventajosa situación geográfica.

Aun en la capital de la Isla, los pobladores han debido atenerse á sus individuales esfuerzos y exper-

(1) *L'École*, pág. 24.

mentar los efectos de la escasez de profesores y escuelas, hasta que á principios de la centuria pasada, por la munificencia del vecino Caraballo, se establecen los padres Belemitas, que enseñan á leer, escribir y contar, y llegan á reunir doscientos niños en sus bancos. En Villaclara hubo una escuela desde su fundación en 1689. En 1712 el filántropo presbítero D. Juan Conyedo, de Remedios, abre otra escuela gratuita, y una más en 1757 en la ermita del Carmen. Se aumenta el número con la de Arriaga en 1759; pero por ausencia de éste y muerte de Conyedo, falta escuela poco después. El presbítero Juan Félix de Moya restablece la del Carmen, y el Ayuntamiento da en 1775 *veinticinco pesos anuales* á Juan Antonio Oropeza para sostenimiento de otra; pero ambas desaparecen en 1787. Matanzas, más atrasada en esto, en 1771, á los setenta y ocho años de fundada, encarga á un regidor que busque maestro en la Habana (1).

Tampoco los estudios secundarios se hallaban á gran altura entre nosotros en el siglo pasado. No solamente de entonces, sino aun de tiempos posteriores, puede afirmarse con Bachiller que se atendía más al pomposo nombre del plantel de educación que á los frutos de la misma; que se desdeñaba el modesto títu-

(1) En el mismo año invita á D. Pablo García para que ejerza el magisterio, «cobrando á los discípulos lo que sea lícito». En 1775 presenta su título D. Lorenzo Tadeo de Urrutia. En 1778 pide licencia para abrir escuela D. Juan Meilán, y parece que *á los tres años* pudo hacerlo. Alguno más debía ejercer entonces la industria, pues un acuerdo del Cabildo dispone que se intime á los intrusos la orden de que presenten sus autorizaciones. Véanse las *Memorias de un matancero*, por Pedro Antonio Alfonso, 1854.

lo de *escuela* y se abrían con el de *academia* ó *instituto* establecimientos que apenas avanzaban más allá de la instrucción primaria, y que cuidando menos de la calidad que de la rapidez de los estudios, prometían los directores entregar pronto á los alumnos aptos para matricularse en la Universidad Teniendo en cuenta esto; considerando además que para el estudio de la Filosofía se necesitó por mucho tiempo real permiso; advirtiendo también que las ciencias naturales no alcanzaban entonces la importancia y el amor que en otras partes, podríamos aseverar que la segunda enseñanza estaba reducida á un superficial estudio de las humanidades, y preferente del latín, que por su aplicación á las carreras universitarias merecía distinción, y encontraba más fácilmente idóneos profesores en el clero, á la sazón factor principal de la enseñanza.

Sean dichas estas verdades sin desconocer el mérito de loables esfuerzos y la antigüedad de algunos. Consta que en Septiembre de 1603 el Cabildo de la Habana trató «de la necesidad de tener un profesor de Gramática que enseñara latín á los hijos y vecinos de la ciudad»: húbole con cien ducados de retribución; mas se la quitaron porque no mereció la aprobación de S. M. lo hecho, y se acudió de nuevo suplicando que se creara la plaza con duplicado haber. Consta asimismo que en 25 de Noviembre del mismo año participaba al Ayuntamiento el capitán D. Antonio Fernández Farías, en representación de otros vecinos, que hacía dos días que el prior de San Agustín había suspendido las clases de Gramática que daba en los dos años anteriores un fraile del convento, y suplicaba que se evitase el daño, á lo que se proveyó consignan-

do cien escudos de ocho reales para el sostenimiento de la cátedra, á reserva de que S. M. aprobase la medida. Es notorio también que desde 1607 se ocupaba el obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano en fundar el *Seminario Tridentino*, y que los vecinos ofrecieron pagar perpetuamente una parte de los costos, satisfaciendo dos reales por cada res ó cerdo que se beneficiase, espontáneo tributo que fué aceptado con la declaración de que nunca sería exigido por la fuerza. Consta igualmente que el clero secular daba lecciones de latinidad y de moral: así el citado Conyedo preparaba en Villaclara á los que se dedicaban al sacerdocio, y años después, fray Antonio Pérez de Corcho daba lecciones de Filosofía en el hospicio de su orden. Consta, en fin, que en Santiago de Cuba, por bula de Adriano VI, de 28 de Abril de 1522, se creó la *Scholatria* para la enseñanza del latín; y que por testamento de 15 de Mayo de 1571 dejó el capitán D. Francisco de Paradas una suma cuantiosa para la fundación de una obra pía en Bayamo, que en 1720 fué cedida con sus cargas á dos frailes de Santo Domingo, en cuyas manos mejoró su estado. También en 1689 se erigió en la Habana el colegio de San Ambrosio, de doce becas, con objeto de preparar á los jóvenes que siguiesen la carrera eclesiástica; pero no correspondió al intento, mereciendo más tarde una severa censura del obispo Hechavarría Yelgueza, por la deficiencia de su enseñanza, reducida al latín y al canto llano. Tampoco dió fecundos resultados la buena voluntad de fray José María Peñalver, que en 1788 abrió cátedra de Elocuencia y Literatura en el convento de la Merced, pues pasaron cuatro años sin que lograse tener un solo oyente.

Después de esto, la fundación de un colegio de Jesuítas en la Habana viene á dar nuevo impulso á la enseñanza. Desde sus primeras misiones, según Arrate, los regulares de dicha orden que pasaban por esta capital con dirección al Continente, hallaron "extremos de veneración en sus moradores, los cuales mostraron en la comodidad del hospedaje y en la profusión de los regalos, no sólo el generoso carácter de sus ánimos, sino también su devota propensión al instituto". Pezuela nos asegura que ya en 1656 pretendió el Ayuntamiento, con empeño, que se fundase un colegio de la orden. "Pero habían sido—continúa—tan frecuentes y tan vivas las competencias entre los prelados y aquellos regulares en otras posesiones de Ultramar, que se prestaron poco á su instalación en Cuba los obispos y los sacerdotes." Creció la población, redobláronse las instancias, y, al cabo, en 1717, el presbítero D. Gregorio Díaz Angel, natural de la Habana, destinó cuarenta mil duros en fincas para el sostenimiento del solicitado colegio. En Diciembre de 1721 obtuvieron la licencia necesaria: pasaron tres años en cuestiones sobre la elección y compra del solar, y al fin se alzó el convento bajo la advocación de San Ignacio.

Entonces se agregó al nuevo colegio el antiguo de San Ambrosio, que desde su fundación en 1689, había sido puesto por el obispo Compostela bajo la dirección de un jesuíta, el padre Dávila (Francisco), en vista de que se dilataba la vanidad de la Compañía. Pero aunque á cargo de ésta desde 1724, no fué refundido el colegio de San Ambrosio en el nuevo: seguían las doce becas reservadas á los que se preparaban para la carrera eclesiástica y cursaban asignatu-

ras privativas de ella, y exclusivamente se destinaron á sostenerlas los fondos que dejó Compostela y nuevas donaciones del presbítero Pedroso y del jesuíta Antonio Mariano Poveda, que fundó seis becas (y no debe ser confundido con el D. Matías Poveda, comandante, nombrado por Bachiller y Morales). Los demás alumnos, que fueron numerosos, estudiaban Humanidades y Filosofía, hasta recibir en el establecimiento el grado de bachiller (1).

Los estudios mayores comenzaron en el siglo pasado.

Atendiendo á las indicaciones de fray Diego Romero, desde 1688, suplicó el Ayuntamiento de la Habana al Gobierno de S. M. que estableciese una universidad entre nosotros, para que los jóvenes deseosos de estudiar no tuviesen que emprender viajes costosos en busca de otras de América ó España (2). Apoyada por el obispo Valdés más adelante esta solicitud (3), dió al fin por resultado el breve de Inocencio XIII, expedido en 12 de Septiembre de 1721, autorizando á los padres del convento de San Juan de Letrán para fundar el establecimiento apetecido. Perdiéronse algunos años en traslados, consultas y otros trámites, hasta que se le dió en 1728 cumplimiento. «Pero sin dota-

(1) Los datos precedentes son de una carta que nos dirigió (Febrero 19 de 1888) el rector del Seminario, presbítero D. Cipriano Rojas, á petición nuestra, rectificando algunas vagas noticias de la *Relación histórica* que publicó en el *Boletín Eclesiástico del Obispado de la Habana* (2 de Enero del propio año) y que aparece equivocadamente firmada por el padre Vila.

(2) BACHILLER: *Apuntes*, tomo I, pág. 138.

(3) PEZUELA: *Historia de Cuba*, tomo II, pág. 345.

ciones aún—dice Pezuela—, sólo á los tres años empezaron á funcionar algunas cátedras, las de Moral, Filosofía y Cánones, desempeñándolas los mismos dominicos.»

Debió nuestra Universidad, según la orden recibida, modelarse por la de Santo Domingo; pero al buscar el reglamento de ésta no se encontró, y cometióse entonces á los mismos doctores de la de la Habana el encargo de redactar otro nuevo, por Real cédula de 14 de Marzo de 1732. Formáronlo los padres Predicadores de San Juan de Letrán, fué discutido por el Claustro, aprobado aquí por el capitán general y después en España por el Consejo de Indias en 27 de Junio de 1734. Los rectores, vicerrectores, consiliarios y secretarios debían ser precisamente dominicos, privilegio que trajo mil rivalidades y disgustos hasta 1842. Los primeros catedráticos obtuvieron su cargo por nombramiento y sin término; los posteriores por oposición, con derecho á ejercerlo seis años solamente.

Fué el primer rector fray Tomás de Linares, nombrado en 1728 por S. M. Sucedióle, en 1735, fray Juan Bautista del Rosario Sotolongo, elegido por el Claustro, como los posteriores, que desde aquella fecha se renovaron anualmente. Contáronse entre sus primeros doctores el obispo Morell de Santa Cruz y el reputado orador cubano Rafael del Castillo, que murió á poco de ser obispo electo de la diócesis de Puerto Rico.

Por desgracia, la Universidad fué durante un siglo muy insignificante elemento de cultura, útil sólo para que España se jactase de traernos su civilización, y para que los cubanos alimentasen alguna vanagloria, de lo que puede ser ejemplo la de un redactor del

Papel Periódico, que en 27 de Julio de 1791 enumeraba con celoso patriotismo nuestros progresos en *ciencias, artes* y *agricultura*, contestando á un murmurador que tenía la franqueza de lamentar nuestro evidente atraso (1).

Varias causas anularon los servicios que podía prestarnos la erección de la Universidad. Cítase por principal el modelarla en el siglo XVIII por la de Santo Domingo, creada en el XVI. «Triunfó en la Habana—dice Bachiller (2)—el siglo XVI sobre el XVIII, y ya muy entrado éste, reinaba el Peripato en toda su entereza en la Universidad, y llegado el XIX continuaba, aunque transigiendo con las novedades del colegio de San Carlos... El catedrático de Matemáticas debiá enseñar, después de la Aritmética práctica, *que son las cuatro reglas primeras con la áurea*, Geometría elemental á unos, á otros la Trigonometría, á otros la Astronomía y sus *deducciones* en utilidad y servicio del rey nuestro señor. Continuaba en las deducciones colocando la Navegación, Arquitectura *polémica* y civil, Geogratía, Esfera, Mecánica, Optica, etc. El mal estaba en que estas asignaturas no se incluían en el curso de Filosofía, y pocos estudiaban ni siquiera las cuatro reglas y la áurea... El sistema filosófico era el escolástico con sus eternas súmulas, su enmarañada lógica y sus pésimas nociones de física. Duraba el curso tres años, y los dos primeros se reducían á las súmulas y á la lógica. Además, en los días no lectivos se concurría á la clase de Texto Aristotélico, si bien es verdad que semejante clase no sólo no se daba casi nunca,

(1) BACHILLER: *Apuntes*, tomo I, pág. 180.

(2) *Apuntes*, tomo I, pág. 142.

sino que los estudiantes de Filosofía ni aun conocían el texto por el lomo».

Pero no hubiese aventajado mucho más nuestra Universidad siendo modelada por las españolas del siglo XVIII. La Metrópoli, con la mejor voluntad, no podía dar otra cosa, cuando ella misma, fustigada por el padre Feijoo, se mostraba aún en el nivel científico á que la redujo la política funesta de los Austrias; no podía, ni pudo más tarde, cuando Carlos III excitaba á los doctores para que reformasen la enseñanza, pues Alcalá y Salamanca respondieron que no era posible apartarse del sistema del Peripato ni seguir las innovaciones de Galileo y Newton, discordes con tradiciones inviolables.

También acontecía que algunas asignaturas no encontraban profesores aptos en el país. «Por mucho tiempo—dice Bachiller—no hubo ni catedrático de Matemáticas, con ser una de las que daban opción á la borla y propinas, prueba de que no había ningún bachiller filósofo instruído en Matemáticas.»

Sin embargo, otras veces partían del país las ideas útiles y los pensamientos fecundos, y el Gobierno de S. M. negaba lo pedido, ó por ignorancia, ó por negligencia, ó por recelo, ó por economía. El rector fray Juan Chacón, natural de la Habana, pidió en 1761 la creación de una cátedra de Física experimental, que fué negada, y dos de Matemáticas, de las cuales sólo una se aprobó. Dentro del mismo claustro se reconocieron desde 1758 los defectos de los Estatutos. Más tarde el rector fray José Calderón, en vista de las apremiantes necesidades de reformas, redactó espontáneamente un nuevo plan de estudios que cayó en el olvido. Y en 1795 el presbítero D. José Agustín

Caballero decía en la Sección de Ciencias y Artes de la Sociedad Patriótica estas memorables palabras de censura:

«El sistema actual de la enseñanza pública retarda y embaraza los progresos de las artes y ciencias, resiste el establecimiento de otras nuevas, y, por consiguiente, en nada favorece las tentativas y ensayos de nuestra clase. Esto no es paradoja; es una verdad clara y luminosa como el sol en la mitad del día. Mas confieso simultáneamente que los maestros carecen de responsabilidad sobre este particular, porque ellos no tienen otro arbitrio ni acción sino ejecutar y obedecer. Me atrevo á afirmar, en honor de la justicia que les es debida, que si se les permitiese regentar sus aulas libremente, sin precisa obligación á la doctrina de la escuela, los jóvenes saldrían mejor instruídos en la latinidad, estudiarían la verdadera Filosofía, penetrarían el espíritu de la Iglesia en sus cánones y el de los legisladores en sus leyes, aprenderían una sana y pacífica Teología, conocerían la configuración del cuerpo humano para saber curar con tino y circunspección sus enfermedades, y los mismos maestros no lamentarían la triste necesidad de condenar tal vez sus propios juicios y explicar contra lo mismo que sienten. ¿Qué recurso le queda á un maestro, por iluminado que sea, á quien se le manda enseñar la latinidad por un escrito del siglo de hierro, jurar ciegamente las palabras de Aristóteles, y así en las otras facultades?»

La moción del padre Caballero dió lugar á que se elevase á S. M. una representación de la Sociedad Patriótica que, como encargada de velar por el fomento de la instrucción, alzaba su voz para pedir que

se reformase el plan de estudios. «Que esta reforma—decían—debe comenzar por la Universidad, es otro de los puntos de nuestra solicitud. Para ameritarlo convendría representar que de otra suerte la reforma no podría ser extensiva á las otras casas de pública enseñanza, porque éstas todas guardan dependencia en el tiempo, orden y materia en los cursos; que tanto las unas como la otra siguen todavía el método antiquísimo de las escuelas, se mantienen tributarias y escrupulosas del Peripato y no enseñan ni un solo conocimiento matemático, ni una lección de Química, ni un ensayo de Anatomía práctica; que la ilustre Universidad, al cabo de cincuenta y siete años, no ha querido reconocer la necesaria vicisitud de los establecimientos humanos, y ha carecido de energía para desembarazarse de añejas rutinas y antiguas preocupaciones, desterradas mucho tiempo ha de las Academias de Europa, de quien es y debe ser émula la América; que bastaria leer sus estatutos para formar juicio del estado en que deben hallarse artes y ciencias, y de la mejora de que son susceptibles; que la decadencia de ambas es tan notoria como necesario el remedio, porque este mal es de una naturaleza nociva á la utilidad pública y al rigor en que debe conservarse el orden politico, y no deben ya disimularlo ni las leyes de la probidad, ni del patriotismo, que gobiernan el cuerpo de la sociedad; que sería una providencia capaz de eternizar ella sola la gloria del reinado de S. M., ordenar que la Universidad junta en claustro pleno tratase de formar un plan libre de estudios según el estado general de los conocimientos humanos, y concluir pidiendo á Su Majestad en nombre del Cuerpo patriótico que, aceptando los buenos deseos que éste tiene de emplearse

en beneficio de la patria, le faculte para diputar cuatro de sus miembros que, asociados á los doctores que hubiese de nombrar la Universidad, coadyuven á la formación del nuevo plan, empresa que concibe la Sociedad muy digna de sus afanes y sudores. La circunstancia de ser muchos de los socios graduados en la misma Universidad, disipa cualquier sospecha de un cuerpo contra otro, lo que es presumible en fuerza del convencimiento en que se hallan ambos sobre la necesidad de este plan.»

El general Las Casas apoyó la moción del padre Caballero; pero el Gobierno de S. M. guardó los papeles y no hizo caso de la gestión del gobernador general de la colonia. Ni fué más oído su apologista don Tomás Romay, cuando en su elogio fúnebre anunció que la obra plausible del difunto ilustre quedaría incompleta y resultarían infructuosos sus esfuerzos, á no venir otro sistema á la Universidad, en donde Aristóteles y Galeno imperaban despóticamente en Filosofía y Medicina, mientras Alfonso X y Euclides no tenían quien explicase las leyes del uno y los principios matemáticos del otro.

Es verdad que la Habana no podía quejarse por más desatendida. Otras ciudades de América chocaban con iguales resistencias de gobiernos españoles recelosos ó indolentes, y algunas padecieron más que nosotros. El *Repertorio Americano*, que dirigía en Londres Andrés Bello, enumeraba en 1829 cosas muy dignas de mención. «En Buenos Aires—anotaba—, á pesar de que había Audiencia, no se permitió nunca establecer una academia teórico-práctica de Leyes, como la había en Chuquisaca; tampoco se le concedió, en medio de sus repetidas instancias, fundar una

Universidad. Igual suerte tuvieron las solicitudes al mismo efecto en Mérida y Yucatán. Guatemala, Quito, Caracas, La Guaira y Puerto Cabello no pudieron conseguir que se les concediera fundar cátedras de Matemáticas, Derecho público y Pilotaje. Al virrey de Buenos Aires, Pino, se le desaprobó por el Gobierno español, á fines del siglo pasado, que hubiese permitido al Consulado establecer una escuela de pilotaje costeada por él mismo, por ser este ramo de enseñanza (decía el decreto) de puro lujo. Treinta años estuvo solicitando permiso, en el siglo pasado, el cacique don Juan Cirilo de Castilla, para poner en la Puebla de los Ángeles, su patria, un colegio para los indígenas, y murió en Madrid sin conseguirlo. El ministro Caballero se negó á que se verificase la disposición testamentaria del arzobispo de Guatemala, Larraza, de establecer cátedra de Filosofía moral, dotada por él mismo, diciendo en la Real orden de la materia que «Su Majestad había dispuesto se remitiese á España el dinero depositado para aquella cátedra, por ser inoficioso el establecimiento á que se había destinado.» El sucesor del Sr. Chaves en el obispado de Arequipa, alarmado de los progresos que hacía la juventud en la carrera de la ilustración, persiguió y proscribió á los que daban más esperanzas; y poniendo al frente del colegio á Sebastián de Goyeneche, digno hermano del conde de Guaqui, acabó con el bello plantel de Luna Pizarro. En una Real cédula expedida por D. Carlos IV á consulta del Supremo Consejo de Indias con parecer fiscal, y que existía en Caracas (al menos antes de la revolución), se prohibió el establecimiento de la Universidad de Mérida en Maracaibo ¡porque «Su Majestad no consideraba conveniente se hiciese general la

ilustración en América»! Se desaprobó por el Gabinete de Madrid la dotación asignada á la Academia de San Luis, en Chile, y se mandó suprimir en Lima y Bogotá las cátedras de Derecho natural y de gentes (que por algún tiempo se habían permitido) «por creerse perjudicial». Pero no obstante estas restricciones, hijas de una administración suspicaz y mezquina, se notaba por todos lados, cuando visitó el ilustre Humboldt el nuevo continente, *un gran movimiento intelectual, una juventud dotada de rara facilidad para aprender las ciencias:* indicio seguro de la revolución política y moral que se preparaba.»

Para los estudios eclesiásticos creó en Santiago de Cuba el obispo D. Francisco Jerónimo Valdés el Seminario de San Basilio Magno, en 1722, destinando al objeto 12.700 pesos. Pero estuvo cerrado largo tiempo, hasta que por resolución soberana volvió á abrir sus puertas á fines del pasado siglo (1). Más importante fué la fundación en 1773 del que con el título de Real Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, resultó de la fusión del último citado con el de los Jesuítas cuando fueron éstos expatriados por Carlos III y confiscados sus bienes. Este instituto, cuyo reglamento formó nuestro paisano el obispo Hechavarría Yelgueza, no estaba realmente destinado á la exclusiva enseñanza de los que siguiesen la carrera eclesiástica. «Se han trazado—decía el prelado correspondiendo á las indicaciones de la Real orden de 14 de Agosto de 1768—unos estatutos de crianza común y transcendental á los diversos destinos de la sociedad civil.» Debían establecerse tres cursos previos de Le-

(1) Bachiller: *Apuntes*, tomo I, pág. 161.

tras y Filosofía, después de los cuales se entrase en una de las tres facultades mayores, Teología, Derecho y Matemáticas. Sin embargo, estas dos últimas no se crearon hasta el presente siglo, cuando vino Espada. Parece que la demora obedeció á la Real cédula de 3 de Junio de 1776, que vino á modificar la de ocho años antes, declarando que los seminarios de la Habana y Santiago de Cuba fuesen tenidos por *conciliares* (1); tanto que cuando en el primero fundó Espada las cátedras de Derecho civil y Matemáticas (1807), tuvieron carácter provisional, y se formó expediente que en 14 de Noviembre de 1812 aprobaron las Cortes (2); prueba de que los antiguos estatutos estaban ya muy olvidados y no parecía bastante apoyarse en ellos y abrir las nuevas clases como en cumplimiento de disposiciones todavía vigentes.

---

(1) *Boletín Eclesiástico* citado, pág. 19.

(2) Idem.

CAPITULO II

LAS LETRAS Y LAS CIENCIAS

Ensayos poéticos.—Balboa y su *Espejo de paciencia*.—Suri y Avileira en Villaclara.—Palomino, Sotolongo y fray José Rodríguez en la Habana.—Manuel del Socorro Rodríguez.—Crónicas.—Zayas y Bazán, Morell, Arrate, Urrutia.—Elocuencia sagrada.—Conde, Castillo, Barea, Sanamé.—Historia natural.—Antonio Parra.—El jurisconsulto Aréchaga en Salamanca.

Si el estado de la instrucción pública y privada era el que acabamos de exponer; si era tan insignificante el movimiento literario y científico en los lugares de enseñanza, lógico es que fuera de ellos apenas se encontrasen signos de vida intelectual. Verdad es que la imprenta se conoció entre nosotros desde bien temprano. Ya en 1698 se introducía en Santiago de Cuba, según informa la *Tabla cronológica* de Valiente (1), bien que para servir poco tiempo y no reaparecer

(1) Nueva York, 1853; citada por Bachiller: *Apuntes*, tomo III, pág. 116.

hasta 1792, llevada por D. Matías Alqueza, á instancias del padre Veranes, distinguido orador y hombre público, siempre solícito en velar por el progreso de su localidad. En la Habana, según la tradición, existió desde 1700, aunque no se han encontrado impresos anteriores á una carta de esclavitud á la Virgen del Rosario (1), de 1720. Pero ni entonces ni en los setenta años que siguieron, fué aprovechada por los pocos que sabían escribir.

Algunos ensayos poéticos, y en las postrimerías de la época, varios predicadores, tres cronistas y un zoólogo, es cuanto se puede mencionar.

Lo más antiguo que como ensayo poético recuerdan los eruditos, es una comedia titulada *Los buenos en el cielo y los malos en el suelo*, de la que habla Hernández de la Parra en unos apuntes que escribió, relativos á costumbres y sucesos de Cuba, de 1562 á 1598. Fué representada un día de San Juan, como obsequio al gobernador, y dejó memoria, no tanto por lo que interesase el argumento, del cual nada se sabe, cuanto porque la representación fué agitada y borrascosa, en razón de las escandalosas y desordenadas muestras de júbilo que dieron los espectadores, no acostumbrados á disfrutar de tan sorprendente recreo. Es inútil reproducir aquí detalles de esa curiosa fiesta que ya han divulgado Joaquín José García, José María de la Torre, Bachiller y otros, en diferentes trabajos.

Entrando en el siglo XVII, se encuentra ya un poema en octava rima, *Espejo de paciencia*, escrito en 1608 por Silvestre de Balboa Troya y Quesada, natural de la Gran Canaria y vecino de Puerto Príncipe. El obis-

---

(1) BACHILLER: *Apuntes*, tomo III, pág. 121.

po Morell de Santa Cruz lo ha conservado en su *Historia de la isla y catedral de Cuba*, y José Antonio Echeverría, examinando la crónica de dicho prelado, da cuenta del poema y copia sus trozos principales. Su asunto es un suceso acaecido cuatro años antes en Bayamo. El obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano habia sido secuestrado por el pirata francés Gilberto Girón, y rescatado por el pueblo mediante ciertas estipulaciones. Había quedado en rehenes entre los piratas el canónigo Puebla, hasta que se entregase el resto del rescate. Armáronse y concertáronse los bayameses para hacer pagar caro al francés su atrevimiento, y el día señalado para la entrega de lo convenido, cayeron los valientes vecinos de improviso sobre los desprevenidos agresores, matando á Girón y á los más de sus compañeros de aventuras. Los versos en que Balboa celebró esta hazaña valen poca cosa; pero curiosos por su antigüedad, han merecido ser cuidadosamente conservados. Aun pudiera decirse en su favor que se leen con agrado; aunque no ostentan mucho arte y elegancia, el asunto interesa, y descartando algunos disparates de los trozos en que el poeta cree indispensable introducir una extravagante y ya desusada mitología, el estilo claro, llano y sin digresiones, incita á la lectura y no enfada.

Un regidor de la villa de Bayamo, llamado Juan Rodríguez de Sifuentes, compuso un soneto en elogio de Balboa. Después de él, hay que avanzar hasta el siglo XVIII para encontrar otros versificadores que hayan dejado memoria de sí.

Manuel Dionisio González, en su *Memoria histórica de la villa de Santa Clara y su jurisdicción*, apunta los nombres de tres paisanos suyos que la tradición le

ha transmitido: José Surí (1696-1761); Lorenzo Martínez de Avileira, nacido en 1722, y José de Alba y Monteagudo (1761-1800). José Surí fué un notabilísimo improvisador, dotado, según cuentan sus coetáneos, de una asombrosa facilidad para versificar que, conforme á las costumbres de la época, se aprovechaba en las fiestas religiosas, obligándole á declamar largos romances, que el pueblo oía con respeto y entusiasmo.

Algunas anécdotas ponen de relieve cuánta era su espontaneidad y largueza en tales ocasiones; pero la reflexión nunca maduraba sus inspiraciones. Los versos que de él nos presenta su biógrafo, así los amorosos como los místicos, son más afectados y pedantescos que sentidos, empedrados de zafiros, perlas, jaspes, esmeraldas, topacios y otras piedras, llenos de la enojosa erudición que en mitología é historia poseía el autor, imitados de la más degenerada y abstrusa escuela conceptista que desacreditaron los más deslumbrados admiradores de Quevedo. De Avileira nada se conserva. De Alba, trae González unas décimas afeadas también por el mal gusto de la escuela culterana española. Era tan sólo un ocurrente tertuliano que amenizaba con glosas y agudezas las reuniones á que concurría.

En la Habana figuraron como aficionados á versificar, á mediados del siglo XVIII, el doctor Palomino, que cegó, y expresó en numerosas décimas su resignación y sus pensamientos morales y cristianos; el doctor González de Sotolongo, dado á escribir mordaces epigramas en latín; y principalmente el juanino fray José Rodríguez Ucares, el único que nos legó copiosa colección de versos, que publicó en 1823 Boloña, impreso

con aficiones de bibliógrafo, muy amante y celoso de los progresos literarios del país.

Fray José Rodríguez, más conocido por *Capacho*, fué generalmente celebrado por sus versos jocosos de arte menor. Unas décimas que dan cuenta de su viaje á Méjico y otras de «El aficionado al número siete», son sus composiciones más citadas. Pueriles equívocos, juegos de palabras y sutilezas de lenguaje forman la esencia de su poesía festiva, tan agradable á nuestros abuelos por su artificiosa ingenuidad, pero realmente ajenas á la gracia natural de los escritores satíricos de buena escuela. Aun es más insoportable su *Vejamen á la Universidad*, compuesto para celebrar su inauguración; romance pedantescamente abigarrado de castellano y latín, lleno de burlas á los doctores por sus defectos físicos y aun morales. Parece que la ciencia no era cosa muy seria para ellos, cuando con esto y con ridiculas cabalgatas carnavalescas solemnizaban los grandes sucesos académicos. Recuerda dicho *Vejamen* los que hacían en Madrid las academias literarias del siglo XVII con los concurrentes morosos, que tan célebres epigramas contra el corcovado Montalván dejaron; pero el de la Habana no tuvo Lopes ni Quevedos.

El padre Rodríguez fué también autor de *El príncipe jardinero y fingido Cloridano*, primera obra dramática escrita en Cuba que no haya sido completamente olvidada, pues de dos que se representaron en unas fiestas reales de Villaclara en 1735, según González, no se recuerda ni el nombre; y del entremés de Sotomayor, *El poeta*, no hay más noticia que la simple mención que hace fray José Rodríguez en el citado *Vejamen*. La obra dramática de éste tiene un argumento inverosímil, tratado con toda la libertad literaria de

Lope de Vega en *La doncella Teodora* y otras análogas en que el gran maestro se apartaba de sus animadas pinturas de la sociedad española. Un príncipe de Atenas se enamora de una princesa de Francia, infructuosamente disputada por muchos monarcas. No pudiendo solicitar francamente su mano, por haber dado muerte á otro hijo del soberano de Francia, se disfraza de jardinero para introducirse en el palacio de Aurora. Ella descubre la alta jerarquía del supuesto Cloridano y no vacila en corresponder á su amor. El padre se entera de lo que ocurre y encierra en una torre al osado amante. Aurora lo liberta, huyen juntos, los ejércitos de Atenas acuden á vengar al Príncipe, el de Francia cede y los amantes se casan. Este asunto, sazonado con algunos chistes, y también con atrevimientos de lenguaje, fué la delicia de los habaneros durante algunos años. Pasaba el drama por procedente de Valencia, para que gustase más al público, y ocultaba el fraile juanino su derecho al aplauso para no responder á los cargos que los moralistas harían á su más importante obra.

Cuatro acontecimientos de diferente importancia dieron también por aquella época ocasión á varias manifestaciones poéticas de los aficionados, todas de escasísimo valor: la toma de la Habana por los ingleses en 1762, el nacimiento de Carlos IV diez años después, un simulacro de sitio y asalto de Atarés en 1773, y el terremoto de 1776. El primer suceso no fué cantado entonces en su totalidad: sólo un episodio, la prisión del obispo Morell, dió motivo al presbítero Diego de Campos para escribir una larga *Relación* en décimas, que López Prieto encontró en la biblioteca de D. Eusebio Valdés Domínguez, de las cuales ha

publicado treinta y ocho en el *Parnaso Cubano;* son claras y libres de afectación y pedantería, pero prosaicas y vulgares. El nacimiento del príncipe heredero fué celebrado en la Habana con suntuosas fiestas reales, las cuales creyó dignas un desconocido rimador de ser narradas en octavas; de este relato y otros versos y algo en prosa, formó un folleto D. Francisco Loysel, que se dió á luz en la imprenta destinada al cómputo eclesiástico. Las treinta y dos octavas del poema *Simulacro y Sitio de Atarés,* de que nos habla Saco en el tomo II de la *Colección de papeles,* no tienen, á juicio del escritor bayamés, ni invención, ni pensamientos, ni imágenes; el lenguaje es pedestre y los versos carecen de armonía. Atribúyese al mismo Loysel, que lo publicó en la imprenta de D. Blas de los Olivos. La *tragicómica descripción* del terremoto de Santiago de Cuba en 1776, de la que se conserva noticia por el mismo Saco, pertenece al legajo 22 de *jesuítas,* archivado en Madrid en la Academia de la Historia: tiene sesenta y seis octavas y concluye en décimas; á juzgar por las muestras, el autor no sabía ni medir versos.

El cronista Arrate, según tradiciones, también se ensayó como lírico y como dramático: nada ha quedado que permita formar aproximado concepto de sus dotes de versificador.

Después de él, no hay otro á quien citar de aquellos atrasados tiempos sino el bayamés Manuel del Socorro Rodríguez, que obtuvo del monarca la concesión de ser examinado en 1788 para mostrar sus conocimientos en literatura, pintura y escultura, y que por los méritos que se le reconocieron, fué premiado con el cargo de bibliotecario en Santa Fe de Bogotá. Lo

que asombra es cómo pudo adquirir, en pueblo y tiempos tales, cierta cultura, sin aprovechar siquiera los escasos elementos de instrucción que ya algunos establecimientos de enseñanza ofrecían, probando claramente su inteligencia y su voluntad enérgica, que le hizo quebrantar grandes obstáculos para elevarse dignamente. Pero sus versos (dejó entre otros el poema *Las delicias de España)* son lastimosas imitaciones de la poesía culterana española.

«D. Ambrosio de Zayas y Bazán—dice Bachiller y Morales—es el primer cubano que se ocupó de la Historia del país; pero de su manuscrito, enviado á la corte, no queda más noticia que el recuerdo que de él nos hace Arrate en su *Llave del Nuevo Mundo.*»

El obispo D. Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, que vino á Cuba en la segunda mitad del siglo XVIII, escribió una perdida *Relación de las tentativas de ingleses en América,* y también una mal llamada *Historia de la isla y catedral de Cuba,* de la cual nos da cumplida cuenta José Antonio Echeverría. Según este escritor, el manuscrito del prelado se entretiene demasiado en apuntar las antiguas dudas sobre la existencia de habitantes en la zona tórrida, y en tratar sin oportunidad y con escasez grande de datos, de los viajes de Colón, el descubrimiento de América y la conquista de la española. Lo referente al gobierno de Velázquez es lo mejor; para esta parte de su obra le suministraban pormenores las crónicas generales. Después se limita á la biografía de los obispos de Cuba y á la crónica de la ciudad. Si alguna vez, para amenizar la obra, sale de este pequeño círculo, divaga relatando sucesos acaecidos en el continente. Lo más curioso del trabajo es la inserción del poema de Balboa

que en las precedentes páginas examinamos. Según Pezuela, se extiende también en reflexiones acerca del contrabando de Bayamo, que se encuentran confirmadas en la carta del general Valdés al Rey, descubierta por el laborioso académico en el archivo de Indias de Sevilla (1).

D. José Martín Félix de Arrate, regidor del Ayuntamiento de la Habana, dejó inédita una crónica de los principales sucesos de esta capital, con el título de *Llave del Nuevo Mundo antemural de las Indias,* título tomado de una Real cédula de 1634. Publicóse por primera vez en 1830 y 31 por la Comisión de Historia de la Sociedad Económica, y nuevamente por D. Rafael Cowley, con los trabajos análogos de Urrutia y Valdés, en 1876. Comprende hasta 1761. Por su plan limitado, por los escasos materiales de que pudo disponer su autor, es insignificante; por su claridad, y á ratos por la relativa elegancia de su estilo, Arrate es superior á Urrutia.

Urrutia y Montoya (D. Ignacio), con sus deplorables dotes de escritor, logró hacer insoportable el caudal de noticias que reunió en su *Teatro histórico, jurídico, político y militar de la Isla de Cuba.* La citada Comisión de Historia no pudo menos que tachar en él, como en Valdés, las difusas disertaciones acerca de puntos insignificantes, la obscuridad en lo más substancial, la confusión de sus noticias de más precio, que tan perplejo deja á quien las analice (2). Es verdad que, como recuerda su admirador Bachiller y Mo-

(1) *Hist. de Cuba,* tomo I, pág. 348.

(2) Prólogo de los *Documentos relativos á la historia de la Isla de Cuba,* citado por Pezuela.

rales, catorce años de papelear en la Intendencia de Ejército y Hacienda, dos en la Judicatura de difuntos, más de uno en la Auditoría de Marina y siete en el Señorío de la ciudad de San Felipe y Santiago, le proporcionaron ocasión de registrar archivos y extractar olvidados documentos; pero careció de arte para escogerlos y presentarlos. No es lo único obscuro su estilo (que no se disculpa por *la fuerza del tiempo*, la cual no impidió que Arrate se expresase mejor); lo es el plan tan enfáticamente enunciado: «Por estos embargos—dice—y ser objeto principal lo útil, dándole aquella parte deleitable que baste á hacer tragar el anzuelo por la carnada, he resuelto dividirla en tres partes, que haciendo en el *Teatro* otras tantas representaciones, instruya la primera lo pasado con lo histórico, la segunda lo presente con lo jurídico, y la tercera lo que por discursos políticos podemos esperar que sea la Isla en lo futuro». ¿Qué significa todo esto? Si, como se ha dicho hace poco, lo más celebrado del *Teatro* es la división en grandes épocas, no sabemos qué sea lo peor.

El *Teatro* de Urrutia, según Saco (1), empezó á publicarse en la Habana en 1789, en la imprenta de Boloña; llegando á imprimirse catorce pliegos de papel español, que contenían catorce páginas de censura, aprobación y dedicatoria, treinta y ocho de prólogo y sesenta y cuatro de texto: nueve capítulos que alcanzan hasta la llegada del cacique Hatuey. Bachiller, en el tomo III de sus *Apuntes*, página 126, pone á dicha impresión fecha de 1787; pero debe ser errata, pues su noticia parece tomada de Saco, á juzgar por

(1) *Colección de papeles*, tomo I, pág. 408.

la cita del tomo II, página 64, donde no rectifica la fecha, como lo hubiera hecho minuciosamente al hallar datos distintos de los del escritor bayamés. Recientemente se ha dicho que ocurren dudas respecto á si fué 1789 ó 1791 la fecha de la impresión de los catorce pliegos antedichos, confundiéndolos con el *Compendio de memorias para la historia de la Isla Fernandina de Cuba*, que Urrutia mismo publicó en 1791 en otra imprenta, la de la Capitanía general, bien para que sirviese, como él dijo, de índice á los ministros y personas que no pueden dedicarse á largas lecturas, bien porque sospechase que la publicación completa de su obra magna se dificultaba.

Del *Compendio* no se conservan ejemplares: los dos obtenidos por Bachiller son incompletos. Del *Teatro*, según Saco, había dos tomos manuscritos en la Sociedad Patriótica en 1815, que no constituían toda la obra. El segundo se perdió. Del primero se hicieron varias copias. D. Juan Bautista Sagarra empezó á publicarlo en las *Memorias de la Real Sociedad Económica de Cuba* y á poco se suspendió el periódico. Ultimamente dicha primera parte salió en la nombrada edición de Cowley con las historias de Arrate y Valdés, asegurándose en ella, por error, que está completa. Son seis libros que llegan á 1556.

Los primeros oradores cubanos que lograron fama en la cátedra del Espiritu Santo, brillaron en la segunda mitad del siglo XVIII.

Francisco Javier Conde y Oquendo nació en la Habana en Diciembre de 1733. Estudió humanidades con los padres Jesuítas y se graduó de Doctor en Teología en la Universidad. Pronto comenzó á distinguirse como orador sagrado, y también como catedrático del

Seminario. En 1775 pasó á España, llamó en Madrid la atención con un sermón de cuaresma y obtuvo de la Academia Española el segundo premio de elocuencia por un *Elogio de Felipe V.* Posteriormente fué á Méjico, donde se hizo más célebre que en Cuba. Murió en 1799, dejando manuscritos tres tomos de piezas oratorias, de las cuales se han impreso dos, y el otro lo conserva el Sr. Bachiller y Morales (1).

El Dr. D. Rafael del Castillo y Sucre nació accidentalmente en aguas de Maracaibo, en 1741, en el buque en que llegaba su madre, procedente de la Habana, para reunirse á su esposo D. Juan, marqués de San Felipe, empleado allí en el real servicio. Cuando creció el niño fué confiado á un ayo en el convento de Padres Predicadores de la Habana, donde se distinguió pronto por sus claras luces, y especialmente en los estériles ejercicios de memoria que han sido hasta hace poco, y aun son en muchas partes, el gran error de un desacreditado método pedagógico. Recibió los grados de bachiller, licenciado y maestro en Artes y pasó á España en 1757 con su padre. Se graduó en Sigüenza de Doctor en Teología, cursó Derecho civil en el Real Colegio Seminario de Nobles de Madrid y cuando regresó á la Habaua continuó estudiando en la Universidad para obtener el título de Bachiller en Sagrados Cánones en Septiembre de 1771. Fué á los veintidós años catedrático del Seminario de Santiago de Cuba, nombrado por el obispo Morell, y más tarde capellán del hospital de San Francisco de Paula en la Habana y director del Colegio de San Carlos. Obtuvo otros cargos y honores, aquí y en Yucatán, y murió el 17 de

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*, pág. 205.

Abril de 1783, electo obispo de la diócesis de Puerto Rico (1).

Su fama de orador sagrado comenzó en España. El Consejo de Indias se entusiasmó tanto con sus sermones, que le envió una comunicación gratulatoria sin ejemplar, y lo propuso á S. M. para una canonjía. En la Habana alcanzó también triunfos legítimos y numerosos; pero en vez de sus oraciones elocuentes, sus contemporáneos nos han legado sólo el recuerdo de sus éxitos. Por excepción llegó á manos del erudito Bachiller y Morales una predicada al bendecir las banderas de un batallón de pardos milicianos, de la cual transcribe en sus *Apuntes* varios párrafos dignos de la mención que les otorga. «Uno de los temas difíciles que puede resolver un sacerdote cristiano—observa con razón Bachiller—es santificar la guerra, encomiar la gloria militar.» Sin embargo, el padre Castillo supo vencer la dificultad exclamando ante los fieles: «Yo hablo de un valor cristiano y perfecto que anima la religión con sus motivos, que dirige la prudencia en sus actos, que modera la caridad en sus triunfos, que encoge la modestia en sus glorias y arde acompañado siempre de todas aquellas virtudes que han formado en los últimos siglos cierta especie de moral militar.» La hermosa y animada pintura que después hace del heroísmo de Velasco, del que fué testigo ocular, su frase elegante, su manejo del idioma, demuestran en los trozos, verdaderamente bellos, que del referido sermón conocemos, que debió ser maestro consumado en su género oratorio, si reunió las condiciones externas que sólo sus oyentes pudieron apreciar.

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*, pág. 179 y siguiente.

El padre Juan Bautista Barea, natural de la Habana, murió en la misma ciudad en 2 de Febrero de 1789. Parece que aventajó á Castillo no sólo en fecundidad (sus sermones pasaron de mil en veinte años de predicación), sino también en elocuencia. Guiteras (1) lo llama *el príncipe de los oradores de su tiempo,* y nos da pormenores de un raro cuaderno de veintiocho páginas, titulado *Expresión fúnebre á la inmortal memoria,* etcétera, y que contiene un pobre romance en endecasílabos de D. Miguel González, los jeroglíficos descifrados en versos que según los usos de la época se pusieron en las honras fúnebres que le dedicaron los padres Agustinos, y una lista de sermones y traducciones que hizo de Cicerón, de los padres de la Iglesia y de las historia griega y romana del padre Miller.

Menos famoso fué José Policarpo Sanamé, mal llamado Samaní por José María de la Torre. Nació en Baracoa en 1760, se educó en el seminario de Santiago de Cuba y pasó á la Habana muy joven para ordenarse de sacerdote con dispensa de edad que le concedió el obispo Hechavarría. Volvió á Baracoa de párroco, estuvo en Santo Domingo, predicó allí el sermón de *la nube*, que le valió grandes elogios, y falleció en su pueblo natal, en Diciembre de 1806, la víspera de partir para la Habana á tomar posesión de una canonjía. Tuvo una notable biblioteca, enriquecida notablemente con libros nuevos que recibía de Europa; y aun dejó mejores recuerdos por su caridad (2).

(1) *Hist. de la Isla de Cuba,* tomo II, pág. 138 y siguientes.

(2) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.* Cita igualmente á fray Juan y fray José González, ya olvidados.

En ciencias sólo hay una obra publicada en Cuba que citar. La de D. Antonio Parra, titulada: *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo*, publicada en la imprenta de la Capitanía general, en 1789, y enriquecida con setenta y cinco dibujos preparados por un hijo del autor, pues no era entonces época de solicitar grabadores más hábiles en Cuba.

Aunque la obra realizada durante su residencia entre nosotros, por el laborioso aficionado portugués, no sea de mérito sobresaliente y relevante, merece estimación por las noticias que ha proporcionado sobre los peces de estos mares. Ocupáronse en la Corte de ella, principalmente, D. José de Saavedra, naturalista conocido, en carta al director del Jardín Botánico, D. Casimiro Gómez Ortega. En el tomo I de su colección de papeles dedicó Saco doce páginas á esta materia, donde podrán los aficionados consultar otros pormenores y encontrar las rectificaciones que hizo el eminente bayamés, utilizando datos posteriores de una obra de Mr. Guichenot, sobre los peces de estas aguas.

Posteriormente fué comisionado Parra por el Gobierno y por el Jardín Botánico de Madrid para recoger en Cuba objetos curiosos y enviarlos al gabinete de Historia Natural de Su Majestad. En Febrero de 1791 formó en la Habana algunas curiosas colecciones de tortugas, esponjas, crustáceos, petrificaciones, etc. (1).

No entre nosotros, pero si en Salamanca, brilló

---

(1) Bachiller: *Apuntes*, tomo I, cap. XXII.—Felipe Poey: *Memorias de historia natural*.

también un cubano del siglo XVIII, el jurisconsulto Aréchaga, notable comentarista, citado por Nicolás Antonio, y catedrático famoso en la Universidad más célebre de España (1).

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

LIBRO SEGUNDO

SEGUNDA ÉPOCA

(PRIMER PERÍODO, 1790-1820)

CAPÍTULO PRIMERO

LA ENSEÑANZA

Instrucción primaria.—Desvelos de la Sociedad Patriótica. Informes.— Sección de Educación.—Villaclara, Puerto Príncipe y Matanzas.—Estudios secundarios.—Química. Plan de estudios de Calvo.—Botánica, Anatomía, Filosofía, Física.—Economía Política.—Proyecto de Ramírez.—Estudios mayores.—Leyes.—Matemáticas.—Teología.—Medicina.

Por fin llega una época en que la colonia va á salir de los largos días de la infancia. Traspasando los límites de la estrecha esfera de la administración, ya se dispone un gobernante á ejercer con inusitado celo y noble entusiasmo la acción educadora que á los Poderes públicos incumbe en los países atrasados. Es el general de más grata recordación entre nosotros don Luis de las Casas, que inicia en 1790 la nueva era de Cuba, era en que, despertando nuestras latentes energías, desarrollándose los dormidos gérmenes de nues-

tra cultura, dan el consolador espectáculo de un pueblo que ansía entrar en la vida de la inteligencia.

Dos fundaciones capitales hizo en los seis años que estuvo entre nosotros: la del *Papel Periódico*, primera publicación literaria, que fué gradualmente transformándose; y la de la Sociedad Patriótica de la Habana, fomentadora de todos los intereses materiales, promovedora de grandes adelantos en la enseñanza y de la primera biblioteca pública que abre aquí sus puertas en las postrimerías del siglo XVIII. Y para que estas fuentes de cultura no fuesen estériles, agrupó en derredor de ellas á los cubanos de más valer y actividad: D. Tomás Romay, el médico eminente y fervoroso patricio; D. Francisco de Arango, el pensador y distinguido economista; el presbítero José Agustín Caballero, inteligencia clarísima y corazón resuelto; don Luis Peñalver, arzobispo de Guatemala; el padre Veranes, laborioso hijo de Santiago de Cuba, y los Calvo, Ibarra, Robredo, Santa Cruz y otros que prestaron el concurso de sus talentos, dineros y servicios, con arreglo á sus fuerzas.

El obispo D. José Díaz de Espada y Landa, que llegó á la Habana en Febrero de 1802, tiene página no menos gloriosa en nuestra historia intelectual. Es el reformador de la enseñanza en el Seminario de San Carlos, que en la segunda década del siglo actual se eleva á su mayor altura.

Otro benemérito protector de la enseñanza es el intendente D. Alejandro Ramírez, venido á Cuba en Julio de 1816. Como director de la Sociedad Patriótica, promovió la multiplicación de las escuelas y el mejoramiento de los profesores, creó la Sección de Educación y la dotó de fondos y contribuyó á establecer

y conservar cátedras nuevas é importantes, además de la academia de dibujo que perpetúa su nombre.

Veamos despacio lo que resulta de todos estos esfuerzos, hasta dónde llegaron sus beneficios y con qué obstáculos tropezaron.

Por la Real cédula de su erección y por Real orden especial de fecha posterior, recibe la Sociedad Patriótica particular encargo de velar por la enseñanza en Cuba. Comenzando por la instrucción primaria, encomienda á fray Félix González, en 1793, la formación de un estado que presentó un cuadro desconsolador: contábanse en la Habana 39 escuelas, de las cuales 32 eran de niñas; en las mejores no pasaban los varones de las operaciones aritméticas de enteros, y en gran número de ellas, dirigidas por mujeres de color, no se daba sino clase de lectura, según informa el erudito Bachiller y Morales.

Trató entonces la corporación de fundar dos escuelas gratuitas para los niños pobres de ambos sexos. «Sus benéficas ideas—dice José Antonio Saco (1)—merecieron la aprobación del Gobierno; y por Real orden de 8 de Enero de 1794, se le ordenó que para obtener los fondos necesarios se pusiese de acuerdo con el Ayuntamiento y con el obispo de la Habana. Dieron las dos corporaciones los pasos conducentes para realizar obra tan laudable; pero ni el empeño de la primera, ni la benévola disposición del segundo, bastaron á vencer la dura resistencia del prelado, quien á todo se negó, dando por excusa que las escuelas es-

(1) *La América*, periódico de Madrid, artículos relativos á la instrucción primaria en Cuba, reproducidos en su *Colección póstuma*.

parcidas por la ciudad bastaban para la instrucción de la infancia».

Pronto encontró la Sociedad otra ocasión de acalorar su proyecto. Cuando se disolvió en la Habana la congregación llamada *de la Buena muerte*, fué facultado el diocesano por el Rey para disponer de los fondos empleándolos en piadoso objeto. Dos amigos del pais, los doctores Caballero y González, fueron en comisión y gestionaron con empeño. También esta vez la Sociedad se estrelló en la oposición terca del obispo Tres Palacios, predispuesto siempre, por rivalidad mezquina, que merece desaprobación severa, contra todo fecundo pensamiento del benemérito general Las Casas.

Tropezó la Sociedad con nuevos obstáculos en 1795 al arbitrar los fondos que se requerían indispensablemente para la realización de sus excelentes propósitos. Hizo gestiones para que se estableciesen en la Habana los religiosos de San Sulpicio, que con tan buen éxito se dedicaban en Nueva Orleans á la enseñanza, y también resultaron infructuosas. Ocupóse asimismo de establecer escuelas rurales; mas un informe de 1800 demuestra que nada se había conseguido aún.

Entretanto, las clases acomodadas buscaban por otros caminos proporcionar á las niñas mejor educación. Cediendo á la solicitud de respetables personas de la Habana, por Real orden de 1796, conforme con un Breve de Su Santidad, otórgase que en el convento de Franciscanas Observantes, y en los demás de monjas, puedan admitirse niñas en clase de educandas. Esta medida sólo aprovechaba á los ricos. Para los pobres fueron más útiles la fundación de la escuela de

la Beneficencia en 1799 y el establecimiento de las monjas Ursulinas en la Habana en 1803.

Fuera de la capital, la instrucción gratuita del pueblo no contaba con otros recursos que con aislados é insuficientes esfuerzos de los particulares, principalmente del clero. Entre éstos se recuerda el celo del presbítero D. Mariano Acosta, de Bayamo, preceptor de Saco en su niñez, cuya memoria ha hecho imborrable el ilustre discípulo, inscribiendo su nombre entre los de aquellos que merecen reconocimiento del país por el desinterés y la perseverante voluntad con que contribuyeron á disminuir la ignorancia.

En 1801 la Sociedad Patriótica de la Habana investiga de nuevo el número y el estado de las escuelas existentes en la ciudad. Un informe que presenta el dominico fray Manuel Quesada, dice entre otras cosas lo siguiente:

«Se hallan en la ciudad 71 escuelas, que comprenden más de 2.000 niños de ambos sexos y de todas clases y condiciones (1). Las que encuentro en mejor estado son: además de las de Belén y la Beneficencia, las de D. Francisco Wandarán, D. Jorge Arrastía y la señora Peruani.

»La mayor parte de estas escuelas están establecidas sin facultad del Gobierno ni del Ordinario: una multitud de ellas están dirigidas por mujeres de color que carecen de instrucción, orden, método...

»Todas padecen de estrechez de local, origen de su poca salubridad, y de la mezcla de clases, y de que no se pueda establecer ningún método en la enseñanza.

---

(1) Bachiller y Morales dice: "Hasta el número de 60, con más de 2.000 niños". *Apuntes*, tomo I, pág. 9.

»Son establecimientos casuales, y sólo sostenidos por contribuciones voluntarias, de donde nace que los maestros se vean obligados á buscar su subsistencia por otros medios y las miren con indiferencia y abandono.

»Sin embargo, no se pueden destruir estas malas escuelas por falta de otras mejores. En ellas á lo menos se enseña á leer y á escribir y los rudimentos de la fe.»

Concluye el informe proponiendo algunas mejoras que se olvidaron por completo.

No pudiendo la Sociedad, como hemos visto, crear escuelas propias en mejores condiciones, trató de estimular á los maestros, ofreciendo premiar á los que acreditaren haber obtenido más satisfactorios resultados. Dióse entonces el caso peregrino de que optasen al premio y lo obtuviesen, con arreglo á las condiciones acordadas, dos maestros de color, Lorenzo Meléndez y Mariano Moya, que presentaban diez alumnos versados en Gramática y las cuatro reglas, sin pasar de quince años.

Esta y otras pruebas de que lo que más urgía era formar un personal idóneo y entusiasta que sustituyese á muchos profesores ineptos, audaces y poco escrupulosos de conciencia, más atentos al lucro que á llenar religiosamente sus deberes, motivaron repetidos y generosos esfuerzos de la Sociedad, encaminados á establecer exámenes previos para los que aspirasen á enseñar, y reglamentos adecuados al propuesto fin. Las formas indicadas en el informe de fray Manuel Quesada no tuvieron aceptación, ni en rigor la merecían (1); pero la Sociedad no perdía de vista su obje-

(1) "Vense asomar en las medidas propuestas las ideas estrechas y mezquinas de la tasa y gremio, y pardiez que

to. Una comisión de cuatro amigos del país formó en Mayo de 1808 un reglamento para el gobierno de las escuelas. En Enero del año siguiente fué puesto á discusión.

Sin embargo, tanta iniciativa y tanto afán fueron ineficaces. Hubo acuerdo en los asuntos secundarios y quedó aplazado el principal, el examen previo de los maestros.

Así llegamos á 1816, época en que se establece la Sección de Educación. Nómbrase una comisión que, sin aviso previo, inspeccione las escuelas de la Habana intramuros y otra para visitar las de extramuros. Las escuelas habían aumentado y los alumnos también. En las de varones notábanse adelantos, como la enseñanza de elementos de Matemáticas y otros de conocida utilidad. No así en las de hembras, según el informe del presbítero Vélez, publicado en las *Memorias* del año 1817. «Por lo que toca á la lectura—decía—hemos hallado que se sigue el método ordinario de deletrear, etc.; pero al mismo tiempo hemos tocado varios vicios tan generalizados, que parece dependen de un errado sistema.» Y especifica varios; después de lo cual, termina diciendo que, excepto en San Francisco de Sales y en las Ursulinas, en las demás, á no ser á leer y á rezar, nada se enseña.

Para mejor informarse, la Sección de Educación alcanzó también, por el general Cienfuegos, se pasasen circulares al interior de la Isla, para averiguar el estado de la instrucción primaria. Los datos obtenidos

---

entonces, y hasta mucho después, era industria, y grosera, la que desempeñaban la generalidad de los preceptores."—Bachiller y Morales: *Apuntes*, tomo I, pág. 16.

fueron insuficientes, aunque bastante aflictivos en lo poco que manifestaban.

Tal atraso imponía á la sección citada el deber de desplegar constantes y repetidos esfuerzos en pro de la causa abrazada, y así lo hizo y pudo hacerlo contando con el tres por ciento de las rentas municipales que la Real orden de Agosto de 1816 le concedía, ascendente á unos 32.000 pesos. «Dióse nueva marcha á las escuelas—afirma Saco—; exigióse á los maestros la capacidad y la buena conducta; abolióse la costumbre de que los niños de ambos sexos estuviesen reunidos en unas mismas salas, y de que se hallasen mezcladas las razas blanca y africana; prohibióse el magisterio á la gente libre de color, sin que por eso se extendiese la prohibición á la enseñanza de los individuos de su clase; ampliáronse los ramos de instrucción, así en las escuelas de varones como en las de hembras, pudiendo asegurarse que éstas no presentaban el deplorable estado de los tiempos anteriores; mandóse, en fin, que cada escuela celebrase anualmente un examen público, al que debía asistir una comisión compuesta de uno ó más miembros de la Sección». Abre, además, un certamen para estimular á los profesores, ofreciendo recompensas de 500 y 300 pesos á los que presenten mejores alumnos; y en 1818 señala una corta pensión á D. Desiderio Herrera, que se ofrece á enseñar á 20 niños gratuitamente.

Resumiendo los progresos de la instrucción primaria en los treinta años que hemos examinado ligeramente, resulta una notoria desproporción entre los esfuerzos hechos por algunos hombres de buena voluntad y los escasos frutos obtenidos. No podía ser otra cosa, pues harto sabemos que la difusión y mejo-

ra de la enseñanza elemental suponen la inversión de cuantiosas sumas para protegerla. Privada de ellas, la Sociedad Patriótica no podía realizar sus sueños de multiplicar las escuelas y formar un profesorado, si no modelo, al menos aceptable. Así es que el aumento de las escuelas, cuando no procede de algún acto de particular filantropía, obedece al crecimiento de la población, que empuja á nuevos maestros á la cátedra. En Villaclara es ejemplo de lo primero la escuela que se abre en 1794 con las donaciones del presbítero Hurtado de Mendoza (1); y de lo segundo las de Vázquez, Gallardo, Díaz de Vargas, Zafra y Mas, que se establecen de 1817 á 1820, y logran sólo una existencia efímera; tanto que ya en 1822, de tantas escuelas de varones únicamente queda la del Hospicio. Para las hembras seguía abierta, y siguió por muchos años, la de D.ª Nicolasa Pedraza y Bonachea, que dejó memoria por su consagración á la niñez durante medio siglo (2).

Cuanto á los estudios secundarios, sabido es que la Sociedad Patriótica les dedicó desde bien temprano sus desvelos, tratando de abrir nuevas carreras á la juventud.

En junta de 31 de Octubre de 1793, D. Nicolás

---

(1) Dice Manuel Dionisio González que llegó á tener más de 300 niños, y que en 1858 quizás no llegaban á la mitad todos los de la villa.

(2) En Puerto Príncipe se establecen las Ursulinas en 1819. Bachiller y Morales *(Apuntes*, tomo I, pág. 13) trae algunos datos de los esfuerzos del Ayuntamiento y de la Diputación patriótica de Sancti Spiritus para favorecer la instrucción gratuita, aprovechando una donación de Valdés Figueroa, presbítero del siglo pasado, y aumentándola con

Calvo y O'Farrill, primer censor, propuso que se estableciera una escuela de Química, y su pensamiento fué acogido con entusiasmo, promoviéndose una inmediata suscripción que produjo 24.615 pesos. Por desgracia, las dificultades que surgieron al buscar profesor para tan importante asignatura, solicitado en balde largo tiempo y con empeño por D. Francisco Remírez, en Madrid, y en Londres por D. Simón de las Casas (embajador español y hermano del general D. Luis), dilataron la inauguración de la cátedra hasta 1819, época en que tan infortunadamente la tomó á su cargo Mr. de Saint-André, arrebatado por la fiebre amarilla á poco de haber pisado nuestras playas. Entonces fué ofrecida al sabio cubano D. José Estévez, que la rehusó. Llegados de Europa los instrumentos y aparatos y próximos á perderse por falta de local, debióse al celo de Ramírez que se habilitaran para laboratorio tres habitaciones del Hospital de San Ambrosio, que formaron un salón, y allí dió su enseñanza el nuevo profesor D. José Tasso, sin que después ocurriese nada de notar hasta los días de Casaseca.

En la junta de 7 de Junio de 1794 formó la misma corporación un plan de enseñanza secundaria en que entraban las asignaturas siguientes: Matemáticas, Di-

---

2.000 pesos de una suscripción y 200 pesos anuales que ofreció la corporación municipal. De las vicisitudes de las escuelas de Matanzas desde 1794 hasta 1819, da Pedro Antonio Alfonso, en sus *Memorias*, páginas 200 á 216, amplios detalles que no están en los trabajos de Bachiller, Saco y otros cronistas; pero es inútil amontonarlos aquí, bastando lo expuesto para la idea general que nos propusimos dar del estado de la enseñanza elemental en el período que estudiamos.

bujo, Física, Química, Historia natural, Botánica y Anatomía. Era realmente defectuoso, pero manifestaba los deseos vehementes de sus patrocinadores de ensanchar la esfera de la educación, y hubiera reportado algún provecho á no fracasar juntamente con la reforma general del plan de estudios aconsejada por el padre Caballero, que careció del apoyo del Gobierno de S. M., como el lector ha visto en un capítulo anterior (1).

La Sociedad tuvo, pues, que limitarse á seguir proponiendo reformas parciales, y á intentarlas solicitando la generosidad de los particulares para que de su bolsillo las costeasen. Fué propuesta en 1795 la creación de un jardín botánico, mas no fué acogido el proyecto con el entusiasmo que el laboratorio químico, porque no era de utilidad tan inmediata para la industria del azúcar, como demostró el padre Veranes; y los esfuerzos del citado Calvo, D. Mariano Espinosa, D. Joaquín Herrera y D. Tomás Romay, redoblados cuando la llegada á Cuba del naturalista D. Martín Sesé brindaba propicia ocasión á sus deseos, estrelláronse por entonces, no obstante el acuerdo de la Junta del Consulado de contribuir con mil pesos, en la penuria y el desdén de muchos. Reaparecen en la época del intendente Ramírez y obtienen ya cumplido éxito, viniendo á ser el primer profesor (1817) el socio José Antonio de la Ossa.

La Anatomía, considerada también como estudio de interés para todos, alcanzó en 1797 cátedra abierta, merced á los esfuerzos de la Sociedad, y sobre

(1) El plan de estudios secundarios fué también de Calvo (BACHILLER: *Apuntes*, tomo I, pág. 61), y precedió un año al del padre Caballero.

todo, de D. José Pablo Valiente, que sustituyó con ventaja y honradez á Uriza en la Intendencia. Dió los primeros cursos en el Hospital militar el licenciado D. Francisco J. de Córdoba. Después de 1817 la Sociedad vuelve á ocuparse en atender á las necesidades de la cátedra, ya para tratar de adquirir Museo anatómico, ya para buscar profesor.

Pero las mejoras más transcendentales de la enseñanza secundaria no son las aisladas que acabamos de mencionar, sino las que colocaron el Colegio Seminario de San Carlos á gran distancia de todos los demás en la primera y en la segunda década del siglo.

Principalmente en los estudios filosóficos realizóse allí en pocos años una verdadera revolución. Ya en los estatutos se recomienda cercenar todas las cuestiones inútiles y ridículas del Peripato, se deja á los profesores libertad de textos, y aun para formar por sí uno adecuado y mejorarlo gradualmente, según su ilustración y luces.

Fué el primero en aprovechar este consejo el presbítero D. José Agustín Caballero, que escribió unas lecciones de Lógica para el curso que comenzó en Septiembre de 1797. Del cuaderno inédito que formaron dijo en 1839 José Zacarías González del Valle:

«Está escrito en un latín elegante y conciso: pertenece al dogma de Aristóteles, aunque se titula Filosofía ecléctica; reconócele por el fundador de la Lógica, pero separándose desde el prólogo de lo que afirma poderse llamar la basura de la ciencia, aquellas frívolas y estériles disputas de que siembran los escolásticos lo más evidente, con cuyo motivo copia lo que acertadamente pensó de ellas Melchor Cano» (1).

(1) *Cartera Cubana*, tomo III, pág. 94. Siguen cinco

Pero la más completa y provechosa reforma de los estudios filosóficos se realiza cuando se encarga de la cátedra el presbítero D. Félix Varela en 1811. Los resultados que logró en los diez años que explicó la asignatura fueron asombrosos. La filosofía pirapatética se desmoronó á los primeros golpes de su inflexible piqueta, los nombres de pensadores modernos de todas las escuelas resonaron en las aulas y sus doctrinas fueron examinadas libremente. Los alumnos aprendieron á tener por guía su razón, é ignoraron todas las cuestiones inútiles y los confusos términos de la filosofía escolástica. Cuando el obispo veía los programas del audaz profesor, le excitaba á seguir *barriendo* muchas proposiciones estériles que aun quedaban en ellos; el joven filósofo aceptaba el estímulo, aumentaba sus bríos y renovaba con más independencia los métodos y la doctrina. El día en que un discípulo de clara inteligencia, Escobedo, le preguntó: *¿Para qué sirve esto?* señalándole una cuestión realmente ociosa, creyó haber aprendido más que cuanto había enseñado, y formó firme propósito de ser más celoso en lo adelante al descartar toda vana disputa de palabras que no ilustrase sólidamente á sus alumnos. Así salieron de su cátedra hombres serios y sinceros, amantes de la ciencia, y D. José de la Luz pudo decir de aquel sabio maestro que «fué el primero que nos enseñó á pensar».

No era lo menos provechoso de su enseñanza el usar para ella el castellano. Desde el tercer tomo sus *Instituciones de Filosofía Ecléctica* pudieron publi-

páginas. Este artículo es la fuente á que han acudido José Manuel Mestre y cuantos después han tratado de las opiniones filosóficas del padre Caballero.

carse en dicho idioma con permiso de Espada. En las explicaciones orales y en las conclusiones de los escolares se empleaba también. Sólo un día en la semana se utilizaba el latín, como ejercicio práctico, para que no fuese olvidado. De esta manera, en vez de ser el estudiante un receptáculo de proposiciones y fórmulas en lengua muerta que apenas entendía, discurría en la propia y se asimilaba nociones útiles y claras. A los baldíos esfuerzos de la memoria reemplazaba la bien dirigida cultura del entendimiento.

No es posible examinar aquí sus escritos filosóficos, ni aunque tuviéramos espacio diríamos nada nuevo. Bachiller, Luz, Zambrana, Mestre (1), principalmente el último, lo han hecho con gran extensión y competencia. Para dar cuenta exacta de su influencia poderosísima en el movimiento científico cubano, también serían necesarias muchas páginas. Sus biógrafos Rodríguez y Calcagno han verificado ese trabajo.

La Física, comprendida entonces en las asignaturas de Filosofía, tuvo igualmente en el padre Varela un buen profesor. Muchos años después, cuando se trató del Instituto cubano, D. José de la Luz recomendaba como texto sus lecciones. Poco después José Antonio Saco dió brillantes cursos, siguiendo los adelantos extranjeros día por día.

La Economía política, considerada como estudio de interés general, alcanzó del Gobierno una Real orden en 1813 que ordenaba se abriesen cátedras de ella en las Universidades. En la de la Habana se obedeció la Real orden en 1840. Afortunadamente, la Sociedad Patriótica estableció una en 1818, auxiliada por vo-

---

(1) *De la Filosofía en la Habana.*

luntaria suscripción de los vecinos, y se inauguró en San Carlos, siendo su primer profesor el presbítero D. Justo Vélez, después director del Seminario y traductor de Juan Bautista Say.

El intendente Ramírez tuvo un proyecto más vasto, que fué el de establecer en el edificio de la Factoría en 1817, suprimiendo el estanco de tabaco, un Instituto nuevo para la enseñanza de las Ciencias. No fué el proyecto de los felices, y quedó olvidado para reaparecer más tarde.

Hablemos ya de los estudios mayores.

Como en otro capítulo se ha visto, el obispo Espada fundó provisionalmente (1807) en el Seminario las cátedras de Derecho civil y Matemáticas, que las Cortes aprobaron en 1812. El presbítero Vélez se encargó de la primera y levantó no poco los estudios jurídicos, que yacían en lamentable atraso. Algunos años después tuvieron en la Universidad celoso profesor en D. Prudencio Hechavarría. Pero hay que poner una tacha á estos progresos de la Facultad de Leyes. Como que se había abusado tanto hasta principios del siglo del estudio exclusivo de las leyes romanas, al llegar la hora de la reforma se exageró la cruzada contra ellas. El impulso vino del otro lado de los mares. El discurso del doctor Hechavarría en la apertura del curso de Instituta Concordata en 1816, era el resumen de cuantos cargos hicieron el marqués de la Ensenada, Mora y Jarava, Cabarrús y Campomanes contra los males que el completo desprecio de las leyes españolas y la ciega idolatría por el Digesto ocasionaban. El padre Vélez seguía la corriente, y sus discípulos de San Carlos se entregaban á ella. El alumno José Agustín Govantes escribió una disertación que

pretendía demostrar *los trascendentales perjuicios de su estudio* (1). En una traducción de Heineccio hecha por Saco la legislación de Roma es comparada á un cadáver corrompido que ha envenenado de muerte la española. No es necesario en la actualidad probar que estas afirmaciones eran mezquino fruto de un injusto apasionamiento explicado por las circunstancias.

Entretanto los estudios teológicos decaían en el Seminario. No ha faltado entre el clero quien deplore que Espada lo engrandeciese *á su manera*. En el *Boletín Eclesiástico*, en otro capítulo citado, se ve que los *alumnos* solían pasar de setecientos, en su mayoría estudiantes de Filosofía y Leyes, y que los *seminaristas* ascendían á treinta ó cuarenta cuando más.

La Medicina, encerrada en la Universidad, continuaba en lamentable atraso mucho después de las quejas expuestas por Romay al hacer el elogio del general Las Casas. La Anatomía sigue siendo teórica y sirviendo muy poco á los alumnos. Hasta 1824 no hay cátedra de Cirugía, y ésta se debe á la iniciativa de D. Fernando González del Valle. La Fisiología tenía por las Constituciones una extensión exagerada: debía suplir la falta de la Química, de la Física y de otras asignaturas. Benito Morales, que la enseña desde 1801, no asiste al aula; Francisco Ignacio de Soria, que se encarga de la asignatura á los setenta y cinco años (1806), sabe poco ó nada de lo moderno; José Antonio Viera (1812) no ama la enseñanza; el compendio de Dumas, que publica en 1832, estaría bueno para 1800. Sin Anatomía ni Fisiología, ¿qué había de ser

---

(1) Bachiller publica notables párrafos de ella y de la del Dr. Hechavarría.

la Patología? Se ignoraba la estructura, la textura y aun el sitio de algunos órganos: ¿qué pasaría respecto á las enfermedades? (1).

Romay volvía á la carga en 1818 en un informe, pedido por Ramírez, relativo al establecimiento de una cátedra de Clínica en el hospital de San Ambrosio. Discurrriendo acerca de la necesidad de otros conocimientos anteriores, decía lo siguiente:

«Lejos de proporcionar estos conocimientos la Fisiología y Patología que se enseña en las aulas de esta Universidad; lejos de ilustrar á los que han de ejercer el arte sublime de sanar al hombre con verdades útiles y hechos incontestables, adquiridos por la asidua meditación, la experiencia y el análisis, aun se extravía y abruma su razón, no sólo con las cuestiones del Peripato, sino también con errores muy perjudiciales á la conservación de la humanidad. Todavía se les enseña que los cuatro elementos son los principios constitutivos de todos los seres, que la significación y segregación de los otros tres humores que se dicen primarios se ejecuta en el hígado, que todas las enfermedades son similares, orgánicas y comunes; que las similares se llaman intemperies, etc. Pero ¿cuál puede ser la teoría de Lázaro Riverio habiendo escrito en el siglo décimosexto?»

Así continúa largos años la enseñanza de la Medicina, desperdiciando, en Fisiología principalmente, los adelantos de Europa hasta que llegan mejores días para ella en años posteriores.

---

(1) Cowley: *Historia de la Enseñanza de la Medicina en la Universidad de la Habana.*

CAPITULO II

LA PROSA

Prosa escrita.—Primeros períodos.—Prosa literaria de Romay.—El padre Caballero.—D. Francisco de Arango y Parreño.—El padre Varela.—Ventura Pascual Ferrer.—El historiador Valdés.—Oratoria.—Don Tomás Romay. Arango.—El presbítero D. Félix Veranes.—El padre Caballero.—Fray Remigio Cernadas.—El padre Varela.

En el capitulo anterior hemos visto que la iniciativa fecunda del general Las Casas, del obispo Espada y del intendente Ramírez, y los esfuerzos constantes de la Sociedad Patriótica, algo contrariados, y del Colegio de San Carlos, más felices, traen á Cuba, y principalmente á la Habana, los primeros importantes elementos de ilustración y cultura, en los treinta años que corren de 1790 á 1820. Pero los resultados de dicha labor no son inmediatos; ni en la instrucción elemental de la muchedumbre, que aun después de 1820 seguirá en relativo atraso, porque crecerá el número de los que la forman sin que en la proporción necesaria se aumenten los medios de instruirla; ni en la cul-

tura superior de los escogidos y llamados á gozar del progreso intelectual, porque los adelantos de éste empiezan á ser fructuosamente aprovechados en la segunda década del presente siglo, y la juventud que los utiliza no puede brillar en la sociedad sino en las décadas siguientes. Así es que al estudiar ahora el movimiento de las letras y las ciencias fuera de las aulas de 1790 á 1820, no vamos á examinar las consecuencias de lo expuesto en el capítulo precedente, sino á retroceder en cierto modo para consignar los méritos de algunos hombres educados en la época anterior, ó en la última década del siglo XVIII, que por excepción y con personalísimos esfuerzos se elevaron sobre el nivel común, y nos legaron algo digno de ser mencionado en la reseña de la literatura de sus días.

El *Papel Periódico* empezó á circular en la Habana en 31 de Octubre de 1790, según los datos de un informe del presbítero José Agustín Caballero. Según el índice publicado por el periódico mismo en 9 de Septiembre de 1792, comenzó siete días antes, en 24 de Octubre de 1790. Guiteras dice (lugar citado) que al principio fué confiado al impresor y editor, llamado así indistintamente; que ya en Diciembre tenía un redactor que no se sabe quén fuese; y que después estuvo á cargo del Sr. Barrera hasta Abril de 1793 (1). Pero según el informe del padre Caballero, el *Papel* estuvo desde el primer día encomendado *á un patricio distinguido y erudito*, que debió ser, aunque no lo mienta, el D. Diego Barrera antedicho. En Abril de 1793 se encargó de la publicación la Sociedad Patriótica, nombrando para redactarlo una diputación com-

(1) GUITERAS: *Hist. de la Isla de Cuba*, II, 160.

puesta de los amigos Harras, Santa Cruz, Robredo y Romay. En 1797 se dividió el trabajo entre doce socios, cada uno de los cuales desempeñaba el encargo durante un mes. Era al principio medio pliego de papel español doblado, que salía semanalmente, hasta que en Enero de 1792 empezó á circular los jueves y domingos. En 1805 se convirtió en *Aviso*, repartiéndose tres números semanales. En 1810 pasó á ser *Diario de la Habana* y en 1812 ya había duplicado su tamaño (1).

El *Papel Periódico* tiene notable significación histórica, porque es un movimiento de avance ordenado por un gobernante liberal en el mismo país donde poco antes, por disposición soberana no cumplida, no debía haber otra imprenta que la de la Capitanía General, y es también un recuerdo que va unido á los nombres respetados de Romay, Peñalver, Caballero, Calvo, Arango, Veranes y Zequeira, todos los cuales competían en celo, estimulados por la censura semestral de la Sociedad, severa y exigente con frecuencia. No obstante, su valor literario y científico es limitadísimo, tanto porque tan estrecho espacio no permitía lucir su talento á los redactores de sus muy lacónicos artículos, cuanto porque lo literario tenía que ser postergado en un papel escrito con el fin de difundir conocimientos útiles, y aun tratándose de éstos, antes de consagrarse á trabajos originales y gloriosos era menester divulgar verdades conocidas y sencillas, dado el atraso de un país en que no había consumidores de más selecta lectura.

---

(1) Estos datos son de Bachiller, completados con otros de Saco y Guiteras.

Guiteras en su *Historia* ha conservado algunos artículos y fragmentos de escritos sobre costumbres habaneras, que aparecen en diversos números del *Papel Periódico* de 1792. En el número 22 de Julio, *El europeo imparcial* trataba de la piedad de los vecinos, de su afabilidad, de su aseo, de la magnificencia de los convites y del lujo en los carruajes. Otros números demuestran que los bailes públicos no eran frecuentes, y que había mucha prevención contra ellos. Un señor Fallótico, que especulaba con los bailes, y que los combinaba con intermedios de música vocal é instrumental para que el conjunto formase «un honesto y decente pasatiempo», tuvo que buscarse un escritor discreto que le despejase el camino, abogando hábilmente en el número de 25 de Noviembre por la diversión que á su juicio era ejercicio propio de invierno y ocasión de matrimonios. Esta apología, firmada por José de la Habana, fué contestada por Miguel de Cádiz, defensor austero de los espíritus alarmados por tan vivos ataques á la vida inocente, retirada y modesta. Contra las amas de cría y sobre el *Abuso de que los hijos tuteen á sus padres* se diserta en otros, copiando del *Mercurio Peruano* de 1791. Los castigos corporales prodigados en las escuelas y la afición extremada de las señoritas á leer novelas, tienen también en el *Papel* resueltos censores. Todo esto es curioso, aunque pertenece más á la historia de las costumbres que á la de las letras.

Tras el *Papel Periódico* van apareciendo otras publicaciones, cuyas columnas embargan casi siempre los asuntos económicos y políticos, aunque á ratos la poesía pide un rincón, ya para un mal ensayo original, ya para copiar algo de España; y también la crítica de

literatura y de costumbres ocupa no muy gallardamente un puesto. Los movimientos de avance son muy lentos: *La Aurora*, que comienza en 1800, contiene poco de literatura; *El Criticón*, de 1804, muere casi al nacer, á las 36 páginas; *La Miscelánea Literaria*, semanario de 1806, recoge tan pobres producciones que la apodan *el carretón de la basura.*

También en 1800 empezó á publicarse *El Regañón*, del cual ha visto Bachiller dos tomos que llegan á 1802, y López Prieto encontró números de 1811. *La Enciclopedia*, de 1808, empezó á publicar extractos de la obra de Arrate. *La Lonja Mercantil*, del mismo año, atiende más á lo útil que á lo literario.

Ya en 1809 el *Mensajero Político-Económico-Literario de la Habana* inserta versos y artículos de Zequeira y Nicolás Ruiz, y un año después funda Manuel María Pérez, en Santiago de Cuba, *El Canastillo* (1).

En 1811 *El Hablador*, de la Habana, da preferencia á la crítica teatral, cuando representaba el actor Prieto.

La libertad de imprenta, concedida en la primera época constitucional, dió ocasión á que naciesen de súbito en 1811 y 1812 cerca de 30 periódicos: tres en Santiago de Cuba (*El Ramillete*, *La Miscelánea* y el *Eco Cubano)*, y los demás en la Habana (2). Como observa Pezuela, parece increíble que estando la instrucción tan poco difundida, tantos papeles aspirasen á tener lectores, y no se explicaría el hecho si la corta vida que gozaron no demostrase que pagaron pron-

(1) No era el primero de la cuna de Heredia; ya en 1805 tuvo *El Amigo de los Cubanos*, dirigido por D. Joaquín Navarro y D. José Villar.

(2) PEZUELA: *Hist. de Cuba*, tomo III, pág. 419.

to su vanidad los improvisados escritores ansiosos de exhibirse.

Fué una excepción entre la turbamulta, no por su larga vida, sino por su valor literario, *El Patriota Americano*, redactado por *tres amigos amantes del orden, de la patria y de la verdad:* José del Castillo, Francisco de Arango y Simón Bergaño, según Pezuela. Bachiller dice que Castillo y Nicolás Ruiz fueron sus principales redactores (1). Dicho semanario contenía artículos económicos, de costumbres y de Historia y Estadística de Cuba, refutando en estos últimos asuntos errores de la *Enciclopedia* inglesa. Publicó dos tomos en octavo, de 392 y 493 páginas, respectivamente.

De la prosa de los demás periódicos de aquellos dos años, hay poco que decir: que *El Fraile* salió á la defensa de las instituciones monacales contra *El Patriota Americano;* que en *La Perinola* y *El Centinela en la Habana* brillaban artículos jocosos del *Patán Marrajo* (José de Arazoza), quien á juicio de Bachiller supo manejar los clásicos castellanos; que en el *Diario Cívico*, redactado con buen gusto, según opinión del mismo bibliógrafo, Bergaño trataba de Rousseau y de Gall; y en fin, que la descortesía en las disputas era escandalosa, y motivó un artículo severo y justo de *El Regañón* en Agosto de 1811.

Entre los papeles posteriores á 1812 deben ser recordados el *Noticioso de la Tarde* (2), que en 1835 se unió con *El Lucero*, y dió origen en 1844 al *Diario de la Marina;* el *Espejo Diario,* primero que circuló en

(1) BACHILLER: *Apuntes,* tomo III, biografía de Castillo.

(2) Así lo nombran Pezuela y José María de la Torre. Este dice que se fundó en 12 de Septiembre de 1813. Los datos de Bachiller se refieren al año siguiente.

Puerto Príncipe, fundado en Junio de 1814; y las *Memorias de la Real Sociedad Económica de la Habana*, que en 1817 empezaron á salir mensualmente, dirigidas por Arazoza, y cesaron de nuevo en 1820. Estas memorias se habían publicado ya en los primeros días de la Sociedad; entonces las redactaba el padre Veranes y debían salir anualmente; pero el tomo de 1795, último de los tres que formaron la primera serie, anduvo retrasado y no poco, lo que se prueba con las noticias que contiene de 1804. Al reaparecer en 1817 prestaron importante servicio contribuyendo al fomento de los intereses materiales, á la propaganda de todos los conocimientos útiles y de nociones y elementos de ciencias varias (Medicina, Botánica, Química y Filosofía).

En todo este movimiento de la prensa, que abraza treinta años, brillan muy pocos escritores por las cualidades literarias de su prosa: mencionaremos los que alcanzan más renombre.

D. Tomás Romay fué el primero en el orden cronológico que obtuvo reputación de literato por su prosa escrita y también el único que en los treinta años que examinamos publicó trabajos de alguna extensión con pretensiones de artista en el estilo; porque para Caballero, Aranjo y Varela, la palabra no fué, cuando escribieron en prosa, sino el medio de expresar sus pensamientos con un fin útil inmediato; mientras que para Romay solía ser fin primordial la belleza, excepto en sus trabajos rigurosamente científicos; y aun en éstos á ratos diserta como retórico. Pero á despecho de sus grandes aficiones literarias, los resabios de un mal gusto poco depurado afean sus disertaciones más pulidas.

Los primeros escritos en que trata asuntos literarios son brevísimos artículos publicados en el *Papel Periódico* en 1792 y años siguientes. Escasas noticias de los orígenes del teatro en Grecia, referencias insignificantes al latino, al inglés y al español, alguna frase suelta relativa al francés ó al italiano, unos párrafos sosteniendo que Cicerón fué poeta y una ridícula deprecación al sol en nombre de la Habana, son sus ensayos insertos en aquella publicación antigua. Manifiestan que conocía los clásicos y la historia de Grecia y Roma, principalmente por Plutarco, y de los modernos á Feijoo y algunos humanistas franceses (Rollin, Troubles, el padre Janin). El hijo de Romay, que dirigió la edición completa de las obras del famoso médico (cuatro tomos, Habana, 1858), reprodujo todo esto para demostrar, inconscientemente, que á los veintiocho años, y aun después, su padre no sabía escribir; que su estilo no era claro, que su lenguaje no era puro, ni siquiera propio: cuando el lector tropieza con sus artículos confusos, indescifrables, que no declaran el pensamiento del autor, como el de 10 de Mayo de 1792, se asombra de que Romay tuviese reputación de literato en la última década del siglo XVIII.

Ni su *Discurso sobre los cuatro sujetos que por sus buenas obras son más acreedores á la gratitud de toda la Isla de Cuba*, premiado con medalla de oro de cinco onzas por la Sociedad Patriótica en Julio de 1794, cuando el autor tenía treinta años, es obra que satisface por su estilo, lenguaje y plan. Este trabajo, que entonces no pudo ser publicado, porque lo prohibió el obispo Tres Palacios para mortificar al capitán general y á la Sociedad Patriótica, aparece en la edición de 1858 en dos formas: en la primitiva, con todos sus

graves y numerosos defectos, y en la moderna que le dió Romay últimamente, purgándolo de lo más chocante.

Ya á los cuarenta años Romay había aprendido á escribir con alguna claridad y soltura: el *Elogio* de Casas y su artículo posterior *Conjuración de Bonaparte* lo atestiguan. En el discurso sobre la defensa de Zaragoza (Marzo 1810) aparece relativamente galano y elegante, y también los escritos de años más cercanos á nosotros. Con todo, su elegancia es discutible: su recurso retórico, hable de política ó de medicina, sigue siendo la historia de Grecia y Roma, arsenal al que siempre acude para excogitar un ejemplo, una comparación, un relato famoso. Por esta costumbre es en muchas ocasiones más pomposo y difuso de lo que al asunto conviene, apartándose de la severa elocución y de la sobriedad en las galas que la Historia y las ciencias naturales requieren, y reemplazando á veces la espontánea elocuencia con declamación amanerada.

Tal es como prosista Romay, de quien algunos biógrafos, amigos de la hipérbole, han querido hacer un talento enciclopédico. Para Ramón Francisco Valdés, el prologuista de los cuatro tomos citados, fué «oráculo en Medicina como el anciano de Cos; literato sin pretensiones, fundador de la escuela erudita, con modestia y con mesura y decoro; poeta por inspiración, filósofo por convencimiento, orador por genio, político sesudo, moralista con su ejemplo, historiador concienzudo, crítico juicioso, jurisperito discreto». No obstante, nadie sabe cuáles son los discípulos de la escuela literaria que fundó, ni que en Filosofía pasase de adocenado profesor de Texto Aristotélico, ni que

merezca ser recordado como poeta, político, historiador, crítico y jurisperito. Pero sin parar mientes en ello, otro biógrafo más sensato se excedió también en el elogio (1), dedicándole las siguientes frases, aún más encomiásticas y exageradas, que recientemente han sido repetidas sin protesta: «Considerada la época en que vivió y que vino á reformar, no se comprende cómo pudo este hombre extraordinario, á la vez literato y poeta, gran escritor, profundo publicista, consumado economista, orador concienzudo, funcionario discreto, sobresalir en cada uno de esos ramos lo suficiente para ser considerado notabilidad en cada cual de ellos.» Aquí ya no es político sesudo, sino mero funcionario discreto; ni historiador, ni crítico, ni jurisperito, ni filósofo; en cambio asciende á *notabilidad* como economista y publicista, y sigue pasando por poeta quien no supo ni versificar, como lo evidencian las tres únicas composiciones que después de su muerte recogió el editor de sus obras, nada parco en reproducir malos ensayos de su padre (2).

(1) Costales: *Elogio* de Romay.

(2) Su mayor importancia la tuvo como médico. Ya en el *Papel Periódico*, en artículos ligeros, desvaneció errores vulgares y dió noticias de la vacuna, de la que fué gran propagador durante toda su vida. A principios de este siglo hizo penosísimos viajes por toda la Isla, buscándola infructuosamente. En 1804 le deparó el deseado virus una señora que llegó á la Habana con su hijo vacunado en Puerto Rico, y desde entonces consagró á conservarlo y generalizarlo sus esfuerzos, ya administrándolo, ya escribiendo numerosos artículos, informes, comunicaciones y memorias. Escribió también acerca de otros puntos de Medicina é Higiene, siendo digna de notarse su disertación relativa al vó-

De la prosa del padre Caballero se cita una traducción que hizo de la *Historia de América*, escrita en latín por Sepúlveda, y una versión de la correspondencia de Condillac y Melchor Cano en francés, «admirable dechado de estilo», dice Calcagno. Aunque no hubiese para juzgarle otra cosa que sus informes y el panegírico del general Las Casas, leídos en la Sociedad Patriótica, y sus breves artículos en el *Papel Periódico* y en *El Observador Habanero*, esto bastaría para conocer que manejaba el castellano desde fines del siglo pasado con más soltura y propiedad que la mayor parte de los individuos del clero, que era la gente letrada de aquel tiempo en Cuba.

La prosa de Arango ostenta su limpidez y hermosura, no tanto en los pocos artículos con que colaboró en algunos de los periódicos citados, cuanto en los expedientes, informes y folletos que escribió para promover incesantemente los adelantos materiales y morales de su país. Sus períodos son llenos, rotundos y armoniosos; su dicción es pura y esmerada; sus giros naturales y modernos; su elegancia sencilla y severa, producto espontáneo de una admirable armonía entre sus pensamientos sobrios y discretos y una forma griega, clásica, no imitada de autores empolvados, que sin esfuerzo se le presentaba para molde justo de las ideas que quería expresar. No se busque en él la

---

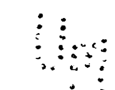
mito negro, de 1797, celebrada por la Academia Matritense como superior á los trabajos de Gastelbondo. Fué miembro infatigable de la Sociedad Patriótica y su director, corresponsal de corporaciones extranjeras, vocal de numerosas comisiones y presidente de la Real Junta Superior Gubernativa de Medicina, creada en 1834, etc. Murió á los ochenta y cinco años, en 1849.

artificiosa aunque legítima elegancia que proviene de comparaciones, imágenes y abundantes y selectos adjetivos, porque siempre va derecho al fin que se propone y no se detiene en esmaltar con flores de la imaginación la vestidura de sus razonamientos, simplemente honesta y pulcra. Por estas cualidades es no solamente el primer seglar que antes de Saco escribe entre nosotros con gusto irreprochable, dejando á José Martín Félix de Arrate muy atrás, sino también en absoluto el mejor prosista de fines del siglo anterior y principios del presente (1).

La prosa castellana de Varela empieza á brillar en su *Ética*, publicada en 1814 en dos tomos, continuación de otros dos de la obra de Filosofía que comenzó á escribir en latín dos años antes para sus discípulos. Los *Apuntes filosóficos* (1817), las *Lecciones de Filosofía* (1818) y algunos trabajos más breves, de la misma materia, son los que después de 1814 y antes de 1820, presentan ancho campo para juzgar su cono-

(1) 1765-1837. Estadista y economista notable, abogado, diputado á Cortes, síndico y alma de la Junta de Fomento, comisionado para diversas gestiones científicas y diplomáticas, miembro del Consejo de Indias, director de la Sociedad Patriótica y superintendente electo; gozó de grande y legítima influencia en las más altas esferas del Gobierno y la empleó en impulsar nuestra prosperidad. La agricultura y el comercio le debieron gigantescos adelantos, señaladamente el desestanco del tabaco y los puertos libres. Sus donativos para colegios, bibliotecas, etc., pasaron de 60.000 pesos. Escribió multitud de informes y folletos, estrechamente relacionados con los problemas de interés inmediato en su país.

Romay, Arango, Caballero y Varela son los representantes del movimiento científico de 1790 á 1820, y los únicos



cimiento y manejo del idioma. Los que saben cuán reñidos anduvieron con la lengua de Cervantes, antes y después de Varela, muchos escritores de Filosofía, comprenderán el mérito del profesor del Seminario que, en prosa castiza, en precisos y sobrios conceptos, en lenguaje verdaderamente didáctico, comunicaba clara y sencillamente á sus alumnos nociones fundamentales de la ciencia.

Si no como hablista notable en su elegancia, acreedor es á ser nombrado Ventura Pascual Ferrer, como donoso censor de las costumbres y de la literatura. Brilló en las columnas de *El Regañón* (1800-1802) y contribuyó con sus consejos á los adelantos del poeta Zequeira y del actor Covarrubias. Desvaneció en la Metrópoli mil errores con su *Viaje á la Isla de Cuba*, publicó en Méjico una *Historia de los dictadores de la República Romana* (1814) y aquí el *Alcabalatorio* y otro libro titulado *Arte de vivir en el mundo*. Fué can-

---

que dejaron escritos importantes por su número y calidad. Rebuscando otros impresos en los catálogos de Bachiller, no se encuentran sino análisis de las aguas de Madruga y San Diego, y cortos escritos sobre cultivos, industrias y conocimientos útiles; la mayor parte en las *Memorias* de la Sociedad Patriótica de la Habana. José Nicolás Pérez Garvey fué en la de Santiago de Cuba el más aficionado á dichos ramos. Miralla, premiado en 1817 por su trabajo relativo á inmigración blanca, y Boloix, conocido por los de agricultura é industria, son los más dignos de mención en la Habana. Como cultivadores de la Historia Natural figuraron Joaquín José Navarro en Santiago de Cuba, Antonio López, comisionado por el conde de Mompox para remitir noticias de la Isla, y Francisco Ramírez, de la Habana, que dejó inéditos sus trabajos. Véanse los *Apuntes* de Bachiller, tomo I, pág. 22.

didato para la dirección de nuestra Sociedad Patriótica y murió á los setenta y nueve años, en 1851 (1).

Antonio José Valdés publicó en 1813, según Bachiller, el primer tomo de su *Historia de la Isla de Cuba*. Por su forma no merece ser considerado literariamente. Como cronista aventajó á sus predecesores sólo en haber llegado á tiempos más cercanos. Por no hablar de los deudos de personas vivas y por no aumentar el volumen de su obra, previendo las dificultades de su publicación, omitió cuanto pudiera haber dicho de costumbres, caracteres, sucesos y anécdotas del siglo XVIII, y así lo manifiesta, privando á su trabajo, como nota juiciosamente Bachiller, de lo que hubiera sido más interesante. Omitió también, según observa el Sr. Morales y Morales (D. Vidal), puntos tan importantes como el gobierno de Bartolomé Ortiz en 1538, la aplicación de las nuevas Ordenanzas de Indias, por Juan Dávila, y la Real cédula de expulsión de extranjeros dada en 1607.

La prosa hablada sigue sin tener otra manifestación artística que la elocuencia del púlpito. Fuera de él no hay campo para el orador. Romay, calificado de tal, no hace otra cosa que leer algunos elogios en la Sociedad Patriótica, é intervenir en las juntas de las comisiones á que allí y fuera de allí perteneció. En otra junta, convocada por Someruelos en momentos difíciles, para pedir consejo y fijar su conducta con motivo de los graves acontecimientos políticos de la Península, Romay pronunció un patriótico discurso que dejó imborrable impresión en sus contemporáneos. Sin duda por su iniciativa y por su claro talento solía ser

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

el *leader* de las reuniones de diverso carácter á que concurría; pero sin pasar, por falta de espacio donde moverse, de *leader* de campanario. De Arango se recuerda que obtuvo célebres triunfos como orador forense cuando antes de la edad se le habilitó para defender un pleito de su familia, y cuando pasó á Santo Domingo á una misión diplomática. Después brilló por su persuasiva elocuencia en cuantas juntas, conferencias y conversaciones tomó parte en la Habana y en Madrid, gestionando en pro de los intereses cubanos; pero ni por esto, ni por su cargo de diputado, que no le dió ocasión para triunfos oratorios en el Parlamento, puede reclamar un puesto en una historia literaria.

Los cuatro oradores sagrados del período que nos ocupa, colocados en primera línea, son los padres Veranes, Caballero, Cernadas y Varela. Nada nuevo tenemos que decir de ellos; pero debemos consignar aquí los méritos y cualidades que les atribuyen.

Veranes, natural de Santiago de Cuba, miembro distinguido de la Sociedad Patriótica de la Habana, es el menos afamado de los oradores antedichos. Se recuerdan su sermón impreso en su ciudad natal en 1792, la oración fúnebre en las honras dedicadas al obispo Tres Palacios y otra que pronunció en Puerto Príncipe en 1808, elogio de los héroes muertos en la guerra de la Península (1). No los hemos visto; pero opinamos que si su estilo es análogo al de la prosa desgarbada y sin fluidez que empleó en las *Memorias de la Sociedad Patriótica* en 1793 y años siguientes, el éxito del padre Veranes en el púlpito debió basarse en algunas cualidades externas del orador y no en su arte literario.

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

El padre Caballero heredó el cetro de Barea. Celebérrimo fué el elogio de Colón pronunciado en las honras de 1796, cuando el brigadier Aristizábal trajo de Santo Domingo á la Habana aquellos venerandos huesos después tan discutidos. D. José de la Luz Caballero declaró (1) que no conocía, después de la de Bossuet, palabra que con más elocuencia hubiese resonado en el templo. Sanguily ha dicho que por su elegantísima y majestuosa introducción tiene realmente semejanza con los del águila de Meaux (2). Se imprimió dos veces y se reprodujo otra en 1838. En las honras de D. Nicolás Calvo y del obispo de Milasa, González Cándamo, lució también el padre Caballero su famosa elocuencia.

Fray Remigio Cernadas, dominico habanero, pertenece como orador tanto al período que nos ocupa como al siguiente. Nació en 1779 y brilló temprano. Sin embargo, sus oraciones más famosas (varios elogios fúnebres) son posteriores á 1830. Anselmo Suárez dijo que hasta por su misma fealdad imponía, y que su metal de voz era sonoro y grave (3).

Los elogios y sermones del padre Varela fueron pronunciados en los años corridos de 1812 á 1819; los conservó durante mucho tiempo manuscritos, aun en Estados Unidos, y después se perdieron todos, según su biógrafo Rodríguez. Pero los dos que compuso para encomio de Fernando VII y las honras de Carlos IV, impresos en las *Memorias de la Sociedad Pa-*

---

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

(2) *Oradores de Cuba*, *Revista Cubana*, 1886, segundo semestre.

(3) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

triótica, han perpetuado la memoria de sus laureles oratorios. Sanguily es quien con más independencia y novedad ha calificado dichas dos piezas literarias. Afirma que en ellas se aleja Varela de la manera común á los mejores predicadores de Cuba y adquiere aspecto más moderno á la vez que más esparcimiento é inspiración. «Hay frases—asegura el crítico—que recuerdan más á Bossuet que las de Caballero, y en especial el tono y el pensamiento fundamental de la celebérrima oración en la muerte de Enriqueta de Inglaterra.» La *mansa altivez* y la dignidad que mostró Varela en el panegírico de Carlos IV en 1819, han merecido también justas celebraciones de Sanguily.

El *Correo de Trinidad* en 1842 formó un paralelo de Cernadas y Varela que figura como apéndice en la *Vida* del segundo, escrita por Rodríguez.

CAPITULO III

LA POESÍA

Versos satíricos y festivos conservados ó citados por Bachiller.—Versos de otro género.—La *Colección* de Boloña.—Manuel de Zequeira y Arango en la Habana.—Manuel de Rubalcava y Manuel María Pérez en Santiago de Cuba.—El teatro en la Habana.—El actor Francisco Covarrubias. Sus sainetes.

Algunos de los periódicos anteriormente citados son los heraldos de los versificadores que aparecen durante los treinta años que nos ocupan. Pero sus cortas columnas no bastan para publicar los galanteos de tantos cortesanos de las musas, multiplicados por la *manía de versar* que ya señalaba el *Papel Periódico* á fines de 1791. Bachiller ha formado una copiosa colección de versos inéditos escritos en los últimos años del siglo pasado y primeros del actual, y José Severino Boloña (1) también ha desempolvado y dado á luz no pocos anteriores á 1820 que aumentan conside-

(1) Colección de poesías, dos tomos, 1833.

rablemente la suma de los no impresos en los periódicos de entonces.

Pocas composiciones y menos autores, de los que en esas colecciones figuran, tiénen derecho á ser conocidos; y esos pocos lo merecen sólo para informarnos de los primeros gérmenes de la cultura literaria que se preparaba, no para pedir inmarcesibles lauros.

Obsérvase desde luego que la sátira predominaba; pero no la sátira que surge en las sociedades viejas, llenas de vicios, para fustigarlas con profundo sarcasmo y punzadoras ironías, protesta vigorosa del varón fuerte contra la degradación que le rodea; sino la sátira inofensiva y anodina de puro simple, que apenas sale de los límites del epigrama y la letrilla, que es el entretenimiento pueril de los versificadores improvisados, ávidos de ensayar en el primer asunto festivo que le viene á las mientes, á falta de otros más poéticos y dignos de atención. Las mujeres solían llevar la peor parte en las desaliñadas jocosidades de los desocupados murmuradores, pudiendo citarse como ejemplo un soneto de autor anónimo y un romance dialogado de *M. Torillo del Caztis*, que Bachiller y Morales publica, tomándolos de su colección inédita (1); pero no salen mejor librados los hijos de Adán en otro soneto anónimo que empieza:

> El hombre es vil, por más favorecido
> que esté de la fortuna.

Otros sonetos satíricos de autores anónimos aparecen también en el *Papel Periódico* de Mayo de 1804

---

(1) *Apuntes*, II, cap. XXXII.

y en el *Aviso* de Diciembre de 1805. *Nazario Mirto* (anagrama de la misma persona que firmaba igualmente *Ramiro Nácito*) enviaba asimismo á la primera publicación fábulas y epigramas que reproduce el compilador antecitado. En un *Aviso* de Junio de 1807, *Hernando Jouez de Terán* disparaba sus dardos contra las modas en un romance de seis sílabas, no completamente desprovisto de soltura y gracia (1). En otro de Febrero, Rafaela de Vargas revolvía sus furores dirigidos á la *política que se usa*, en décimas mordaces y duras contra las hipocresías, falsedades, embustes y lisonjas (2). Desde 1808 Napoleón y los franceses son el nuevo blanco de las iras desfogadas por nuestros oscuros Juvenales: el pasquín que pusieron á Murat en Madrid sirvió de tema á sus glosas. El menos malo de todos ellos era *Luis Fanerexe* (anagrama del presbítero D. Félix Veranes), sucesor de *Capacho*, de humor alegre, aunque de pocas fuerzas: Bachiller transcribe una de sus letrillas.

Fuera del género festivo, los ensayos reproducidos ó especialmente mencionados por los bibliógrafos son pocos y pobres. Unos sáficos de *Filesimolpos (Pap. Per. Enero*, 1792), trasladados por Domingo del Monte á *La Moda* en Diciembre de 1830, tienen suavidad en los versos, pero también muchas incorrecciones en corto espacio. Más prosaico es el romance endecasílabo de *El Luisiano*, titulado *Congratulaciones á la América española, etc. Las glorias de la Habana*, que el italiano Francisco María Colombini empezó á escribir entre nosotros (1796) y terminó en Méjico, adole-

(1) Inserto en el *Parnaso Cubano.—Introducción.*
(2) Idem.—Idem.

ce de igual defecto. Las décimas de la mestiza Juana Pastor (1815), á juzgar por la muestra, son insoportables. De lo mejor es *El gusto del día*, epístola en que el autor se lamenta (*El Criticón*, Nov. 27 de 1804), con soltura y corrección, de tanto apego y atención á los intereses materiales y de tanto desdén como sus compatriotas manifiestan ante las bellas letras cultivadas por Homero, Anacreonte, Garcilaso y Villegas, y termina pidiendo á su amigo que le escriba despacio,

> invocando de Apolo algún conjuro
> para tantos sectarios de Epicuro
> y tan pocos discípulos de Horacio (1).

Del padre Veranes son también el romance *Sileno*, citado por Calcagno, y otro que hemos visto en la *Colección* de Boloña, titulado *Sueño del doctor don Félix Veranes*. Este segundo refiere la visión de una mujer hermosa, con la que entabla el dormido poeta largo y amoroso diálogo en que imita los discreteos de antiguos autores dramáticos y bucólicos; pero que algunos trozos tengan más armonía é ingeniosidad que otros ensayos de poetastros de la época, no basta para oscurecer los defectos de estilo y versificación, lo baladí del asunto y la manera de tratarlo.

Simón Bergaño y Villegas, natural de Guatemala, publicó en la Habana en 1814 *El Desengañado, ó despedida de la corte y elogio de la vida del campo* (2). Es un pesado romance lleno de vulgaridades, y para mayor abundamiento, no muy sincero ni convincente

(1) *Parnaso Cubano.—Introducción.*

(2) 68 páginas y 4 de una nota: *Imprenta Liberal*, á cargo de Romay.

en labios de quien demostró ser más revoltoso periodista y ciudadano que apacible amante de las ponderadas delicias de la vida pastoral.

Prudencio Hechavarría empezaba á rimar en 1814. No conocemos su idilio *Silvia y Lizardo*, de 1819, celebrado en el *Diccionario de las Musas*, de Valle; sí una epístola á Ramírez (que copia López Prieto), la cual á su intolerable prosaísmo reune un mal disimulado enojo que debió causar, á él y á otros, una invitación del intendente á los bardos habaneros para que cantasen las nuevas nupcias de Fernando VII, en 1820; porque hay que saber que en dicha invitación, aunque Hechavarría, Miralla y Fernández Madrid eran condicionalmente elogiados, se calificaba de *poetas menores* á cuantos estaban por debajo de Zequeira. Por lo que respecta á la *Sátira* de Hechavarría *contra el estudio preferente del Derecho romano*, baste decir que únicamente el acierto de lanzarla en medio de las preocupaciones reinantes, pudo conquistarle la popularidad efímera que obtuvo.

Aun son más oscuros otros aficionados á buscar consonantes, de cuyos principios ni el indulgente López Prieto se atreve á ofrecer muestras, limitándose á enumerar nombres y seudónimos. Menos escrupuloso ó más necesitado de formar volumen, Boloña ha proporcionado sitio en su *Colección* á docenas de composiciones detestables. Después de recorrerlas, nadie podrá quejarse en lo futuro de que falten fuentes para conocer ideas y costumbres de la época: los partidarios de estudiar lo pasado compulsando esos modestisimos documentos que á su juicio arrojan mucha luz sobre el fondo de una sociedad, podrán ver en los dos tomos formados por el paciente editor ha-

banero que toda autoridad que llegaba ó partía disfrutaba de felicitación y despedida en verso; que todo personaje ó simple ciudadano que nacía ó moría, lograba nombramiento ó ascenso, alcanzaba plácemes ó lágrimas *ad hoc* de más de un amigo ó desconocido rimador; que no se celebraban suntuosas honras fúnebres sin llenar las paredes del templo con jeroglíficos y sus correspondientes explicaciones en sonetos, octavas, décimas y liras; que no había exámenes, enlace, decreto, proyecto de cementerio, cárcel, pontón ó cañería de agua que careciese de cantores entusiastas; cantores afortunados, debíamos añadir, porque encontraron generoso editor, bien al contrario de sus émulos, que después de 1833 han pagado á peso de oro la inserción de algunas líneas en la sección de comunicados de un periódico.

En rigor no podría decirse que el movimiento poético de Cuba comienza en el período que estudiamos, si no sobresaliesen ya dos escritores de mejor gusto y más conocimiento del idioma y de excelentes modelos que los versificadores mencionados. Fueron éstos Zequeira y Rubalcava.

Manuel de Zequeira y Arango nació antes que Rubalcava, en 1760, aunque por errores de muchas biografías suele creerse lo contrario. Si hubiese nacido en 1774, mal podía ser cadete y entrar en el regimiento de Soria en 1780, según afirma su hijo en la edición segunda de sus versos en 1852. Rubalcava nació en 1769, según prueba la fe de bautismo que publica López Prieto en el *Parnaso Cubano*, y no seis años antes, como en otros escritos se asegura.

Zequeira tuvo más estro, más animación, más facundia y más poderosos alientos para empeñarse en

tareas largas. Ostentó singularmente estas dotes en las poesías heroicas, que sin duda son las que le dieron mayor renombre entre sus contemporáneos y las que cimentaron su reputación de poeta de alto vuelo. Las tituladas *Batalla naval de Cortés en la Laguna, Primer sitio de Zaragoza* y *A Daoiz y Velarde*, son sus más notables esfuerzos en dicho género. Leyéndolas despacio, no con la indolencia del lector indiferente que busca distracción, sino con la paciencia del que aquilata los primeros resultados de nuestra literatura, encontramos en ellas bellezas abundantes, trozos escritos con inspiración y valentía. Pero en conjunto son estas composiciones bastante defectuosas; y si como ensayos los más felices de su época tienen un valor relativo que nos inclina á respetarlas, despojadas del escudo de su antigüedad y significación histórica, la crítica reduce mucho su importancia. Sobre todo en la *Batalla naval de Cortés en la Laguna*, hay mucho que tildar junto á las bellezas que en la misma producción se admiran. La pésima acentuación de los endecasílabos, falta mucho más funesta que la aproximación de asonantes y la confusión de los sonidos de las letras, tan comunes en nuestros poetas incorrectos, interrumpen con frecuencia en los versos de arte mayor de Zequeira la armonía de la metrificación. Episodios mal traídos y enfadosos, enumeraciones, adjetivos inadecuados y, en fin, cierta frialdad y amaneramiento que debió notar Piñeyro el calificarlo de aficionado de gabinete, imitador de los antiguos poetas españoles, al cabo nos persuaden de que tiene más retórica que poesía, más hipérbole que sentimientos naturales y pasión sincera. Aquel monstruo furibundo que aborta el golfo, cerúleo y macilento, enojado

porque las naves de Cortés profanan sus tranquilos alcázares, es una ficción inoportuna y desgraciada, por lo menos muy distante del gusto literario de nuestros días, que aunque todavía Tetis, Neptuno ó Anfitrite son metáforas usuales para designar el mar de paso, todo un argumento ficticio para explicar sus iras nos parece demasiado y pleonástico, siendo de suyo una tempestad en el océano harto grandiosa é imponente para que pueda el poeta que la describa con calor y acierto producirnos emoción intensa. La imitación de *Las ruinas de Itálica* en el *Primer sitio de Zaragoza*, como indica D. Pedro Guiteras, también le es desfavorable. Vale más la composición que dedica á Daoiz y Velarde; y sin embargo, chocan en ella, entre otras cosas, los alfanjes y escudos de las huestes francesas, prueba de lo que tiene de afectado y arbitrario el canto heroico del primer poeta habanero memorable.

La nave de vapor le dió tema digno de su numen y de su época; pero no supo aprovecharlo, y como si le escasease la materia para llenar la oda, recurre á la desdichada resolución de sacar de sus alforjas todos los antecedentes que traídos por los cabellos pudieran violentamente unirse al asunto de su canto: y así pasa revista á los Argonautas, á Colón, á Vasco de Gama, á Gutemberg, á Franklin, á Cortés, á Moctezuma, á los inventores del globo aerostático y de la guillotina, llegando á Fulton fatigado y sin fuerzas, como el lector que le acompaña.

Los sáficos *A la piña* y algunos sonetos son sus composiciones más perfectas. Aquéllos tienen delicadeza y gracia que hacen recomendable su lectura. *Plácido*, con ser poeta de más altas dotes, no le oscu-

rece tratando el mismo tema: su romance *La flor de la piña* queda por debajo de los sáficos citados.

Entre los sonetos sobresale *La Ilusión*, unánimemente encomiado con justicia: es el cuadro breve y brillante de la ambición del que ansía gloria ó poder y despierta de sus quiméricos sueños exclamando ante las sombrías realidades de la vida: *Sic transit gloria mundi. El Valor, Los pesares de la ausencia, Contra el amor, Contra la guerra*, son citados también como discretos. El satírico *A la injusticia* no es indigno de la colección. *El fanfarrón* es una imitación desgraciada del famoso de Cervantes con estrambote *A las honras de Felipe II en Sevilla.* Los titulados *A la vida* y *La aparición del cometa* son tan deplorables por sus versos cortos y largos y otros defectos, que dudamos que el autor de *La Ilusión* los escribiese en la forma en que aparecen impresos en la edición de 1852, prefiriendo creer que el colector no entendió los borradores ó los alteró con poca suerte.

Los romances *La vida del campo* y *Epístola á Ramírez,* como sus anacreónticas, tienen sencillez y galanura. A su lado podrían colocarse las estancias de *El Solitario,* por los puros y desinteresados sentimientos que encierran, si sus defectos de metrificación y lenguaje no deslustrasen rimas sentidas tan dulce y suavemente.

Se nos antoja que el poema *El triunfo de la lira* es de sus peores composiciones, por su concepción, por su ejecución, por su extensión, porque abunda en endecasílabos mal acentuados, por su erudición aglomerada, y sobre todo por la inadecuada forma del plan. Para defenderse de los envidiosos, que era su intento, valen más los catorce versos del soneto *A mis*

críticos que las docenas de octavas reales del poema *El triunfo de la lira*.

La sátira *El Banquete* y sus epigramas tienen poca soltura y viveza. Otras producciones, como las escritas por la erección de la estatua á Carlos III, la dedicada al cementerio de Espada y la explicación de los jeroglíficos de la Catedral en las exequias del general Casas, prueban, ya que no otra cosa, cómo se puede ver obligado un poeta cortesano en boga, cuando el arte naciente se refugia en las antesalas del magnate, á despilfarrar su poesía en inscripciones pedantescas y en relatos de fiestas y regocijos públicos que hoy podrían venderse como décimas callejeras.

Es lamentable que en las colecciones de versos del cantor de Cortés y de Zaragoza no figure una composición de las más antiguas del poeta, que por su dicción, por sus rimas, por estar exenta de pedantería y afectación es preferible á otras; que por su dulzura, suavidad y sencillez se asemeja á los romances *La vida del campo* y *Epístola á Ramírez;* que vale más que *El triunfo de la lira*, *La nave de vapor* y otras sin razón celebradas por los indulgentes; que tiene un plan sencillo, tratado con naturalidad, versificación fácil, á ratos esmaltada con frases elegantes, y que en conjunto resulta una producción agradable, superior á los toscos ensayos escritos en Cuba antes que ella: nos referimos á la égloga *Albano y Galatea*. Apareció por primera vez en el *Papel Periódico* de 22 de Noviembre de 1792, firmada por *Izmael Raquenue;* pero cayó pronto en olvido. Ni Boloña en su *Colección de poesías*, ni los que antes y después han publicado en la Habana ó fuera de ella obras escogidas de Zequeira, insertan la égloga que mencionamos; ni los que se han

detenido á juzgar á su autor, como Ramón Zambrana y Joaquín Lorenzo Luaces, han sabido que le pertenecía. D. Pedro Guiteras la sacó del polvo, ignorando de quién era, para transcribirla en su *Historia de la Isla de Cuba* (tomo II, páginas 156 y siguientes) y celebrarla "como una composición digna de figurar con honor entre las mejores de nuestro parnaso". D. Antonio López Prieto la trasladó á la *Introducción* que precede á su *Parnaso Cubano*, repitiendo el juicio de Guiteras sin descifrar tampoco el nombre oculto en el anagrama puesto al pie de la égloga. El señor Calcagno es el primero que ha divulgado *(Dicc. biog. cub.*, pág. 537) que *Izmael Raquenue* fué un seudónimo de Zequeira, "quien usó de otros varios que ha reunido Bachiller en un trabajo inédito sobre apodos y seudónimos cubanos"; pero en el artículo que más adelante consagra al poeta, examinando sus principales obras, omite la que nos ocupa.

También cita Guiteras, y no transcribe, una sátira en quintillas que apareció antes de la égloga en el *Papel Periódico*, firmada igualmente por *Izmael Raquenue*. Es un *Retrato de Cipariso*, "pobre de sal epigramática y duro en la versificación, pero que tiene el mérito de describirnos el traje que usaban los elegantes de aquel tiempo". Es útil esta noticia para robustecer el juicio desfavorable que merece como satírico el autor de *El Banquete*.

Manuel Justo de Rubalcava (esta es la ortografía de la fe de bautismo) fué poeta más dulce, más apacible y sereno, más impregnado de Virgilio, á quien tradujo, y más familiarizado con los modelos españoles de poesías morales y bucólicas que con los épicos y líricos á quienes Zequeira rendía culto con frecuencia.

Nótase la peculiar blandura de la poesía de Rubalcava hasta en su poema *La muerte de Judas*, donde el trozo más notable, como ya se ha advertido, es aquel en que la Virgen, ahogando su propio dolor, consuela al desesperado apóstol y le aconseja que acuda á la piedad infinita de Jesús. Dicho poema, la más larga de sus pocas obras que han pasado completas á la posteridad, consta de tres cantos en octavas reales: en el primero Judas lamenta su crimen, preso de punzadores remordimientos, y se resuelve á devolver el precio de la venta de Jesús; en el segundo aparece en el templo, decidido á cumplir su intención, y es arrojado ignominiosamente, sin lograr que nadie acepte aquellas monedas malditas, que ya sólo le podrán servir para comprar su sepultura; en el tercero corre en busca del árbol donde ha de suicidarse, sin que las palabras consoladoras de María logren otra cosa que avivar sus recelos, su desconfianza y su atolondramiento. Mézclase también lo sobrenatural en este poema, interviniendo Satanás y las furias infernales, cuyo interés estriba en que Judas, arrepentido, efectúe su designio de rescatar á Jesús para que la crucifixión no se ejecute; cuando la tierra tiembla, el cielo se obscurece, el Mesías expira y la redención del género humano se realiza, la cólera del infierno estalla violentamente, y el ángel caído no encuentra otro consuelo en su derrota que extremar sus furores con el apóstol traidor que la muerte echa en sus brazos.

Con el nombre de *Silvas* y bajo el encabezamiento de *Ocios de Guantánamo*, aparecen tres composiciones, formadas por estancias de siete y once sílabas, en la *Colección de poesías*, de Boloña. En las dos primeras se elogia el tabaco; en la otra, las frutas de Cuba.

Aunque las firma el Dr. Crea, y van dirigidas al señor brigadier D. Sebastián de Kindelán en 24 de Junio de 1829, atribúyelas á Rubalcava Luis Alejandro Baralt, el colector de sus obras en 1848. Nótanse en ellas, aunque son breves y sencillas, algunos rasgos de armoniosa versificación y delicadas imágenes.

Las dos composiciones en que la índole de su ingenio poético mejor se manifiesta, han llegado á nosotros en fragmentos. Son la égloga en que intervienen Riselo, Cloris y el poeta, y la elegía en tercetos *A la noche*. La primera es una hermosa producción bucólica, ya tierna, ya dulce, ya pintoresca, sentida siempre y delicada, imitación feliz de un género decaído en nuestro siglo, y que en Cuba no ha tenido mejores cultivadores. La elegía, por desgracia, sale á luz en trozos tan inconexos y desconcertados, sorprendidos en confusos y acaso no concluídos borradores, que nos permite sólo saborear la dulzura de los versos y aislados pensamientos é imágenes; con todo, nos cautivan, ya su gracia, ya su novedad, ya su melancolía, y por su forma métrica conservan aún puesto distinguido en nuestra historia literaria, pues hay que llegar hasta Mendive, saltando muchos años, para encontrar otros tercetos comparables en elevación y en armonía á los del paisano de Heredia; porque ni éste, ni *Plácido*, ni otros poetas cubanos de verdadera inspiración se aficionaron á la difícil combinación de rimas inmortalizada por el Dante.

Una breve oda amatoria y algunos sonetos y anacreónticas de Rubalcava se han salvado completos, sin duda por su misma brevedad: sus galas y méritos son de la misma índole de los que van citados; su corta extensión é importancia relevan de mayor examen.

Hay en todas las citadas composiciones numerosos defectos, principalmente de forma; pero es inútil proceder á señalarlos, no sabiendo si la censura va á estrellarse en una obra empezada y abandonada, que el poeta no quiso dar á conocer, ó si se ensaña injustamente contra incorrecciones debidas á las copias infieles ó á las frágiles memorias de donde por necesidad tuvo que recoger el colector muchos de los hallazgos que presenta. En suma, Rubalcava, con más motivo que Zequeira, es más una figura histórica digna de ser recordada con cariño, que propia para ser analizada detenidamente por la crítica.

Mucho menos se puede hoy juzgar á su amigo y contemporáneo Manuel María Pérez y Ramírez, del cual tan escasos versos se conservan. López Prieto, en el *Parnaso Cubano*, lo juzga de más talento que Zequeira y Rubalcava, sin duda por referencias que omite, pues no ha podido conocerlo por sus obras. Como fundador y redactor de varios periódicos, como impulsor decidido del naciente movimiento intelectual de Santiago de Cuba, como consultor amado de la juventud que á él acudía, pudo é hizo mucho durante una larga vida de setenta y cuatro años, y si es natural que los esfuerzos en tales empresas empeñados y la autoridad é influencia obtenidas nos hagan presumir que tuvo algunas dotes no comunes, no será duro creer que su talento fuese más amplio y flexible que el de sus amigos, y que brillase más en materias diversas; pero en lo que concierne á la poesía no es posible conjeturar adónde llegaba su talento, valiéndonos de los pocos datos conocidos. Como épico y lírico parece de inferior inspiración en un fragmento del poema *Emmanuel* y en las octavas reales que dirige á Zequeira ce-

lebrando la *Batalla naval de Cortés en la Laguna;* se ve, sin embargo, que versifica con soltura y que conoce los modelos clásicos que también sus amigos imitaron, y es lícito pensar que en otros asuntos seria más interesante. Como dramático escribió varios autos sacramentales, á los que ponía música el habanero Esteban Salas, representados en la capilla de Nuestra Señora, bajo los auspicios del capellán D. Diego Hierrozuelo, recolectándose con tal motivo limosnas para reparar los quebrantos del terremoto que desoló la comarca oriental en 1766 (1); compuso, según Ramón Zambrana, un monólogo, basado en un acto heroico del caballero romano Marco Curcio; y algunas piezas en un acto, según Antonio López Prieto, para celebrar bodas reales y natalicios de príncipes. Pero nada de estas obras dramáticas existe.

En la Habana no contaba el teatro con más valiosos autores dramáticos que Pérez, aunque sí con actores y locales que servían para entretener con las piezas de más éxito en España, y de tarde en tarde con toscos ensayos de obscuros ingenios de la ciudad.

Entre estos ensayos se recuerda *Elegir con discreción y amante privilegiado*, representado en 29 de Enero de 1792, original de D. Miguel González, el autor de la *Expresión fúnebre á la inmortal memoria de D. Juan Bautista Barea* (2). De autores anónimos se publicaron dos en 1804, titulado uno *El jugador de la Habana*, en tres actos, y el otro *Los avaros y tramposos y astucias de corredores* (3). También Zequeira,

(1) *Cuba Poética*, segunda parte.
(2) Guiteras: *Historia*, tomo II, pág. 145.
(3) Bachiller: *Apuntes*, tomo III, pág. 135.

solicitado en ocasiones solemnes, solía componer alegorías como *América y Apolo,* representada en 1807, cuando la exaltación de D. Manuel Godoy á la dignidad de almirante general de España é Indias.

Covarrubias fué el más fecundo autor cómico de aquellos días. Actor y poeta, como Molière y tantos otros, fué doblemente querido del público, al cual deleitó durante medio siglo, desde 1793, año en que subió á las tablas. Fué realmente más actor que poeta; aunque no podemos juzgar directamente sus numerosos sainetes ni sus décimas jocosas, que no se han conservado, se ve por el testimonio de sus contemporáneos que los escribía de prisa, tomando asuntos del día, con más ímpetus de improvisador que reflexión de literato, confiando más en su prestigio personal y en las simpatías inagotables de los espectadores que en el mérito positivo de sus cortas piezas, y sin aspirar á hacer un repertorio inmortal, sino á satisfacer modestamente las necesidades del momento, los caprichos de las circunstancias y los gustos sencillos de sus apasionados. Con todo, es en nuestra pobre literatura dramática un precursor, más importante que *Capacho* (1).

Sobre actores, locales y representaciones de entonces, trae López Prieto los más completos datos en sus *Apuntes para la historia del teatro en Cuba,* insertos en *El Palenque Literario,* tomo III, 1882.

(1) Véanse noticias biográficas y bibliográficas en Bachiller, *Apuntes,* tomo II, y en el *Dicc. biog. cub.* de Calcagno.

LIBRO TERCERO

SEGUNDA ÉPOCA

SEGUNDO PERÍODO (1820-1842)

CAPÍTULO PRIMERO

PROGRESOS Y OBSTÁCULOS

Consecuencias del movimiento político de España en 1820. La prensa: sus excesos y sus adelantos.—La enseñanza; creación de cátedras.—Efectos de la reacción de 1823.—Supresión de periódicos y cátedras.—La Sección de Educación.—Consideraciones generales.— La Universidad; su atraso.—La instrucción primaria y secundaria después de 1827.

El levantamiento de Riego y su glorioso aunque efímero éxito, restauran en España el régimen constitucional que había desaparecido ante la violenta tiranía de un monarca desleal é ingrato con el pueblo que le habia devuelto un trono rescatado con sangre de sus venas. Cuba participa un tanto de los beneficios que el movimiento liberal ha conquistado, y se aprovecha singularmente de la libertad de imprenta para dar expansión al pensamiento. Entonces aparece una turba de periódicos ardientemente apasionados, donde toda actividad inquieta satisface su necesidad de

nueva vida, donde toda idea tiene su representación genuina, donde toda sed de discusión y lucha encuentra abrevadero.

Que un desbordamiento súbito de pasiones de toda clase esterilizó en gran parte el movimiento intelectual de los tres años que duró la libertad de imprenta, verdad notoria es que no vamos á disimular mañosamente. Todas las intransigencias de los exaltados por sus ideas extremas en un sentido ú otro, todos los resentimientos personales mostrados en pública palestra por provocadores audaces ó por los ofendidos y enojados, todas las intolerancias propias de un período de ensayos en un país nuevo donde faltan los hábitos de la vida pública de pueblos libres, todas las intemperancias de los necios ó de los miserables que sueñan con medrar á toda costa en los días de agitación y revueltas, llevan á la prensa cúmulo tal de insolentes groserías y de recriminaciones inútiles, que se llega á dudar si la noble libertad del pensamiento es una fuente envenenada y perniciosa donde las calamidades sociales tengan su origen. *El Tío Bartolo*, *El Zurriago Principeño*, el *Esquife Arranchador* y otras publicaciones de menos popularidad, mostraron constantemente virulencia y saña inadecuadas á toda discusión provechosa: las polémicas de los *piñeristas* y de sus contrarios, cuyos escándalos, al recordarlos hoy, más mueven á risa que interesan, traspasaban á menudo toda regla de moderación y cortesía.

Basta recorrer los títulos de los folletos catalogados por Bachiller y Morales, para persuadirse de que los ataques personalísimos sobreabundaban y escaseaban doctrinas y principios: un nombre propio de autoridad ó ciudadano figuraba casi siempre al

frente del libelo. No olvidamos que los frutos de una institución liberal dependen de la buena fe con que las autoridades cumplan y hagan cumplir las leyes, que pueden ser letra muerta hollada y desconocida en la práctica; ni que la acción popular para denunciar los abusos y acusar á los infractores es justa y necesaria: pero es evidente que en los días á que nos referimos hubo exceso de insultos gratuitos y provocaciones sin fundamento. Hombres intachables como Romay, Arango y Ramírez eran con frecuencia las víctimas de las calumnias miserables: el primero estuvo á punto de ser asesinado por las turbas ciegas, y vió á su esposa fallecer del susto; al último le amargaron la agonía las injustas sospechas y murmuraciones populares.

¿Pasaban en España las cosas de otro modo? No por cierto. Muchas veces las prensas de la Habana no hacían sino reproducir lo más grosero, y por escandaloso más solicitado, de los impresos fogosos y chispeantes de Madrid. Que los excesos superasen en cantidad y gravedad á los de 1811, era muy lógico. Cuando cayó la Constitución en 1814, había quedado aquí, aunque en menor grado que allá, un dulce dejo en los labios: formáronse bandos contrapuestos en algunos meses de expansión y aplazaron los más rudos golpes para otra nueva lucha; al cabo vino la ocasión y la preñada nube se desató.

Pero la lluvia descendida del nublado cielo regó el campo y lo fecundó. Por dolorosos que sean los males señalados, no hay que negar que de la actividad desplegada en aquellos días de fervoroso entusiasmo tuvimos algunos resultados consoladores que no deben omitirse al considerar en conjunto el movimiento de la segunda época constitucional. Al lado de la tur-

ba de periódicos insustanciales ó inconvenientes que la posteridad contempla con desprecio, aparecen unos cuantos distinguidos por su sensatez, por sus selectos materiales, por los escritores de amada memoria que los redactaron y por haber modestamente colocado sus limpios granos de arena en la base de la obra común de nuestra civilización local. Puede citarse en primer término *El Observador Habanero*, publicación política, científica y literaria acreditada por las plumas de Varela, Caballero, Santos Suárez, Govantes y Escobedo. *El Indicador Constitucional* reproduce algunos versos de poetas peninsulares como Lista. *El Diario Liberal y de Variedades de la Habana*; la *Lira de Apolo*, dedicada á versos exclusivamente; el *Noticioso Mercantil*, donde escribe Zequeira; la *Biblioteca de Damas*, bajo la dirección de Heredia; el *Mercurio Cívico* y *El Censor Imparcial*, si no dieron á luz obras maestras de poesía y de crítica, promovieron y fomentaron las aficiones literarias. Fuera de la capital, avanzando la corriente de la ilustración, se fundan el *Correo Semanal de Trinidad*, la *Gaceta Constitucional de Puerto Príncipe*, el *Semanario* de Matanzas, la *Miscelánea de Cuba* y *La Minerva*, uno de los mejores por su estilo elegante y sus doctrinas, según dicen, redactado por Muñoz del Monte. Por último, el *Americano Libre* y el *Revisor Político y Literario*, de los alumnos de San Carlos, apoyados por *El Liberal Habanero*, levantan serena y dignamente la bandera de las nuevas ideas políticas, dan hermosos ejemplos de cordura y sensatez en las libres discusiones, y sostienen con honradez y con perseverancia la razón y la utilidad de las conquistas alcanzadas, frente á las erróneas doctrinas reaccionarias de *La Concordia Cubana*

y *El Regañón*, pronto satisfechas cuando el retroceso del año 23 puso de nuevo al pueblo español bajo la tiranía de Fernando VII.

El cambio político de 1820 deja sentir también en la enseñanza sus efectos. Por un lado hallamos que, al suprimirse los conventos, el Gobierno se incauta de los bienes de las comunidades, y de ellos cede á la Sociedad Patriótica la capilla de la Tercer Orden de San Agustín para el establecimiento de una escuela normal que tanta falta hacía, institución ansiada para formar ilustrados é idóneos profesores. Por otro hay que apuntar el establecimiento de la cátedra de Constitución en el Colegio Seminario de San Carlos; cátedra que sirvió con sus brillantes facultades el presbítero Varela (contra su voluntad, por obediencia á Espada), y que dió lugar á que en las oposiciones que se efectuaron luciesen también las relevantes dotes de dos queridos discípulos del vencedor, Saco y Escobedo; de los cuales el último vino á ser poco después el profesor sustituto, cuando, electo diputado, el padre Varela marchó á España.

En la Universidad se estableció también en esta época una cátedra de Constitución que desempeñó el doctor D. Prudencio Hechavarría, de quien fué sustituto el Br. Evaristo Zenea. Pero lo más notable de aquellos agitados días en lo que á la Universidad concierne, fué la renovación de la polémica de 1813, relativa á los privilegios de los padres Dominicos para ocupar los puestos de rector, secretario y conciliarios. Comenzó esta vez la discusión con motivo de haber sido electo para el rectorado el padre Guzmán. Mucho más ruidosa y empeñada que antes, sostenida apasionadamente por el fogoso y joven doctor Hechavarría,

que se colocó á la cabeza de los impugnadores del privilegio, ocupó las columnas de los periódicos largo tiempo, puso á la Diputación provincial en movimiento y la obligó á declarar, oídos los informes de don Indalecio Santos Suárez y D. Juan Ignacio Rendón, y algunas observaciones contrarias del intendente, que era nula la elección controvertida por el artículo de la Constitución de Cádiz que privaba á los frailes de los derechos activos de la ciudadanía. Aprobó la consulta la autoridad superior y ordenó que en lo sucesivo eligiesen seculares para el cargo.

Derrocado en España el régimen constitucional, perece en Cuba lo que con él había venido: desaparece la libertad de imprenta, llevándose consigo los periódicos políticos; suprímense las cátedras de Constitución fundadas poco antes; recobran los padres Dominicos sus privilegios en la Universidad, y al devolverse los conventos á sus antiguos propietarios, la Sociedad Patriótica es desalojada de la capilla de la Tercera Orden de San Agustín, que para escuela normal le concedieron, condenada á perder las sumas que en ella había empleado (no obstante sus reclamaciones y protestos, que trajeron largos y enojosos disgustos), y constreñida á abandonar su proyecto de educar seiscientos alumnos en el nuevo instituto, que ya contaba á D. Esteban Navea por profesor.

Otro duro golpe recibe la corporación cuando en 1824 se le priva de parte de sus fondos destinándola á otras necesidades apremiantes. Disminuídos los $ 32.000 (aproximado producto del 3 por 100 de las rentas municipales) de que gozaba la sección de Educación para fomento de la instrucción primaria gratuita, empieza á tropezar con dificultades enojosas.

Acude entonces al Ayuntamiento en demanda de socorros y obtiene únicamente, tras los esfuerzos del alcalde D. Francisco Filomeno, una mensualidad de cien pesos como préstamo. Entonces como ahora, según Saco, no estaba el Ayuntamiento muy holgado, y esto le llevó á exponer, como justificación de su conducta, que no eran necesarios mayores sacrificios cuando el restablecimiento de las órdenes religiosas traería nuevos elementos de enseñanza. Y algo remediaron, en efecto, "porque las órdenes religiosas que entonces existían en Cuba—dice Saco—ni ya eran lo que habían sido, ni tenían la influencia de las de España, ni se oponían al progreso de las luces, ni á las ideas liberales que desde principios del presente siglo invadieron aquella isla. En tal estado, y atendida la pobreza de la Sección de Educación, el establecimiento de esas escuelas gratuitas, lejos de ser un mal, fueron un beneficio para muchos niños pobres de Cuba".

Llega el año 1825 y la Sección de Educación recibe el golpe mortal. Por Real orden de 8 de Febrero pierde el resto de la consignación que hará inmortal, entre otros méritos, la memoria de Ramírez. Reducidas las entradas de la Sociedad á $ 496 mensuales (de los que daba treinta Espada), no puede ni siquiera cubrir sus $ 7.000 anuales del presupuesto de gastos. Los proyectos de organización de nuevas escuelas gratuitas mueren por falta de recursos; las rentas no alcanzan para sostener las establecidas; tiene que cerrarse en 1826 la cátedra de Economía política (que desempeñaba á la sazón Govantes, sucesor del padre Vélez) (1), y hasta la naciente Academia de Pintura,

(1) En 1838 se abre una cátedra de Economía política en Puerto Príncipe, saludada con alborozo por D. Gaspar

sostenida también por la corporación, entra en época angustiosa y triste, sobreviviendo sólo por la perseverancia y resignación del inolvidable Vermay (1).

Aquí ocurre pensar que si á las autoridades locales de diversa índole (Casas, Valiente, Espada, Ramírez) debemos agradecer una fecunda iniciativa en lo concerniente á nuestro progreso intelectual, tenemos que lamentarnos á la par de que al entusiasmo y celo de ellas no haya respondido siempre la Metrópoli ni con la aprobación constante de los proyectos racionales y fecundos ni con los indispensables auxilios pecuniarios. Pase, sin embargo, que en todo el tiempo anterior á este de que hablamos, cuando el sostenimiento de Cuba era una carga, no para España, sino para las regiones coloniales más opulentas; pase, repetimos, que los vecinos de la Isla hayan promovido una suscripción para obtener cada adelanto, para establecer un jardín botánico, para abrir en San Carlos una cátedra de

---

Bentancourt. En 1840 se inaugura la de la Universidad de la Habana, mandada crear en 1813, y la desempeña D. Ramón de Armas. La de San Carlos se restablece en 1841, colocándose al frente D. Antonio Bachiller y Morales.

(1) Murió del cólera en 1833. Le sucedió interinamente su predilecto discípulo D. Francisco Camilo Cuyás. Sacada á oposición la plaza de director, la obtuvo el distinguido pintor francés D. Guillermo Colson, que más tarde alcanzó la honra de prestar sus servicios en el palacio de Versalles. En la época de Cuyás promovieron los alumnos una representación del *Pelayo* de Quintana en el teatro "El Diorama", para arbitrar fondos y surtir la Academia de modelos. En 1843 se ausentó Colson; declarada vacante la plaza, la ocupó Cuyás, y en 1847 la ganó por nueva oposición otro francés, D. Luis Leclerc de Beaume. *(Dicc. biog. cub.)*

Economía política; pero desposeernos de lo otorgado cuando convenía no paralizar la obra apenas puestos los andamios, y cuando, rica ya Cuba, bastándose á sí misma, estaba próxima á partir con la madre patria sus riquezas, y tenía algún derecho á gastar más de lo que exige la vida material, porque no sólo de pan vive el hombre, acción es que no corresponde al crédito que goza entre muchos el reinado de Fernando VII, del que se ha dicho que fué tan liberal y magnífico para América como despótico para los desgraciados españoles del otro lado del Atlántico. Y es que de los beneficios que obtuvimos del sucesor de Carlos IV, lo que debe agradecerse á la Metrópoli se refiere todo á los intereses materiales, como el desestanco del tabaco y la resolución de abrir nuestros puertos al comercio extranjero (medidas aconsejadas por D. Francisco de Arango), y como el fomento de la población blanca y la Real orden de 1819 que aseguró á los poseedores la propiedad de las tierras antiguamente mercedadas (realización de las indicaciones sabias de D. Alejandro Ramírez). Pero respecto de los adelantos intelectuales del país, obsérvese que si no se paralizan por completo es porque un prelado progresista y un intendente amante del saber, rodeados de las personas de más ilustracion y valía, hacen esfuerzos honrosos para proseguir la tarea civilizadora. Y la prueba es que la Universidad, que dependía más directamente de la Metrópoli, no podía sostener el paralelo con San Carlos, protegido por la Sociedad Patriótica y por el obispo diocesano de consuno; por lo cual bien podemos agregar que cuando Fernando VII cerró las universidades españolas, con razón respetó la de la Habana (¡cuánto ha sido alabada esta merced!), que

no era serio obstáculo á la ignorancia deseada por la monarquia absoluta.

En efecto: la Universidad de la Habana permanecía en lamentable atraso cuando nos sorprendió la reacción del año 23. Aunque el plan de estudios de 1813, redactado para la Península por el gran poeta Quintana, nos fué comunicado al punto, no causó otros efectos que la formación de un expediente para ejecutarlo, el cual fué interrumpido por el cambio político de 1814 y continuado en 1820 sin llegar nunca á su término. Así pudo Fernando VII en la R. C. de 11 de Mayo de 1825 felicitar á los cubanos por el mal éxito de las tentativas de reformas que á su juicio hubieran llevado funestamente á nuestra juventud por la nunca bastante abominada senda revolucionaria. Así pudo también aspirar á la gloria de ser el reformador, en la época de su gobierno personal, atendiendo paternalmente á nuestras necesidades que le habían sido expuestas con acierto y celo por el intendente D. Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva, en correspondencias oficiales.

Comisionó S. M. á D. Francisco de Arango para que le propusiese un plan de estudios, teniendo en cuenta el general de la Península y las modificaciones de que fuese susceptible. El laborioso patricio cumplió como siempre dignamente. Invitó al Claustro universitario á que le auxiliara con sus luces; pidió informes, en nota detallada acerca de los puntos necesitados de mejora; luchó con la apatía de los catedráticos; vióse en la necesidad de consultar separadamente á los mejor dispuestos á ilustrarle (como D. Angel J. Cowley, que en Mayo de 1827 dió un informe luminoso cuyas acertadas reflexiones parecen ser la base

del plan de 1842); unió su propio saber á los consejos recogidos, y finalmente mandó á España su trabajo, sin que después lo viese publicado ni atendido por los consejeros del monarca que aspiró á la gloria de impulsar nuestro progreso intelectual.

Por tanto, el patriótico clamor del presbítero José Agustín Caballero, que demandaba en 1795 urgentes y capitales reformas universitarias, podía resonar con la misma razón y mayor fuerza al comenzar la quinta década del siglo XIX.

Por su fortuna la facultad de Medicina, á pesar del vicioso plan de estudios, adelantó visiblemente, gracias á la emulación y al celo de los notables profesores que subieron á sus cátedras.

Al apático José Antonio Viera, á quien citaban sus discípulos autores y doctrinas que desconocía, sucede en la de Fisiología Encinoso de Abreu, triunfante en las oposiciones de 1834 de los aspirantes Luz Hernández, Hobruitiner, Blanco Serrano y González Morillas. Abreu divulga las doctrinas de Bichat, Zimmerman, Richerand y Magendie; pero por su falta de puntualidad tiene que ser sustituído con frecuencia por Gutiérrez, Cowley, Valle y Castro.

En 1830 obtiene por oposición la cátedra de Anatomía D. Nicolás José Gutiérrez contra Luz Hernández, Morillas y otros. Ha sido el primer catedrático de Anatomía—dice Cowley, de cuya *Historia* tomamos estos datos—que desde que se sentó en la cátedra mostró su reconocida idoneidad é ilustración; familiarizado con la disección, hábil preparador en cera y dotado de amor por la enseñanza, su entrada en el profesorado fué beneficiosa y útil. Por otra parte, la Anatomía era estudiada también con ahinco en la cá-

tedra de San Juan de Dios, que regentaba Castro, y en la del Hospital Militar, á cargo de Alonso Fernández, que había sido reorganizada en 1819 con las lecciones del genovés Tasso, erudito y celoso maestro de Valle (D. Fernando) y de Gutiérrez.

La Patología tuvo distinguidos profesores en Encinoso de Abreu, que ganó dos veces por oposición la cátedra (en 1822 y 1828), y luego en Gutiérrez (1835), que al regreso de su viaje á Europa traía vasto caudal de conocimientos nuevos.

La Terapéutica estuvo á cargo del estudioso don Angel J. Cowley desde 1825, y la cátedra de Cirugía, gloriosa fundación de D. Fernando González del Valle en 1821, fué incorporada á la Universidad en 1824.

La Filosofía, más perjudicada por el plan de estudios, tuvo también á fines del período dos celosos catedráticos en la Universidad, que aunque atados por mortificantes trabas, hicieron generosos esfuerzos por la ciencia: el de Texto Aristotélico, José Zacarías González del Valle, y el de Moral, su hermano D. Manuel, que, como Varela, congregaba en su casa á sus predilectos discípulos. El primero pasó por la cátedra de la Universidad como una ráfaga: fué sustituto en 1839. Pero en el corto tiempo que desempeñó su encargo, hizo el estudio de Aristóteles completamente histórico y abolió la costumbre de adorarle y jurar en su palabra.

El mayor fué desde 1840 hasta 1856 el alma de la enseñanza filosófica en el primer instituto docente de la isla de Cuba; y á sus sanas y elevadas doctrinas, propagadas con aquel fervoroso entusiasmo que tanto lo ennoblece, y desenvueltas con la más sólida y profunda instrucción, debe trascendentales é

inolvidables servicios nuestra juventud (1). La base de su Lógica—añade Mestre—es la atinada aplicación de los métodos. En su Metafísica la conciencia y la razón son los puntos capitales. La idea de la justicia y la intención constituyen los fundamentos de su Moral. En Psicología fué partidario de Cousin, pero lejos de seguirle en sus veleidades, se mantuvo firme en los principios que admitió como ciertos.

La instrucción primaria y secundaria adelantó algo en los colegios privados. De 1827 á 1830 se establece la conveniente distinción entre la enseñanza elemental y superior, el personal de los profesores aumenta, y algunos son más idóneos (2). Fúndanse por aquellos días colegios como el Calasancio y el del presbítero D. Benito Ortigueira, elogiados por Bachiller, y poco después los de Buenavista, Carraguao y San Fernando, cuyo recuerdo inmortaliza la tradición. Saco hizo un detallado encomio de los exámenes de 1830 y proclamó que había cesado la necesidad de educar los hijos fuera de la Isla. Refiere también que en Matanzas había en 1827 dos colegios bien montados, uno de ellos del Ayuntamiento, que admitía entre sus alumnos á 100 niños pobres. El mismo Saco, Echevarría y los filósofos Valle, fueron brillantes profesores de los colegios de la época.

Pero el fausto suceso para la enseñanza fué el regreso á Cuba de D. José de la Luz y Caballero, en el año 1831. «Él comprendió que estábamos como las vírgenes fatuas del Evangelio, con lámparas, pero sin aceite»; él reveló que «educar no es dar una carrera

(1) Mestre: *De la Filosofía en la Habana*, pág. 57.

(2) Saco: *Colección póstuma*, pág. 84.

para vivir, sino templar el alma para la vida»; él fué el apóstol incansable que hizo de la reforma escolástica el objeto de todos sus desvelos y el argumento de todos sus discursos (1).

Fué primeramente el campo de su memorable apostolado el colegio de San Cristóbal, de la Habana, de que fué director científico desde Marzo de 1834 hasta 1836. Allí restableció en dos clases el sistema explicativo, ya introducido por Varela, y abandonado siempre por falta de profesores capaces de sostenerlo. Allí desempeñó también la cátedra de Filosofía, y deslumbró y asombró al público en los primeros exámenes de sus discípulos. Mestre, extractando sus elencos, ha condensado y presentado claramente los puntos principales de la doctrina filosófica del ilustre educador que compartió con los hermanos Valle la herencia de Varela.

Si de Luz hubiese dependido, el paso gigantesco de los estudios secundarios hubiera sido la fundación del Instituto Cubano, que hubiera comprendido la enseñanza de las Matemáticas, Dibujo lineal, Náutica, Física, Química y Lenguas vivas, aparte de una clase normal para profesores. El informe que, á petición de la Junta de Fomento, presentó en 1833, cuando se trató de trasladar á la Habana la Escuela de Náutica de Regla, puso de manifiesto sus extensos conocimientos pedagógicos y sus transcendentales miras. Pero el proyecto durmió tranquilamente, y aunque se trasladó la Escuela de Náutica, no se reorganizó como debía. Este fracaso, y el de su proyecto de establecer otro colegio con el nombre de Ateneo, demuestra que aun

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

quedaba algo por hacer en pro de los estudios secundarios.

De propósito no queremos hablar de las lecciones del Jardín Botánico. Cualesquiera que sean los méritos que por su laboriosidad é investigaciones se reconozcan al Sr. De la Sagra, quedan en pie, cuanto al profesor de Botánica, las afirmaciones que hizo Saco en la polémica que con él sostuvo desde Nueva York, poniendo la verdad en su lugar, en lo que atañe al profesorado normal del presuntuoso y audaz naturalista.

Cuanto á la instrucción primaria gratuita, y aun la no gratuita, fuera de la Habana y de Matanzas, bien puede decirse que padecía más gravemente. Mucha alabanza merecieron los desvelos de D. Nicolás de Cárdenas y Manzano, presidente de la Sección de Educación de 1825 á 1832, que según Domingo del Monte (1) desempeñó su encargo "no con la exacta rigidez con que la tibieza y la frialdad cumplen un deber, sino con aquella decisión y aquel ardiente celo con que sabe el patriotismo bien entendido animarlo todo". Pero hasta 1833, según Bachiller, no pudo la Sociedad disponer de algunos fondos. Él y Saco, en último análisis, lamentan bien amargamente el atraso, aun teniendo en cuenta el tiempo de que se trata. Domingo del Monte, en la misma exposición citada, deplora sin ambages el estado de la enseñanza en la ciudad y en el campo. Luz en la Habana, y Juan Bautista Segarra en Santiago de Cuba, no cesan de quejarse de

(1) *Exposición de las teorías en que se ha ocupado la Sección de Educación de la R. S. P. de A. del P. durante el bienio de 1830 á 1832.*

los maestros ineptos que buscan solamente el lucro, y de la falta de escuelas normales. El censo de 1836 demuestra que no había sino 9.082 alumnos *inscritos* en las escuelas de toda la Isla, número distante, como es fácil suponer, del verdadero de asistentes. Calculábanse entonces en 190.000 ó 200.000 los habitantes menores de quince años. Las comarcas de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, con 25 ó 300.000 almas cada una, contaban en sus escuelas, respectivamente, 1.408 y 991 en 1840. Villaclara se vió varias veces con una sola escuela entre 1821 y 1834, y desde entonces gestionó Juan Antonio Pascual ante la Sociedad Patriótica de la Habana para que se restableciese la escuela pía de los Dolores, fundada por Hurtado y extinguida en 1826, cuando cogieron para cuartel el edificio, no devuelto á su objeto primitivo sino después de veinte años (1). Domingo del Monte comentó en términos tales el censo de 1836 en un informe del mismo año, que por miedo á Tacón no pudo publicarse, y no fué conocido hasta 1856.

A pesar de tantos escollos bogaba la nave literaria, siendo, al llegar á puerto, mayor su mérito, más honroso su triunfo, cuanto era más borrascoso el mar que atravesaba.

---

(1) Manuel Dionisio González: *Memoria Histórica.*

CAPITULO II

MOVIMIENTO LITERARIO

La Sociedad Patriótica.—Sus certámenes.—Comisión de Historia.—Comisión permanente de Literatura.—*Revista Bimestre Cubana*.—Proyecto de una Academia Cubana de Literatura.—Sus adversarios.—Defensa de Saco.—Tertulia de Domingo del Monte.—Principales periódicos literarios.—La previa censura.

Por fortuna, nuestro progreso intelectual no dependía completamente de las liberalidades del monarca ni del régimen que concediese á la nación. Así es que los desdichados acontecimientos políticos de España en 1823 no debían condenarnos al estacionamiento, puesto que los faustos de 1820, aunque algún adelanto motivaron, no eran la exclusiva causa de nuestro desenvolvimiento. La vitalidad y el entusiasmo propios de una sociedad nueva no podían faltar á su debido tiempo, y los poetas, los prosistas y los cultivadores de las ciencias, por el natural crecimiento de nuestra incipiente cultura, empezaban á darse á conocer.

Pero digámoslo antes de excedernos en el regocijo:

os esfuerzos de los particulares, individuales ó colectivos, para cultivar las letras y las ciencias, encontraron importantes escollos en los recelos del Gobierno. En la enseñanza padecimos por defecto del apoyo oficial; fuera de las aulas, por oficiosidad de la acción gubernativa. En el reinado de Fernando VII, porque la vida intelectual al aire libre era imposible; durante la regencia de Cristina, porque la expansión liberal tomaba cuerpo y se creía menester ponerle freno, y sobre todo porque vino con D. Miguel Tacón el espíritu del despotismo militar y de la disciplina de cuartel, inaugurándose en los días de su mando la era terrible de las deportaciones arbitrarias y de las medidas preventivas.

La Sociedad Patriótica de la Habana, colocada en su puesto de vanguardia siempre, mostrando ya orgullosa sus filas engrosadas con los brillantes discípulos del Seminario que al lado de Caballero, Vélez y Varela se hicieron hombres meritísimos en la segunda década del siglo, continúa promoviendo, por todos los medios á su alcance, los adelantos materiales y morales del país.

Abrió casi todos los años durante el período que estudiamos interesantes y fructuosos certámenes, con gran sentido práctico, ofreciendo diplomas y premios en dinero. Uno hubo literario en que premiaron una oda de José Antonio Echeverría; en otros quedaron victoriosos José Zacarías González del Valle y Juan Justo Reyes, por sus memorias sobre educación; Saco, por sus trabajos referentes á caminos y vagancia en Cuba; José María de la Torre, por un mapa antiguo de la Isla que construyó á los diez y ocho años de edad; Bachiller, Morilla, José Joaquín Navarro y otros, por

diversos escritos relativos á la industria, á la agricultura y al comercio.

La Comisión de Historia de la misma Sociedad, fundada en 1794, se reunió al fin en 1830 y acometió algunos trabajos, aunque pocos, de los que en otro capítulo hablaremos.

La de Literatura formó el proyecto de publicar una revista análoga á las mejores extranjeras. Anticipóse un particular, el catalán D. Manuel Cubí y Soler, célebre más tarde por su propaganda de la Frenología, entonces director del colegio de Buenavista, obteniendo la licencia y circulando el Prospecto de la *Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba.* Varias personas respetables—dice Bachiller—se propusieron reunir en una sola las dos empresas literarias, y al cabo se logró, quedando á la Sociedad la dirección y á Cubi la propiedad, que renunció poco después. Siguió publicándose bajo la dirección de Saco, con el título de *Revista Bimestre Cubana,* que se había adoptado desde el segundo número, y vivió algunos meses con tan gran crédito, que fué considerado por Quintana como el mejor periódico escrito en castellano. Los artículos salían sin firma, pero Luz, Varela, Valle, Domingo del Monte, Guerra, Betancourt y otras personas peritísimas sostenían brillantemente la reputación de sus páginas anónimas. Las materias científicas y de utilidad práctica predominaban en él; comentaba principalmente las nuevas obras inglesas, con idoneidad indisputable, y gustaba de tratar los asuntos de América que indirectamente nos interesaban. La mano de hierro del general Tacón lo mató. Desterrado Saco, el terror impidió la repartición del décimo número, impreso ya. Un periódico en que tan frecuentemente

se habla de abolición de la trata, población blanca y estadísticas extranjeras, con criterio independiente y gran elevación de ideas, no podía vivir holgado en colonia tan oprimida como Cuba.

No fué el único fruto de los meritísimos desvelos de la Comisión permanente de Literatura que esterilizó la reacción. Por los mismos días había querido transformarse en Academia independiente y obtuvo licencia para ello de la Reina Gobernadora.

Plausibles motivos impulsaban á la Comisión. «Ningún perjuicio se seguirá, por otra parte (decia en la exposición que elevó á S. M. la Real Sociedad Patriótica), de la separación propuesta, antes al contrario, se hallará más expedita en sus deliberaciones, descargada de la discusión, en sus juntas, de asuntos tan ajenos de su naturaleza como son las cuestiones literarias. Porque siendo, Señora, los fines de una y otra corporación tan distintos, más bien se estorban mutuamente en su curso que se ayudan y favorecen: ¿qué tiene, por ejemplo, de común el estudio de la Dramática, de la Epopeya, de la Oratoria y demás ramificaciones del arte de la palabra con el mecanismo de los oficios industriales y las operaciones de la agricultura, objeto principal de una Sociedad puramente económica? Los individuos que componen la Comisión de Literatura de esta Sociedad conocen su falsa posición y no desean más que corregirla constituyéndose bajo el amparo de V. M. bajo una nueva y más conveniente forma, bien siguiendo la planta de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, bien la que ellos mismos propongan con más detención, bien, en fin, con la que sea del agrado de V. M.» (1).

(1) SACO: *Colección de papeles*, tomo I, pág. 3.

Recibida la R. O. de 25 de Diciembre de 1833, favorable á los peticionarios, procedió la Comisión de Literatura á constituirse en Academia independiente, celebrando al efecto junta extraordinaria en 6 de Marzo de 1834, en la morada del presidente, D. Nicolás de Cárdenas y Manzano. Leyóse la R. O., fueron elegidos por aclamación: D. Nicolás de Cárdenas, para director; D. Blas Osés, para vicedirector, y para secretario y vicesecretario los que antes ejercían estos cargos, y para redactar el Reglamento los señores don Blas Osés, D. Anastasio Carrillo, D. Manuel González del Valle y D. Domingo del Monte.

Además de los citados, fueron individuos de número de la Academia los siguientes:

Licenciado D. Domingo André, segundo fiscal de Marina.

Licenciado D. Agustín Govantes, catedrático de Derecho en el Colegio Seminario de San Carlos.

Licenciado D. Ignacio Valdés Machuca.

Dr. D. Francisco Eusebio de Hevia.

Presbítero D. Francisco Ruiz, catedrático de Filosofía en el Colegio Seminario de San Carlos.

D. Cornelio Coppinger, auditor honorario.

D. Prudencio Hechavarría, auditor de Guerra de Cuba.

Licenciado D. Clemente Blanco.

Licenciado D. José Antonio Cintra.

Licenciado D. Pedro Sirgado y Zequeira.

D. Joaquín Santos Suárez.

D. Juan Justo Reyes.

D. José de la Luz.

D. José Antonio Saco.

Dr. D. Nicolás Escobedo.

Licenciado D. Francisco de la Cruz.
Licenciado D. Esteban Moris.
D. José Bruzón, auditor honorario.
Licenciado D. Anastasio Orozco y Arango.
Licenciado D. Felipe Poey.
Dr. D. Vicente Osés.
D. José Luis Alfonso.

Quintana, Martínez de la Rosa, Durán y otros eran corresponsales en Madrid; en Matanzas Félix Tanco; Manuel de Monteverde en Puerto Príncipe, y entre los de Puerto Rico D. Antonio Benavides, fiscal de la Real Audiencia de aquella isla.

Mentira parece que propósitos tan loables y tan ajenos á la política provocasen un conflicto doloroso que pronto puso de relieve el reconcentrado enojo de los que, con pretexto de orden, fueron rémora de toda idea liberal y progresista. Sin embargo, dióse por primera vez el espectáculo de una sorda y malévola agitación en el seno de la Sociedad Patriótica, la gloriosa iniciadora de tantas reformas fecundas, y se mostró por fin como Saturno devorando á sus hijos, instigada por un hombre altanero y apasionado, don Juan Bernardo O'Gabán, hijo de Santiago de Cuba, director de la Sociedad, desvanecido por los altos cargos eclesiásticos, judiciales y políticos que desempeñaba y por los honores y dignidades que había renunciado.

En 8 de Abril de 1834 se insertó en el *Diario de la Habana* el *Acta de instalación* de la Academia, y cuatro días después apareció en las mismas columnas un ataque firmado por *Un socio amante de la literatura y el orden*, que era el secretario de la Sociedad, don Antonio Zambrana. Cruzáronse entre él y Saco, en-

cargado de la defensa de la Academia, varias contestaciones preliminares, hasta que la Sociedad buscó el apoyo del Gobierno de la Isla para atar las manos á la que consideraba hija rebelde. Al efecto, acordó en junta ordinaria de 15 de Abril ocurrir al gobernador general para que intimase á la Academia Cubana de Literatura la suspensión de sus sesiones, que no debía celebrar sino como Comisión de Literatura, mientras no se formase y aprobase por la corporación el Reglamento, como ordenaba S. M. «Para no dividir las opiniones, con lo que se comprometerían objetos muy sagrados», el general Ricafort ordenó á los redactores del *Diario*, y á los de todos los periódicos, que nada escribiesen relativo al asunto mientras no descendiera soberana determinación. Así quedó la Academia privada de defensa, y acaso lo lamentaríamos todavía si el valiente José Antonio Saco no hubiese acudido á publicar en Matanzas, clandestinamente, en la imprenta de D. Tiburcio Campe, su célebre folleto victorioso, no por haber abatido á sus contrarios, sino por haber demostrado á todos, y á la posteridad principalmente, la razón de la Academia y las mezquinas sutilezas que se concertaron en su daño.

Pobres é infundados celos habían dado lugar á la discordia. Quejábase el director de la corporación patriótica de que D. Blas Osés y sus compañeros de la Comisión Permanente de Literatura no hubiesen elevado por su conducto la exposición á la Reina; é imaginando con exceso de malicia que el documento contendría imputaciones calumniosas, diéronse los adversarios de la Academia á tramar obstáculos á su continuación.

En 1.° de Marzo, al comunicar á la Comisión

la R. O. recibida, el secretario de la Sociedad pidió también, cumpliendo un acuerdo del 21 de Febrero, copia de la exposición elevada á S. M. La Academia contestó que no se conservaba borrador, y que era innecesario para instruir el expediente «el tener á la vista los motivos que movieron á S. M. para conceder la gracia, una vez que con su autoridad real los ha sancionado y los ha puesto fuera de examen».

Interpretando estrechamente entonces la R. O. que autorizaba la Academia, se supuso que no podía constituirse mientras la Sociedad madre no discutiese y aprobase el Reglamento, con lo que hubiera podido dilatar años enteros la inauguración. Con razón los académicos pensaron de otro modo. De la letra de la R. O. se deducía precisamente lo contrario, puesto que informada S. M. de la exposición «en solicitud de que se les permita constituirse en Academia independiente», decía el ministro de Fomento, «se ha dignado acceder á los deseos de la Comisión». Y como no había condición expresa de que la aprobación del Reglamento fuese requisito previo, holgaba toda interpretación restrictiva.

Saco demostró hasta la saciedad que los académicos no habían barrenado ninguna ley vigente, ni en particular la *Instrucción para el gobierno de las subdelegaciones de Fomento*, promulgada en 1833. El artículo 38 del capítulo VII no decía lo que deseaba el *socio amante de la literatura y el orden*.

Para mayor abundamiento, la práctica demostraba que muchas corporaciones importantes habían procedido de igual modo, constituyéndose antes de la formación y aprobación del Reglamento. Así lo había hecho la Universidad de la Habana, así la misma So-

ciedad Patriótica, así la Academia Española, y últimamente, en Madrid, la Academia de Ciencias Naturales, en 7 de Febrero de 1834.

Aunque tantas razones no pesasen en la balanza del lado de los académicos, era á todas luces erróneo y doloroso que por un puntillo ridículo la Sociedad se opusiese á los progresos de una idea laudable que no traía perjuicio de tercero, porque al cabo los propósitos de los entusiastas literatos congregados no podían ser más inofensivos, y la respetabilidad y posición de muchos de ellos eran sobrada garantía de la pureza de sus fines.

Pero fueron contraproducentes las demostraciones. En los países en que hay miedo á la libertad, sobre todo á la libertad de discusión, las diferencias no se resuelven dispensando justicia á los que la merecen, sino poniendo silencio á las dos partes y obligándolas á la inacción para que reine la calma. La *justa defensa de la Academia Cubana de Literatura* que Saco hizo circular á principios de Julio, no sirvió sino para acreditarle de inconveniente por su talento, firmeza y energía. El general Tacón había llegado á Cuba. Los prohombres altaneros de la Sociedad Patriótica no tardaron en solicitar su auxilio para desprenderse de un adversario molesto y temible. A los pocos días Saco fué desterrado de la Habana, y nadie volvió á hablar de la Academia.

Un consuelo real y de valía quedó á los amantes de las bellas letras. El eximio Domingo del Monte les consagró un templo en su casa, y fué su tertulia por algún tiempo el punto de reunión de los aficionados á los buenos libros, al estudio y á la comunicación de las ideas. Allí se reunieron Palma, Echeverría, Valle,

Suárez y Romero, Manzano, Pizarro, Betancourt, Zambrana, Jorrín, Govantes, Milanés, Matamoros, Ruiz, Poey, Frías, Santos Suárez y La Torre. Allí se leían los ensayos de los jóvenes y recibían consejos, estímulos y aplausos. Anselmo Suárez en su prólogo á las obras de Ramón de Palma, y Calcagno en su *Diccionario biográfico cubano*, han dado interesantes detalles de aquella amadísima Academia que fué para los doctos un refugio y para la juventud una escuela de buen gusto.

Algunos periódicos sobrellevaron y compartieron también las tareas literarias. Merecen ser citados, además de los de la época constitucional ya dichos, *La Aurora de Matanzas* (1828), *La Moda, El Nuevo Regañón, El Telégrafo de Puerto Príncipe* (1829), *El Puntero Literario* (1830), anteriores al suceso de la Academia fracasada, y entre los posteriores *El Album, La Cartera Cubana, La Siempreviva* y *El Plantel.*

La Aurora de Matanzas fué desde el principio periódico muy acreditado.

En *El Nuevo Regañón*, fundado por el hijo de Ventura Pascual Ferrer, volvió á escribir el padre.

La Moda ó *Recreo semanal del bello sexo*, perteneció á Domingo del Monte y á Villarino.

El Album fué fundado en 1838 por Caso y Sola. Después lo dirigió Palma. Publicó doce tomos (entregas de 128 páginas en octavo menor) que contenían artículos de crítica literaria de Domingo del Monte, Palma y Bachiller, apuntes de viaje y cuentos amenos de Palma, Villaverde, Anselmo Suárez, José Zacarías González del Valle y la Condesa de Merlín, y poesías de Palma, Milanés, Manzano, Matamoros y otros. En el último número se despide el editor y anuncia que

los materiales sobrantes los publicará en *La Cartera Cubana*, nuevo periódico que recomienda á sus consecuentes suscriptores, porque en él tratará no sólo de literatura, sino de otros ramos del saber humano.

Salió, en efecto, *La Cartera Cubana*, dividido en cinco secciones:

1.ª Ciencias, á saber: Medicina, Química, Estadística, Derecho, Filosofía, Economía, Política, etc., etc.

2.ª Literatura, Lecciones de Retórica, muy poco de crítica y noticias de obras francesas.

3.ª Costumbres, Artículos festivos, de José Victoriano Betancourt regularmente.

4.ª Poesías.

5.ª Variedades. Aquí entraban las novelas y cuentos.

Casi todo aparecía sin firma. Este periódico, de que era director Vicente Antonio de Castro, vivió como dos años y formó una colección de cinco tomos en octavo.

El Plantel fué fundado por Ramón de Palma y José Antonio Echeverría, en 1838. Al principio publicó trabajos serios, de Echeverría sobre Morell, de Domingo del Monte sobre instrucción, biográficos por Palma y de Historia Natural por Poey. Después pasó á poder de Andueza y sus artículos fueron más ligeros.

En *La Siempreviva* escribían Antonio Bachiller, Manuel Costales, José Victoriano Betancourt y José Quintín Suzarte. Circuló con suerte y crédito y formó tres tomos.

Esto era cuanto se podía hacer con grandes esfuerzos y muy firme voluntad, en luctuosos días de opresión política. A veces no se daba licencia para publicar un periódico meramente científico ó literario, por

la extraña razón de que había otros que ya trataban la materia. Torriente, fecundo editor, evadía estos límites pidiendo permiso para *bibliotecas*, que por la forma de entregas y los materiales breves, no eran, en realidad, sino periódicos. La censura previa tachaba hasta lo más inocente. Andueza se quejó de que le prohibieran llamar al pretendiente *príncipe rebelde*. Hasta en los carteles de teatros requerían la rúbrica del capitán general: se prohibió la palabra libertad hasta en la ópera *Los Puritanos*.

¡Ay! las musas de Almendares se habían equivocado el día que dedicaron á Martínez de la Rosa la *Aureola poética*, y cuando celebraron, como fausta venida de un Mesías, su elevación al Ministerio, con el festín campestre de 1.° de Mayo de 1834. Los versos de *Plácido*, Vélez, Iturrondo, Valdés Machuca, Orihuela, Betancourt y Veglia, se perdieron pronto en el espacio, y el ministro-poeta no pensó en la suerte de sus compañeros de Ultramar ni en las esperanzas que su advenimiento saludaron.

CAPÍTULO III

LA POESÍA LÍRICA

José María Heredia.—Su precocidad.—Su vida.—Su fama. Sus poesías.—Objeciones de Bello.—Domingo del Monte.—Sus composiciones líricas.—Ramón Vélez Herrera.—Primeras colecciones de sus versos.—Sus méritos y defectos.—*Flores de Otoño.*

Heredia es el primero que aparece en Cuba con sobresalientes dotes de poeta. Cuando llega á la Habana por segunda vez en 1820, á los diez y seis años de edad, tenía yá escritas composiciones amorosas que por su elegancia y por la acertada expresión de los sentimientos, podían figurar gallardamente al lado de las mejores de igual clase de Rubalcava y Zequeira. Había nacido en Santiago de Cuba en 31 de Diciembre de 1803. Siguiendo las vicisitudes de la carrera de su padre, hijo de Santo Domingo al servicio del Gobierno español, había pasado sus primeros años en dicha isla y en Caracas. Su precocidad deslumbró á todos. A los ocho años el dominicano D. Francisco Javier Caro le reconocía como buen latino y excelente tra·

ductor de Horacio. A los diez formaba un cuaderno de ensayos poéticos que le granjeaba las simpatías del literato Muñoz del Monte, eternizadas en unas octavillas que se conservan en el prólogo de una de las ediciones de las poesías de Heredia.

Llega á la Habana por primera vez en 1817 y pasa en 1819 á Méjico. Conoce allí á D. Blas Osés y otros literatos. Muerto su padre, vuelve á la Habana en 1820. Gradúase de Bachiller en Derecho, practica en el bufete de su tío Ignacio y en 1823 se recibe de abogado ante la Audiencia de Puerto Príncipe, no sin luchar tenazmente para vencer los obstáculos que se le oponían por su corta edad: no había cumplido veinte años.

Desde entonces comienza á ser la vida de Heredia un torbellino. Establecido en Matanzas de regreso de Puerto Príncipe, porque conjetura que en la vecina ciudad de los dos ríos podrá adquirir más pronto clientela que en la populosa capital, pronto se arriesga en conciliábulos y relaciones con los agentes revolucionarios de la América española, que vinieron en aqüellos días á soliviantar los ánimos de los cubanos y produjeron la fracasada conspiración de los *Soles de Bolívar*. Sospechoso Heredia y encausado, se ve en la forzosa necesidad de esconderse y emigrar. El resto de su vida, como profesor en los Estados Unidos y como magistrado y periodista en Méjico, es harto conocida para que repitamos los detalles. Hablemos del poeta.

En 1820 empieza á publicar sus poesías eróticas en el *Semanario*, de Matanzas, y en el *Revisor*, de la Habana. En 1821 funda la *Biblioteca de Damas*. En este periódico semanal, que no llegó á pasar del quinto

número, aparece por primera vez su poema, arreglo del de Legouvé, *El mérito de las mujeres.*

Pero cuando da José María Heredia un salto, salto de gigante que le gana fama universal, que lo coloca de súbito entre los primeros poetas del siglo XIX, es cuando publica en Nueva York, en 1825, á los veintiún años de edad, su conocidísimo tomo de composiciones líricas, el que reimpreso, corregido y aumentado en Toluca, en 1832, y reproducido ó traducido muchas veces, total ó parcialmente, en Filadelfia, Nueva York, Londres, París, Hamburgo, Madrid y Barcelona, admirado en todos los países cultos de Europa y América, le captó los elogios de Kennedy, Bello, Lista, Villemain y tantos otros distinguidos críticos; y también, para su más completa gloria (puesto que la de los grandes hombres se agiganta con los rastreros ataques de la envidia y la maledicencia), las destempladas y torpes censuras de La Sagra, benditas de todos los cubanos, porque originaron la valiente, cumplida réplica de Saco, publicada en el *Mensajero Semanal*, de Nueva York.

Para Lista, Heredia es poeta, y gran poeta. Siente y pinta, trasladando á sus versos el fuego de su alma y transmitiéndolo al lector. Falta lima y pulimento en el tomo de 1825; pero los defectos escasean y las bellezas abundan.

Para Andrés Bello, que pronunció su fallo en el *Repertorio Americano*, de Londres, en 1827 (después copiado por la *Revista Habanera* y por Guiteras), Heredia se distingue por la juiciosa distribución de las partes, por la conexión de las ideas, por la pureza del gusto, por la felicidad con que traslada á sus versos las impresiones de la Naturaleza, y á veces por el tinte

sombrío, por la misantropía de Byron y por las huellas de Meléndez y otros poetas españoles de sus días, que ha dejado en sus composiciones; son sus defectos, poco numerosos, las violentas construcciones, la pompa hueca, pródiga de epítetos y de terminaciones peregrinas y retumbantes, la incorrección en el lenguaje, principalmente por imitar arcaísmos que Meléndez, Jovellanos y Cienfuegos trajeron en mala hora á la poesía castellana, y por introducir en el idioma de las musas términos impropios tomados á la metafísica de las artes.

Por fortuna, muchas de las incorrecciones del primer tomo de las poesías de Heredia desaparecieron en ediciones posteriores, destruídas por la lima del autor, atento y dócil á la crítica. De otras censuras, como las que dirige Bello, no sólo á Heredia, sino á toda la poesía moderna, por tomar términos de la metafísica de las artes, diciendo que un talle es *elegante*, un seno *mórbido*, una perspectiva *pintoresca*, una catarata *sublime*, ¿qué hemos de opinar sino que Bello deseaba imponer en este particular caprichos que nadie acepta por leyes? En cuanto á la pompa hueca, pródiga de epítetos y de terminaciones peregrinas y retumbantes, pronto habría de ser considerada como levísimo defecto: la pompa de Heredia, su caudal abundante, la rotundidad y amplitud de sus estrofas, el libre vuelo de sus arrebatadas é impetuosas silvas, todo parece sobrio, conciso, moderadísimo, cuando poco después se entroniza el romanticismo francés, y corre desenfrenado por Europa y América, declamador altisonante y verboso en poesía como en prosa, en los labios de Víctor Hugo y Pelletan como en los de Castelar y Zorrilla. Ciertamente es uno de los principales erro-

res de la poesía hispano-americana dar también libre curso á la verbosidad espontánea, amontonar imágenes más deslumbrantes que propias, cubrir páginas enteras con juegos de palabra y de imaginación á falta de pensamientos discretos y formas originales para encerrarlos, pecar en todos esos puntos que Andrés Bello, severo horaciano, señalaba ya con frase dura, presintiendo todos los males que de ellos iba á recibir la literatura durante la febril exaltación de las generaciones nuevas; pero Heredia, comparado con los poetas posteriores, es un prudente clásico; con razón es colocado, como Rubalcava y Zequeira, en la escuela literaria que desfallece á principios del siglo, y es pronto vencida por las huestes románticas que en la década del 30 al 40 dominan en Cuba, y del 40 al 47, poco más ó menos, conducen á los vituperables extravíos de un nuevo y pernicioso gongorismo.

Para Enrique Piñeyro, Heredia pertenece á esa ilustre familia de poetas que, comenzando en Píndaro y Tirteo, ha continuado sin interrupción hasta nuestros días con Quintana, Víctor Hugo y otros. Lírico por excelencia, llena un vacio en la literatura española cuando Quintana cesa de cantar, y puede figurar á su lado por el vigor de la inspiración, aunque no le iguale en la corrección, pureza y majestad con que el poeta madrileño desenvuelve y deja caer sus imágenes como pliegues de una estatua griega.

Las composiciones de Heredia que corren con mejor fortuna son las que produjo contemplando la naturaleza. No por esto se crea que deja de ser eminentemente subjetivo en sus mejores versos. Su éxito no estriba tanto en la reproducción fiel de los detalles de la realidad que contempla, como en la hermosa ex-

presión de las emociones que en su alma la contemplación ha producido. Corazón de artista, abriga siempre sentimientos nobles y elevados que despiertan y se exaltan cuando el poeta ve en el exterior objetos que por su majestad y belleza corresponden al estado de su ánimo y á la grandeza de su espíritu, ó evocan ideas y recuerdos dignos de su entonación pindárica. La oda que arrancó á su lira el espectáculo del Niágara es unánimemente considerada como su obra maestra; su inspiración constantemente sostenida, el ordenado concierto de sus partes, las diversas emociones que refleja, la patria que invoca y la hermosura misma del tema, la avaloran y recomiendan. Su meditación *En el Teocali de Cholula* también es de lo selecto: reposando al pie de la pirámide, admira reunidas en estrecha zona las bellezas de opuestos climas, la blanca nieve que corona las cimas de Orizaba y Popocatepec y las doradas mieses y variadas frutas que ostenta el llano; las sombras de la noche sobrevienen, y la gigantesca silueta de la montaña que se presenta á sus ojos como fantasma colosal, le incita á comparar su inmovilidad eterna con la instabilidad de las cosas humanas, recordando cómo han pasado las dinastías aztecas, sus pompas y grandezas, tan efímeras al lado de la muda pirámide que ayer adoraron supersticiosamente. Su composición *Al Océano*, cuyas ondas lo alejan un día de la patria y otro lo devuelven á la tierra natal; sus *Versos escritos en una tempestad*, que descubren el temple de su alma siempre atraída por lo terrífico y grandioso; su himno *Al Sol*, padre de la luz, fuente de vida; su oda *A la Noche*, en fin, tan propia de su melancolía inagotable, acreditan el acierto con que el poeta se coloca siempre ante la

naturaleza y la escudriña y mide con intrépida mirada.

Sus poesías amatorias recorren todos los estados del alma enamorada, todos los encontrados afectos que las vicisitudes de la pasión pueden suscitar. Desde niño se extravía acalorando aspiraciones vagas, cantando las glorias del amor sin tener objeto concreto que las personifique, y lamentándose de no tenerlo. Después halla motivos en la constante agitación de su pecho para las más variadas emociones, de pena y alegría, de duda cruel ó de certidumbre grata, de conformidad, desdén ó desesperación. Amante, ora goza con dar libre curso á sus afectos, ora sufre con los recelos ó por la ausencia, ó cambia de inclinaciones y disminuye ó aumenta su vehemencia: amado, ya disfruta del ansiado cariño, ya llora el desvío, ya gime olvidado. Sus poesías políticas contienen todos los sentimientos propios de su época y de sus particulares circunstancias. Canta las glorias y méritos de Wáshington, el humillador de la soberbia británica; celebra el 4 de Julio (aniversario de la declaración de independencia en los Estados Unidos); solemniza los triunfos de Bolívar y le aconseja que no imite la ambición de Itúrbide; invoca el patriotismo de los mejicanos para que se opongan unidos á la invasión de 1829; pide á los griegos en 1821 que hagan reverdecer los laureles de Leonidas y Temístocles; preludia en su lira el himno del desterrado y deplora que sus hermanos permanezcan en servil obediencia; llora la muerte de Riego y la inconstancia de los españoles que ayer le adoraron; narra las victorias de Napoleón y presenta su caída trágica como memorable ejemplo á los déspotas; guarda siempre una frase de admiración ó cariño para Tell, Cincinato, Arístides y cuantos brillaron como

héroes en la guerra ó como ciudadanos en la paz.

Domingo del Monte y Ramón Vélez Herrera, que aparecen en 1829 cultivando la poesía en los periódicos, son los primeros que después de Heredia merecen ser citados aparte de los versificadores aficionados de aquellos días.

De Domingo del Monte, sin embargo, más apreciado por sus romances en que trató de reflejar nuestras costumbres campestres, poco tenemos que decir aquí al considerarle como lírico. No hay discrepancias al juzgarle: todos convienen en que sus dotes de esmerado hablista y su exquisito gusto literario no salvan sus poesías líricas, siempre lánguidas, desmayadas y sin inspiración, más descuidadas aún en los finales. La amistad y el amor son los predilectos asuntos de sus silvas, que le proporcionan sólo motivos de abatimiento y desilusión. En *El Fastidio*, *La vuelta ó el desencanto* y *Epístola á Elicia Cundamaro*, puede verse la débil entonación elegíaca de sus rimas. No encierran la tristeza sombría de los pechos indómitos y grandes que protestan enérgicamente contra el adverso destino, ni la resignación de un alma catoniana que se aísla para contemplar con filosófico desprecio las injusticias del mundo, los vicios del hombre y la dificultad del remedio, sino los lamentos estériles y vagos de un espíritu desconcertado y pusilánime, que expresa simplemente su tedio y desaliento con descoloridas frases. Ni siquiera tienen la particular tristeza de los soñadores que se recrean en la soledad trayendo á la memoria los recuerdos y saboreándolos con inefable complacencia.

Vélez Herrera es más poeta. No suele ser elevado ni filosófico; pero es fácil, espontáneo, rotundo, armo-

nioso, pintoresco, y como lírico uno de los más fecundos cubanos. De 1833 á 1838 publicó tres volúmenes de versos, y después ha seguido cultivando la poesía sin cesar hasta su muerte (1886).

El primer tomo apareció durante la epidemia del cólera morbo, y sin embargo, obtuvo buena acogida. Entonces era un acontecimiento la publicación de un tomo de poesías. Después de los de Heredia y Zequeira, el de Vélez era el primero que aparecía con prestigio, y merecía bien la ansiedad con que sus lectores lo esperaban.

En el segundo sobresalen la silva *A la convocación de Cortes en 1834* y *La Caridad*, en estancias de seis versos, aunque adolecen de sus acostumbrados defectos: los asonantes aproximados y adjetivos impropios. Contiene también muchos sonetos: varios dedicados á los militares que se distinguían en el bando liberal de la Península; otros á Isabel y á Cristina en sus días, inspirados en las esperanzas halagadoras de entonces, y que unidos á otras composiciones del mismo asunto compiten en cantidad con las de *Plácido*, y por punto general no son inferiores en la versificación; algunos amatorios, que aunque más galantes que tiernos *(El Suspiro, A Laura, Laura á caballo, El Recuerdo, El Ruego, La Queja)* tienen delicadeza y soltura y demuestran que el autor ha buscado modelos en los más armoniosos de los clásicos españoles de la edad de oro. Completan la colección versos escritos en la muerte de amigos y en los estrenos ó beneficios de actrices y actores, y otros á Warterloo, á Varsovia, á Leonidas, á Granada, á Espada, etc., de poca importancia por el asunto ó por el desempeño, pero que prueban que la pluma de Vélez no permanecía

ociosa y utilizaba todo lo que hería su imaginación, presente ó pretérito, para añadir algunas páginas á su patrimonio literario.

En el tomo tercero abunda más lo descriptivo y lo pintoresco. *La ermita del Monserrate*, *El canto y la música*, *El Secreto*, *La Inspiración*, son las composiciones que de él más nos agradan, aunque en algunos cambia, sin necesidad, de metro, según las libérrimas costumbres románticas, destruyendo la armonía del conjunto.

Lo que falta casi siempre á Vélez, como á muchos poetas fecundos y espontáneos, es concisión y fuerza en la frase, fijeza y preparación en los planes, al paso que le sobra pompa, verbosidad y soltura. No aprende de los zorrillistas, puesto que canta antes que ellos, pero procede de una manera semejante, aprovechando más á menudo la inspiración desordenada para enviar, por ejemplo, galanteos á Zulima, que madurando una idea para desenvolverla esmeradamente en un trabajo acabado y correcto. Así puede observarse que ninguna pieza de su colección ha quedado profundamente grabada en la memoria de sus lectores. No hay una oda como la célebre de Heredia, ó una plegaria como la de *Plácido*, de la que pueda decirse que es *la obra* de Vélez.

En 1849 publicó otra colección, titulada *Flores de Otoño*. Ya que hablamos de sus poesías líricas, añadiremos dos palabras relativas á dicho último tomo.

No contiene, como podría sospecharse, lamentaciones de quien llora la pasada juventud. Vélez no era poeta quejumbroso. Pero se distingue el tomo de los anteriores, y prueba claramente que ha vivido algunos años el autor. Ya no le solicitan, como en 1837, el

triunfo de la actriz, la obscura hazaña de un militar isabelino, el santo de Cristina y otros temas de las poesías de ocasión, que se reducen á un soneto, á fáciles octavillas ú otras breves improvisaciones. Escoge mejor sus asuntos, los medita más y forma, desenvuelve planes más extensos. Los cuadros de la Naturaleza y los motivos religiosos ya son más comúnmente los manantiales de su inspiración. También la muerte de Heredia y de Blanchié y la traslación de los restos mortales de Napoleón I.

Es curioso notar cómo Napoleón I, objeto de todas nuestras iras poéticas mientras atropellaba triunfante los pueblos de Europa, se convierte después de caído en objeto de una compasión exagerada que no hemos comprendido bien; porque si los poetas que tanto blasonan de amar la libertad y odiar á los tiranos, como Vélez, Iturrondo, Orgaz y Vinajeras, no se limitan á compadecerle con reserva y dignidad, deplorando que su ambición y soberbia lo condujeran á funestos errores, si pretenden engrandecerle como á redentor malogrado, llorarle como á mártir caído y hacer de sus infortunios un memorial de agravios para presentarlo á Inglaterra y denostarla como á cruel tirana, opinamos que el poeta ha perdido su tiempo incensando á un ídolo de barro. *El inicuo interés, la fe violada* y todas las frases teatrales que la retórica ampulosa echa al rostro de la poderosa Albión, caen al cabo, dentro del templo de la Historia, sobre el trono improvisado del emperador vencido.

CAPÍTULO IV

LA POESÍA LÍRICA

(Continuación.)

Francisco Iturrondo *(Delio)*.—Su entusiasmo.—Sus *Ocios poéticos*.—Su valor literario.—Gabriel de la Concepción Valdés *(Plácido)*.—Su fama.—Su escasa instrucción.—Sus últimas poesías.—Sus lisonjas.—Sus versos amorosos.—*Plácido* como poeta descriptivo.—Errado juicio de M. Cambouliu.—Ramón de Palma.—*Aves de paso*.—*Hojas caídas*.—*Melodías poéticas*.

Por la época de Vélez y Domingo del Monte aparece también un poeta gaditano, Francisco Iturrondo, que, como el segundo, vino á adoptar á Cuba por patria desde niño. Firmábase *Delio*. Conocido por los periódicos primero, lo fué mucho más por sus *Ocios poéticos*, pequeño volumen muy apreciado de las damas, publicado en Matanzas en 1834.

Tampoco es poeta de versos heroicos, grandilocuentes y deslumbrantes; pero tiene cultura, regular esmero en la dicción, y si tras sus esfuerzos no resulta poe-

ta vigoroso y pensador eximio, es á ratos melodioso trovador que agrada y entretiene. El defecto en que con más frecuencia incurrió como, versificador, hasta el punto de persuadirnos de que no lo hacía por descuido, sino porque no lo consideraba defecto, es el de aproximar asonantes. También en el régimen de los verbos se equivoca, ó lo truéca y violenta adrede para esquivar dificultades de la metrificación. A veces usa con impropiedad participios y adjetivos, como cuando dice "la *polvorosa* frente del sol", y "*dividido* (separado) del objeto infeliz de mis amores"; inventa algunos con gusto extravagante *(refléctida, laudífero)* y rebusca otros *(mirífico, rispidc)* que amontonados dan á la poesía entonación pedantesca. Más á menudo se puede hacerle cargos por los versos prosaicos que intercala, por la debilidad de los finales en silvas y sonetos, y por la exageración de algunas ideas.

Brilla principalmente como poeta descriptivo en la primera y tercera composición del tomo: *Las ruinas del palacio árabe de la Alhambra* y *Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana.* El primer tema armoniza perfectamente con su carácter melancólico y soñador. El otro le ofrece materiales abundantes para cuadros nuevos y enumeraciones pomposas. Ambas son estimadas con razón como sus composiciones más notables. En ias amatorias vale muy poco. *A P..., Declaración de amor, A Corina, A una tórtola, Al canario de Corina, La Inconstancia, Mis deseos,* ó nó pasan de lo muy vulgar ó son inaceptables. Pero cuando deja sus propios amores para cantar los de Oscar y Malvina, cuando la amistad es la fuente de sus inspiraciones y cuando sus tristezas se apoderan de su lira, es dulce, armonioso, interesante y regular poeta: pruébalo en la

silva *A Zulmira* y mejor en las tituladas *A Malvina, A Anarda, Misantropía* y *Al buen Elicio.*

En la titulada *A la luna del Cuzco,* que á muchos agrada porque tiene realmente pedazos bien sentidos y versificados, echamos de menos unidad y plan. La luna del Cuzco es para Delio una linterna de pálida luz que va aplicando sucesivamente con nimia delectación á los desordenados recuerdos que vagan en su fantasía; parece la linterna de Diógenes que toma en la mano y parte con ella á la América del Norte, á Inglaterra, á Escandinavia, buscando los héroes de Osián, Yonny, Chateaubriand, y mezclando de paso á Heredia, Agamenón, Virgilio, el Niágara, Cholula y otras cosas que podrá iluminar la luna que está en todas partes, pero que no caben en el cuadro local que debió imaginar el poeta al escribir el título de la silva. No creemos que hilvanar así recuerdos inconexos sea método recomendable de composición.

La *Despedida de mi juventud* sin duda fué inspirada por la silva que el mismo tema consagró Quintana. Hasta las *puertas doradas* que cierran la florida edad de *Delio* parecen rivalizar con las *negras puertas* que la vejez abre al poeta madrileño. La imitación es inferior al modelo, aunque no sea de lo peor escrito por el imitador.

Wáshington y Napoleón son temas bien elegidos, pero no los domina. El segundo no le sirve sino para algunas frases de vaga compasión al prisionero de Santa Elena, lo cual no vale mucho, porque á nuestro juicio, si al cabo de cinco páginas el poeta que habla de Napoleón no ha encontrado lenguaje enérgico que describa su audacia, sus triunfos, su soberbia, su trágica y lógica caída, y que nos enseñe con sentenciosa

gravedad que la más deslumbrante tiranía es deleznable, ha hecho muy poco con llamar *duros opresores* á los que vencen en Waterloo y sujetan al turbulento Bonaparte.

Compuso varias poesías laudatorias: al obispo Espada, que las merecía; á Desval y Fernández Madrid, cuyos méritos literarios exagera; al general Vives, al aeronauta Blinó y á Cristina, llamando de paso á Fernando VII el *Tito ibero.*

Manejó los sonetos con muy poca fortuna; así es que aunque alguno mediano puede escogerse de ellos, casi todos deben condenarse al olvido. Ni sus dotes de poeta descriptivo le valen para salvar los que dedica á la *aurora*, al *sol* y á las *estaciones*.

Después de Heredia, el primer poeta que aparece en Cuba dotado de poderoso estro lírico, de robusta y valiente entonación, es el mulato Gabriel de la Concepción Valdés, tan conocido por *Plácido* en Europa y América.

Es opinión de Calcagno y de otros críticos que *Plácido* ha sido el poeta de más altas facultades que ha nacido en Cuba; el mayor poeta *en potencia*, como dice D. Juan Valera hablando de Zorrilla; pero, por su desgracia y por la nuestra, el humilde peinetero, de instrucción escasa, nacido en una clase despreciada y condenado á vivir en una esfera social muy inferior á la que necesita el poeta, forzado á improvisar muy á menudo para dar abasto á los periódicos, constreñido otras veces á despilfarrar su inspiración en poesías laudatorias para halagar á cuantos tenía encima de él, y á más colocado en una época de opresión política en que la censura ahogaba á todos, y más á los débiles y desvalidos, tuvo que dejar en sus obras el infor-

tunado mártir de 1844 una muestra muy incompleta, muy insuficiente, pobre y raquítica, de las titánicas fuerzas de su ingenio.

Difícil es conjeturar el alcance que tendría una inteligencia colocada en ambiente más favorable, en condiciones más propicias á su desarrollo y acción de las que haya podido disfrutar. ¡Arduo problema el de saber si *Plácido*, con otra instrucción y más riquezas, hubiese excedido á Heredia, á la Avellaneda y á Luaces! Pero es indiscutible que, llegase ó no á mayor altura que dichos tres poetas, hubiera fácilmente podido legar una valiosa herencia á la literatura cubana sólo con haber tenido un caudal más abundante y ordenado de lectura, más roce con personas de ilustración y buen gusto, y más calma y libertad de espíritu para escoger asuntos y tratarlos.

Tal como aparece en las colecciones de sus versos, *Plácido* es incorrectísimo y descuidado en las formas, vulgar en los temas, si se le considera en conjunto. Estos defectos van apareciendo cada día más de relieve, por el creciente afán de los editores de enriquecer las colecciones con inéditas obras, aunque sean de ínfima clase. Así resulta que *Plácido*, tan necesitado, como ya se ha dicho, de un severo amigo que publique sus poesías selectas, fastidia á muchos por el aluvión de composiciones medianas que ofrece á sus lectores. Su último editor lo agravia, por publicar sin discernimiento lo que en nada favorece á su fama. Sin embargo, la crítica imparcial se detiene, distingue y justiprecia.

Entre sus poesías líricas deben figurar sus odas. Otra segunda clase forman los demás romances, y sus leyendas, composiciones en las que predomina lo obje-

tivo. Otra tercera constituyen sus poesías festivas, que incluiremos en el género satírico.

Plácido, nacido en 1809, empezó á preludiar en su lira en los primeros años de la década del 30 al 40; hizo resonar su nombre y volver á todos la cabeza para distinguirle cuando en 1834 ofreció su *Siempreviva* á Martínez de la Rosa, la mejor flor del ramillete que los bardos cubanos presentaron al poeta español al subir éste al lado de Cristina para regir los destinos de la patria, á la muerte de Fernando VII; en 1838 publicó un tomo, base de su fama; y después siguió cultivando las letras hasta morir, como Heredia, á los treinta y cinco años. Aunque muchas de sus composiciones, y algunas de las mejores, son posteriores al año 1842, hablaremos aquí de todas las líricas, para no incurrir, por escrupulosa exactitud, en el error de multiplicar subdivisiones enojosas.

Los versos de *Plácido* que por la elocuente expresión de sus sentimientos más emocionan é interesan al lector, son los que escribió poco antes de morir: *Plegaria á Dios, Despedida á mi madre, Adiós á mi lira*. Sentíase inocente: si no libre por completo de animadversión á los gobiernos españoles, porque asistió á los luctuosos días del mando de Tacón, y le abrumaba aún como á todo cubano la poderosa tiranía de la Metrópoli; si no exento quizá de algún justo rencor á la raza blanca, que esclavizaba á sus hermanos y los anonadaba con la pesadumbre de la cadena, sentíase á lo menos inocente del delito concreto que se le imputaba, acusándosele de principal factor en la conspiración que se llamó de *la escalera*. Su soneto *El Juramento*, su *Despedida* al general mejicano A. de la Flor, podrán atestiguar que abrigaba secretamente en

el pecho la indignación que en otros palpitaba, pero en la causa por la cual le encarcelaron y fusilaron no había pruebas del supuesto crimen. Y él, que con tan fervoroso entusiasmo había cantado tantos años *las glorias de Isabel y de Cristina,* que se expuso tantas veces á sufrir la nota de adulador y cortesano, víctima ya de la arbitrariedad y de los recelos del poder, tras no haber conocido amigos en la tierra, medía con rápida ojeada la soledad y el desamparo de toda su vida, comenzada en la cuna del expósito y terminada en la capilla del condenado á muerte, y no encontrando otro consuelo en el mundo, volvía los ojos y elevaba el corazón con ansiedad infinita á la distante justicia de los cielos, y derramaba en cada estrofa de sus cantos una lágrima amarga, de maravillosa virtud, que aun deja huellas indelebles en el pecho del lector que se identifica con tan hermosos versos. En todo esto hacen pensar, todo esto reflejan las tres composiciones citadas. Y como que lo que está bien sentido suele ser bien expresado, *Plácido* encontró formas literarias hermosas, bastante correctas, para encerrar sus pensamientos. La *Plegaria á Dios* ha tenido éxito completo y figura hasta en manuales de Retórica.

La *Siempreviva* es una composición en octavas reales, brillantes y sonoras, ricas de imágenes y de armonía. Responde al llamamiento que hicieron *Delio* y *Desval* á la juventud habanera para formar una *Aureola poética* y dedicarla al nuevo ministro, cuya intervención en el poder auguraba días de libertad, que saludaban regocijados los españoles en entrambas riberas del Atlántico. Por entonces no advertían los cubanos que el Estatuto les venía recortado, ni soñaban con la tremenda injusticia de 1837, y elevaban

sincera y fervientemente sus votos *al sublime cantor de Zaragoza.*

Entre las felicitaciones á SS. MM. y AA., que no bajan de doce, descuella la alegoría titulada *La sombra de Pelayo.* Contiene versos de los más rotundos y armoniosos que escribió su pluma, como los de la introducción, en que se compara, no sin cierta audacia, á la *altiva cóndor*, cuando levanta, *ceñida de relámpagos, el vuelo*, y

> á su brillante lumbre
> desdeña de los Alpes la alta cumbre;
> impávida y tremenda como Palas
> y con mirar sereno,
> por la región horrísona del trueno
> bate atrevida sus potentes alas.

Supone que el héroe de Covadonga aparece tremolando el pendón de Castilla y augura á la reina Isabel su triunfo y el de la libertad de España sobre los usurpadores. Otras sombras augustas evoca á menudo (las del Cid, Gonzalo de Córdoba, Padilla y Mina); pero ninguna con igual suerte.

Los escritores que para atacarle ó defenderle han hecho referencia al carácter rastrero y adulador que le atribuyen, fundándose en la superabundancia de poesías laudatorias que produjo, no distinguen las dedicadas á los nobles y ricos residentes en Cuba de las compuestas en loor de los monarcas. De estas últimas podría decirse que, lejos de contener torpes lisonjas, son apologías de la libertad, llenas de alusiones á sus históricos representantes, de elogios á Polonia y de anatemas á Rusia y Austria. Cuando luchaban en España facciones de significación opuesta, ponerse del

lado de Isabel y Cristina era ser liberal y patriota. No abundaban entonces en Cuba los de más radicales doctrinas, y los demás colaboradores de la *Aureola poética* que se expresaban como *Plácido* en muchos versos, no eran tenidos por reaccionarios ni por aduladores. De las felicitaciones, pésames, despedidas y dedicatorias á cubanas y á cubanos más ó menos poderosos, que se cuentan por docenas, bien puede decirse que aunque perjudican al concepto literario del autor, que no debía excederse cultivando tan frívolos temas, por lo que concierne á la conducta del hombre desvalido y de vilipendiada clase, no son tan graves piezas de acusación y merecen las disculpas que ya casi todos les otorgan.

Sus sonetos *A la Fatalidad*, *La muerte de Gessler* y *Al aniversario de la muerte de Napoleón* son notables. De los amatorios sobresalen *A una ingrata*, y los inspirados por el continuo dolor que le domina y atribula después de la pérdida de su Fela, que, como las epístolas motivadas por el mismo asunto, son más ricos de sentimiento que la mayor parte de las producciones de igual género que dejó el autor. Por punto general sus composiciones eróticas no impresionan; no es *Plácido* un apasionado amante que traduce con calor sus afectos: trovador galante unas veces, otras implacable burlón que renueva festivamente la vieja sátira contra las mujeres, casi nunca es poeta que descubre su alma y obliga á gozar ó penar con él, sino versificador fácil que luce su arte retórico, que arrulla el oido, pero no emociona. Bien es verdad que tal carácter no es exclusivo de sus versos amorosos, sino común á las tres cuartas partes de sus obras. Juega con la imaginación y nos entretiene, pero no profun-

diza ni interesa. Si habla de flores, selvas, arroyos, pájaros, brisas, en fin, de la naturaleza exterior, no nos convence de que la contempla como Heredia ante el volcán, el mar ó la catarata, sino que parece que se entera de dichas cosas por otros poetas y novelistas. Si se para ante el Yumurí, pronto abandona las observaciones que su contemplación sugiere para entregarse á cavilaciones acerca de si estarán en el fondo el esqueleto de Hatuey y la lanza de Almanzor, venida de Granada, donde vió turbantes con rubíes, gallardos pendones y cifras de oro de Ofir, entre otras cosas, y luego empiezan las hipótesis de lo que harían por allí los indios *in illo tempore*. Las visiones y los fantasmas que habían pululan por todas partes. En fin, es romántico de pura raza, con los defectos y virtudes de su familia, con su pompa de lenguaje y música armoniosa, con sus excesos de imaginación y su verbosidad sin freno. No llega á los absurdos y delirios de los últimos días de la decadencia romántica, pero está en la senda.

Por cierto que nada nos ha extrañado más que la opinión de un extranjero, M. Cambouliu, cuando escribe: «Así, ¡con qué brillo no retrata su poesía ese esplendor de los trópicos; aquí la vegetación fogosa, allí las salvajes montañas, ora las noches espléndidas, ora la brisa perfumada, los inviernos sin nieve ni brumas, el huracán furioso devastando los bosques de naranjos y demás maravillas que lo rodean! Con la lectura de su tomo puede uno reconstruirlo todo: el país, los hombres, vida, costumbres...»

Gran parte de esto es pura fantasía. No vemos en los versos de *Plácido* la *vegetación fogosa* ni la *montaña salvaje*. Dista mucho de ser un poeta que des-

criba con exactitud la naturaleza cubana. *La flor de la cera, La flor del café, La flor de la caña, La flor de la piña* son composiciones que no deben engañarnos por sus títulos. En la última hay un principio de descripción; las otras tres son amatorias, con estribillo forzado; pero no descriptivas. En *Las flores del sepulcro* cita flores y plantas de Cuba, y en otras composiciones también; pero á capricho, aquí y acullá, según las necesita para una estrofa armoniosa ó una comparación, no agrupándolas, ni con intento de presentar un cuadro de la flora cubana, y mezclando también rosas de Jericó, cedros del Líbano, olivas de Sión, jazmines del monte Carmelo, lirios del Calvario, cipreses de Gades, palmas de Idumea, laureles de Judea, grutas de Belén, aguas del Jordán, pozos del desierto y otras cosas que están muy lejos de la naturaleza cubana. En la poesía titulada *Al pan*, nos dice que está coronado de cañas, palmas esbeltas y flexibles yagrumas; pero ahí concluye la descripción, pasando á recordar que allí vivieron indios vestidos de plumas, y á conjeturar que el monte está lleno de fulminante gas y reventará con estruendo, y á pensar si en el principio del mundo estuvo unido al Pichincha, al Chimborazo y á los Andes y á suponer que dentro de algunos siglos el poeta *Plácido* será encontrado allí en una excavación, y los hombres querrán robar su momia, y el monte defenderá los restos de su bardo. ¿Dónde están esas composiciones que sirven á M. Cambouliu para reconstruir *hombres, vidas y costumbres de Cuba?*

Claro está que al notar este aspecto de la mayor parte de sus producciones, no negamos á *Plácido* capacidad y facultades para sentir y expresar bien lo que siente: basta saber que lo hizo algunas veces admira-

blemente, para comprender que pudo haberlo hecho siempre si escribiera con menos volubilidad y premura. Ni negamos tampoco que entre los caprichos de su fantasía haya dejado cosas estimables, poesías breves, ligeras, gráciles, llenas de frescura, como algunas anacreónticas y las letrillas en que celebra las flores de la piña, de la caña y del café.

Terminemos consignando que compuso un corto número de poesías religiosas y una elegía en la muerte de Heredia, *La malva azul*, de la que se ha dicho que por algunos trozos recuerda la melancólica ternura de fray Luis de León.

Ramón de Palma empezó á cantar en 1833, y pronto fué de los más entusiastas continuadores de nuestro movimiento literario, como poeta, como prosista y como fundador de *El Album* y de *El Plantel*, periódicos de amena literatura ya citados. En 1841 formó su primer colección de versos, titulada *Aves de paso*. Pertenece también como lírico al período siguiente, en el cual publica dos volúmenes, *Hojas caídas* y *Melodías poéticas* (1848).

Como poeta le distingue el carácter sombrío de sus composiciones. Amor, amistad, gloria, esperanza, son palabras vanas para él como para todo apasionado romántico de su escuela. Las manifestaciones de hastío y desaliento de su musa han dado lugar á que la crítica pregunte si imitaba á Byron ó á Heredia. Anselmo Suárez, que empieza por negar en absoluto que imite á nadie, viendo en la misma diversidad de modelos que citan la refutación del aserto, indica luego que imita á Byron, que es precisamente, de los modelos que le atribuyen, el que no podía imitar, según Zenea, porque no lo conocía suficientemente. Pero no es

dudoso que leía y estudiaba á Heredia y que lo recuerda en algunas producciones, como en cierto pasaje de *La Poesía* que ha señalado Emilio Martín en sus *Apuntes*.

Palma ensaya algunas veces su lira con acierto en la poesía grave y elevada, como cuando escribe *El cólera morbo*. Pero fuese ó no más apto para cultivar este género que otros, lo cual es punto discutible, es el hecho que no le dedicó sus mejores esfuerzos, y que aunque se sostiene, cuando por el asunto es necesario, á regular altura sin decaer, no la traspasa con osado vuelo. Con más frecuencia se ejercitó en la poesía erótica con éxito, como en *Quince de Agosto*. Correcto por regla general, agrada con sus rimas armoniosas y con su lenguaje no afectado.

Dijeron los que le trataron que su ilustración no era muy grande, no obstante su título académico. Así puede explicarse que con sus facultades, realmente no comunes, quedase al fin en puesto no muy alto. La amplia y bien dirigida cultura es necesaria para que los talentos más preclaros lleguen á dar frutos exquisitos. Aunque la imaginación y el alma entren por mucha parte en la obra del artista, no puede aislarse completamente ni por soberbia ni por indolencia. La civilización, dígase lo que se quiera de la espontánea poesía popular, es la atmósfera propia é indispensable para que se desarrolle y perfeccione, y para que aquilate sus fuerzas. El comercio de ideas y de afectos ha de darle caudal para sus cantos, motivo para su obra de arte. Un libro, un autor que nos es hasta ayer desconocido, puede mostrarnos al día siguiente nuevos horizontes, hacernos pensar y sentir de nuevo modo ó con mayor intensidad y fuerza, y al cabo, tal vez por

casualidad dichosa que tarde se presenta, despertar una fibra adormecida, brindar el germen de un pensamiento que puede encerrar el secreto de la gloria. Sin esta constante renovación de pan intelectual, el espíritu no adelanta y acaso se empobrece en su círculo estrecho. El poeta más que antes necesita en este siglo exigente nutrir su inteligencia y fortalecer su voluntad, para no ser un repetidor ingenioso de temas envejecidos, ligeramente modificados en la forma. La libertad literaria, la preciada libertad romántica, podrá romper todos los frenos, pero nunca eximir á las inteligencias de la ímproba y ordenada labor que aleja al hombre de su primitiva ignorancia.

En 1860 se ha formado una colección de sus mejores poesías, que lleva el discutido prólogo de Anselmo Suárez. Un tomo segundo debía contener sus escritos en prosa, pero no se realizó el proyecto.

CAPITULO V

LA POESÍA LÍRICA

(Conclusión.)

José Jacinto Milanés.—Su tendencia moral.—Sus poesías amatorias y descriptivas.—Francisco Orgaz.—Sus méritos y defectos.—*Preludios del arpa*.—Otros versificadores.—*Desval*.—Manuel y Zacarías González del Valle.—Poey—Echeverría.—*Polidoro*.—Tanco.—Manzano.—Bermúdez.—Betancourt.—Poveda.—Angel y Leopoldo Turla.

En 1837 aparece José Jacinto Milanés, dándose á conocer con la publicación de *La Madrugada*, adocenado ensayo, en *El Aguinaldo Habanero*. Corta fué su carrera literaria, pues en 1843 perdió la razón, quedando inutilizado para las tareas intelectuales, como lo estaba Zequeira desde 1821. Algunas rimas melancólicas que de tarde en tarde lanzó después la lira del poeta matancero, demuestran ya el estado de su cerebro enfermo. Ejemplo sea su soneto *Niágara*: la antigua musa apacible, delicada, tierna, se exalta en 1848 ante el solemne y magnifico espectáculo de la natura-

leza, quiera cantar y traducir en poesía lo que siente, pero se estremece, se anonada, y su voz anuncia ya el extravío de su inteligencia.

No hay que dudar del ideal artístico de quien había dirigido á Palma aquellos versos:

Yo te quiero pedir que pues ahora
brillas, poeta, en la cubana lista,
recuerdes más la sociedad que llora
y olvides más tu lamentar de artista.

Ellos dicen que Milanés había reconocido la necesidad de elevar sus cantos á una altura digna del arte á que consagraba sus esfuerzos; que comprendió la utilidad de que la poesía no sea una abstracción hermosa completamente desligada de la vida de los pueblos, sino un acento lleno de pasión que responda á todo lo real que nos rodea; y que, por consecuencia lógica, había de reputar como mero pasatiempo de la pluma todas las composiciones de frívolos asuntos que dan cien vueltas á temas trillados, vulgares y faltos de interés, haciendo á sus autores responsables de un verdadero despilfarro de colores y de imágenes.

Fruto de esa tendencia á lo trascendental y filosófico fueron algunas de sus obras líricas, en la que vemos sobreponiéndose su corazón noble y honrado á todo lo que encierra una injusticia social, una degradación del alma, una perversión del hombre ó una miseria de la vida que reclama nuestra lástima. En *El poeta envilecido* protesta con indignación contra el desdichado empleo que da á su talento el trovador que lisonjea sin dignidad y sin decoro al magnate que le compra su adulación rastrera. Si ve la febril agitación de una mujer coqueta, piensa que en breve el tiempo

consumirá su efímera hermosura y habrá de llorar en las tristes horas de una deshonrosa vejez los recuerdos de una juventud sin pudor y sin virtudes. Si vuelve del baile la joven que goza de espléndidas riquezas, señala el contraste que ofrecen en el cuadro de la vida la favorita de la fortuna que disfruta de sus dones y la esclava de la miseria que gime en solitaria choza. Otra vez presenta esta desigualdad social en *El Mendigo:* el eterno desheredado pide un óbolo á las puertas del sarao y no hay quien responda con el bálsamo de caridad á su queja lastimera, que se pierde en el espacio ahogada por los acordes de la música, aunque resuena toda la noche en el corazón generoso del poeta como una terrible pesadilla. Cuando describe á la lúbrica ramera sabe lanzar sobre ella el anatema de la austera moral, pero también brilla en sus ojos un rayo de infinita compasión, considerando que tal vez fué arrastrada al libertinaje por el hambre, y que acaso no hubo una mano redentora que la librase del inmundo cieno cuando otra mano cruel aprovechaba su debilidad para arrebatarle arteramente su pureza. En *La guajirita del Yumurí* también pone de relieve la maldad del hombre que juega con el amor y con la inocencia de una niña para después abandonarla y dejarla perecer en terrible soledad. Si encuentra á la madre impura en su camino, traza el cuadro de las amarguras en que vive en medio de una sociedad que secretamente la desprecia, aunque tolere su presencia por su riqueza y posición. Si contempla al niño expósito, condena al padre criminal que le abandona y mira en lejana perspectiva un negro porvenir para el ser desamparado que puede llegar á recorrer la senda de todos los vicios que forman una fatal cadena

cuyo primer eslabón se enlaza con frecuencia al primer instante de desesperación y dolor. En suma, su lira fecunda tiene cuerdas para todo lo que interesa vivamente á la moral: tiene notas severas para el hijo del rico que vive en la disipación, y notas dulces y consoladoras para la hija del pobre que es feliz en su recogimiento decoroso; tiene palabras de desdén para el ebrio que rueda vergonzosamente por las calles, y palabras de reconvención para la madre culpable que lo crió en la holganza por exceso de ese cariño contraproducente y pernicioso que todo lo perdona; tiene acentos de admiración para Larra, y de indignación para su suicidio; tiene plácemes para la joven discreta que no dedica su tiempo á pueriles devaneos, sino á lectura honesta y provechosa, y lágrimas para los que padecen en la cárcel, tal vez entre el rubor y el arrepentimiento, porque acaso no entraron por natural inclinación perversa en los caminos del crimen, sino impulsados por complejas causas, muchas de las cuales, á su juicio, son las grandes injusticias que la sociedad debe cargar en su conciencia.

Pero ¿basta dar un curso de moral para ser un gran poeta? No por cierto. Y preciso es confesarlo: Milanés careció de la fuerza, vigor y brillantez en la expresión que requiere la pintura de los vicios que se propone hacer el censor de las costumbres. Es indudable que el realismo literario que tiende á reproducir "los horrores del mundo moral", como decía Heredia, tiene dificultades esenciales que no superan sino plumas diestras; todo lo que falta al vicio de belleza intrínseca hay que suplirlo con el encanto de la frase; y para desgracia del poeta, en este género, algo más difícil que la poesía erótica ó descriptiva, no se en-

cuentra á mano el vocabulario casi familiar, tan abundante y rico de galas y de adornos, con que nos prosternamos delirantes de cariño ante la amada, ó llenos de admiración y gratitud ante el creador de los campos, las flores, las brisas y los mares.

Y tras de carecer de la frase acerada y vibrante del satírico, impregnada de indignación, sarcasmo ó amargura, y tras de ser incorrecto y desaliñado en los detalles, adoleció Milanés de la falta de condensación que Macaulay tachaba á la escuela de Petrarca, de la cual dijo que no remuneraba la fatiga de la lectura de sus versos sino con alguna frase cadenciosa. Nótese con qué poca fortuna ha escrito sus sonetos. Y es que el soneto pide, más que otra forma cualquiera de la métrica, esa condensación del pensamiento que el gran crítico inglés echaba de menos en los petrarquistas; es que el soneto no se alimenta de ideas sueltas traídas al azar, por mero capricho de la mente ó por exigencia de los consonantes, y será locura querer reducir á sus estrechos moldes la primera inspiración que nos asalta, si no hemos resuelto con feliz estrella el problema previo de su unidad indispensable y encontrado afortunadamente el broche de oro que ha de cerrar su último terceto.

Lo mejor de Milanés se encuentra en sus poesías eróticas y descriptivas. Por cierto que el pueblo de Cuba, con mejor acuerdo é intuición artística que algunos eruditos, encomiadores indiscretos de sus poesías morales, ha desdeñado la lección del bien no revestida de formas prestigiosas, y ha favorecido con su voto á las composiciones ligeras que brotaron como juegos de la pluma en los instantes de no solicitada inspiración. *El Beso*, *La fuga de la tórtola*, *De codos*

en el puente, A Lola, Bajo el mango, A orillas del mar, Su alma, son las obras que le han dado merecida popularidad. En *Las horas del amor*, más olvidada, también ostenta gracia, delicadeza y donosura. En otras producciones quiso ser más grande, más profundo, pero la musa no le prestó con perseverancia su amorosa protección. Si el corazón del poeta suspira espontáneamente y con naturalidad, su poesía es tierna, dulce, melodiosa, realizando la belleza en un género modesto. Si el dulce poeta se vuelve reflexivo, intencionado, la moral gana, pero sus formas se empobrecen y el arte pierde. En cambio es de advertir que sus poesías dulces y tiernas nunca tuercen ni falsean sus naturales sentimientos, ni buscan el efecto en la exageración de penas y tristezas, porque el autor sabe exponer impresiones adecuadas para emocionar el alma sin afectación y sin violencia (1).

Francisco Orgaz, nacido en la Habana en 1810, empezó á componer versos desde 1825, según Vélez Herrera. Pero no obstante su carácter impetuoso y vivo, no inundó los periódicos de la época con sus ensayos, como otros impacientes jóvenes. Más de doce años pasan antes de que alguna que otra de sus producciones figure en la *Cartera Cubana* y *Flores de Mayo*, periódicos literarios de fines de la celebrada década en que comenzó la gloria de *Plácido*, Palma y Milanés. Parece, según Calcagno, que su popularidad se formó secretamente cuando en Julio de 1838 circuló entre sus amigos una poesía que dirigió á Zorrilla

(1) Extractamos de nuestros *Estudios literarios*, 1887, este juicio de Milanés, como lo haremos al tratar de otros géneros que cultivó y de las obras de la Avellaneda.

invitándole á venir á Cuba y concluyendo por indicarle que no venga, para que el despotismo que pesa sobre el país no ahogue su libre fantasía. Pasó á Madrid en 1839, y allí publicó en 1841 los *Preludios del arpa*, su principal legado poético. Prohibióse en Cuba la circulación del libro; pero sea porque los trabajos menos subversivos contenidos en él fuesen reproducidos en periódicos de la Habana, ó porque los que corriesen manuscritos despertaran gran curiosidad é impresionasen más por la misma razón de estar prohibidos, la fama del poeta creció presto entre sus compatriotas, pues ya en *Cuba Poética* se afirma que en el género elevado era entonces el poeta más conocido de su pueblo.

Ninguno está mejor caracterizado y definido en dicha antología que Orgaz. Porque nada es más cierto que lo que allí se dice de la valentía de su entonación, que casi nunca decae, de la sonoridad majestuosa de sus fuertes y enérgicos versos, de su elevación de estilo y de sus atrevidos rasgos, que forman la esencia de la oda, de su estro fogoso, de su entusiasmo y arrebato, de la buena construcción de sus estrofas robustas, cadentes y eufónicas; y nada más exacto al mismo tiempo que la afirmación de sus defectos, de su modo de alambicar el pensamiento degenerando en obscuro, y de acumular palabras vanamente para redondear la estrofa, y de prodigar metáforas violentas, embriagarnos de armonía y precipitarnos con sus huecas frases al vacío.

¿Qué impresión deja la lectura del libro al terminarla? Ninguna duradera; y si acaso lo leemos de corrido, el cansancio natural después de tanta vaguedad endulzada con tanta rima musical y hermosa. Porque,

¿por ventura predomina una idea ó un sentimiento claramente perceptible, ó varios con enlace ó sueltos que comuniquen al lector algo esencial del alma del poeta? Lo que más flota en los versos y más hiere la vista, que parece como tormento inseparable de un hombre desgraciado que nos habla, no es ni escepticismo religioso, ni desengaño de amor, ni hastío del placer, ni desesperación del que padece, ni temperamento melancólico preponderante, sino más bien atolondramiento de imaginación, falta de disciplina de sus facultades y errados gustos de la escuela literaria. No es escepticismo, porque en *Dios*, *La muerte de Jesús* y *El huerto de Getsemaní* se muestra creyente fervoroso. No es desengaño de amor, porque *El desagravio* es un desahogo del orgullo, motivado por una decepción que le enseña á ser cauto, pero que no le sume en profundo desconsuelo; tanto, que sigue ansiando el amor que no ha encontrado todavía, sin tenerlo por quimera ni adquirir la costumbre de menospreciar á las mujeres. No es hastío del placer, porque no deja vestigio de poesía anacreóntica y epicúrea. Si fuera desesperación del que padece, habría que creer, por no arrojar nada más claro los datos de sus versos, que padecía sólo sed de gloria y ambición de medrar no satisfechas, afección poco grave que curan los años y la sensatez, y en los que alcanzan gloria y son creyentes como él, de una parte el paladeo del triunfo, de otra la resignación cristiana que alaba en una de sus silvas.

Pero tampoco es eso. Lo que más francamente late debajo de sus rimas es un espíritu descontentadizo que toma el lenguaje de la exageración romántica. Como dispone de caudal corto de ideas, repite en di-

versas formas su desasosiego y sus quejas del mundo y de la vida; lo que al cabo de ser dicho cien veces en 230 páginas, sin salir de generalidades, sin referirse á un tipo de maldad que concrete su anatema, le acarrea el descrédito de su obra artística.

¡Un tipo de maldad!... Si alguna vez tropieza con alguno capaz de justificar que al recordarlo corra como desbordado torrente su amargura, el látigo se cae de sus manos. Dos veces habla de Napoleón, y en las dos sólo pondera su grandeza, su genio, su gloria y el terror que infunde á Europa.

Que su inquietud continua no tiene causa real y le conduce á fabricar frases vacías, se ve en la *Invocación á los huracanes* y en *El Huracán*, esta última no inserta en los *Preludios del arpa*, porque debe ser posterior. En la composición de Heredia *Versos escritos en una tempestad*, el poeta no se sale de lo natural al describir el espacio, la tierra, la actitud de los animales aterrados y su propia emoción, el placer que experimenta ante un espectáculo grandioso que le hace pensar en el poder de Dios. Orgaz mezcla á hermosos y rotundos párrafos descripciones inexactas é ideas extravagantes. El huracán arrasa las montañas y trastorna los cielos; el huracán es la fuente que le da inspiración y le hace exclamar:

Por eso la inacción he maldecido
y he implorado por eso al huracán;
pues nunca la ignominia ha merecido
de hundirse en las tinieblas del olvido
quien lleva en sus entrañas un volcán.

Cualquiera pensará que aquí el huracán es un símbolo, pero no es más que el fenómeno físico, enlazado

arbitrariamente con el olvido y la ignominia que ninguna relación tienen con él. Al poeta se le antoja así, y seguirá diciéndonos que *la calma es parodia de la muerte*, y escribirá especialmente una composición de veinte estrofas para persuadirnos de que en la calma el sol lanza rayos desteñidos, las nubes no tienen color, la vida no tiene luz (?), y, en fin,

> todo en la *imbécil* calma se deshace,
> el pincel sin color menguado gira
> y el pensamiento entorpecido nace,

amén de que la palma se inclina y la naturaleza se ennegrece. Todo esto se afirma, sin perjuicio de que al final de *El Huracán* ya éste no sea fuente de vida, sino calamidad pública, y haya que pedir á Dios piedad; y también sin perjuicio de que al invitar á Zorrilla á venir á Cuba enumere entre las delicias del país que *ni el huracán los árboles desgaja.*

Se preguntará si es más concreto y razonable en las poesías políticas. Pero hay que contestar que no existen en los *Preludios del arpa*. Las que han despertado los recelos del Gobierno no contienen sino alguna frase fugaz en que lamenta la opresión de Cuba.

Dios es su obra mejor pensada y ejecutada. En otras varias que se citan es agradable relativamente, y es natural que lo sea para muchos por el arte con que halaga el oído, no obstante faltar casi siempre á sus planes unidad, orden á sus pensamientos, verdad á sus pinturas. En Madrid le dijeron que era el poeta que andaba más lejos de la tierra: tal vez fué elogio en los tiempos románticos; hoy puede repetirse exactamente la frase en son de burla.

Se dice que sus últimas composiciones fueron in-

feriores. Quizá por convencerse de ello las abandonó y vivió como veinte años, hasta 1873, sin descolgar la desdeñada lira; quizá no es cierto, pues, que las ocupaciones del periodista mataron al poeta, sino que, cansado de hacer variaciones semejantes y ya débiles con sus pocas ideas, prefirió sosegar la rutinaria péñola.

Una hija de Puerto-Príncipe, nacida en 1814, Gertrudis Gómez de Avellaneda, se distinguió en su pueblo antes que lo dejase en 1836; acreditó luego en Sevilla la firma de *La Peregrina* y conquistó un alto puesto como lírica al publicar en Madrid un tomo de poesías en el mismo año de los *Preludios del arpa.* Otros tomos siguieron á éste, aumentando la fama de la autora. Para juzgarlos juntamente, aplazamos la tarea para cuando tratemos del período que sigue, al que corresponden los principales triunfos de la envidiable poetisa.

Por debajo de los líricos citados, pulula una numerosa turba de versificadores en el período que estudiamos, ávida de beber también en las limpias aguas de Hipocrene, de la que dijo un mordaz crítico allá por 1825, al distinguir de los demás á Heredia, que no apaciguaban su sed sino en las turbias de nuestra zanja real. En bellas artes, sabido es, la buena intención no redime á los que inconscientemente las ofenden. Así es que la posteridad pasa de largo sin fijarse en las infructuosas tentativas de los débiles, olvidando sus composiciones ligeras, cortas y triviales que el más adocenado ingenio puede producir. «Tales poesías—dice Hegel—, que tienen por motivo ú ocasión el primer objeto percibido, un árbol, un molino, la primavera, cuanto animado ó inanimado existe en la naturaleza, pueden ser de una variedad infinita y nacer indistinta-

mente en todos los pueblos. Sin embargo, es un género inferior que resulta fácilmente banal é insípido. Dondequiera que las facultades del espíritu y las formas del lenguaje han recibido cierto grado de cultura, no hay persona que no pueda, con alguna fantasía, expresar algunas situaciones de la vida, en verso, como puede cualquiera escribir una carta.»

Apuntemos, sin embargo, los nombres de los principales que, con mejores propósitos que fortuna, tomaron parte en el movimiento literario que en sus días se iniciaba.

Ignacio Valdés Machuca fué de los más laboriosos y entusiastas. En 1819 publicaba, adolescente aún, sus *Ocios poéticos*. En 1829, sus *Cantatas*, imitadas de las de Rousseau. Además insertó versos en diferentes periódicos y redactó *El Mosquito* y la *Lira de Apolo*, evista semanal rimada. Daba á ratos á su frase poética cierta dulzura tomada de Meléndez y su escuela; pero en lo demás era vulgar, carecía de originalidad y de elegancia. Es muy significativo que cuando José Socorro de León, obediente al consejo de Ramón Zambrana, elige una composición de *Desval* para las adiciones á *Cuba Poética*, se decide por *El ramo de almendro*, traducción de Lamartine.

Su amigo Manuel González del Valle era menos constante rimador que amante de las letras y alentador de los dispuestos á cultivarlas. Publicó en los periódicos algunos ensayos que han sido olvidados, aún más pronto que los de *Desval*, y su nombre no se conserva ya sino como el del profesor de Leyes y Filosofía y amigo del país.

Su hermano José Zacarías, no pudiendo refrenar la asombrosa actividad de su espíritu, ensaya en todos

los campos impaciente: en la Filosofía, en la Jurisprudencia, en ciencias físicas, en la novela y también en la poesia lírica, dando á luz en 1841 las *Tropicales* y en 1844 la *Guirnalda fúnebre*, que dedicó á la muerte de su prometida Adelaida. Anselmo Suárez y Romero, comparando las *Tropicales* con *Las aves de paso*, de Palma, aunque reconoce que el último tiene más fuego, imaginación y espontaneidad, añade que «si los cantos de un poeta no deben alumbrar más que con resplandores divinos, si la verdad y el amor á nuestros hermanos han de ser la joya más hermosa que los realce, si las obras de los ingenios no han de derramar el escepticismo en el alma de los lectores, si jamás una joven cándida ha de reposar sus miradas sino sobre cuadros tan limpios como el azul de los cielos, si el poeta ha de trabajar por la mejora de su especie, el autor de las *Tropicales* habrá merecido entonces, más que el autor de las *Aves de paso*, el renombre esclarecido de poeta». Para el mismo crítico, las páginas de la *Guirnalda fúnebre* «son una joya de subido precio». Estas opiniones no han prevalecido; hoy nadie las comparte; y el malogrado Zacarías, siempre recordado como profesor y como aficionado á los estudios filosóficos, antes de comparecer ante la crítica, se desprende de sus versos, en los que no sustituye á la inspiración el pulimento.

D. Felipe Poey, nuestro eminente naturalista, escribió en su juventud algunas rimas. *El Arroyo*, *A Silvia*, de 1824, son muestras de su frase limpia, clara y descriptiva. *El campo es la morada de los dioses* para Poey: aves, flores, selvas y fuentes hacen su delicia.

Ha sido amante de la literatura toda su vida, pero

la tarea de hacer versos la dejó pronto á más inspirados escritores.

José Antonio Echeverría pudo parecer al principio una brillante esperanza. Nacido en Venezuela, vino á Cuba muy niño y se identificó con ella. En 1831, á los diez y seis años de edad, obtenía en un concurso de la Sociedad Económica el primer premio con una oda celebrando el nacimiento de la infanta Isabel. Su preclaro talento, su estudio del idioma, su buen gusto y su esmero en sus trabajos prometían un poeta. Sin embargo, le faltaba el verdadero estro. Las obras del hombre maduro no obscurecieron las del adolescente; y cuando el prosista y el hombre científico que en él había eclipsaron al versificador, el papel de Echeverría varió completamente.

José Policarpo Valdés, que se firmaba *Polidoro*, figuró con Domingo del Monte y Félix Tanco en las *Rimas Americanas* que reunió Herrera Dávila. Preparó una colección de romances que no llegó á publicar. Fué modesto y murió obscurecido, tanto que ni la fecha de su muerte se conoce.

Félix Tanco y Bosmeniel, natural de Bogotá, era grave, austero, pensador y moralista. Su frase poética adolecía de prosaísmo, y su dicción y su rima eran incorrectas. Su pensamiento severo y su frialdad se aunaban para hacerle impopular. Enmudeció pronto y su silencio no fué lamentado.

Juan Francisco Manzano merece un lugar preferente entre estos versificadores. Mulato como *Plácido*, pero casi negro y sumido en esclavitud más de la mitad de su vida, con menos instrucción, sin saber otra cosa que leer y escribir, pudo demostrar en algunos armoniosos versos que compuso las disposiciones na-

turales que tuvo para las letras, y logró también hacerse oir de varios literatos, que lo compadecieron y libertaron. En 1821 Arazoza imprimió sus *Cantos á Lesbia*, su mestiza amada. Después en los periódicos literarios se leyeron entre otras composiciones suyas: *Treinta años*, *La Música*, *Al cerro de Quintana*, que se distinguen por el sentimiento que encierran. Su mísero estado, sus padecimientos físicos y morales, no le arrancaron gritos de protesta ó desesperación. El amor, la naturaleza y su tristeza resignada hacen vibrar las cuerdas de su lira blandamente.

También Anacleto Bermúdez sobresalió entre los poetas inferiores de sus días. Es más sentido y menos vulgar en las ideas, y versificador pulido y elegante. *La rosa de la playa*, *La Ausencia*, *A Mirtila en su día*, *El canto del pescador*, *A la brisa*, *El paseo por la ribera*, son composiciones que tienen cierta suavidad, ternura y armonía que en *Desval*, *Polidoro*, Valle ó Tanco no encontramos. Pero Bermúdez no fué poeta-abogado como Palma, sino abogado-poeta; la noble profesión en que alcanzó tan inmaculado y alto renombre (en Cuba y en España) monopolizó su eximio talento; para las musas le quedaban libres solamente ratos de ocio. Opinamos que en ellos se formó el versificador correcto y de buen gusto, y que le faltó dedicar á las letras el tiempo necesario para producir obras de más importancia que sus breves ensayos.

José Victoriano Betancourt, hijo de Guanajay, publicó versos en el *Diario de la Habana* (1829 á 1835), en *El Pasatiempo*, de Matanzas (1834), en *La Siempreviva* y en otros periódicos posteriores. Pero sus artículos de costumbres y otros trabajos en prosa son sus flores que no se han marchitado.

Menos erudito que casi todos estos aficionados á rimar, y más fecundo, constante y espontáneo que ellos, fué Francisco Poveda y Armenteros, que en 1830 publicaba la *Guirnalda Habanera*, y después ha dado á luz otras colecciones de versos. Ha obtenido la popularidad y aceptación que dan por una parte la sencillez y naturalidad en la forma y el fondo tierno, amoroso, con frecuencia vulgar, asequible á todas las inteligencias, y por otra una vida larga y laboriosa durante la cual no dejan de oirse mucho tiempo sus cantos y su nombre. Buscó casi siempre en las descripciones de la naturaleza de Cuba y de las costumbres campestres fuentes de inspiración y poesía, y esta dirección que tomó también le hizo simpático, dándole el prestigio que Domingo del Monte, Vélez Herrera y otros buscaron por igual camino. Poveda les precedió, y esto se le ha tenido en cuenta por Palma como título glorioso, pero no creemos en la influencia que se le atribuye; los que han coincidido con él han procurado por maestros á más eruditos y calificados poetas.

Igualmente figuraron en el período que nos ocupa los hermanos Turla (Angel, 1813, y Leopoldo, 1818). El mayor murió muy joven (1837). El menor fué conocido y estimado; publicó *Ráfagas del trópico* en 1842; se mezcló en la política; fué desterrado por O'Donnell y pasó el resto de sus días en los Estados Unidos, pobre y desgraciado. De la suavidad, dulzura, armonía, delicadeza y sentimientos puros de sus trabajos poéticos han hecho elogios plumas indulgentes en las *Revistas* de Mendive y Zenea. Sin negar en absoluto que éstos tengan fundamento, puede afirmarse que aquéllos no sobresalieron.

López Prieto coloca en su *Parnaso cubano* composiciones varias, que hemos leído, de Antonio Bachiller y José Cornelio Díaz, meritísimo profesor de instrucción elemental. Ramón Zambrana, en carta á José Socorro de León, menciona además trece nombres de versificadores de ambos sexos que también figuraron por entonces (antes de Mendive). En los periódicos anteriores á 1842, que hemos revisado, hay otras firmas que podrían agregarse á la lista. La cosecha no fué corta. Lo que puede escogerse abulta poco.

CAPITULO VI

LA POESÍA DRAMÁTICA

Heredia.—Su afición á traducir.—Palma.—Losada.—Gabito.—Montalvo.—Manzano.—Andueza.—Foxá.— Milanés. *El conde Alarcos.*—*Un poeta en la Corte.*—Otras piezas dramáticas suyas.—*El mirón cubano.*—Covarrubias. Crespo.—Sus sainetes.

En la literatura dramática los frutos son escasos.

Heredia fué gran admirador del género, pero más aficionado á traducir que á crear composiciones originales. Sólo en el irreflexivo entusiasmo de los quince años se atrevió á componer una, *Eduardo IV*, que se representó dos veces en Matanzas por aficionados, en los días 14 y 23 de Febrero de 1819. No es más que el primer ensayo de un niño, y sería injusto juzgarle por él. Es la historia de un noble escocés, que conspira contra el rey para conseguir la independencia de su patria; descubiertos sus tratos con los enemigos para entregar la ciudad que á su guarda se confía, es condenado á muerte por un consejo de guerra; pero lo salva Matilde, esposa de Eduardo, que utiliza dis-

cretamente el amor conyugal para obtener el indulto del reo. Es un asunto mal escogido—dice Pedro Guiteras—porque no es de muy buen gusto presentar la usurpación triunfante y generosa y el amor á la patria, fuente hermosísima de grandes virtudes sociales, criminal, repulsivo y humillado. Es el fruto natural de las ideas confusas que cruzaban por la mente del joven é inexperto dramaturgo, á la sazón en que todavía le aterrorizaban los recuerdos de la terrible guerra de independencia de Venezuela; ¡á él, que poco después iba á comprometerse en Matanzas en conspiraciones temerarias y que iba á ser más tarde el autor del *Himno del desterrado* y de otras poesías políticas!

También se representó en Matanzas en Febrero de 1822 su tragedia *Atreo*, en cinco actos, imitada del francés; no ya por aficionados, sino por la compañía de Hermosilla, popular actor que después cedió el coturno á Prieto y fué notable cómico de nuestros teatros.

Ya en Méjico, no hizo mayormente otra cosa que traducir. Trasladó al castellano largos trozos de Ossián, la novela de Moore *El Epicúreo* y obras dramáticas de Fouy *(Sila)*, de Ducis *(Abufar)*, de Voltaire *(El Fanatismo)*, de Alfieri *(Saúl)*, de Chenier *(Cayo Graco, Tiberio)* y de Jolyol de Crebillón *(Pyrro)*. Lamentable es, y ha sido repetidamente deplorado, que así consumiese las fuerzas de un poderoso ingenio.

De 1837 á 1840 se escribieron y representaron en la Habana otros ensayos, que tampoco lograron iniciar un movimiento literario teatral regular y de importancia. «Los autores—decía Andueza en *Isla de Cuba Pintoresca*, lamentándose—veíanse forzados á no representar sus producciones hasta que las impri-

miesen y vendiesen, porque después de vistas nadie las compraba, al revés de lo que sucede en otras partes.»

De las pocas que llegaron á la escena y vivieron un día en ella al calor de los aplausos de amigos entusiastas é indulgentes, merece ser citada, en primer término, la de Ramón de Palma, *La Prueba ó la vuelta del cruzado*, que se cita como el primer drama serio de autor cubano representado en la Habana. Es una ligera pieza en un acto de sencillísimo argumento. Más tarde (1848) colaboró Palma en la opereta de Botessini intitulada *Una escena del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón*.

Juan Miguel Losada, de Florida, escribió en la Habana, en 1838, *La sacerdotisa del Sol;* sus otras composiciones dramáticas y cómicas, menos desconocidas, son posteriores al 42.

Francisco Gabito, mejicano, dió en la Habana, en 1838, la comedia en un acto *Ya no me caso*, y en 1840 *Gonzalo de Córdoba*, «drama en cinco actos que Cortés declara modelo de lenguaje castizo y fácil versificación» (1).

También en 1838 Domingo Montalvo publicó su drama en tres actos, en prosa y verso, titulado *Enrique, conde de San Gerardo, ó Clotilde de Bolti*.

Juan Francisco Manzano imprimió en 1841 su drama *Zafira*, de muy escaso valor.

Con más suerte que estos autores, vieron sus producciones representadas, y á veces aplaudidas, el escritor vizcaíno José María Andueza, que residió varias veces en la Habana, desde 1825, y Francisco Javier

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

Foxá, nacido en Santo Domingo. El *Guillermo*, del primero, drama caballeresco en tres actos, fué estrenado en beneficio del actor Duclós, en 26 de Julio de 1838; siguiéronle *María de Padilla* y *Blanca de Navarra*. Foxá escribió primero la comedia en un acto y en verso intitulada *Ellos son;* luego el drama en cuatro actos *El Templario*, representado en el Liceo y en Tacón (Agosto y Diciembre de 1838), y al fin colmó sus triunfos con *Don Pedro de Castilla*, drama calurosamente aplaudido en el Teatro Principal, muy del agrado de Palma y de Suzarte, que contribuyeron á coronarle ostentosamente aquella noche de indescriptible entusiasmo, célebre en Cuba, como la del estreno de *El Trovador* en Madrid, como fecha de un acontecimiento teatral ruidoso nunca visto.

Pero las obras de Foxá como las de Andueza, la de Palma como las otras, divirtieron sólo á sus contemporáneos y no dejaron huella. Hoy es inútil buscarlas lo mismo en los carteles que en las librerías. De aquella alborada de nuestro movimiento teatral, sólo queda José Jacinto Milanés, tanto para el pueblo, que aun no olvida la fama de su *Conde Alarcos*, cuanto para el erudito que puede examinar sus obras en su colección impresa.

El género dramático fué para Milanés el predilecto. Algo explicará esta decidida afición la índole de las lecturas de su juventud; pero, por otra parte, justo es reconocer que lo que más le impulsaba hacia el templo de Talía era su tendencia á desprenderse de su propia personalidad, su anhelo de buscar inspiraciones fuera de sí mismo, en las pasiones y afectos de los demás hombres, para hacer su poesía digna de ser atendida y escuchada por identificarse con las penas

y alegrías de todos, no por la dulzura con que cantan otros propias melancolías é íntimos dolores.

Desde los diez y seis años se entretenía en útiles ensayos, de los cuales conocemos algún trozo apreciable que revela ya su soltura en el manejo del diálogo y fácil versificación. Mas ninguno alcanza importancia ni despierta general interés mientras no aparece *El conde Alarcos* en 1838.

Es ciertamente *El conde Alarcos* una producción donde pueden señalarse algunos lunares con imparcialidad, pero que cuenta también bellezas suficientes para justificar la aceptación que tuvo y los aplausos que resonaron en su representación.

El asunto es interesante y conmovedor. Un noble español que debe su vida á un acto heroico del monarca francés, vuelve á París en una fecha convenida á cumplir el juramento que hizo de presentarse á su salvador de regreso de su romería á Compostela: el rey le espera para enlazarle con su hija y ponerle al frente de sus ejércitos de Italia; la princesa, para pedirle cuenta del honor que le entregó y para confirmar cierta vaga noticia de su matrimonio en España, que imposibilitaría la reparación de la falta. La llegada de Alarcos á una quinta de las cercanías de la capital aproxima la tormenta; la princesa Blanca va hasta allí en una cacería, confirma su temor, y con sus celos se redobla su anhelo de venganza. El conflicto llega á su mayor altura cuando el rey conoce la deshonra de su hija y la imposibilidad de la reparación, determinando en medio de su cólera la muerte de la inocente esposa de Alarcos, para que éste, libre ya, dé su mano á la princesa Blanca.

La exposición del argumento es acertada; nace del

mismo diálogo clara y natural, sin exceder las proporciones convenientes; el nudo brota lógicamente de los antecedentes; mas como la complicación no es grande, se desata pronto sin sostener la atención todo el tiempo que fuera de apetecer. Como consecuencia, la acción corre algo de prisa al desenlace, pudiendo considerarse la trama completamente desenvuelta ya desde que en el acto segundo decreta el rey la muerte de Leonor, pues en el tercero, más lánguido que los anteriores, no hay más alternativas que las que produce el proyecto de fuga, en derredor del cual da vueltas el poeta demorando el final sin encontrar en afectos y pasiones contrastes verdaderos para llenar escenas de importancia. Hay también, á nuestro humilde juicio, un cabo suelto, pues el espectador queda sin saber si el conde acepta el matrimonio con Blanca después del asesinato de Leonor, ó si desiste el rey de su primer empeño.

Como la intención del poeta fué presentar á la execración del público una atrocidad del poder real en los tiempos del absolutismo, no puso esmero en dar relieve á los personajes. El alma de Alarcos no podía, en verdad, ser delineada con más vivos rasgos, sin peligro de cometer una injusticia: era preciso trazarla con medias tintas para no justificar su conducta con la mujer de quien abusó, y para no presentarle tampoco tan infame y tan odioso que no resistiese el paralelo con el tirano que obraba movido por la ofensa y para cubrir el honor de su hija. Creemos, pues, que, dado el argumento, no se podía arrojar más luz sobre el protagonista. En lo que atañe á Leonor, disentimos de los que han opinado que es la figura más saliente del drama; podrá ser la más simpática por su inocen-

cia y por su muerte, pero ni un solo hilo de la trama se mueve por ella, por sus pasiones ó por sus actos; su amor no hace más que llorar y temer por su esposo y sus hijos, sin producir en su alma ninguna lucha interesante; debe reputarse como figura secundaria por el lugar que ocupa en la acción y por la influencia escasa que en su desarrollo ejerce. La princesa Blanca desempeña un papel mucho más dramático; en su alma caben las alternativas del odio y del amor, del rencor y la piedad, y si este último afecto se hubiese prolongado algunos instantes más, el segundo acto hubiera ganado interés y movimiento.

La versificación en general es elegante y correcta, el diálogo está bien manejado, y aunque en las escenas en que la lucha de afectos es más viva no hay todo el colorido que otro pincel más vigoroso ofrecería, luce en otras delicadas imágenes y bellos pensamientos, cuando el poeta, más tierno que trágico, tiene campo para derramar sus tesoros de nobles sentimientos.

En suma, *El conde Alarcos* no es un gran drama, sino una producción aceptable por el conjunto de condiciones que reune.

La otra producción dramática seria de Milanés lleva por título *Un poeta en la Corte.* Es una lucha de amor entre la pobreza honrada y la riqueza envilecida. Pereira es un doncel que, alimentando sus sueños de gloria, deja las patrias orillas del Sil para entrar en Madrid al servicio del duque de Miranda, prócer que abriga en su palacio á Pedrarias, uno de aquellos cómicos menospreciados del siglo xvii, á cuyo lado está la virtuosa Inés, que pasa por su hija y que ha despertado dos intensas pasiones: una en el duque y otra en su servidor. Pero al paso Pereira guarda en su pecho

los más puros sentimientos, el magnate no quiere descender hasta Inés sino por el crimen, proponiéndose que Pedrarias se la dé por temor ó arrancársela por fuerza. El alma noble de Pereira se niega á secundarle y abandona su servicio pronunciando levantadas frases con que termina el primer acto. En el segundo avanzan los preparativos para el infame intento. Un paje, Oquendo, más obediente al oro, combina con tres estudiantes el proyecto de rapto, siendo inútil toda tentativa de persuadir á Pedrarias para que entregue la pupila. En tanto Pereira, que descubre los detalles del plan, se propone contrariarlo, y es favorecido por la suerte, pues Oquendo tiene que abandonar al duque sin decírselo y huir de súbito, porque le persigue la Santa Inquisición. En el acto tercero el rapto está á punto de consumarse. Inés se desmaya en el jardín al oir las revelaciones del duque, de cuya boca sabe que Pedrarias es el matador de su padre y que la ampara por remordimiento; solamente falta que llegue Oquendo con el coche. Para mayor impunidad, el duque fragua atribuir el robo á Pereira; mas al escuchar éste que se dice tal calumnia á la madre de Inés, descubre la trama y obliga á reñir al duque sacando la espada. Salen los tres estudiantes, desarman al joven y la fortuna aparece un instante inclinándose del lado de la maldad, cuando llega Pedrarias con diez hombres armados y salva la vida de Pereira y el honor de Inés.

Este asunto, si menos trágico y conmovedor que el de *El conde Alarcos*, es más dramático y más abundante en lances y situaciones, que el poeta utiliza con arte en el desarrollo de la acción. La exposición del argumento es aceptable y el desenlace rápido, como

debe ser para sostener la ansiedad del público hasta las últimas escenas.

Entre los caracteres sobresale el de Pedrarias por su virtud y valor. Ninguno de los otros merece particular mención.

En la forma ha estado feliz el autor al trazar ciertos pasajes, principalmente aquellos en que choca la honradez del poeta pobre con la perfidia y la depravación de alma del duque libertino.

A buena hambre no hay pan duro es un sencillísimo proverbio en cuatro escenas que no sufriría la prueba de las tablas. Miguel de Cervantes sale una noche á comprar un real de pan para cenar amorosamente con su esposa. Un desconocido, impulsado por la miseria, se dispone á robar para dar alimento á sus hijos, y detiene á Cervantes. El manco de Lepanto rechaza la intimación de la fuerza, aunque luego cede á los ruegos de la desgracia, dando al desconocido el pan y cenando aquella noche mendrugos viejos con su esposa. Para esto se cambia dos veces la decoración. Lo que en justicia hay que conceder á este proverbio es la delicadeza con que está escrita su primera escena, idilio conyugal en que la discreta Leonor persuade á Cervantes con indefinible ternura para que deje un orgullo que no cuadra á su pobreza.

Ojo á la finca es un juguete cómico en que falta el enredo, la trama que ha de dar vida á toda producción dramática. Aunque se describen en él tipos varios que se prestan á ser ridiculizados, como no hay lances, como no se espera resolución de conflicto ni de dificultad de ninguna clase, el acto empieza y concluye con la misma languidez.

Se ha perdido una comedia de costumbres que se

intitulaba *Una intriga paternal.* Fué escrita á ruegos de un amigo, y llegó á representarse como *El conde Alarcos.* De otra intitulada *Por el puente ó por el río* no concluyó el segundo acto. Es, como indica su hermano Federico, una prueba más de su desmedida afición á Lope de Vega, de cuya comedia *Por la puente, Juana,* tiene reminiscencias notables.

En el grupo de sus obras dramáticas pudieran incluirse los cuadros de costumbres que reunió bajo el título de *El mirón cubano:* escritos en forma dialogada, de cortas dimensiones y sencilla trama, pueden compararse á aquellos entremeses con que comenzaba en España la literatura teatral en los tiempos de Lope de Rueda. Sin embargo, no fueron concebidos con el fin de llevarlos á la escena, ni hacemos á su autor la injuria de atribuirle tan completo desconocimiento de las exigencias de la literatura dramática de nuestra época: la simplicidad de sus argumentos es condición inherente á la índole de esas composiciones ligeras destinadas á la mera lectura, que toman la forma dialogada para mayor animación.

Puso Milanés en todos esos cuadros de costumbres un personaje obligado, el mirón, el observador de la vida interior de las familias, el anotador de todos los pequeños errores de la educación, que encierran bajo su aparente insignificancia notable trascendencia; el censor severo de todas las faltas de la sociedad, dispuesto siempre á condenarlas, sea cualquiera la forma en que se manifiesten. Brilla aquí, como en todas sus poesías, su tendencia moralizadora, su fin docente, su empeño nunca desmentido de unir lo útil á lo agradable en todos sus escritos.

Por su desarrollo no merecen particular mención

estos cuadros de costumbres. Aunque Milanés busca el lado ridículo y lo encuentra, no sabe presentarlo con el acierto necesario para impresionar siempre agradablemente al lector, el cual no soporta con gusto la filosófica censura de ciertas pequeñeces de la vida doméstica, si no hay un lado festivo que preste amenidad á la narración de los triviales episodios del hogar. Fáltale la vis cómica para poner de relieve el lado grotesco de los personajes, el don de dar verosimilitud á los pasos que refiere, el tino especial para fotografiar, digámoslo así, las escenas reales que intenta trasladar á sus apuntes, la gracia singular que da animación, movimiento y alegre colorido á la literatura de esa especie, que aunque no requiere colosal talento en sus cultivadores, pide, sí, un ingenio picaresco que satirice con donaire. Aquí se recuerdan una vez más los consejos que le daba D. Domingo del Monte para que su musa seria no descendiera del digno tono á que otras veces elevaba sus inspiraciones.

Doce son los cuadros de costumbres de Milanés publicados. Puede citarse como el mejor de todos el noveno. Es un sencillo cuadro, donde se pinta la hipocresía de un egoísta, que finge recomendar á un sobrino de mérito, cuando en realidad le desacredita con la mira de conseguir para sí la plaza de secretario de un acaudalado señor. Puede también citarse *El colegio y la casa*, por su verdad, por sus colores propios y porque discretamente enseña que en el hogar debe completarse la educación de la escuela. En otros, como en *El hombre indecente*, lances, diálogo y desenlace dan en tierra con toda verosimilitud.

El actor Covarrubias sigue en este período, y aun en el siguiente, escribiendo y representando sus sai-

netes aplaudidos, de los que ya hemos hablado. Ayúdale ahora un escritor gallego, Bartolomé Crespo, que llegó á la Habana en 1811, de mérito igualmente escaso, y afortunado también en agradar al indulgente público. Cítanse de él *Los apuros de Covarrubias*, *Vale por cien gallegos el que llega á despuntar*, *El Charco*, *La muerte de duelos*. Unos fueron publicados, otros no, y algunos representados solamente en el Liceo. A veces, como en sus artículos festivos, hacía hablar á sus personajes el lenguaje de los negros bozales, encubriendo con él las alusiones políticas, que en franca frase no hubiera tolerado la censura. Pasó su fama con los días de gloria de Covarrubias, y quedó olvidado hasta su muerte, acaecida en 1871 (1).

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*—También le elogia Andueza en su obra citada, único libro que da someras noticias de algunos ensayos dramáticos de 1837 y 1838. Dice que en *Don Pedro de Castilla* los caracteres históricos están desfigurados; que el *Gonzalo de Córdoba*, sacado de la novela de Florián, es una "obra hermosísima, una de las producciones de más efecto dramático que se han puesto en escena en los teatros de la Habana"; cita *El castellano de Cuéllar*, de autor anónimo, pieza aceptable por su concepción y desarrollo, y *La Romántica* y *Una volante*, de Juan Cobo, de quien se átreve á afirmar, sin duda apasionadamente, que Bretón de los Herreros no le aventajaría sino en la fluidez de los versos.

CAPÍTULO VII

OTROS GÉNEROS POÉTICOS

Epica fragmentaria.—*Delio.*—Su canto á Colón.—Romances de Domingo del Monte.—Leyendas de Milanés.—Vélez Herrera.—Su *Elvira de Oquendo.*—Sus *Romances cubanos.*—*Plácido.*—*Jicotencal.*—*Cora.*—*El hijo de maldición.*—*El bardo cautivo.*

En la poesía narrativa los frutos son aún más escasos.

La trompa épica de Zequeira descansa arrinconada. *Delio* la recoge para dedicar un canto á Colón, pero sin éxito. Toma el viejo argumento del primer viaje del marino italiano y lo diluye en una composición muy larga, llena de digresiones y de versos más dulces que vigorosos y adecuados al asunto.

Domingo del Monte creyó más prudente y hacedero llevar nuestra poesía narrativa por la modesta senda del romance y hacer algo nuevo acudiendo á las costumbres cubanas como á la más cercana y rica fuente de inspiración. En los pocos romances que escribió y dió á luz imprimió el sello de su gusto depu-

rado en la dicción, pero á la par, como en sus poesías líricas, demostró que carecía de las demás condiciones del poeta. Con todo, su ejemplo no fué perdido, y la autoridad de su palabra, ya que no el estímulo de su triunfo, llevó á otros por la misma senda. Poveda le había precedido cultivando en romances y décimas populares los asuntos campestres que tomaba de la vida diaria, pero sin la idea reflexiva de fundar un género propio de nuestro movimiento poético.

Milanés compuso, con el nombre de leyendas, varios cuentos en verso de extensión diversa y de distinto mérito. En realidad no son leyendas sino aquellas narraciones en cuyo fondo palpita un hecho más ó menos verdadero, pero tenido por tal en el pueblo, el cual, por medio de la tradición, lo perpetúa y lo propaga y lo comenta con cierto misterio, que inconscientemente lo prepara para que crezca al calor de otras imaginaciones; así, la leyenda corre antes al amor de la lumbre en las improvisadas veladas populares que en las estrofas del poeta; su nombre indica algún suceso singular cuya fecha se pierde quizá en la noche del pasado, y llega á nosotros envuelto en el asombro de sus narradores, en cuyos labios aumentan las interesantes circunstancias con que sus abuelos revistieron el relato. Las simples ficciones del poeta que no tienen fundamento en alguna tradición local, no merecen propiamente el nombre de leyendas. Mas, por lo sonoro de la palabra, ó por el deseo de comprometer la atención con el incentivo del colorido histórico, muchos, sin escrúpulo, han colocado el título al frente de sus pequeños poemas.

El ejemplo de Zorrilla movió á Milanés á emprender en este género de composiciones. Sin vocación verda-

dera para él, abordó la tarea sin entusiasmo y sin empeño, dejando correr á su placer la pluma con aquella facilidad que le fué con frecuencia, como á su maestro Lope de Vega, tan dañosa. No pone cuidado en combinar la trama, ni esmero en conducirla; describe sin calor y con prolijidad, cuidando poco del movimiento de la acción y del carácter de los personajes y quedándo por debajo de su modelo.

La promesa del bandido tiene por protagonista un original intérprete del amor filial y del honor caballeresco. Un mozo de ilustre familia, pero de perversas inclinaciones y de vida depravada, mata á un rival en uno de sus lances, y para huir de la justicia tórnase bandido. Recibe luego la noticia de la enfermedad y pesadumbre de su madre y para verla se entrega á sus perseguidores, sabiendo que está condenado á muerte. Mas la enferma no puede ir á la prisión y logra el bandido de la generosidad del alcaide salir á ver á su madre, dando palabra de honor de volver antes del alba. La entrevista del reo y de la moribunda es tan trágica como puede calcularse. Cuando el bandido declara que ha jurado volver á la prisión, el amor maternal quiere impedírselo á todo trance, trabándose una violenta lucha que termina con el suicidio del hijo en aras de su honor. En esta última escena el contraste de afectos y sentimientos anima la acción y la hace interesante. En las descripciones anteriores las pinceladas son más débiles.

Rodulfo y Clotilde tiene aún menos enredo y no pasa de ciento cuarenta versos. Su único atractivo es el esmero de las primeras rimas. Un cruzado que vuelve de Palestina lanza sus trovas ante las almenas del castillo de su amada, se querella de un rival que apro-

vechó su ausencia y jura su venganza. La perjura se escuda con la voluntad de sus padres, aconsejándole que procure la gloria de las armas y olvide sus amores. El trovador insiste, intenta el rapto, silba en los aires una bala, le hiere y cae.

Vengar el honor sin sangre es la historia de un adulterio cuyo castigo es un sarcástico desprecio: el marido obliga al ofensor á pagar á la infiel con una moneda el precio de su falta, y después la presenta diariamente la moneda para recordarle su deshonra. Los diálogos son prolijos y poco animados; adolece toda la composición de poca viveza y escaso movimiento.

Desengaños en amor, obra que quedó incompleta, prometía ser superior á las leyendas citadas. No sólo es más complicada é interesante la trama y conducido con más felicidad el argumento, sino más bello el estilo y más pulidos y acabados los pasajes; el de la venganza de Violante, aunque algo inverosímil, porque los razonamientos largos huelgan en los instantes angustiosos, tiene trozos de muy agradable poesía.

Al llegar aquí se nos resiste la pluma. ¿Hemos de colocar entre las leyendas también el romance *El negro alzado?* ¿Cabe en este género? Unicamente advertiremos que, á cambio de su insignificancia literaria, manifiesta el valor del corazón del poeta, siempre dispuesto á poner de relieve los rigores de la esclavitud, siempre conmovido para derramar una lágrima sobre la desgracia.

Vélez Herrera escribió un poema titulado *El sitio de la Habana*, del que publicó fragmentos en *La Moda*, el periódico de Domingo del Monte y de Villarino. Olvidado por él mismo, no merece par-

ticular examen, ni lo requiere tampoco su canto *Colón*, reputado como inferior al de Narciso Foxá.

En los romances empezó tratando asuntos indios en *Guabaralla, El cacique de Ornofay, El combate de las piraguas, La Embajada*, ensayándose así para dar en 1840 *Elvira de Oquendo*, su obra más famosa, y en 1856 su celebrada colección de *Romances cubanos*.

Elvira de Oquendo es una obra propia de 1840, trazada con la libertad de los modelos de la escuela romántica. Contiene numerosas bellezas; en particular trozos descriptivos excelentes. El autor no pierde ocasión de presentar cuadros variados, poniendo en movimiento la vida de los campos de Cuba: bailes, carreras de caballos y de patos, riñas de hombres y peleas de gallos. Y, sin embargo, con todo lo que esto vale, resulta en conjunto perjudicial, pues sobrecarga la obra de episodios. Así alcanza 159 páginas. Forman el asunto los amores de Elvira y Juan. El padre de ella se opone á los amores con tenacidad. Los enamorados se ven á ocultas. Oquendo los sorprende, golpea á Juan, y éste defendiéndose devuelve el golpe y lo lanza por tierra. Ya no es posible esperar que consienta, y los novios huyen á una cueva. Los persiguen, los encuentran. Juan no se entrega sin luchar, mata á varios, es preso y muere en el cadalso; Elvira, errante, es conducida á presencia de Oquendo y al reconocerle cae muerta. Esto es lo esencial, rodeado de muchas digresiones. Los diálogos están mal manejados; hay falta de simetría entre las partes, unos capítulos aparecen con título, otros con una cita de algún autor cubano, otros con ambas cosas, otros sólo con el número romano. No parece que se ha pensado y madurado un plan, sino que se han ido añadiendo lances im-

previstos y pasajes descriptivos al correr de la pluma, variando á cada rato la combinación métrica y aprovechando todos los favores de inspiración intermitente y caprichosa.

En los romances cubanos, hay algunos que no pertenecen á la poesía narrativa, sino á la lírica, como *La ribereña del Casiguaguas*, de seis sílabas; los más narran costumbres campesinas, peleas de gallos y carreras de patos, un regateo de caballos, una fiesta en que se baila el zapateo, amores y celos de guajiros y pendencias de amantes rivales. Son cuadros breves y sencillos, en que el autor regularmente no pasa de describir lo más exterior de la fiesta, del suceso, del paisaje, ricos de imágenes y de comparaciones. No es el plan lo que hay que juzgar en ellos, pues son sencillos episodios, sino la forma, la música de las rimas y las pinceladas.

Después de estos poetas debe ser nombrado *Plácido*, que cultivó el romance histórico alcanzando excepcional fortuna. *Jicotencal* es una pequeña joya que ha dado singular brillo á su reputación, que le ha captado unánimes elogios de la crítica, asombrada de encontrar en él la dicción escogida, el corte elegante y la sencillez severa de las mejores piezas del romancero español, y extrañando que el desvalido mulato que en tan desordenadas lecturas debió beber su corto caudal de ilustración, hablase con tanto desembarazo y galanura el atildado lenguaje de los pulidos clásicos españoles del siglo XVI. Describe la escena de la entrada triunfal que hace en Tlascala el joven guerrero que acaba de vencer las tropas de Moctezuma, ya fugitivas y dispersas por los campos. Aclámanle los suyos con entusiasmo creciente, mientras el sonido del cara-

col anuncia la próxima muerte de los prisioneros en la hoguera, y entonces el héroe, saltando súbitamente del palanquín, impide la hecatombe y otorga generoso perdón á los vencidos, retándoles á que vuelvan armados á disputarle el laurel de la victoria. *Cora* es otro romance que algunos ponen al lado del anterior. Su asunto pertenece á la historia de los Incas, que sacrifican á los padres de una sacerdotisa fugitiva: ésta aparece ante la pira con Alonso de Molina, que implora y obtiene el perdón de todos. Su dicción es también escogida, pero hay en la narración alguna obscuridad.

En 1843 compuso dos leyendas, tituladas *El hijo de maldición* y *El bardo cautivo*.

La primera, más extensa y valiosa, rica en trozos de bien rimada y rotunda poesía, dista mucho, sin embargo, de ser la obra más perfecta de *Plácido*, como pretendió su apasionado admirador Lasso de los Vélez.

Véase el argumento:

Por las orillas del Segre cabalga en arrogante corcel un cruzado caballero que vuelve de Palestina. Interpelado con grandes cortesías por el centinela de un castillo de amarillentas almenas que en la selva obscura se levanta, contéstale con oportuna altivez y en descomedidos términos le ordena que pida de su parte hospedaje al castellano, apercibiéndole de que si se lo negare le reta á singular combate en campo abierto. Pulsa el laúd mientras aguarda la respuesta y preludia su canción, cuando el estruendo del puente levadizo le interrumpe, y aparece el hijo de Hugo de Mataplana entre diez pajes que llevan hachones encendidos. El castellano concede arteramente al caballero

el hospedaje que demanda, recoge el guante y aplaza la lid para el siguiente día. Entretanto la dama del castillo ruega al huésped que cante, puesto que es trovador y caballero, y que le refiera algo de Tierra Santa, donde ha muerto su esposo, á quien llora cada vez que lo recuerda:

—Tened, clamó el extraño, la agonía;
calmad el llanto por piedad, señora,
no parezca en la tierra noche umbría
la que es del cielo estrella brilladora,
que no está bien al sol del mediodía
bañarse con las perlas de la aurora;
y el que á la tumba fué con honor tanto
más os pide laurel que estéril llanto.

Muertos lloran, cruzados que andan vivos
en heroicas empresas militares,
ó los hados contrarios, siempre esquivos,
los impelieron á remotos mares,
y en diez años, errantes ó cautivos,
aun no han vuelto á pisar los patrios lares;
pero alguno vendrá que muerto crean
y muchos temblarán cuando le vean.

Persuadióse desde luego Rujero de que era quien hablaba su padre mismo, á quien hacía pasar por muerto en la cruzada, enviando además secretos emisarios que lo buscasen y lo asesinasen. Turbóse con el exordio del trovador, pero le oyó luego impasible cantar *El hijo de maldición* y detallar en el largo relato, con sombríos colores, la fantástica historia extraña é inverosímil, llena de alusiones y amenazas, que tan emocionado aplaude el auditorio de damas, pajes y escuderos. Uno de éstos advierte al castellano que presume que el desconocido es Hugo; mas Rujero no

quiere convencerse ni cuando al siguiente día, momentos antes del combate, su padre se alza la visera y le invita á que le reconozca. Por fin la repugnante lid comienza. Rujero, traidoramente, ataca de súbito á su padre antes de que se aperciba á la defensa. Desarmado Hugo, entretiénese en esquivar las arremetidas del hijo, revolviendo diestramente en el terreno su caballo, hasta que, habiéndole fatigado asaz, se lanza sobre el sañudo justador rápidamente.

> Le persigue, le alcanza y de pasada,
> cerrado el puño en la manopla envuelto,
> con indecible furia dióle un golpe
> tan bien sentado en la mitad del yelmo,
> que bamboleando el joven sin sentido,
> soltó las riendas del bridón, cayendo,
> y enredada la espuela en el estribo,
> quedó pendiente y arrastrado á un tiempo.
> El indómito bruto, ya azorado
> y libre al par del poderoso freno,
> dilata la nariz, la crin eriza,
> las orejas levanta, enarca el cuello,
> tiende la cola, relinchando; brotan
> su boca espumas y sus ojos fuego,
> y corre desalado en la llanura
> tras sí llevando al infeliz Rujero.

En vano Hugo quiere socorrerle. El caballo se lanza al foso del castillo y cae con su dueño. Poco después muere Hugo también, envenenado de antemano por su hijo, y, á su lado, Rosaura expira de dolor. Los servidores abandonan el castillo. El más fiel de ellos, el trovador Ramón Vidal, determina suicidarse; pero un ángel le anuncia que Dios le ordena vivir para cantar la historia del hijo maldito, y que huya lejos de la mansión siniestra, pronto invadida por las aves noc-

turnas. Un trueno subterráneo retumba en el espacio, fosfóricas luces brillan sobre las almenas, y el grupo de Luzbel, con el espectro de Rujero, corona los escombros. Al amanecer del día siguiente, sólo se encuentra un páramo desierto donde se alzaba la vetusta fortaleza.

No puede la crítica, ni cautivada por los rayos de la más hermosa y valiente inspiración, como los del capítulo *La batalla*, estimar como exquisita y delicada obra una leyenda escrita *cálamo currente*, con la deplorable precipitación propia de los años de la decadencia romántica. La prolijidad de los detalles cansa y denuncia la falta de un plan discretamente preparado. El interés concluye con la decisión del torneo, y su gradación va en sentido inverso en los cinco capítulos que siguen. La ejecución es desigual y bien descuidada en ocasiones. Pero sobre todo esto descuella el asunto, que choca por el exceso de lo terrorífico y horrendo, por la intervención de voces y seres sobrenaturales mal traídos, y de catástrofes exageradamente fantásticas, como la desaparición súbita del palacio del maldito parricida. Gustos más depurados hoy que los de los pasados días de confusión y de atolondramiento, no pueden ver en cuadro semejante la más excelsa belleza que cabe en el arte literario, aun reconociendo los méritos aislados de la versificación brillante.

El bardo cautivo es una corta composición de ciento cincuenta versos, en variedad de metros, escasa de valor, escrita como pasatiempo en la cárcel de Trinidad, comunicada luego por un amigo del poeta á D. Eduardo Asquerino, que la publicó en *La América*, periódico que dirigía en Madrid.

CAPÍTULO VIII

LA PROSA

Domingo del Monte.—Anselmo Suárez.—Su *Francisco.*—José Zacarías González del Valle.—Ramón de Palma.—Sus cuentos cortos.—Cirilo Villaverde.—Sus primeros ensayos.—José Ramón Betancourt.—*La feria de la Caridad.*—José Victoriano Betancourt.—Sus artículos de costumbres.

El primer prosista del segundo período literario es Domingo del Monte. El poeta mediano, sin inspiración ni fuego, deja las trabas de la métrica, y poniendo á un lado la lira de mal templadas cuerdas, se resuelve á manejar el cincel con mano firme y esculpe purísimas líneas y delicados contornos en eterno mármol, que tal parecen algunas páginas de su elegante prosa. Su esmero es siempre el mismo: en la seca frase de un informe que la corporación le exige ó en la familiar franqueza de una carta, aparece siempre el nimio artista, el pulcro literato, como si escribiese para la revista más selecta. La propiedad y pureza del lenguaje y la

cadencia del párrafo le inquietan sobremanera. Como el gladiador romano, buscaría para morir una bella posición, saludando en postrera despedida al arte, que es su César.

Nunca se lamentará bastante que hombres como Domingo del Monte, de tan envidiables dotes, no tengan una vez en su vida energía y perseverancia suficientes para concentrar sus fuerzas en un punto dado y producir alguna obra de importancia, corona de su nombre y gloria de su país. Como narrador ó como crítico, Domingo del Monte hubiera podido legar á Cuba monumentos literarios: su ingenio discretísimo y su vasta erudición le autorizaban para tareas de ambas clases ampliamente. Sin embargo, casi puede decirse que su recuerdo sólo vive por el afecto de sus contemporáneos que la tradición perpetúa. Corto es el número de los privilegiados que saborean hoy sus escritos, teniendo que buscarlos en algún libro de actas ó en el paquete inédito de correspondencias personales que guarda algún amigo de la familia del autor (1).

Sigue á Domingo del Monte Anselmo Suárez, también adorador apasionado del estilo. Su frase es am-

(1) Sus cartas particulares son un tesoro de crítica literaria. Las que conservan algunas personas residentes en Nueva York, de él y de sus amigos, formarían un animado cuadro de lo que era Cuba en sus días. El Sr. D. Vidal Morales y Morales ha reunido otras que va insertando en la *Revista Cubana*. Cuando publique la obra que prepara relativa á Domingo del Monte y su tiempo, llenará la laguna que aquí dejamos con harto pesar, sin datos suficientes para consagrar un capítulo, como desearíamos, al hombre que ha influído más en nuestro movimiento literario.

plia y cuidadosamente redondeada, tan limada y florida que á veces peca por el exceso de artificio, perdiendo de fuerza y expresión lo que gana en rotundidad, riqueza y atavío, sobre todo cuando se propone persuadir ó demostrar. Se le ve á ratos colocando amorosamente el adjetivo é intercalando la oración incidental, persiguiendo la cadencia y cuidando de la gradación y la armonía.

Lunar es para unos y belleza para otros esta cualidad distintiva de su prosa. Ambas calificaciones merece alternativamente según el asunto de que trata.

Nunca es censurable el aliño de la forma si la clase del adorno es proporcionada al objeto á que se aplica. Cuadra á los escritos serios la elegancia si es severa y parsimoniosa; dáñalos si por su blandura y morbidez pierde la prosa viveza, precisión y gallardía. Conviene en ocasiones más el color mate que el brillo deslumbrante. Olvidábalo frecuentemente Anselmo Suárez, gastando en el bruñido las líneas más salientes. Así le vemos en sus primeros artículos de crítica olvidarse de la obra que examina para dar expansión al propio estro, cantando por su cuenta á la flora de los trópicos, complaciéndose más en inflamarse con el fuego de Heredia, en sentir con Milanés, ó en llorar la suerte de las letras, ó en predicar los deberes sociales del poeta, que en aplicar á la obra de arte su escalpelo.

Pero si las redundancias de su lirismo chocan, si el asunto pide conceptuosos párrafos, no acontece lo mismo en los artículos descriptivos que tanto le han alabado sus admiradores, entre éstos D. José de la Luz, y también Ramón de Palma, que los calificó de «odas en prosa». La naturaleza de Cuba está en ellos

hermosamente retratada. Son páginas selectas que guardará la historia literaria, por más que, consultando el gusto modernísimo, acaso no falte quien advierta en el autor más delicado oído musical que bríos de colorista, más amor al período lleno y numeroso que á los relieves y sombras del dibujo.

Su obra más larga de amena literatura es la novela *Francisco*. La escribió en 1838 y 39, aunque no se publicó hasta después de su muerte, por Néstor Ponce de León en Nueva York, merced á las instancias y gestiones del infatigable bibliógrafo D. Vidal Morales y Morales. Corrigióla su autor en 1875, pero limitóse á correcciones muy ligeras, principalmente de la ortografía, prefiriendo dejar al libro á la par que los defectos la espontaneidad y el candor con que el adolescente la había escrito. Por eso halla el lector en la novela una grata sencillez de lenguaje que da mayor fuerza á la enseñanza que del libro se desprende, y que hacía recordar á Luz la naturalidad que ostentan y la impresión que causan las más célebres páginas de Silvio Pellico.

Es *Francisco* la historia dolorosa de los desgraciados amores de dos míseros esclavos. Escrúpulos y caprichos injustificables, hijos de disimulado egoísmo, deciden al ama á negarles el permiso para contraer matrimonio. La pasión de los amantes, por natural impulso, salta la barrera que la potestad del dueño les impone, y á poco es ya imposible ocultar que Dorotea lleva en su seno el fruto de su falta. Entonces la cólera de la señora, disfrazada de justicia, desciende inexorable: apartados los desobedientes siervos del servicio doméstico. Dorotea va á pagar su falta en las duras faenas del lavado, mientras Francisco parte á

sufrir en el ingenio los extremos rigores que se usan en casos semejantes. Al cabo de algún tiempo el ama quiere perdonarlos y casarlos; pero su hijo Ricardo, enamorado de Dorotea, quiere perder á su rival de todos modos y no omite calumnia que á los ojos de su madre pueda presentar á Francisco como el más rebelde y criminal de los esclavos. Por fin las lágrimas de la mulata ablandan de nuevo el corazón de la señora y ésta otorga la licencia anhelada, decidiendo destinarlos después de la boda al servicio de Ricardo en el ingenio. El favor resulta peor que la pena primitiva, pues quedarían los consortes entregados á su mayor enemigo si fuesen á manos del corrompido joven. Dorotea, que ve morir lentamente á su ídolo, martirizado por el cuero, el cepo y el grillete, compra un adarme de piedad para él cediendo á la pasión brutal de Ricardo. Mas ya no se cree digna de ser amada de Francisco y se lo declara ingenuamente. Francisco se ahorca para libertarse de la vida, y Dorotea muere de pesar.

La inexperiencia del escritor, que producía esta obra á los veinte años de edad, resalta en el libro alguna que otra vez. Pero nadie negará que, aunque le faltase la maestría del narrador, supo copiar de la realidad un cuadro interesante, presentarlo con intención patriótica, señalar un cáncer que necesitaba heroico remedio, conmover las almas nobles con patéticas escenas é inspirarles el deseo de un nuevo régimen social.

Cultivaron también los cuentos cortos más que la verdadera novela, en *El Album*, *El Plantel* y las publicaciones periódicas contemporáneas, José Zacarías González del Valle, Ramón de Palma y Cirilo Villaverde.

El primero y más joven de los tres (nacido en 1820) fué muy estudioso de Jovellanos y Cervantes, según refiere José Manuel Mestre, dócil á los consejos de la crítica y solícito en buscarla en la tertulia de Domingo del Monte. Así adquirió presto la soltura y maestría en el manejo del idioma que ostentan sus escritos de cualquiera clase, filosóficos, forenses ó literarios. Pero sus breves cuentos ó novelas, entre los que sobresalen dos por su extensión, titulados el uno *Carmen y Adela* y *Luisa* el otro, carecen completamente de importancia.

El cólera en la Habana es un pequeño cuadro de Ramón de Palma, sin complicación ni enredo, en el que luce ya sus dotes de hábil é interesante narrador. Se ve que trata de copiar la realidad y no de fingir lances románticos. Angélica ha venido con su madre de Santiago de Cuba á la Habana para arreglar asuntos de familia. Jacinto de Leiva la conoce en un baile, se enamora de ella y empieza á visitarla. Se declara el cólera morbo en la ciudad, y el medroso galán se ausenta. Las catástrofes se suceden. Atacada por la epidemia la madre de Angélica, fallece en pocas horas. La hija cae sobre el mismo lecho, y los sepultureros sacan dos cadáveres de la casa desierta, de la que han huído amigos y criados. Pero Angélica da señales de vida y se escapa de los brazos de la muerte, que tantas víctimas agonizantes gana por el pánico que reina entre los supervivientes. El abogado Osorio la salva y recoge. Leiva vence su terror y acude á su lecho. Cupido ata su lazo nuevamente, y poco tiempo después hay dos felices más sobre la tierra. Es la novelita un afortunado ensayo en que descuella la patética escena de los sepultureros que beben aguar-

diente, y ríen, y celebran la epidemia, y de súbito ven caer muerto á uno de ellos, y truecan en pavor la estruendosa y repugnante alegría de la fiesta.

Una Pascua en San Marcos es otro cuadro más animado y risueño. Narra las aventuras del calavera joven Claudio, que primero seduce y pierde á Aurora, niña inocente, y luego á Rosa, dama casada á quien salva la vida en un paseo á caballo. Aurora sospecha la infidelidad. Un día de fiesta campestre en la finca de D. Tadeo Amírola sorprende á los adúlteros amantes en un bosque, desahoga su indignación y grita para perderlos. Rosa huye, Claudio pretende hacer callar á Aurora, su padre y sus criados la buscan por el bosque y va á descubrirse el escándalo. El amante, iracundo, está ya fuera de sí; en un movimiento nervioso involuntario aprieta el cuello de la delatora, y ésta cae sin sentido á sus pies. Claudio huye también sin ser visto y recobra su serenidad. Aurora está seis días entre la vida y la muerte. Cuando recobra su conocimiento, encuentra junto al lecho á Claudio y le hace cargos por su desamor, pero no por la escena del bosque, que ha olvidado.

Lo discordante en esta narración es el epílogo. Pasan diez años y Claudio vuelve á las andadas, enviciándose en francachelas y garitos. Aurora se divorcia y vuelve al seno de sus padres, y él, perdida toda su fortuna, borracho y mendigo, muere en el hospital. Después de habernos dicho que Claudio no era un perverso empedernido, sino un joven extraviado que aun conservaba un buen corazón; después de haber pintado con tanta maestría la regeneración del mancebo, la resurrección de sus nobles sentimientos y su remordimiento purificador, que le impulsaba á expiar

con la vida el asesinato que imaginaba haber cometido; después de mostrarlo tierno amante reparando lealmente su falta, no es lógico saltar diez años para mostrarle degradado. No formularemos el cargo corriente de que es inverosímil: demos que sea posible; pero, de todos modos, el final es inconexo y está fuera de la acción de la novela, cuyo interés termina con la boda. Para justificar dentro del arte el final encerrado en tan rápido epílogo, sería preciso escribir una segunda parte que preparase y explicase los acontecimientos, ó suprimir de la primera todos los esfuerzos que el autor ha hecho para persuadirnos de que Claudio tenía un corazón de oro rescatado gloriosamente por Aurora cuando empezaba á rodar por la pendiente hacia el abismo.

De Palma son igualmente las obritas *Matanzas y Yumurí*, que no hemos visto, y *El Ermitaño del Niágara*, que insertó en el *Diario de la Marina* años después.

Villaverde comenzó publicando unos brevísimos episodios románticos *(El ave muerta, La peña blanca, El Perjurio, La cueva de Taganana)*, de los que se dió un juicio anónimo en *El Album* en 1837. Condenados á eterno olvido por el autor mismo estos ensayos, no hemos de mencionarlos sino para repetir con el culto crítico (probablemente Palma) que al través de las incorrecciones y de la inexperiencia del escritor novel brillaba ya un ingenio lozano, fértil en recursos, hábil y diestro para interesar con el asunto más sencillo.

Presto dió Villaverde en los apuntes de su *Excursión á Vuelta Abajo* más gallarda muestra de sus dotes superiores, considerado como narrador, distinguiéndose en la animada descripción de tipos y lugares.

Páginas ligeras, escritas sin grandes pretensiones, deleitan, sin embargo, por su naturalidad y frescura.

Teresa, editada por Oliva, pasó más inadvertida entre sus cortos ensayos. No así *El espetón de oro*, que insertó en *El Album*. Narra este lindo cuento de Villaverde el casamiento forzoso de Rosalía con don Pedro, caso vulgar de la tiranía doméstica que ofrece una hija en holocausto al más rico y espléndido postor. Su novio, Andrés, está desesperado, y ella afligida, pero dispuesta á obedecer la voluntad paterna. Se hace la boda, y por la madrugada numerosas familias asaltan con música el cafetal de don Pedro. Los novios no salen de su habitación. La impaciencia crece y la curiosidad se redobla. Don Pedro, que es un pillo y que tiene fama de haber matado tres esposas, huye por una puerta falsa, á tiempo que entra Andrés, dispuesto á vengarse, hasta la alcoba de Rosalía. Al cabo todos penetran en la cámara nupcial. La desposada yace fría en su lecho, y Andrés está á su lado, con aspecto de loco, empuñando el machete centellante.

Merecen especial mención en esta bien dispuesta novelita los diálogos de Andrés y su madre, de Andrés y la hermanita de la novia y de los convidados á la boda, que cuchichean y murmuran en la sala.

Andaban casi á la par en estos cuentos cortos Palma y Villaverde. En la invención, en la disposición de las partes y en la gradación del interés rivalizaban. Si el primero se distinguía en la rotundidad y elegancia del período amplio, el segundo le aventajaba en la viveza y relieve de los diálogos. Pero cuando Villaverde escribe en 1838 la primera parte de *Cecilia Valdés*, elévase notablemente sobre su émulo. Una observación más profunda del fondo de nuestra sociedad le incita

á plantear un problema doloroso; deja correr la pluma mojada en la tinta negra de la realidad que contempla, y surge de sus manos una obra trascendente.

No corresponde al capítulo presente el examen de *Cecilia Valdés*. Interrumpida la labor del novelista habanero por su traslación á Matanzas como profesor del colegio «La Empresa», quedó la composición de la segunda mitad paralizada casi cuarenta años. Lo ya escrito fué después notablemente reformado en estilo, lenguaje, caracteres y escenas, según el prólogo del autor. La obra completa, brillante, eximia, terminada en Nueva York en 1879 y publicada en 1882, lleva el sello de la edad madura del escritor realista. Mas es deber del historiador consignar que el imperfecto ensayo de 1838 (publicado en 1839) sobresaliendo y diferenciándose no poco de las tentativas románticas del adolescente prosador, le puso en la primera línea, conquistándole aplausos merecidos. González del Valle (Zacarías) y Domingo del Monte, con voz autorizada, señalaron los singulares méritos de la valiente pintura de la sociedad cubana, que intentaba uno de sus más inteligentes hijos, sin miedo de aclarar todas las verdades dolorosas que deben decirse para vergüenza de los responsables y pública enseñaza, piensen lo que quieran los que entienden que el patriotismo ha de cubrir la degradación con la lisonja.

Su obra posterior, *La joven de la flecha de oro (Cartera Cubana*, 1840), es á nuestro juicio una caída, más notoria por su proximidad al triunfo precedente. Paulina, como Rosalía, es una joven sacrificada en un matrimonio de conveniencia. Simón es un marido tirano, que no la deja ni asomarse á los balcones, y la hace sufrir horriblemente. Al cabo de algún tiempo,

Jacobo, amante no correspondido de Paulina, se introduce en la habitación de ella y le devuelve una flecha de oro que tenía en su poder. El marido lo sorprende y le pega un tiro. Este argumento está narrado con mucha prolijidad, sobre todo en la primera parte. Don Simón y la mulata son dos charlatanes por diverso modo insoportables. El novelista afirma que la charla de ambos fastidia soberanamente, pero lo prueba con harta minuciosidad. Hay diálogos en que unos personajes relatan á otros sucesos que ya refirió extensamente el novelista, de donde resultan repeticiones injustificables. Y si el interés no está en la viveza y novedad de las escenas, tampoco en las sorpresas de la trama ni en los caracteres. El lector desconoce aquí la pluma que tan ligera corrió en *La excursión á Vuelta Abajo*, entreteniéndonos tan ingeniosamente sin argumento y sin importantes personajes.

En 1842 volvió de Matanzas á la Habana Villaverde, y como asiduo colaborador de *El Faro Industrial* insertó en él varias novelas, durante cinco años de fecunda labor. Entre estas novelas, que pertenecen al tercer período literario, según la división que adoptamos, descuella la muy interesante y justamente celebrada que se intitula *Dos amores*.

Otro novelista, que no ha hecho más que un ensayo, pero recomendable y aplaudido, es el camagüeyano José Ramón Betancourt.

Dió á luz en Puerto-Príncipe en 1841 *La feria de la caridad*, obra, según parece, defectuosa en su primera edición, pero muy corregida y elogiada en la segunda (Habana, 1859), y afortunada en alcanzar recientemente la tercera. Es su principal atractivo su colorido

local, no sólo por la exactitud con que describe la topografía de la ciudad y las costumbres de la feria, los bailes y el vicio del juego, sino porque pone la acción precisamente en el período de 1835 á 1845, en el que el Camagüey se levanta moral y materialmente por los esfuerzos de *El Lugareño*, arrollando los obstáculos que hallaba en la ignorancia y en la indiferencia. No pueden menos de ser muy interesantes para los cubanos hasta las digresiones en que pinta la morada y el carácter del venerable D. Gaspar Betancourt y la figura simpática de Joaquín de Agüero, el libertador de sus esclavos y promovedor laborioso de todo proyecto de mejoras agrícolas y de colonización blanca.

El protagonista es el bandido Juan Fernández, alias *El Rubio*, que murió ejecutado en la Habana durante el mando de Tacón. Betancourt toma algo, muy poco, de su vida real, y lo enlaza á una acción imaginaria, pero verosímil é interesante. Disfrazado de joven elegante, con el nombre de César Morgan, se introduce el bandido en la buena sociedad camagüeyana, se hace querer de la juventud descarriada por sus cultas maneras y sus despilfarros, la conduce á los garitos y allí la despoja de prendas y dinero con las tretas y trampas del juego. Una de las víctimas de su seducción es Carlos Alvear. No solamente le arranca su fortuna, sino pretende violentar á su esposa Luisa y casarse con su hermana Leocadia. Por fortuna, mientras Carlos se desespera en la banca, el virtuoso Fernando, su cuñado, defiende á Luisa y reta al supuesto y cínico Morgan. En el duelo el bandido pierde un dedo, los rivales se reconcilian y se prepara un almuerzo. Pero Fernando no asiste, porque recibe la noticia de que Carlos ha muerto asesinado en medio de la calle. Regre-

saba del garito, victorioso por excepción, cuando *El Rubio*, necesitando 200 onzas para salvar á un cómplice, le asaltó traidoramente para robarle las ganancias. Así muere el vicioso lógicamente castigado. Fernando se casa con Leocadia. El bandido, avisado de que la policía le sigue la pista, huye á caballo, y tras varias peripecias que aprovecha el narrador para hablar de *El Lugareño*, Agüero y el P. Montes de Oca, famoso orador de aquellos días, es conducido á la Habana para morir en la horca. Desde allí escribe una larga carta moral á Fernando, confesando el asesinato de Carlos, arrepintiéndose de todo y dando pormenores acerca de la banda de jugadores que él organizó.

De las observaciones que se han hecho á esta novela (ocupáronse en examinarla extensamente Villaverde y Luaces, el primero en *La Habana*, Agosto de 1859; el segundo en *El Liceo* de Septiembre y Octubre del mismo año), dos hay particularmente justas. Es la primera que la carta del bandido es inverosímil, aparte de contradecir el principio, ya incontrovertible, de que en las obras de arte la enseñanza moral debe desprenderse por sí misma, sin que el autor la comente con sermones. Es la segunda que hubiera redoblado el interés ocultar hasta última hora lo que era verdaderamente César Morgan, para que la carta de Armona, el perseguidor de malhechores, cayese como un rayo y sorprendiese al lector. Pero son éstas pequeñeces que no quitan nada de su positivo valor á la novela, que por la trama, por los caracteres, por su sátira contra los vicios, por la descripción de lugares, tipos y costumbres y por algunas escenas que se entresacan y citan con elogio, merece un puesto distingui-

do entre las escasas obras de su género que contamos.

Prosista del segundo período, aunque no cultivador de la novela, fué José Victoriano Betancourt, natural de Guanajay, de distinta familia de la del autor que acabamos de citar. Dedicóse principalmente á los artículos de costumbres, logrando ser el primer escritor de ese género en sus días. Desde 1829 escribió en el *Diario de la Habana*, después en la *Cartera Cubana* (1837), en *La Siempreviva* (1838), *El Artista* (1849), *Flores del siglo* (1852), *Aguinaldo Habanero*, *Brisas de Cuba* (1855), *Flores de Mayo*, *El Siglo*, *Ofrenda al Bazar* y *Aguinaldo Matancero* (1847), del cual fué fundador con Miguel Teurbe Tolón (1). Su gracia y su sal para la sátira le dieron popularidad inmensa. *Los curros del Manglar*, *El día de Reyes*, *El Velorio*, *La salida del primer diente* son folletines que se citan como chistosísimos. Lástima es que la posteridad no pueda saborearlos todos reunidos en un tomo, que por su amenidad correría más que otro alguno, derramando suavemente sus divertidas cuanto saludables enseñanzas.

(1) Calcagno: *Dicc. biog. cub.*

CAPITULO IX

LA PROSA

(Conclusión.)

Gertrudis Gómez de Avellaneda.—Sus dotes de novelista. Su escuela.—Su estilo.—Primeras novelas de la escritora camagüeyana.—*Sab.*—*La baronesa de Joux.*—*Espatolino.*—Argumento y juicio de estas obras.

Como novelista del Camagüey y del segundo período literario, puede figurar aquí Gertrudis Gómez de Avellaneda, que escribió y publicó en España de 1840 á 1842 su obra *Sab*, esencialmente cubana, y las de diferente mérito y extensión intituladas *Dos mujeres*, *Guatimozín*, *La baronesa de Joux* y *Espatolino*.

En éstas como en sus posteriores novelas dió la Avellaneda señaladas pruebas de sus relevantes dotes. Si no escogió temas de grande transcendencia, si no planteó ningún problema social ó político de los que alcanzan inmensa resonancia, si no tuvo la simpática audacia de mezclar á sus narraciones amenas las conclusiones de una filosofía profunda, si no satisfizo gus-

tos dominantes escribiendo la fisiología de las pasiones y mostrando larga y sagaz observación y prolijo análisis del alma, es, á pesar de todo, incontestable que manejó admirablemente los recursos del arte y que prodigó las brillantes muestras de su genio. Por eso nosotros nos inclinamos á pensar que la relativa inferioridad con que aparece el renombre de la Avellaneda como novelista, obedece á que la crítica moderna aprecia en las nuevas producciones su valor social juntamente con sus méritos de índole exclusivamente literaria, pero que en este último terreno alcanza cuantas perfecciones reclama la novela como obra de entretenimiento.

Afortunadamente, aunque sus obras pertenecen de derecho á la escuela llamada romántica, no hay que lamentar en ellas las exageraciones que desacreditaron las obras de 1830, pues ni sus tonos patéticos crispan los nervios por horripilantes, ni sus tonos eróticos hacen degenerar la más interesante de las pasiones humanas en inverosímil delirio. Por el contrario, es quizá su mérito mayor que, sin recurrir á tan violentos é ilegítimos resortes, sabe mantener viva y ardiente la curiosidad del lector mediante el maravilloso poder de que dispone para causar honda emoción en las escenas más sencillas, y en virtud, también, de un arte exquisito, de un conocimiento perfecto de la manera de disponer y concertar los detalles de la acción para que causen más efecto en nuestros ánimos: con frecuencia expone una situación que nos impresiona grandemente, dejando en el misterio algunos antecedentes y datos que son su clave, aguijoneando así la impaciencia del lector, que llega á estar verdaderamente ansioso de desentrañar el enigma: sabe que demorar

algunos minutos la explicación del sentido de una carta, ocultar durante algunos capítulos el nombre de un personaje que obra en la sombra, sorprender con un lance inesperado, presentar rápidamente una escena nueva que asombre por no estar aparentemente en armonía con la anterior, contradecir los cálculos y las hipótesis del lector dando un giro extraño á los acontecimientos, son lícitos ardides que prestan interés inagotable y valiosísimo encanto á la novela.

Su estilo se distingue por su concisión y brío, cualidades que no le privan de la elegancia y gala que le hacen tan encantador y agradable: perfectamente equilibrado, huye de la sequedad sentenciosa tanto como de esa exuberancia de palabras fatigosa, pecado de muchos retóricos que por alcanzar la eufonía y la rotundidad de los párrafos, olvidan que la profusión de adornos debilita la frase y perjudica á la gracia ó á la elevación ó á la valentía del pensamiento. Se ha dicho con razón que la prosa de la Avellaneda tiene sello propio, privilegio que sólo gozan eminentes y muy contados escritores.

Sab ha sido llamado *el ensayo de Hércules*. Cualesquiera que sean las deficiencias que la propia autora notó en él al descartarlo con su habitual energía de la colección completa de sus obras literarias, es digna lectura para el crítico que desee observar las primeras chispas de un ingenio notable. Alberto Lista lo acogió con indulgencia y Pastor Díaz halló elogios para mostrar su admiración ante páginas llenas de tan magnífica pasión, inspiradas en la simpatía por los dolores de una raza esclava. Podrá tildarse cierta inverosimilitud en aquel amor del paria que se sacrifica facilitando la unión de la mujer á quien ama con un hombre in-

digno de ella, y acaso también alguna viveza en la expresión que puede parecer audaz en pluma que manejan manos femeninas, mas nadie desconocerá con cuán vigorosos trazos comenzaba á distinguirse el pincel que después dió vida á colosales figuras.

Dos mujeres y *Guatimozín* también han sido suprimidas de la colección de obras completas. Si la crítica, ansiosa siempre de examinar los primeros pasos vacilantes del genio, ha tenido sus buenas razones para deplorar que se arrebaten esas piezas á su estudio, nosotros, desde el punto de vista de la autora, aplaudimos una resolución reveladora de una sensatez de que hay pocos ejemplos. Frecuentemente los autores perdonan con indulgente y cariñosa mirada los frutos débiles de sus primeros años, escudándose con la metáfora según la cual son hijos queridos de su corazón: como hay una nostalgia para los que están ausentes de su patria, hay otra nostalgia de los que se ven lejos de su juventud, los cuales se complacen en volver los ojos misericordiosos á todos los recuerdos de la edad dorada; y si hay un amigo á quien culpar de haber mezclado las primicias amadas con los frutos maduros de años posteriores, no habrá selección seguramente. Contrastando con estas debilidades de muchos grandes hombres, una mujer de fuerte espíritu emprende la depuración de sus trabajos y separa lo que ve más imperfecto, sin lástimas ni lágrimas, porque sabe que restan todavía ofrendas numerosas que llevará en sus manos al templo de la gloria. ¿Nos arrancará este acto acentos que no sean de admiración?

La baronesa de Joux se hace notar por su desenlace trágico, cuyo sabor es el de los más acalorados delirios que produjo la fantasía romántica en sus días de

mayor popularidad. Un marido que se estima agraviado porque sabe que durante su ausencia visitó á la baronesa su antiguo amante, al volver de la guerra santa toma una terrible venganza cortando la cabeza de Montfaucon, para sorprender con tal presente á su esposa, y encerrando á ésta en subterráneos del castillo largos años, durante los cuales en la comarca se dice que el alma en pena de aquella mujer, á quien suponen muerta, todas las noches deja oir sus tristísimos gemidos. Esta leyenda, que por su final ofrece grandes analogías con *Dolores*, es, por varios conceptos, inferior. No sólo carece de personaje comparable por su grandeza sombría á doña Beatriz de Avellaneda, sino que su asunto es más vulgar y trillado, y la sensación que producen las horribles crueldades que contiene vale menos que aquel asombro que nos deja suspensos al conocer los extremos á que lleva un orgullo indomable á la singular condesa de Castro Xeriz.

Esto no obsta para reconocer que por su estilo, por la seguridad y maestría con que están trazadas algunas escenas, se advierta en *La baronesa de Joux* la experta mano de su autora.

En *Espatolino* nárrase la vida del célebre bandido italiano que llevaba ese temido nombre á principios del siglo, durante la dominación francesa.

Muchas son las obras escritas antes y después de 1844 en que hace de protagonista el hombre salvaje que se jacta de simbolizar la heroica protesta contra las injusticias sociales, y sería difícil aquilatar en un examen comparativo lo que habría que observar acerca de la novedad y el valor relativo de la novela *Espatolino*. Lo que podemos afirmar, prescindiendo de

comparaciones, es que por diversos conceptos bien merece ser estimada y aplaudida.

La exposición del asunto es magistral; muy superior á la de *El artista barquero*. Esos capítulos en que se presenta el oficial francés enamorado de la sobrina del astuto italiano agente de policía, y éste aprovechando tal pasión para hacerla instrumento de sus rencores y venganzas, son inmejorables; pero lo que no tiene precio es el arte con que se narra el ingenioso ardid que salva del cadalso á Biollecare, primer acto de audacia con que empieza á figurar en la novela el bravo Espatolino. Trata el bandido de arrancar á la justicia humana la vida de su fiel servidor y concibe un maquiavélico plan: disfrázase de anciano y preséntase como padre de Biollecare, ofreciendo á cambio de la libertad de su hijo entregar á Espatolino, y promete que tan pronto como el Gobierno acepte la proposición, él y su hija se darán en prenda para responder con sus cabezas del cumplimiento. Admítese la oferta, préndese al padre y á la hermana del reo (advertidos ya por misterioso personaje para que nada objeten), y cuando ya Biollecare está en libertad y pasan las dos horas que pidió el fingido anciano como plazo que había de transcurrir entre la libertad del hijo y las revelaciones, ¡sorpresa inesperada!, aquel viejo no es el que habló primero con el oficial francés, ni sabe nada del proyecto, ni nada puede revelar. Entonces llega una carta de Espatolino confesándose autor del engaño y del rapto de Anunziata, la sobrina del agente de policía.

El resto de la novela se reduce al arrepentimiento de Espatolino por los ruegos de Anunziata y á la gestión de su indulto. Pero en el corto espacio de tiempo

en que esto pasa, ocurren escenas dramáticas que dan lugar á interesantes capítulos. La nueva desaparición de Anunziata que trae la inmensa inquietud de Espatolino, su conferencia para obtener el indulto, el descontento de los bandidos al ver á su jefe entretenido en amoríos y apartado de sus correrías, y la traición que le hacen cuando resuelven entregarle, los episodios de la vida pasada de Espatolino contados por él mismo ó por Biollecare, son asuntos de páginas hermosas que excitan viva curiosidad.

Hay una situación culminante al final, cuando Anunziata, la intermediaria en la gestión del indulto, recibe carta del tío participando que se accede á la petición de gracia, con tal que Espatolino entregue á la justicia los feroces hombres de su banda. Esta condición dura, la única á que no se somete el temido italiano, porque no sabría ser pérfido y perjuro con los únicos leales corazones que ha encontrado entre tantos desengaños que han enconado las heridas de su alma, sume á la amante mujer en desesperado dolor, arrebatando su última esperanza. Mas de súbito, un bandido anuncia al jefe la traición que proyectan sus compañeros alentados por la codicia: Espatolino recibe con ahogada rabia la nueva decepción, y entonces ya no vacila; se adelanta á sus infieles secuaces y denuncia su guarida, donde son sorprendidos por los gendarmes en alegre francachela.

La suerte, empero, es igualmente adversa para todos. El indulto, la promesa halagadora, fué un cebo solamente.

Espatolino sufre la pena de sus secuaces. Anunziata enloquece al comprender las consecuencias espantosas de su imprudente intercesión.

Tres caracteres resaltan en esta obra: el protagonista, Anunziata y el tío.

Espatolino es un desgraciado que hace elocuentes protestas de haber lanzado el grito de guerra contra el cuerpo social por fatalidad inexorable. Pidió un día vengar el honor de su hermano en el campo de los caballeros, y los nobles y ricos le contestaron con sarcástico desprecio. Esgrimió entonces el puñal terrible del bandido y pensó que, como Napoleón I mandaba en Italia por derecho de la fuerza, por los mismos medios podía disputarle su poder absoluto y mantenerse con las usurpaciones de la audacia. Como todos los déspotas, los respetados en el trono y los envilecidos en las selvas, jáctase de ser protector de los desvalidos y azote de los poderosos y altivos. Su ley es el capricho; su dios es el éxito. Tan sólo el amor de una mujer le doblega y rinde. Grande, orgulloso, apasionado, de arrogante presencia y de infeliz historia, tiene todas las dotes principales de los bandidos que son interesantes héroes de novelas.

Anunziata es una tierna sensitiva. Seducida y arrancada de su hogar, primero no sabe adónde va, después no puede huir ni su amor se lo permitiría. Siempre inocente, incólume aun entre los cienos del crimen, no tiene más falta que su primera debilidad, harto castigada con sufrimientos que deben redimirla. Su palabra es mensajera de la paz del espíritu que debe ser rescatada por el arrepentimiento. Anunziata, en suma, es un tenue rayo de melancólica luz en las sombrías páginas de *Espatolino*.

El agente de policía es un tipo notable, trazado con maestra mano, fiel retrato de esos seres mezquinos y vulgares que ni aun cuando se ponen al servicio de

una buena causa se libran de su repugnante condición, de esos hombres con quienes todos se codean porque la fortuna los mima y la impunidad borra de su frente los estigmas, pero que son tan criminales como otros que suben al patíbulo. Cómplice de Espatolino y su servidor asalariado antes del rapto de Anunziata, codicioso, falso y desalmado, ni reconoce amigos ni sabe perdonar; astuto y ladino como pocos, esconde sus infamias y elude el castigo que merece.

¿Qué se ha propuesto la Avellaneda al escribir esta novela? No existen indicios de que intentase formular la brillante apología de un bandido y el anatema contra la sociedad, nunca constituída según el antojo de los exaltados soñadores ó de los furiosos desdichados.

La novelista camagüeyana no vivió como Byron, Heine ó Leopardi en perpetuo divorcio con el mundo, lanzando carcajadas, ultrajes ó gemidos á impulsos de impotentes deseos de renovación social. Mejor sería creer que halló en su imaginación el tema deslumbrante y no quiso resistir á la tentación de utilizarlo.

Lo que resulta tratando asuntos escabrosos es que con dificultad se deja de dar al vicio ciertos simpáticos colores, por las mismas exigencias del arte. Sobre todo si hace de protagonista el personaje en quien se encarna el mal, si es parte principal, en vez de una pequeña sombra que sirva de contraste, el instinto del poeta lo presenta siempre bajo algún aspecto interesante que mueve á compasión, revestido de algunas virtudes secundarias que, abrillantadas por prestigiosas formas que da la fantasía, se sobreponen á la maldad que radica en el fondo y la obscurecen. Así, aunque al fin se presente el mal sufriendo su castigo, como en

Espatolino sucede, la impresión general siempre es de lástima y conmiseración, sentimientos que, si no pueden llegar al entendimiento y persuadirle de la legitimidad del crimen, suelen mover al corazón á perdonarle como fatalidad en que cabe corta responsabilidad al delincuente. De este modo el espíritu no se fortalece y eleva, antes bien desfallece y desmaya; porque si la voluntad del hombre va apareciendo desligada de la culpa que comete y nos acostumbramos á la lenidad, serán más penosos los esfuerzos hechos por conservar una virtud que poco ayuda para la paz de la conciencia en un orden de ideas en que tan fácilmente se ahogan remordimientos. El perdón generoso, como sentimiento privado en casos concretos, es grande y noble; pero como sentimiento colectivo y aplicado en tesis general á todas las debilidades humanas, parece una complicidad, un alegato de parte interesada que se confiesa pecadora y no se atreve á tirar á la Magdalena la primera piedra; se olvida de las víctimas, conculca la justicia y enerva la voluntad que va heroicamente al bien: sobre todo tratándose de los delitos que el Código penal castiga, el sentimentalismo es impracticable.

De Espatolino quizá se diga que su arrepentimiento le hace acreedor al perdón; pero ¿es arrepentimiento el deseo del reposo material para gozar impunemente junto á la mujer querida de las riquezas robadas?

En suma: si bien nada autoriza á ver en la novela que examinamos tendencias perniciosas, declaramos que no tiene todas nuestras simpatías un género ocasionado á que la sensibilidad de los lectores los conduzca por asociación de ideas más allá del terreno en que el escritor plantea el caso; la obra de mera ame-

nidad, de puro entretenimiento, desarrollada en ciertas condiciones, sugiere consideraciones y pensamientos que no entraban en su plan, pero que se enlazan naturalmente con las emociones que despierta y llevan á la imaginación quiméricos ensueños.

El artista barquero y *Dolores*, novelas escritas en Cuba por la Avellaneda, y varios cuentos cortos que figuran en el tomo quinto de sus obras, pertenecen al tercer período (1).

Si descartamos las ligeras noticias que de la vida de la Avellaneda traen algunas colecciones de poesías (*América Poética*, *Cuba Poética*, *Parnaso Cubano*) y algún diccionario como el de Pierre Larousse, sólo dos biografías de la camagüeyana eminente merecen atención: la que va al frente de sus obras, escrita por Nicomedes Pastor Díaz y completada por E. G., y la del *Diccionario biográfico cubano* del Sr. Calcagno; la primera, aparentemente más extensa, por las amplificaciones de su estilo y por los detalles de las fiestas que Barcelona y la Habana consagraron á su coronación; la segunda, más nutrida de datos, más exacta y com-

---

(1) A este capítulo debería seguir otro acerca de la oratoria en el segundo período. Figurarían en él los elocuentes profesores de Medicina y de Derecho, Agustín Encinoso de Abreu y José Agustín Govantes, cuyas palabras resonaron en las aulas con tanto prestigio, y el eminente jurisconsulto, el inolvidable ciego D. Nicolás Escobedo. Pero los datos que tenemos son insuficientes para componer un capítulo. A Escobedo casi no se le conoce sino por el elogio muy popular de Luz. Antes que repetir inútilmente, preferimos remitir á los lectores al *Diccionario biográfico cubano* del señor Calcagno y al trabajo del señor Sanguily *Los oradores de Cuba*, ya citado en anteriores páginas.

pleta, aunque trazada con la concisión propia de la obra en que debía figurar.

¿Qué sabemos por ellas? Sabemos que nació en Puerto Príncipe en 1814, en 23 de Marzo, del matrimonio del teniente de navío D. Manuel Gómez de Avellaneda, natural de Andalucía, con doña Francisca Arteaga, hija de Puerto Príncipe también. Sabemos que se distinguió por su gran precocidad y que, venciendo los obstáculos que á su instrucción oponía el atraso intelectual del Camagüey, pronto llegó al conocimiento de los clásicos españoles, ejercitándose luego en la imitación de sus modelos. Sabemos que pronto retuvo en la memoria los mejores trozos de Arriaza, de Quintana y de Meléndez, que hizo ensayos en la poesía lírica, en la novela y en el drama, los cuales destruyó después sin mal entendida compasión, y que como actriz aficionada contribuyó á realizar benéficas funciones. Sabemos que en 1836 vió sus horizontes dilatados con el viaje que emprendió su madre, unida ya en segundas nupcias á D. Gaspar Escalada, del regimiento de León; que pasaron dos meses en Burdeos, que residieron un año en Galicia y que por disgustos de familia se vió Gertrudis obligada á separarse de su madre. Sabemos que se embarcó en Vigo, visitó á Lisboa y pasó con su hermano mayor á reunirse en Sevilla con los deudos de su difunto padre. Sabemos que allí empiezan los días de su gloria, cuando con la firma de *La Peregrina* aparecen en los periódicos sus brillantes poesías, y que después pasa á Madrid, donde las producciones que lleva á sus teatros le ganan los más hermosos laureles. Sabemos que traba relaciones con los principales literatos, que le rinden á porfía los homenajes de su admiración, y que entusiastas amigos

se proponen elevarla al puesto que deja vacante en la Academia Española la muerte de Gallego, provocando aquel inolvidable desaire, que hubiera sido para la Avellaneda desalentador y funesto si su fuerte espíritu no se sobrepusiera á las contrariedades, perseverando en el empeño de vencerlas en la resuelta carrera de su genio, á cuyo término estaban los estruendosos triunfos de *Baltasar*, la apoteosis de Barcelona y el cariñoso recibimiento de su patria en 1860. Sabemos que en su primer matrimonio, contraído en 1846, fué para D. Pedro Sabater una hermana de la caridad, y que pronto se vió con las tocas de su viudez, encerrándose con su dolor en un convento de Burdeos. Sabemos que nueve años después contrajo segundas nupcias con el coronel de artillería D. Domingo Verdugo Massieu; que la unión fué apadrinada por los reyes y prometía días de ventura, pero que turbaron su felicidad inesperados acontecimientos: el Sr. Verdugo, fogoso diputado de la Unión Liberal, fué víctima de un atentado al dirigirse al Congreso un día de Abril de 1858; vióse dos meses al borde del sepulcro, y quedó desde entonces muy delicado de salud. En busca de ésta recorrieron ambos esposos la Francia, visitaron á Cataluña y Valencia, y buscando el templado clima de los trópicos vinieron á Cuba invitados por el general Serrano. Sabemos que la excursión de la Avellaneda por la Isla fué una marcha triunfal, y que esta feliz época, llamada por ella *de su paraíso*, tuvo también sus días tristes cuando llegó de España la noticia de haber muerto su madre, y también cuando más tarde quedó de nuevo viuda y desolada. Sabemos, en fin, que en 1864 partió de una vez para España con su hermano, quien pronto también debía pasar

á otra vida, para dejar á Gertrudis en más dolorosa soledad, hasta que á su vez ella abandonase el mundo en 1873, siendo llorada de todos.

Muchos de estos datos figuran también en un apreciable trabajo del Sr. Guiteras, inserto en la *Revista de Cuba* en el segundo semestre de 1877.

Después de saber esto, ¿tiene algo que preguntar la pública curiosidad?

Ciertamente que sí, porque en nuestros tiempos la comezón de inquirir la existencia privada del poeta no tiene verdaderamente límites. Dícese que es un complemento indispensable para el exacto conocimiento de sus obras, que allí tal vez está la clave de algún pasaje obscuro, la razón de una tendencia de su espíritu, el proceso y desenvolvimiento de todas sus ideas.

Por nuestra parte abrigamos el convencimiento de que en los estudios biográficos se lleva hoy la indagación frecuentemente demasiado lejos, y entendemos que de la vida de aquellos *Varones ilustres* de Plutarco, llenas de animación y movimiento, relacionadas con los asuntos de interés general en la historia de su patria ó de su tiempo, pasamos á investigaciones desprovistas de importancia histórica, á comentarios sobre los sucesos más domésticos de la vida del escritor, que no ha sido célebre por sus acciones, sino por sus escritos, profanando á veces los secretos que en la vida del hombre se reputan sagrados é inviolables. Las revelaciones de esta índole suelen ser agradabilísimas para nuestro inquieto espíritu, ansioso siempre de conocer lo que se le oculta porque deba serle indiferente ó vedado; pero ¿no es sutileza pretender que las minuciosas pesquisas de la vida pri-

vada son el complemento de la crítica literaria de las obras de un autor? ¿Comprendemos mejor el teatro de Lope después de la publicación de sus cartas inéditas por Barbieri? ¿No ha declarado la crítica formal, contra los acalorados cervantistas, que es inútil para la apreciación del *Quijote* averiguar si tales ó cuales personajes de la inmortal novela son caricaturas de seres reales que tuvieron conocimiento y trato con el soldado de Lepanto? Sin duda será bueno saber que Byron era un calavera, para explicarnos su escepticismo y sus terribles sarcasmos; pero, detalle más ó detalle menos sobre sus desavenencias matrimoniales y acerca del esclarecimiento de sus verdaderas causas, ¿nos hacen apreciar mejor la valía de sus poemas? Curiosidades más amenas que instructivas, esos pormenores que da la biografía contemporánea de escritores y poetas, rica en anécdotas, en frases y en rarezas, ni pueden pretender constituir, como las biografías de los héroes, de los estadistas ó de los que tuvieron por algún concepto vida pública, una rama de la ciencia histórica: son más bien capítulos de una novela realista, que no deben escribirse á cada rato, porque no todos los autores tienen la vida agitada de Byron ó los amores misteriosos de Jorge Sand.

Aplicando estas convicciones nuestras al presente estudio, aseveraríamos que nada esencial nos falta por saber de la vida de la Avellaneda para comprender sus obras. Con saber qué autores leyó en su niñez y qué eminencias literarias compartieron constantemente su amistad, quedan explicados su gusto, su escuela, sus aficiones. Con saber que tuvo disgustos de familia, pérdidas lloradas, tenemos el génesis de sus composiciones melancólicas. Con saber sus contrariedades

y sus decepciones, poseemos la clave de sus apasionadas defensas de las aptitudes de su sexo.

Sin embargo, estamos seguros de que hay quien interrogue más. ¿Cuánto nos falta averiguar sobre los motivos que la hicieron separarse de su madre, desconocidos de la generalidad? ¿Qué ansiedad no despertaría en los lectores la pluma feliz que pudiera trazar el nacimiento y progresos de sus amores con sus dos esposos? ¿Qué fecundo tema no serían las intrigas de bastidores que promovieron el fracaso de algunos de sus dramas? ¿Cuánto no resta por decir de las peripecias que sufrió su candidatura para sustituir á Gallego en la Academia Española? ¿Qué cosas no podría revelar una indiscreta amiga suya sobre sus debilidades y excelencias de carácter? Interminable es el campo si se espiga con la meritoria paciencia del erudito infatigable.

Mas para sorprender estos secretos de la vida privada de la Avellaneda no basta una decidida y perseverante voluntad. Unicamente los que estuvieron en continuo roce con una persona son los llamados á divulgar lo que á sus costumbres, relaciones personales y actos privados pertenece: un esclavo compila las cartas de Cicerón; un secretario de Gœthe revela su vida. El que no ha sido depositario de confidencias íntimas ó testigo presencial de hechos obscuros, sólo puede dar alas á la fantasía y trazar una biografía imaginaria, por más interesante y poética que sea, como la que del autor del *Manfredo* traza Castelar.

Nosotros consagraremos nuestros principales esfuerzos á examinar el valor literario de las obras de la Avellaneda, deplorando que sea tan frecuente en los certámenes pedir juntamente biografía y juicio crítico

de un escritor, tareas más heterogéneas de lo que se piensa vulgarmente, y que requieren tener muy distintas aptitudes y hallarse en muy diferentes circunstancias. Tal vez algún afortunado poseedor de curiosos datos para enriquecer la biografía de la autora de *Alfonso Munio* y *Baltasar* no aborde el tema por arredrarse ante la segunda parte, que reclama una disertación sobre sus obras, así como nosotros al acometer la empresa, ardua por cierto, de juzgar sus producciones literarias, lamentamos no ser los deudos ó amigos de la poetisa que puedan aportar el caudal de nuevas noticias para esclarecer los puntos más obscuros de su vida.

CAPÍTULO X

CIENCIAS VARIAS

Los estudios históricos.—La Comisión de Historia.—La Sagra.—Su obra.—Pezuela.—Su *Ensayo*.—Su trabajo posterior.—Heredia.—Sus *Lecciones de Historia Universal*.—La Filosofía.—Polémica de 1839.—Carta de Varela.—Valle.— Escritores políticos.— Saco.— Escritores de Derecho, Medicina, Historia Natural y otras materias.

Los estudios históricos no tienen cultivadores en muchos años desde la tentativa infructuosa de Valdés.

La Comisión de Historia que se creó en la Sociedad Patriótica en 1794, no se reunió hasta 1830. Fué nombrado presidente el director de la Corporación; secretario, D. Juan A. de Ferrety, y vocales, Domingo del Monte, Manuel González del Valle, Remigio Cernadas, Pedro P. Sirgado, Blas Osés y Tomás Agustín Cervantes. Propusiéronse la publicación de materiales, no teniendo elementos para escribir una Historia

de la Isla de Cuba (1). Aunque juzgaron muy defectuosos los trabajos de Arrate, Urrutia y Valdés, decidiéronse á publicar el primero, y en las entregas finales, ó en segundo tomo, numerosas y extensas notas que aclarasen, enmendasen y adicionasen todo lo que conviniese. Así se hizo, encerrando en el segundo tomo, entre otras cosas, varios extractos de Domingo del Monte. Interrumpiéronse pronto los trabajos, y fué de lamentar, pues no habían logrado menos, según palabras de la Comisión, que tener abiertos los archivos públicos de Cuba, accesibles los de particulares, franqueados todos los de la Península por Fernando VII, é individuos residentes en la Metrópoli que se brindaban á registrar los de Sevilla, Simancas y Madrid. «Por delicada y ardua que la tarea fuese —añade Pezuela (2)—, sobraban para llevarla á feliz término la aptitud, saber y luces naturales de muchos individuos de aquella Comisión. Sólo les faltó interés, amor á la materia y tiempo acaso para consagrarse á su exclusivo objeto.» Es lo más doloroso que por una circunstancia incomprensible, como dice Bachiller, se perdiesen muchos materiales copiados.

Cuando cesó la Comisión de Historia, se siguieron publicando algunos trabajos en las *Memorias* de la corporación.

También Domingo del Monte continuó preparando por su parte un *Teatro de la Isla Fernandina,* durante su residencia en Madrid. Una carta suya anunció á Bachiller que ya estaba á punto de darlo á la estampa,

(1) Bachiller: *Apuntes,* tomo II, capítulos XXXV y XXXVI.

(2) *Hist. de la Isla de Cuba,* tomo I, pág. 13.

pero no lo hizo. Hoy nadie sabe en Cuba del paradero de esta obra.

D. Ramón de la Sagra, director del Jardín Botánico de la Habana, imprimió en 1831 su *Historia económico-política y estadística de la Isla de Cuba.* «En vez de darle un título que tantas obligaciones imponía—dice Pezuela (1)—, pudo este autor más propiamente apellidarla *Historia del comercio, rentas y agricultura de la Isla de Cuba;* porque habiéndola escrito y publicado durante su residencia en aquella capital (la Habana), no pudo consultar más archivos que los de la Intendencia, abundantes desde su creación, en 1765, pero escasos y desordenados en todo lo referente á las épocas anteriores. Aquel trabajo del Sr. La Sagra, reproducido en otro nuevo que dió á luz en París en 1842, contiene datos fidedignos y cálculos curiosos, pero todos con relación á las épocas modernas. La historia de los ramos económicos de un pueblo en sus últimos períodos no puede sustituir á la de todo su pasado. Por lo tanto, ni la primera publicación de aquel laborioso autor, ni su *Historia natural,* suntuosamente impresa, sacaron de su obscuridad la historia verdadera de Cuba.»

Como trabajos aislados de historia, referentes á Cuba, pueden citarse las noticias sobre Puerto Príncipe de Tomás Pío Betancourt, publicadas en 1839 en las *Memorias* de la Sociedad Económica de la Habana, y los de Manuel Gómez Avellaneda, natural de la Habana, muerto en 1831, encargado en Madrid de reunir datos para la Comisión de Historia.

José María Andueza, gran emprendedor, preparaba

(1) *Hist. de la Isla de Cuba,* tomo I, pág. 14.

también una Historia de Cuba, de la cual nada se sabe, que no pasaría probablemente de modestísimo compendio.

El primer trabajo importante de tal clase que se dice publicado entre nosotros, es el *Ensayo histórico de la Isla de Cuba*, por D. Jacobo de la Pezuela, dado á luz en 1842 (1).

Sirviéronle de fuentes para redactar este primer ensayo, según su prólogo, el libro de Valdés, los *Diarios de Colón* de Navarrete, la *Vida* y viajes del mismo que escribió Wáshington Irving, la *Conquista de Méjico* de Solís, las *Décadas de Herrera*, las obras de Las Casas, su vida por Quintana, la *Historia de la Florida* del inca Garcilaso, la de Santo Domingo ó Haití del jesuíta Charlevoix y las *Memorias* de la Sociedad Económica de la Habana.

«A juzgar por la comparación de las primeras con las últimas entregas—dijo D. José María de la Torre—no podemos menos de persuadirnos de que ó bien el autor escribió en su principio con la mayor precipitación ó bien con poco conocimiento del país de cuyo pasado se ocupaba, pues en sus tres primeras entregas, aunque de un estilo fácil y correcto, se advierte

(1) Habana, imprenta de Arazoza, 1842, dice el ejemplar que hemos visto. Pero D. José María de la Torre, en un artículo publicado en 1848, se expresa de este modo: «Al fin, después de una expectativa de seis años, tenemos en la Habana las últimas entregas de esta obra que empezó á publicar en 1842, en Nueva York, el Sr. D. Jacobo de la Pezuela.» Del examen del libro no aparece que las primeras y últimas páginas sean obras de distintas imprentas. En verdad, la impresión parece de los Estados Unidos, y el testimonio de La Torre merece crédito.

que no son más que un extracto puro de los mejores historiadores de América, que se reproducen unos á otros y que aclaran poco ó nada el largo período que corre desde la época de la conquista hasta mediados de la décimaoctava centuria, ó sea hasta la invasión inglesa en la Habana.»

Aun así hay que reconocer á esta primera parte de fácil compilación el mérito de la sencillez del plan y del estilo. No la mejora por cierto muchos años después nuestro historiador Guiteras, de cuya obra se tratará en otro lugar. Tarea es de poco lucimiento la simple formación de la crónica continua; pero hecha, como está, en una sobria, clara y modesta narración, presta desde luego gran servicio, y deja á los cronistas cubanos muy atrás.

«Mas desde que empieza á detallar—añade el crítico La Torre—los hechos de este suceso memorable (la invasión inglesa), nótase una gran mudanza en la narración del Sr. Pezuela. Ya no es un autor forzado á sujetarse á textos caprichosos, sino un publicista que no produce un renglón, no indica un hecho que no repose en datos oficiales, aunque sin citarlos; circunstancia en que no estamos de acuerdo, porque las citas de documentos auténticos, y particularmente de los raros (de que nos consta posee gran copia el autor, y lo comprueban los pocos aunque importantísimos que trae en el apéndice), sirven, no sólo para dar todo el valor al hecho de que se trate y proporcionar mayor ilustración sobre aquel punto al que lo desee, sino también para dar á conocer la crítica histórica.»

«Para escribir desde la cuarta hasta la sexta entrega—continúa La Torre más abajo—su mano ha de haber escudriñado sin duda los mejores archivos de la Ha-

bana, como son los del Ayuntamiento, del Gobierno y de las escribanías, porque ya no parece un individuo el que habla en esas entregas, sino una voz oficial impersonal que recuerda las cosas que pasaron en la grande Antilla desde la invasión inglesa hasta finar el siglo pasado. Esa voz nos detalla con claridad y buen lenguaje las vicisitudes de los cambios de este país hasta el decreto de libre comercio con la Península en 1778, y todo su progresivo desarrollo á medida que el adelanto de la ciencia económica, la experiencia y la distinguida protección de sus reyes lo iban libertando de sus trabas. Experiméntase un verdadero entusiasmo al leer tan bien descritos los trozos relativos á la heroica conquista que de las dos Floridas hizo el general Gálvez, arrancándolas plaza á plaza en la guerra de 1779 á 1783, y la enumeración de los beneficios y de las reformas que dejó sembradas en el suelo de este país la mano memorable del general D. Luis de las Casas.»

«Para describir los sucesos de la segunda mitad del siglo anterior, habrá casi tenido que valerse exclusivamente de los documentos que proporcionan los archivos de los Estados Unidos y de la Isla, tarea harto ruda si atendemos á que todo habrá tenido que reunirlo y rebuscarlo por sí mismo el historiador.»

«Pero con el siglo de las administraciones de los inolvidables Espada y Ramírez - prosigue La Torre después algunas líneas—empieza desde su séptima entrega á trazar una era mucho más espinosa y delicada, porque aun viven muchos que han figurado en los sucesos que nos refiere el historiador.»

Pronto conoció Pezuela la natural deficiencia de su *Ensayo*, y se propuso corregirla muy despacio, empe-

zando en 1847 nuevamente la tarea de buscar las fuentes de nuestra historia local. El resultado que logró esta vez fué muy superior al del primer esfuerzo. La casualidad le hizo adquirir en Londres, de mano de un judío, un roído legajo de documentos españoles, sustraídos sin duda á los archivos de la Habana durante la invasión inglesa. Recogiendo además noticias utilísimas en el Museo Británico y en otras bibliotecas de Londres y París, de los manuscritos de la Biblioteca Nacional y de la Academia de la Historia de Madrid, pudo aumentar notablemente su caudal de datos para rehacer su obra.

«Una vez extractado ó copiado en tan preciosos depósitos —dice en su nuevo prólogo—lo que sobre Cuba contenían la inestimable y vastísima colección inédita de D. Juan Bautista Muñoz, las de Traggia, Mata Linares y otras muy curiosas, guiado por noticias verbales del Sr. D. Pascual Gayangos, pude conseguir que se me autorizase también para sacar copias y apuntes entre la antigua documentación referente á Cuba, que estaba depositada en el Ministerio de Gracia y Justicia. Recorrí allí toda la enorme causa original que se formó en 1764 por la rendición de la Habana, y las relaciones oficiales de la invasión de los ingleses en Guantánamo, en 1742, y de otros muchos episodios importantes y desconocidos.»

«Pero en Sevilla, en el antiguo palacio de la Lonja, entre la majestad silenciosa de sus galerías, fué donde encontré continuando su sueño de tres siglos á la historia de Cuba y á la de otros países que fueron españoles. Aparecía allí nada menos que toda la correspondencia oficial de sus gobernadores y obispos desde 1526 hasta 1760; toda la vida pasada de la gran

Antilla, cuidadosamente ordenada por días, por meses y por años. Con los índices á la vista formé una larga nota de los documentos más necesarios, y los hice copiar ó extractar todos, completando así con ellos la preciosa y vasta colección histórica de Cuba que ha servido para tejer la narración de su historia, desde que la descubrió Colón entre la obscuridad de una creación desconocida, hasta que en 1843 la dejamos ya en la adolescencia de su civilización y realizando el antiguo pronóstico de Raynal, con su opulencia, su actividad, su ilustración, su poderío.»

La nueva obra que resultó del concienzudo trabajo de Pezuela (1), no solamente sacó de completa obscuridad la historia de tres siglos, sino rectificó también honradamente algunos puntos de la de los tiempos más recientes, siendo dignos de nota los que se refieren á la época del mando de Tacón. Ya en el *Ensayo* había censurado las persecuciones de Gazcue á los partidarios del general Lorenzo, pero en la *Historia* lo hace más explícitamente, declarando que "no produjeron otro resultado que entristecer con su destierro á las familias, empobrecerlas inútilmente con gastos judiciales y concitar en la Isla la antigua división de ideas que la política de Vives había casi extinguido anteriormente" (2). Condena además entre admiraciones las dictatoriales facultades concedidas al capitán general en 1825 y ampliadas en 1834, vitupera el entrometimiento de Tacón en la vida privada de los

(1) *Historia de la Isla de Cuba*, cuatro tomos, Madrid. El primero y el segundo aparecieron en 1868; los otros dos en 1878.

(2) Tomo IV, pág. 301.

eclesiásticos (1), califica de injustas las sospechas que suscitaban los escritos de Muñoz del Monte y Saco (2) y elogia las ideas económicas del último (3).

Sin embargo, el juicio exacto del gobierno de Tacón no queda definitivamente escrito en esas páginas. Para Pezuela, en resumen, las arbitrariedades de Tacón fueron contadas, la conducta de Lorenzo sediciosa, imprudente el entusiasmo de los liberales. Respecto á esto no ha variado en 1878 el escritor de 1842. Su voz es realmente la *voz oficial* que creía oir La Torre agradablemente sorprendido; voz parsimoniosa que, guiada por escrúpulos patrióticos, no quiere lastimar el prestigio del principio de autoridad y cohonesta con un pueril razonamiento *stricti juris* los desaciertos del antecesor de Ezpeleta. Para el historiador independiente y sin preocupaciones, Lorenzo no puede ser un sedicioso; ni lo fué para el Gobierno supremo que le dió empleo importantísimo en España y á poco lo ascendió á teniente general. El historiador independiente y sin preocupaciones no pasará sin preguntar por qué en Cuba era vitando lo que no lo era en Puerto Rico, ni sin lamentar el estado de la prensa, la opresión del pensamiento, la imposibilidad de toda iniciativa privada y el resultado funesto y contraproducente del flamante régimen del terror inaugurado en 1834. Pezuela, con ser muy imparcial, desapasionado y franco, muy justiciero en condenar los eternos recelos infundados, muy equitativo en preferir la política de Vives á la de Tacón, careció á veces del criterio y del

(1) Tomo IV, pág. 302.
(2) Pág. 303.
(3) Pág. 307.

levantado espíritu que el historiador necesita para sobreponerse á la tesis forzada de los escritores del partido. Liberal tímido y moderadísimo aun tratándose de la Península, creyó de buena fe que en las colonias basta á la satisfacción de sus necesidades y deseos la tolerancia práctica que halague al individuo, la protección al comercio y el fomento de las obras públicas. Explícase bien pronto, pues, que con el indiferentismo de temperamento tan pacífico, no creyese necesario decir una palabra de la Academia de Literatura, ni de la suspensión de la *Revista Bimestre*, ni de la deportación arbitraria de Saco, y que legitimase la expulsión de nuestros diputados del Congreso con la promesa de leyes especiales. Pero bien pudo ver á cuarenta años de distancia que las leyes especiales no se habían cumplido, que el tiempo ha dado la razón á Saco y que, á la larga, ha demostrado la experiencia que las *contadas arbitrariedades* de Tacón abrieron el camino á todas las injusticias posteriores que apuntaron en su memorial de agravios los revolucionarios del 68.

José María Heredia desde que llegó á Méjico se ocupó en escribir un *Ensayo filosófico sobre la historia universal*, obra en que fundaba grandes esperanzas, según una carta citada por Guiteras. Presto se convenció de que era para él empresa de romanos, teniendo en cuenta su carácter, su impaciencia y el corto lugar que le dejaban para tamaña labor las ocupaciones que pronto le abrumaron. Quejábase, hablando de sus versos, de no haber podido componerlos con más calma; ¿cómo había de tenerla para dedicarse á la tarea ímproba y difícil del historiador? Optó, pues, por simplificar la obra que soñaba, y pu-

blicó en 1831, en cuatro tomos, las *Lecciones de la historia universal.* Son, según Guiteras, un arreglo de los *Elementos* del profesor Tytler, con la adición de los sucesos acaecidos en los últimos años.

La Filosofía fuera de las aulas se manifiesta por primera vez ruidosamente en la polémica de 1839. Versó principalmente sobre las doctrinas de Cousin, que defendió D. Manuel González del Valle, contra el presbítero Ruiz, profesor del Seminario, y D. José de la Luz y Caballero, que con el seudónimo de *Filolezes* publicó varios artículos, y luego comenzó una impugnación formal, que, por sus achaques, suspendió á la segunda entrega. Varela, consultado por un amigo, escribió desde Nueva York, en Octubre de 1840, una carta privada en que resumió la polémica. Tres fueron, según ella, los puntos debatidos: 1.°, si la enseñanza de la Filosofía debe comenzar por la Física ó por la Lógica; 2.°, si debe admitirse la utilidad como principio y norma de las acciones; 3.°, si debe admitirse el sistema de Cousin. Varela resolvió los tres con amplio espíritu conciliador. Tratando del primero demostró que era lo mismo enseñar la Lógica antes de la Física ó viceversa, porque en el segundo caso la enseñanza de ambas cosas era simultánea, ejercitándose el discípulo prácticamente en la Lógica aplicada á otra materia. Cuanto al segundo, opinó que la disputa era de palabras, pues, á su juicio, los partidarios de Bentham no gradúan la utilidad por el capricho individual, sino por la naturaleza de las cosas, lo que coincide con la aserción universalmente admitida de que un *bien real* es una *utilidad verdadera*, y un *bien aparente* una *utilidad falsa.* Respecto del sistema de Cousin, afirmó que se podía seguirlo prescindien-

do de sus errores particulares, y que él mismo y Caballero habían sido *cousinianos*, como podían serlo y lo eran muchos discípulos del filósofo francés, sin seguirle al panteísmo (1).

Al tratar del movimiento filosófico de aquellos años, no debe olvidarse que José Zacarías González del Valle fué de los que más á él contribuyeron. Además de escribir para sus discípulos las obras de que en el capítulo primero hemos hablado, publicó en la *Cartera Cubana* su artículo *Filosofía en la Habana* (1838), y otros acerca de la utilidad y del eclecticismo en *Noticioso* y *Lucero* (1838) y en el *Diario de la Habana* (1839).

Varela hizo también en los Estados Unidos nuevas ediciones de sus *Lecciones de Filosofía* y de la *Miscelánea filosófica*, y en 1838 publicó las *Cartas á Elpidio*, tres años después reimpresas en Madrid, escritas para combatir la impiedad, el fanatismo y la superstición.

Como escritor político de cuenta y polemista formidable y docto en materias económicas, pertenece á este período José Antonio Saco. Al fundar en 1828 el *Mensajero Semanal*, en Nueva York, consagró con más vigor é independencia que antes su pluma y sus esfuerzos á los asuntos de interés y aplicación á Cuba. Fué su primer artículo notable publicado allí su juicio de las *Notas del Brasil*, que dió á luz en 1828 y 29 el presbítero R. Walsh, reproducido más tarde en la *Revista Bimestre*, primera imprudencia generosa que, revelando sus ideas relativas á la esclavitud y al tráfico

---

(1) Véase la carta en los apéndices del folleto de Mestre *De la Filosofía en la Habana*.

de negros, cimentó su reputación de inconveniente y sospechoso. Aumentó su fama de adversario temible y poderoso la *Protesta* que con él firmaron en Madrid en 1837 Armas y Montalvo como diputados electos por la Isla de Cuba. Demostró luego en *Mi primera pregunta* que la supresión del tráfico de esclavos no traeria la ruina de la Isla, y en el mismo año 1837 redobló sus patrióticos esfuerzos publicando el *Examen analítico* del informe de la Comisión que aconsejó negar la entrada á nuestros diputados en las Cortes, y el erudito é intencionado *Paralelo entre la Isla de Cuba y algunas colonias inglesas.* El resto de su campaña política y abolicionista pertenece al período siguiente.

Reune Saco en los trabajos mencionados los méritos del escritor á los del estadista. No es muy escrupuloso en casticismo, ni rebusca artificiosamente la elegancia, ni se demora en dar á sus frases y á sus períodos pulimento; pero su estilo claro y vigoroso tiene un atractivo singular para quien apetece el razonamiento conceptuoso del hombre pensador; la precisión y propiedad de su lenguaje alcanzan un valor imponderable; nadie traslada con más orden ni mejor enlace sus pensamientos al lector, ni le comunica sus convicciones con más fuerza; la sobriedad no es su virtud, pero tampoco la abundancia es su pecado, porque encadena siempre con disciplina mental incomparable los numerosos datos que recoge con nimio celo de abogado experto, y los dispone y presenta gradualmente con habilidad y tino. Avalorado por tan relevantes dotes, un libro de José Antonio Saco no se cae fácilmente de las manos.

El eminente abogado José Agustín Govantes escri-

bió en su juventud para el *Observador Habanero* notables artículos concernientes á gremios, prohibiciones, población blanca y análogas materias. Reclamaron después todo su tiempo las tareas del profesorado y del bufete.

José Serapio Mojarrieta, natural de Puerto Príncipe, abogado también de popularidad en la Habana, publicó en esta ciudad sus obras *Acciones noxales*, *Deberes de los síndicos procuradores de los pueblos*, *Discurso crítico legal sobre esponsales*, y en Madrid (1848) su celebrado *Ensayo sobre los juicios de residencia* (1).

Como escritores de Medicina que brillaron entre 1820 y 1842, merecen ser citados Nicolás Gutiérrez, Angel J. Cowley, el italiano Juan Francisco Calcagno, y también José Antonio Saco.

Gutiérrez publicó en 1821 en las *Memorias de la Sociedad Patriótica* la suya sobre la *Importancia de la Química en la Medicina*. En 1826 escribió un *Catecismo de Medicina fisiológica*. Fundó en 1840 el *Repertorio Médico Habanero* y colaboró más tarde en la *Revista de Jurisprudencia*.

Cowley publicó en 1838 un *Ensayo estadístico médico*, relativo á la mortalidad de la diócesis de la Habana. Su *Ensayo sobre la fiebre amarilla*, reimpreso en Francia, es de 1848.

Calcagno, que ejerció la Medicina durante treinta y un años en la jurisdicción de Güines, desde 1820, publicó en 1831 su *Aviso sobre el cólera morbus pestilencial y modo de precaverse de su invasión*, primera obra de su clase en Cuba, cuyos productos regaló á la Beneficencia. En 1833 dió á la prensa su obra

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

más completa, *Tratado sobre el cólera morbus* (1).

También Saco, aunque no fué médico, insertó en 1833 en la *Revista Bimestre* una muy extensa y erudita *Carta sobre el cólera morbo asiático* (2). Su ingerencia en campo ajeno al parecer á sus estudios, quedó justificada plenamente con su oportuno y utilísimo trabajo, escrito con verdadera competencia.

Por último, como escritores científicos del segundo período deben ser mencionados Poey, D. Felipe, Noda, Ossa, Estévez y Pichardo: el primero por su centuria de Lepidópteros de la isla de Cuba (París, 1832); el segundo por sus Cartas á Silvia, acerca de la Historia natural; el tercero por una obra de Botánica que imprimió y no quiso publicar (3); Estévez por sus informes sobre Química y Botánica, publicados en las *Memorias de la Sociedad Patriótica*, y Pichardo por su *Diccionario provincial, casi razonado, de voces cubanas* (1836). Poey, Noda y Pichardo bullían aún más en el tercer período (4).

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

(2) Ocupa 126 páginas en su *Colección de papeles.*

(3) BACHILLER: *Apuntes,* tomo I, pág. 68.

(4) Otros nombres pudieran añadirse; pero no juzgamos procedente colocar aquí los de todos los que han escrito algún compendio didáctico ó algún artículo referente á política, agricultura, comercio ú otros puntos. En el catálogo de Bachiller (*Apuntes,* tomo III) pueden verse los títulos de las obras publicadas en Cuba hasta 1840, y en el *Diccionario* de Calcagno las biografías de Abadía, Andrés Arango, Arazoza, Arboleya, Auber, Antonio Blanco, Cubi, Daus Dumón, Dulong, Escalada, Fernández Madrid, Antonio C. Ferrer, Miguel Ferrer y Martínez, Muñoz del Monte y Vidaurre. Algunos premiados por la Sociedad Patriótica, quedan citados en el capítulo segundo.

LIBRO CUARTO

SEGUNDA ÉPOCA

TERCER PERÍODO (1842-1868)

CAPÍTULO PRIMERO

LA POESÍA LÍRICA

Gertrudis Gómez de Avellaneda: su vida; cualidades de sus poesías líricas.—Decadencia del buen gusto.—José Gonzalo Roldán; sus poesías religiosas.—Francisco Javier Blanchié: sus *Margaritas*.—Felipe López de Briñas: su colección de 1849.—Narciso Foxá: sus *Ensayos poéticos*.—Miguel Teurbe Tolón: sus *Preludios; Luz y sombras*.

Gertrudis Gómez de Avellaneda nació en Puerto Príncipe en 1814. Distinguióse por su gran precocidad, venciendo pronto los obstáculos que le ofrecía el atraso intelectual del Camagüey. Los clásicos españoles le fueron familiares desde niña. Retenia en la memoria los mejores trozos de Arriaza, de Quintana y de Meléndez, y hacía ensayos líricos, novelescos y dramáticos, que luego destruía sin mal entendida compasión. Distinguiase también como actriz aficionada y contribuía con entusiasmo á las funciones benéficas de la localidad.

En 1836 vió sus horizontes dilatados con el viaje

que emprendió á España su madre, unida ya en segundas nupcias á D. Gaspar Escalada, del regimiento de León. Después de residir dos meses en Burdeos, y un año en Galicia, velados disgustos de familia obligaron á la poetisa á separarse de su madre. Embarcóse en Vigo, visitó á Lisboa y pasó con su hermano mayor á reunirse en Sevilla con los deudos de su difunto padre, el teniente de navío D. Manuel. Allí empezó su gloria cuando, firmadas por *La Peregrina*, aparecieron en los periódicos sus brillantes poesías. Después pasó á Madrid, donde las producciones que llevó á sus teatros le ganaron los más hermosos lauros y sus tomos de poesías líricas los más legítimos encomios. A la muerte de Gallego, sus amigos la quisieron llevar á la Academia Española, pero su sexo fué considerado obstáculo invencible. En cambio Barcelona la reservaba gloriosa apoteosis, y también la Habana, que la recibió en 1860 con gran júbilo.

Casó en 1846 con D. Pedro Sabater. Nueve años después contrajo segundas nupcias con el coronel de Artillería D. Domingo Verdugo, con quien vino á Cuba en busca de templado clima. Viuda de nuevo, volvió á España en 1864, y murió en Madrid en 1873.

Ultimamente corrigió sus mejores obras y las reunió en cinco tomos, de los cuales el primero abraza sus poesías líricas.

Lo que primeramente se nota en los versos de la Avellaneda es su dominio admirable de la elocución poética; su frase limpia, llena, clara, vibrante y armoniosa, tiene por lo regular un corte magistral que revela una poderosa y secreta fuerza creadora con que forma un molde maravillosamente adecuado á su capricho, blando y contorneado si va á encerrar una idea delica-

da y tierna, severamente breve si lo destina á una sentencia grave; de todos modos su construcción casi siempre luce libre del forzado hipérbaton en que se retuerce dolorosamente la oración gramatical cuando la estrecha y martiriza el poeta para resolver dificultades de la rima, y también exenta de la redundante perífrasis en que se dispersa y pierde toda la fuerza de expresión por la necesidad de redondear la estrofa: se conoce que la dicción obedece presto al pensamiento á quien sirve, y que hay en la elaboración de la estancia una espontaneidad tanto más meritoria cuanto que no se basa en una sencillez extrema, sino que aprovecha toda la gala del buen decir para modelar con primorosa elegancia el concepto elevado, el ingenioso rasgo ó la valiente imagen de la fantasía.

Sin duda en ciertas composiciones ligeras que pueden llamarse de ocasión ó de oportunidad, en contestaciones á versos de tal admirador ó cual amiga, en felicitaciones cortesanas y ceremoniosas, la soltura que su pluma luce al encadenar los tópicos vulgares de una poesía más palabrera que sentida, no será objeto de especial asombro; pero en otras donde su vigorosa inteligencia desenvuelve los más levantados pensamientos, en las que para despertar un hondo sentimiento, ó para sugerir una arrogante idea, necesita de todo el brío del idioma, de todo el plástico relieve de la frase, hay entonces en el perfecto ajuste de las palabras y en la tersura que el estilo ostenta un encanto y un valor intrínseco que en realidad son inestimables. De esta elegancia en medio de la sobriedad, de estos modestos triunfos de la forma, algo obscurecidos y apagados por los del fondo que realzan y elevan, se encuentran

en selectos trozos de sus obras dramáticas y líricas bellísimos ejemplos.

La corrección de la Avellaneda es de mayor valía si se atiende á que se habían generalizado en su época muchas licencias en la forma miradas con bastante tolerancia en los días del romanticismo, en que se preponderó cierta inspiración desordenada é irreverente con los preceptos literarios que servían de rémora, según los audaces novadores á las fantasías impacientes y acaloradas de los bardos que, llevando en la mente un fuego que parecía tener algo de divino, no debían debilitarlo por un trabajo de lima escrupuloso, con peligro de perder la espontaneidad y bizarría de sus acentos. Estos bríos de independencia que la nueva escuela desplegó beneficiosamente muchas veces, destruyendo rancias preocupaciones, á ratos cohonestaron excesos lastimosos; y es gloria de la Avellaneda, por lo tanto, haberse preservado del contagio y perseguir aquel esmero que en Quintana, en Lista y en Gallego, sus eminentes amigos, pudo ver enaltecido con la doble eficacia de los modelos y de los consejos, sin caer en amaneramientos deplorables que atasen las alas de su genio libre.

De los tres tomos de versos que figuran en su colección de obras literarias, el primero abraza sus composiciones líricas.

Por el estro poderoso que revelan, por su inspiración levantada y sostenida, merecen predilección las denominadas *A la muerte de Heredia* y *A la coronación de Quintana*, aun comparándolas con las dos dedicadas á la clemencia real, premiadas en público certamen: porque al cabo, hay en la pompa y gala de las odas escritas para satisfacer las exigencias cortesanas

la glacial templanza propia de los artificios de retórica, que no desaparece con el leve calor que presta una sincera gratitud á los altisonantes elogios dirigidos á la soberana, porque los grandes entusiasmos despertados por la gloria del cantor de Gutemberg y Padilla y los grandes dolores suscitados en la muerte del cantor del Niágara, debían agitar más fuertemente las fibras de un corazón que también grande y hermano de los suyos, en hermosas octavas dedicadas al genio y en sus estrofas *A la poesía*, en sus versos á López, á Espronceda y á Zorrilla, dejaba consagrados su amor y su respeto á la aristocracia de la inteligencia, y era natural que se asociara con más fervorosos y excelsos sentimientos á las horas memorables de sus alegrías y desgracias.

Hay en el libro crecido número de composiciones sagradas, trasladadas algunas del *Devocionario*, publicado en Sevilla en 1867, que vino á suplir á otro perdido por la empresa *La Publicidad* anteriormente. La autora, pues, era fecunda en este género. Profundamente penetrada del espiritu bíblico (como lo demostró en mayor escala en *Saúl* y en *Baltasar)*, une á sus meditaciones y éxtasis los grandiosos acentos del libro de Job y de los salmos, que parafrasea con fuerza de expresión notable. En *El día final* tiene rasgos muy felices; *La Cruz*, elogiada por Villemain, por Pastor Díaz y otros; *Dios y el hombre*, escogida varias veces para las antologías de poetas de la América; *Miserere* y algunas más no tan citadas, son frutos excelentes de la poesía religiosa. El amor á lo sobrenatural y al mismo tiempo el asombro que produce á la limitación humana, el despego de nuestros efímeros bienes terrenales y la inenarrable ansiedad de lo infinito, campean

en brillantes y sonoros versos con toda la exaltación y la elocuencia de que puede revestir tales sentimientos el alma apasionada del creyente más emocionado en las horas de melancolía en que demanda el bálsamo que lo consuele, ó en las de felicidad en que su corazón estalla para que su dicha tenga expansión, se esparza y se dilate, derramándose en himnos jubilosos.

Podría también formarse un grupo no pequeño con las producciones impregnadas de sombras y tristezas que figuran en dicho primer tomo dando obscuro matiz á muchas bellas páginas. No solamente pertenecen á este número las tituladas *La Felicidad*, *Al mar*, *A la luna*, *El Cementerio* y *La Contemplación*, citadas por Gallego, sino también varias otras posteriores al tomo de 1841, entre las que figuran *El genio de la melancolía* y *A una acacia*, ricas de sentimiento y de belleza. La crítica ha preguntado si estas lamentaciones no eran artificiosas y falsas, como tributo rendido á la moda de la época, presuponiendo que nada podía faltar á la felicidad de una joven hermosa mimada por la gloria; pero si entonces la crítica hubiera adivinado que aquella joven se había separado de su madre y marchado á residir con otros deudos en Sevilla, viera tal vez en secretos disgustos de familia abundante fuente de ignorados sufrimientos. De todos modos, aparte del soneto en que la autora se pinta consumida por el tedio, no vemos que su melancolía nunca degenere en desesperación extrema, antes bien, se alía muchas veces con una resignación digna de encomio.

Inspirándose en el sentimiento de libertad, escribió las poesías *A Washington*, *Polonia*, imitación de Víctor Hugo, *Al Monumento del Dos de Mayo* y alguna otra, todas inferiores á las tituladas *El canto de Alta-*

biscar y *El árbol de Guernica*, asuntos menos manoseados, donde sin descender á lugares comunes, encuentra frases dignas del valor de los héroes de Roncesvalles, y del intenso amor de aquellos agrestes montañeses á sus tradiciones vascas. Una vez también, al felicitar á Isabel II por su mayoría, recuerda que Cuba había entrado en tristes días desde el régimen de 1837, y aunque su musa no acostumbraba á mezclarse en las cuestiones palpitantes de la política, hace una excepción para clamar en pro de su patria que gime

allá, olvidada, en la distante zona
do libre ambiente á respirar no alcanza.

Dos brillantes composiciones líricas tiene la Avellaneda, que por sus nombres traen á la mente otras dos célebres de grandes poetas: una escrita ante el Niágara y otra en el Escorial. Sin embargo, como que su estro potente, lleno de propia savia, sabe abrirse nuevas vías en los asuntos ya trillados, sus odas mencionadas no se reducen á paráfrasis pálidas de las conocidas de Heredia y Quintana; la lira de la insigne autora encuentra desusados acentos para elevar su voz por cuenta propia, principalmente ante el Escorial, *epopeya de piedra* que despierta en su alma sincera y entusiasta admiración, que sabe traducir con robustas y desconocidas rimas.

De las eróticas merece mención *Amor y orgullo;* pero si queremos penetrar en la intimidad de sus afectos, podremos ver en las dos denominadas *A él* las ilusiones de un cariño que nace y el dolor de un desengaño; podremos contemplar en los *Cuartetos* á Sabater los sentimientos más templados de un amor que

no se fatiga en fantásticas regiones forjando sueños de oro, sino que, razonador, humano, positivo, piensa mejor en compartir la vida, vulgar y espinosa como es, con otro ser que comprenda sus tesoros de ternura sin exagerarlos; podremos, en fin, en las elegías que arranca de su arpa la muerte de su esposo, admirar cómo se expresan con doliente voz las emociones del pesar sin recurrir á los rebuscados efectos de un frenesí supuesto y cómico.

Entre las restantes composiciones, más ligeras, brillan varias por su gracia, soltura y elegantes atavíos: son agradables algunas imitaciones de Parny; y el *Paseo por el Betis* y *La pesca en el mar* tienen el corte aéreo y la delicadeza de esos juguetes de la pluma que, como *La gota de rocío* de Mendive, nacen sin esfuerzo y se deslizan como un copo de espuma vaporosa.

Tal es el primer tomo de la colección. La más rápida ojeada descubre pronto el período literario en que sale á luz y las influencias que determinan muchos de sus detalles. La pompa y majestad de algunos trozos revela una bien aprovechada lectura de Quintana, y hasta en los giros de la frase se descubre el modelo: el corte de aquella estrofa de la oda *Al mar* que dice

> ¡Ay, que ese resonante movimiento
> me abate el corazón!

al momento se reconoce en algunas de las mejores silvas. Hay algo de la manera de Zorrilla en las serenatas, en la onomatopeya de *El Beduíno*, en la variedad y rápido cambio de metros de algunas *fantasías*, como *La noche de insomnio y el alba*, que empieza con versos de dos sílabas y recorre varias hasta

concluir con los de diez y seis, frivolidad que por fortuna no se menudea. Atendiendo al conjunto, merece fervoroso parabién la autora, porque generalmente se ha librado de caer en la manía descriptiva y procura que sus composiciones tengan nervio, viveza, elevación, brillantez, huyendo de amontonar hojarasca y condensando las concepciones felices para que no pierdan su virtud diluídas en un torrente de palabras meramente sonoras.

De cuán distinto modo, mientras así nos honraba en España la cantora ilustre, se manifestaba en Cuba la poesía lírica en la quinta década del siglo.

La década de 1830 á 1840 tuvo fama de ser nuestra década de oro, y para algunos forma época en la historia de nuestra poesía. Ciertamente los nombres y las obras de Vélez, Plácido, Milanés, Palma y Orgaz le dieron algún brillo, y fué sobre todo época de entusiasmo literario, más contagioso y más fructífero que el de la década anterior. Atribúyese á la generalidad de los poetas de los diez años citados gran corrección de estilo y de lenguaje, y se les toma por punto de comparación para censurar la licencia y abandono de los posteriores. La observación, con ligeras restricciones, es exacta. Quitando á Orgaz, que lo atropellaba todo, la frase y el concepto, puede afirmarse que eran respetuosos con la lengua y que profesaban el culto de la forma. No lo hacían siempre con igual fortuna: Milanés caía para levantarse arrepentido y cuidadoso; Plácido era víctima de la precipitación y la impaciencia; pero se descubre en ellos el gusto cultivado que les permitía cincelar limpias y contorneadas estrofas cuando deseaban esmerarse, y, por otra parte, la frecuente elegancia de otros menos inspirados (Domingo

del Monte, Anacleto Bermúdez, Francisco Iturrondo) contribuyó á dar al movimiento poético de aquellos días el carácter que se le atribuye. Indudablemente, aunque la corrección decantada no sea ni completa ni intachable, bastan á encomiarla los continuadores, tan irrespetuosos en la quinta década con el idioma y con el sentido común algunas veces.

Cuatro poetas nacidos en 1822 empiezan entonces á brillar y á recoger aplausos: José Gonzalo Roldán, Francisco Javier Blanchié, Felipe López de Briñas y Narciso Foxá, este último nacido en Puerto Rico.

Roldán es el que más joven empieza á escribir y á publicar versos, sin preparación, sin estudios, sin caudal de ideas, sin corregir ni limar discretamente. A la edad de quince años los insertaba en los periódicos. *La Prensa, El Faro Industrial* y la tribuna del *Liceo* le abren el camino. Mendive y Zambrana le llaman luego á figurar en *Cuatro laúdes*, en 1853, donde aparece por fin una escasa colección de sus versos, en la que faltan algunos de los menos defectuosos.

Sólo en poesías breves y sencillas, generalmente religiosas, de tintes suaves y entonación apacible, acierta con el verdadero buen gusto poético. *El Aguacero* es un pequeño cuadro delicado de recomendable lectura. En la poesía elevada no tiene el calor necesario ni la sostenida inspiración indispensable; los ripios y prosaísmos lo hacen vulgar y desmayado. Ni la memoria de Heredia, ni las artes, ni los asuntos religiosos le dan fuerzas y alientos suficientes para apartarse de su senda modesta y trillada.

Blanchié es vulgar por otro lado: por lo quejumbroso y abatido. No diremos que su tristeza fuese hipocresía y exageración como en otros románticos, cuya

doliente voz remeda los ejemplos de la escuela literaria, porque sabemos que fué huérfano, desvalido y desgraciado, y respetamos al hombre. Pero si es lícito y aun plausible que el poeta melancólico y sentimental exprese sus dolores, sus quejas, sus punzantes recuerdos con naturalidad y bellas formas, no es tolerable que amontone frases sin sentido y que se muestre dominado de rebuscada y falsa hipocondría. *Noches obscuras*, una de las producciones que celebra el prologuista de las *Margaritas* (Alejandro de Angulo y Guridi), no es canto de poeta: es alucinación de enfermo que sueña con crímenes, puñales, sangre; que piensa que ya Dios no vela y que la muerte preside, y que encuentra toda la naturaleza desequilibrada: las flores sin color y envenenadas, las cascadas cantando con horrible son.

La última composición de su tomo de 1846, que lleva el mismo título del libro *(Margaritas)*, dedicada á la memoria de su madre, tiene verdadera y conmovedora ternura; sus espontáneos versos y la compasión que inspiró la prematura muerte de Blanchié (1857), salvarán todavía del olvido por algunos años el nombre del poeta. Pero el resto del libro no merece igual benevolencia. No es sólo la incorrección, el ripio, el descuido, la falta de lima, lo que desluce sus versos: es la extravagancia del pensamiento, el exceso de los retruécanos, la frase enigmática, la idea disparatada. Un huracán de Cuba, *hijo* rebelde de *la torpe maldad... trizas convierte la real corona*, y tiene y hace cosas que á ningún huracán se le ocurren. *Sentir es morir* es un conjunto de vagos y extraños lamentos confusamente mezclados. Algunas citas de lugares escogidos probarían más que estas calificaciones; pero

no queremos alargar este apunte. Baste agregar que los frecuentes cambios de metros y otros detalles censurables contribuyen poderosamente á deslustrar las formas que encierran fondo tan poco recomendable de suyo.

No vacilamos en mostrar esta severidad con un poeta á quien se ha compadecido con exageración, acusando á la sociedad cubana porque en vida le olvidó y en muerte le hizo apoteosis. Con frecuencia confundimos al hombre y al escritor y pedimos para éste la consideración y el homenaje que únicamente corresponden al amigo, al compatriota, al prójimo desventurado que reclama de nuestros sentimientos humanos un cariñoso recuerdo. Pudo haber exceso de aparato y pompa en los funerales del poeta mediocre, pero no fué el talento desconocido en su patria: la poesía de Luisa Pérez no se ha hecho para él.

Briñas es censurable porque no siempre respeta el idioma, porque aproxima los asonantes, porque también, arrastrado por la imaginación y atendiendo sólo al efecto musical del verso, suele escribir frases disparatadas, y principalmente porque pertenece á la cómoda escuela poética predilecta de los temperamentos meridionales, en la que la fantasía lo hace casi todo, sin movernos á sentir ni á pensar. Sin embargo, es injusto no distinguirle de los adocenados que aun en los casos en que aciertan á cincelar versos correctos, no agradan ni despiertan de su indiferencia al lector. A lo menos su lenguaje florido y las estrofas bien redondeadas, agradarán al que no se concrete austeramente á saborear obras maestras de ingenios eximios. No es tan vulgar como Roldán, ni con tanta frecuencia desatinado como Blanchié, que en éste todo el

fondo de una composición suele ser chocante, vago, confuso, inverosímil, mientras que en Briñas la imagen y la comparación impropias, la frase disparatada, el mal gusto que resalta en tal ó cual estrofa, son detalles que pudo enmendar ó suprimir. Zambrana no le aventaja en inspiración: Vélez Herrera no dista menos que él de la sobriedad y elocuencia de los grandes poetas.

La primera colección de versos de Briñas se publicó en 1849, bajo los auspicios del *Liceo*, á cuyas fiestas había contribuido tantas veces con sus lecturas. Abundan en ellas las alegorías, especie de fábulas, pero de entonación más elevada y lírica, en las que los animales y aun las cosas inanimadas sostienen breves diálogos, de los cuales deriva el poeta alguna idea. *La estrella y el sol*, *El cisne y la paloma*, *El pájaro y la flor*, *El árbol y la fuente* y otras pertenecen á la citada clase.

No creemos que en las composiciones de este tomo de ciento cincuenta y dos páginas sea lo defectuoso el plan, como ligeramente se ha dicho. Objétese que tal asunto está mal elegido ó es insubstancial, que la deducción es más ó menos razonable y propia; pero no se podrá decir que el autor empieza á versificar sin dirección fija hasta que se le agote la vena: la obra está preparada y dividida en su mente antes de ejecutada; la ejecución podrá no ser satisfactoria, mas no porque sea desordenada.

Después de colaborar en *Cuatro laúdes* (1853) publicó en 1855 el poema *Cuba*, y en 1856 una colección de *fábulas*, *alegorías* y *consejos*.

Foxá, vencedor de Briñas como épico, en el certamen del *Liceo* de 1846, es inferior como lírico.

Cañete dijo en un prólogo de compromiso (1) que su individualidad poética no era muy determinada, lo que más francamente significa que no tiene nada notable en sus ensayos. Gran parte de ellos son sencillas composiciones amatorias de interés escaso y puramente personal. Algunas descriptivas *(El sol poniente* y *Noches del trópico*) tampoco lucen excepcionales galas. Es más notable por su extensión y por su simpático objeto el *Canto á la naturaleza de Cuba;* sin embargo, no acaban de persuadirnos de que sus méritos sean grandes la indulgencia y los elogios que obtuvo; fué mucha audacia del autor la elección del verso libre, que tan vigorosa inspiración necesita, para un canto que forzosamente había de encerrar largas enumeraciones que sólo la música armoniosa de las rimas salva; así es que resulta lánguido, y cansado el poeta de su obra misma, termina inopinadamente invocando el socorro de las musas y confesando que no le atienden. Una endeble oda *Al comercio*, que obtuvo mención honorífica del Liceo, *El día de difuntos*, *La Resurrección*, no acreditan suficientemente su aptitud para la poesía elevada. Parece que *La fe cristiana*, presentada en un concurso de Madrid, tampoco tuvo éxito.

Sin duda fué Foxá conocedor respetuoso, ya que no brillante y afortunado imitador, de los clásicos españoles, que con frecuencia leía. Mas lo que verdaderamente predispone en su favor es su positiva modestia. Nunca se forjó vanas ilusiones acerca del valor de sus ensayos, y acaso nunca los hubiera publicado

---

(1) Ensayos poéticos de D. Narciso de Foxá, publicados por Ildefonso Estrada y Zenea, Madrid, 1849.

en colección sin la iniciativa é insistencia de su amigo Estrada.

Después de publicados reconoce y señala sus defectos y trata de enmendarlos rehaciendo composiciones enteras. Abandona la lira cuando ocupaciones más serias requieren su actividad, y no se cree obligado á proseguir como misionero divino y predestinado las tareas literarias de su juventud.

A la altura de Roldán y de Foxá, poco más ó menos, se halla otro poeta que en los mismos días empezó su carrera literaria: el matancero Miguel Teurbe Tolón. «Desde 1841—dijo Mendive en la *Revista de la Habana*—quedó consignado el nombre de Tolón en el número de los que más han honrado nuestro Parnaso.»

Tolón, más que lírico, quiso ser poeta narrativo. Así se deduce del prólogo que puso á su tomo de 1856 (Nueva York), formado de dos partes: la primera de *Leyendas cubanas*, la segunda titulada *Luz y sombras*. Sin embargo, la indulgencia de sus contemporáneos le labró reputación de distinguido lírico, y si la graduamos por las palabras de Mendive, hay que creer que fué mayor que su valer. Mendive vió en Tolón, «más que en ningún otro poeta cubano, esa ternura infantil, ese tinte melancólico, esa frescura tan peculiar y característica de las almas buenas». *Mis flores*, *A orillas del lago*, *Ruega por mí*, son para él composiciones bellísimas, y en *El valle del Yumurí* encuentra pinceladas «que bastan por sí solas á hacer la reputación de un poeta, y no de un poeta de estos que hoy se dicen tales, sino de un vate en la verdadera acepción de la palabra, lleno de fe, rico de sentimiento y animado por el santo fuego de una inspira-

ción siempre cristiana, y sustentado por una instrucción sólida que le sirve de base.»

Releyendo con el mejor deseo las cien páginas de *Luz y sombras*, difícilmente se podrá ver en ellas el lírico de sobresalientes dotes que este juicio anuncia. Como versificador procedía con descuido lamentable: aproximaba los consonantes en los romances, los alejaba en las silvas y ponía los asonantes inmediatos; amaba el octosílabo por su facilidad, como todo rimador de poco aliento; aun cuando empezaba con endecasílabos, variaba el metro sin motivo y terminaba con los de arte menor. Su madre, los recuerdos de la patria lejana y el amor á Emilia son las fuentes de inspiración que mejor utiliza. Se le atribuye un popular soneto, que anda en todos los labios, en el que rechaza el perdón que se le ofrece y opta por el destierro que sus opiniones políticas le acarrean: es su grito más elocuente y vigoroso, tiene un sabor distinto del de sus restantes producciones y si figurase en su libro sería la más brillante página.

CAPÍTULO II

LA POESÍA LÍRICA

(Continuación.)

Restauradores del buen gusto.—Rafael María de Mendive.—Sus *Pasionarias*.—Traducción de las *Melodías* de Moore.—Juan Clemente Zenea.—*Cantos de la tarde*.—Poesías completas.—Joaquín Lorenzo Luaces.—Su tomo de 1857.—Poesías líricas posteriores.—Paralelo de Heredia y Luaces.—Luisa Pérez de Zambrana.—Sus versos.

Un poeta apareció en la quinta década que eclipsó con facilidad á los últimos citados: el apologista de Tolón que acabamos de nombrar, Rafael María Mendive. Principalmente por su corrección esmerada vino á rectificar en tiempo muy oportuno la corriente dominante y á salvar los fueros del buen gusto.

Había nacido en la Habana en 1821; desde 1840 colaboraba en el *Correo de Trinidad* y en el *Faro Industrial;* pero fué después de su regreso de Europa, en 1845, cuando más francamente se dedicó á las letras, en compañía de Roldán, ya abandonados sus es-

tudios de abogado que comenzó en el Seminario en el aula de Govantes.

Un acontecimiento fué en 1847 la aparición de sus elegantes *Pasionarias*, con prólogo de Ramón de Armas. Revelóse en ellas un poeta armonioso y cultísimo, rico de sentimiento y de ternura, émulo de Milanés, pero más pulido y discreto versificador, y también en el fondo más artista, desligado de todo empeño de moralizar con altas enseñanzas desde su monte Parnaso. Sus suaves y delicadas rimas sonaban de un modo nuevo entre las de Orgaz y Briñas; sus vagos ensueños y sus dulces cadencias llegaban tan agradablemente á la imaginación y á los oídos cubanos, que su popularidad creció rápidamente, como lo merecía quien era en nuestras letras el restaurador de la buena escuela.

Carecía Mendive de inventiva, de profundidad y de grandes alientos para cultivar con éxito la poesía elevada. Los elogios que han alcanzado algunas composiciones suyas que tratan asuntos dignos de robusta lira (Italia, Juárez), bien pocas en número, no son en rigor inmerecidos, aunque el calor y el movimiento lírico que requiere la oda no brillan en ellos como sus resaltantes cualidades. Bien es verdad que si todos los géneros son buenos, excepto el fastidioso, como tanto se ha dicho, no hay que tildar al cantor de la música de las palmas y de la gota de rocío, que tan prudentemente se atuvo á sus facultades y empleó sus fuerzas donde pudo hacerlo con provecho.

Ejemplo sea su traducción, ó más propiamente imitación, de las *Melodías* de Tomás Moore. Esta versión española de las exquisitas rimas del poeta irlandés, dada á luz en 1863 en Nueva York, corre

acreditada como uno de los felices ensayos que en trabajos de igual índole son tan notoriamente escasos.

Sus musicales versos figuraron también en los *Poetas hispano-americanos*, que publicó Orihuela en España; en *Cuatro laúdes*, en 1853, al lado de los de Zambrana, Briñas y Roldán, y en 1860 en una edición hecha en Madrid, con prólogo de Cañete. Ultimamente editó Miguel de Villa en la Habana la colección más completa, precedida de una biografía escrita por D. Vidal Morales y Morales.

Otro poeta del tercer período que reune como pocos gran inspiración en el fondo y sostenida elegancia en la forma es Juan Clemente Zenea. Alma sensible y exaltada, se agita fuertemente lo mismo cuando la solicita el júbilo que cuando la abruma el infortunio, y traduciendo en vibrantes y armoniosas rimas sus íntimos regocijos ó dolores, nos impresiona y conmueve poderosamente, y embarga y retiene nuestra atención y nuestra simpatía con un hechizo de que pocos artistas disponen. Sus frases tienen para la expresión de los afectos humanos relieve y colorido tales, que aun aventaja á Luaces y á Mendive tratando ciertos temas que el uno, más grandioso que tierno, y el otro, más pintoresco y armonioso que profundamente subjetivo, no dominan con igual maestría. ¿Quién, en efecto, sobrepuja á Zenea en la sinceridad, exactitud y vehemencia con que manifiesta sus pasiones, ya en un gemido que le arranca un recuerdo doloroso, ya en un grito desesperado que vierte por una esperanza defraudada, ya en un relámpago de alegría que enciende un momentáneo placer?

En 1860 publica los *Cantos de la tarde*, divididos en

dos partes: *elegías* y *poesías varias*. Una y otra, enriquecida con algunos versos inéditos ó posteriores, forman las secciones denominadas *Cantos de la tarde* y *Poesías varias* en la colección completa publicada en Nueva York en 1874, que comprende además las partes tituladas *Traducciones, Esclavitud* y *Diario de un mártir*.

En todos estos diferentes grupos de sus trabajos poéticos predomina la tristeza. Sin embargo, ¿qué privilegio tiene la musa melancólica de Zenea para no levantar esas protestas con que la crítica responde severamente á los bardos quejumbrosos que sólo saben gemir y lamentarse? Es que Juan Clemente Zenea no pertenece á la clase de bohemios aburridos y desocupados, más llenos de mal humor que de penas, á quienes causa hastío el cielo siempre azul, más dados en rigor á bostezar que á gemir atormentados por verdadera angustia. Zenea no tiene costumbre de hacer las generalizaciones vagas en que los desesperados, real ó ficticiamente, suelen calumniar al prójimo y pintar la vida humana con negros colores; en vez de referirse como los de otros á secretos males, á indefinibles sufrimientos que por su misma vaguedad no interesan, tienen una causa concreta que comunica al lector, sin demora: aquí es el recuerdo de Fidelia, su difunta amada, que trae á su memoria venturas que pasaron para no volver; allí la muerte de Isabel, amiga á quien dedica un suspiro; ahora los celos de la nueva novia, que estima por rival la sombra de la fallecida; luego el adiós á otra, á quien pide perdón por un amor efímero desvanecido; más tarde, la nostalgia que le asalta en suelo extranjero; después, la ausencia de su mujer y de su hija, el pesar de no abrazarlas antes

de morir y la emoción que le proporciona saber que las damas que admiran sus versos lloran por el prisionero próximo á la tumba. De este modo, sin rebuscar falsos motivos para inspirar compasión, Zenea llega á ser el primero de nuestros poetas elegíacos, el más sincero, apasionado y elocuente, á la vez que el más comedido, atildado y elegante.

Como poeta político, lo mismo que como poeta erótico, se distingue por su entonación elegíaca. Las circunstancias de su vida determinan lógicamente ese carácter de los desahogos de su contrariado espíritu, pues ya el fracaso de las empresas á que se asociaba, ya la quietud de sus compatriotas, que veía con impaciencia en sus exaltaciones de emigrado, llevan á su ánimo la postración, en que no alcanza, según su amarga queja,

jugar con la ilusión y la esperanza
en esta triste noche de la vida.

Literariamente, la titulada *En días de esclavitud* es una de sus mejores composiciones políticas: brillante en sus formas, punzadora en sus dudas, plañidera en sus dolores, viril en sus protestas contra el servilismo, que despierta en su alma indignación mayor que la tiranía misma. Los cincelados endecasílabos en que el poeta bayamés envidia la libertad del pájaro perdido en los bosques, y pide á Dios otra patria, otro siglo y otros hombres, una tierra de promisión que no halla desde que pasaron los tiempos de Roma y murieron los héroes de Grecia, serán inolvidables por el sentimiento y la belleza que encierran. También la silva *Diez y seis de Agosto de 1851*, escrita con palabras de

fuego y llena en todas sus partes de inspiración, valentía y nobles sentimientos, es una notable obra literaria.

Sus composiciones color de rosa, que son las menos, figuran también gallardamente en el breve tomo de ciento veintidós páginas que Zenea nos ha legado. Ya la intensidad del sentimiento y el vigor de la frase que á sus otras poesías es peculiar, ya la delicadeza, gracia y donosura que en sus horas alegres derrama su pluma, hacen de *Amor predestinado, Nuevo amor, El Lunar, La Violeta, Retorno* y *Su boca*, deliciosos modelos de su género. Estas contadas gotas de miel esparcidas en su libro, lo completan, enriquecen y realzan.

Se ha comparado á Zenea con Alfredo de Musset. En las poesías amatorias tiene realmente alguna semejanza con él, por lo soñador, vehemente y melancólico; pero es menos escéptico y epicúreo, y ha pronunciado hermosas palabras arrancadas por los dulces goces del hogar que no pertenecen al modelo que se le atribuye. Por sus acentos patrióticos, por la constancia con que sustenta un ideal cuyas vicisitudes motivan sus exaltaciones y desfallecimientos, es algo verdaderamente distinto del cantor de *Rolla*.

En los primeros versos que publicó Zenea en los periódicos, aparecían con frecuencia incorrecciones que fueron justamente denunciadas. Por fortuna, el poeta se mostró después celoso en corregir las faltas cometidas y en aprender á pulir y redondear sus nuevas obras con un esmero que rivaliza con el de los más atildados escritores. Fácil era la tarea, perteneciendo sus leves defectos á los detalles más externos y aislados de la versificación, pues en propiedad de

imágenes, belleza de dicción, concierto de las partes y discreción de pensamientos siempre fué feliz y primoroso artista. Así puede ser lícito, sin escrúpulo de que este elogio se parezca á tantos que han recibido rimadores calificados de correctos sólo porque han medido bien las sílabas; puede ser lícito, decimos, recomendar como dechado de elocución y frase poética su selecto ramillete de flores, cuyo aroma no percibirá sin emoción ningún cubano; sus frescas sensitivas, que los ojos femeninos regarán siempre con sus lágrimas.

Otro escritor de más exagerada modestia, pero que al cabo había de eclipsar á sus contemporáneos, escondía por entonces el sagrado fuego de su inspiración en el secreto hogar, al revés de los impacientes jóvenes que desde los quince años llevaban á los periódicos las primicias de un ingenio no madurado todavía. Era Joaquín Lorenzo Luaces. Había nacido en 1826. Dedicó su juventud á conocer y amar á Grecia, la Grecia antigua sobre todo, patria del arte y de a inteligencia. Quizá cuando en sueños creía recostarse al pie del Partenón ó en las playas tranquilas del mar de Jonia la musa antigua le sonreía, apoyaba la mano en su frente pensadora y le arrancaba dulce y amorosamente el secreto de sus exaltaciones de poeta. Sin embargo, Luaces permanecía mudo para el público, sin ambición y sin audacia, desconocido de cuantos no eran sus íntimos amigos. Uno le arrebata en 1849 *La hija del artesano* y la da á luz. Pero pasan años y el gran poeta persiste en su silencio. Al fin los ruegos le deciden, el aplauso le estimula, sus versos empiezan á engalanar las columnas de *La Prensa* y *La Piragua* (que dirige con Fornaris), y desde 1856 es ya obrero infatigable y vigoroso en nuestro movimiento

literario. En 1857 forma un tomo de poesía que pide un puesto de honor en las bibliotecas cubanas y anuncia al mundo que el ilustre sucesor de Heredia ha conquistado su inmortal corona, ha recogido la valiente lira que vibró ante el Niágara y reforzado sus cuerdas para cantar con más vigor aún. El mundo se obstina todavía en no escucharle; aún Plácido y Mendive hacen más ruido con sus nombres en España y América; el bibliógrafo chileno José Domingo Cortés le olvida al publicar en París su *América Poética* en 1875; el Lista, el Bello que al pronunciar el nombre de Joaquín Lorenzo Luaces fuerce al orbe á acatarlo, no ha nacido todavía, ó espera, sin duda, ocasión más propicia para hacerse oir. Pero no desesperemos. Luaces sube con calma, cargado de buenas obras, aunque sin ser anunciado por la ola de la popularidad, y llegará al primer puesto que le corresponde entre los líricos que hasta hoy ha producido Cuba.

Por su fondo es un poeta que siente y piensa de una manera no vulgar, demostrándolo en su acertada elección de asuntos. Por su forma es un versificador brillante que pule y se esmera como pocos. En la restauración del buen gusto literario, tras de la corrupción que reinó después de 1840 entre nosotros, representa un importante papel, tanto más difícil cuanto que su género favorito era la poesía de alto vuelo. Porque es más fácil siendo poeta tierno y dulce como Mendive, ó filosófico y sereno como Ramón Zambrana, huir de la pompa hueca, de los epítetos impropios, de la frase alambicada y obscura, de la verbosidad sin substancia, de las imágenes extravagantes y de relumbrón; pero conservar la elevación, el entusiasmo y el arrebato lírico de Orgaz, la imaginación fogosa y la

ardiente fantasía de Briñas y no extraviarse como ellos; subir á las alturas de la oda pindárica; producir los vibrantes acentos del canto de guerra y acertar con la idea sensata, con el pensamiento justo, con la expresión correcta, estaba reservado al ingenio poderoso y á la prudencia exquisita de Joaquín Lorenzo Luaces.

La Naturaleza, Ultimo amor, El último día de Babilonia, Caida de Misolongi, La Luz, Atenas, son composiciones que sobresalen en su primera colección. En los sonetos es un maestro consumado. *La salida del cafetal, Bruto primer cónsul, La muerte de la bacante, Resignación,* no serán olvidados. La frase sobria y justa, el plástico relieve de su dicción selecta, la disposición discreta de las partes, el final bien traído, reunen las condiciones excelentes que los recomiendan.

De menos importancia que las composiciones citadas, y sin duda menos populares, son las que agrupa el índice del tomo bajo el título de *poesías morales.* En este género Milanés es para Luaces, no el maestro, sino el tentador. ¿Quién no reconoce en *La madre infame, Leonor la cortesana, La hija del artesano, La aguja y los alfileres, La joven mendiga* y *La flor en el cieno* reminiscencias de la lectura de *El hijo del rico* y de *La madre impura?* Ramón Zambrana y Anselmo Suárez elogiaban los *cantos sociales* del casto y austero poeta de Matanzas; fácil sería que llegando estas opiniones á oídos del habanero, mezcladas con la aprobación de muchos, le estimulasen y moviesen á tratar con versificación armoniosa y dicción propia los asuntos que el matancero echó á perder en pobres rimas. Tan fuertes ansias le dieron, que aun parece

que proyectó formar un volumen entero destinado al género, según indica la *Introducción á unas poesías morales* que figura en la página 166. Venció Luaces en la pugna, porque era más inspirado poeta y más esmerado metrificador. Sin embargo, queda por debajo de su nivel ordinario y se obscurece. Hasta con los frecuentes cambios de metros en la misma composición (licencia que en otros géneros no toma) hace que la forma decaiga, contrastando con la majestad y tersura que en sus silvas y octavas reales admiramos.

Apuntemos, empero, una excepción, una balsámica flor que sobresale en el ramo de las poesías morales; triste como una pasionaria; como la siempreviva, de inmarcesible corola: *La Vida*, que no es una historieta enfadosa de jóvenes pobres que se consumen en el hogar ó de jóvenes ricas que se pervierten en el sarao, sino una meditación severa, grave, melancólica, que salta por encima del género de Milanés, y va á buscar su aroma en los vergeles de Jorge Manrique, Luis de León y Rioja.

Pero aun siendo tantos los enumerados méritos del tomo de 1857, que acreditó al eximio poeta, faltábanle en dicha fecha á su corona los mejores florones, entre ellos tres muy valiosos: la elegía *En la muerte de D. José de la Luz y Caballero* y las odas *A Varsovia* y *El Trabajo*, esta última premiada por el Liceo de la Habana poco después de la muerte del poeta.

Sería tarea larga enumerar las bellezas de otras composiciones líricas. Baste añadir que en la oda *A Ciro Field*, premiada por el mismo Liceo en 1859; en *La oración de Matatías*, dechado de lenguaje conciso y vigoroso; en la dedicada á Lincoln y en la *Invitación á la concordia y al trabajo*, obras igualmente

posteriores á 1857, sus rasgos atrevidos, su caudal de ideas é imágenes, sus pensamientos levantados y su frase elocuente, sorprenden y cautivan.

Dejó también inédita la mayor parte de una colección de anacreónticas numerosas. Generalmente los que conocen estos breves juguetes de su pluma, entienden que carecen de la flexibilidad y soltura que los maestros del género han dado á sus composiciones análogas, como para demostrar que el vigoroso cantor de hazañas inmortales y de varones eminentes no podía acertar con los afeminados acentos que se elevan en los altares de Baco y Venus. Cierto es, en términos generales, sin embargo, que no vemos en Cuba otras anacreónticas superiores. Firmadas por cualquiera de nuestros poetas meramente eróticos, serían de sus mejores títulos de gloria.

Su corrección es tanta, que ni uno solo de sus eptasílabos tiene acentos en sílabas impares: es un escrúpulo de versificador que no hallamos ni en Meléndez ni en muchos buenos poetas castellanos que han usado con frecuencia de igual metro, pues generalmente se tolera que el verso de siete sílabas, con tal que lleve la sexta acentuada, tenga las anteriores como mejor cuadre al que escribe.

En los últimos meses de su vida preparaba otra oda en que cifraba todo su orgullo de poeta: una oda á Juárez. Cuando sus amigos celebraban tal ó cual de sus poesías, solía responder que aquello valía poco, que *su obra* no estaba concluída. Las pesquisas más minuciosas no han podido dar con los borradores de la composición comenzada, la esperanza más dulce del cantor cubano que, aunque no lo dijo con amargo acento como Chenier y Plácido, pudo exclamar tam-

bién que se llevaba un mundo en la cabeza, cien sueños de artista que no vió realizados.

Sin duda fué muerte temprana y deplorable la de Luaces á los cuarenta y un años de edad; porque no era poeta en ratos perdidos y por pasatiempo, sino cultivador constante de las letras en sus mejores horas de trabajo; y porque tampoco fué de aquellos muy apasionados en su juventud, que agotan los tesoros de su imaginación al cumplir veinticinco ó treinta años, sino poeta de rica fantasía y de verdadera vocación que no sólo adelantaba cada año en corrección de formas, sino también en la elevación de su espíritu. Murió trabajando con el vigor y el entusiasmo de la adolescencia, cuando estaba en el cenit su talento, sin que se vislumbrase la decadencia de sus fuerzas. ¿Quién conjetura lo que en veinte años más podría haber hecho? Si Gœthe y Hugo hubieran muerto á los cuarenta años, se hubiesen llevado en el cerebro los gérmenes de sus más valiosas producciones. Doce ó quince años más de vida, y Luaces, que moría en la víspera de la revolución de Yara, habría alcanzado una época de relativa libertad del pensamiento, y el pecho indomable que ahogaba sus más viriles acentos por la recelosa censura, hubiera encontrado asuntos y ocasión para encerrar en magníficos moldes literarios un nuevo mundo de ideas, despertado por el movimiento intelectual que á la agitación política ha seguido.

Comparado con Heredia, dentro de los límites del género lírico, si resulta inferior por algunas cualidades, en otras le lleva la ventaja.

La espontaneidad de Heredia deslumbra.—Asombra la precocidad de aquel niño, poeta á los diez años,

á los diez y seis competidor de sus más inspirados compatriotas. Su fantasía viva y poderosa, que se anticipa á la edad de la reflexión y del estudio, es una preciosa cualidad que no le abandona en ninguna de sus obras, y que le permite realizar grandes bellezas en medio del torbellino de su vida.

Pero si la espontaneidad es una cualidad preciosa del poeta, la confianza en ella suele perjudicar al fondo de la obra. Luaces, menos alabado por espontáneo, debe serlo más por el resultado que le da en la elección de asuntos y en la disposición de las partes. Si la fantasía vivaz de Heredia le permite asegurar el éxito de una producción con algunas imágenes brillantes aplicadas á una emoción intensa y verdadera, el estudio que dedica Luaces á la idea poética que en un momento de inspiración le favorece, le proporciona el modo de desenvolverla ampliamente, de enriquecerla con su caudal de recursos, de pulirla esmeradamente con su cincel privilegiado.

Nos atreveríamos á decir que en Luaces hay más inventiva. Quizá parezca dura la aserción recordando que el magistrado mejicano se quejaba amargamente de no haber podido componer sus versos sino en un estado de agitación constante. Con todo, no es dudoso, por lo menos, que Luaces ha evidenciado mejor la suya, produciendo mayor número de composiciones notables que dejan impresión duradera en la memoria del lector.

En el culto de la forma, indisputablemente, el poeta habanero es más escrupuloso, severo y afortunado que el que descansa en Toluca. En las silvas no recurre tanto al verso libre, tan propicio á la espontaneidad de Heredia y al vuelo fácil de su inquieta fanta-

sía. Cuando se propone ser sobrio y justo, aventaja también al cantor del Niágara; lo prueban sus cincelados sonetos y *La oración de Matatías*, *La Vida* y algunos otros trabajos breves y acabados. Su dicción es más variada y rica, fuente fecunda de frases bellísimas que se graban para siempre en el oído; cuando se esfuerza para hacer con ella una miniatura prodigiosa, resulta de una plasticidad admirable, como *La salida del cafetal*, que no tiene par en ningún soneto del bardo desterrado.

Ciertamente sería injusto negar la supremacía de Heredia en algunas especies del género lírico. Sus raptos de entusiasmo en los instantes en que contempla la naturaleza, principalmente los que le hacen escribir la oda *Al salto del Niágara* y la meditación *En el Teocali de Cholula*, no encuentran rivales en poesías análogas del laureado habanero. Se distingue en ella Heredia como poeta subjetivo, hallando la fuente principal de su inspiración en las impresiones que su alma recibe ante la catarata, la montaña, el llano, la tempestad, la noche, el mar, el sol, más que en los detalles sensibles de estas cosas. No así Luaces, que en *La Naturaleza* y *La Luz*, las mejores de sus composiciones que por su asunto pueden ser cotejadas con las antedichas de Heredia, atiende más á describir los objetos y fenómenos externos, y aun prescinde de la observación directa y personal para utilizar los tesoros de su erudición desde su tranquilo gabinete. En *La Luz* invoca la historia de la creación del mundo y el auxilio de la física; respecto de la otra, sin arrepentirnos de calificarla como hermoso ejemplo de su estro y pompa, debemos confesar que tiene algo de inventario de los reinos animal, vegetal y mineral.

También en las poesías amatorias el hijo de Santiago de Cuba conserva la ventaja. Siempre más subjetivo que el otro, lo vence, como es natural, cuando se trata de los sentimientos más íntimos y de las pasiones más individuales. Mas entiéndase que la ventaja que por esto se le otorga no es tan importante como la señalada en el párrafo anterior.

Veamos el anverso. Busquemos al poeta no en las soledades, donde se entrega á sus contemplaciones vagas ó á sus dudas y esperanzas de amador rendido, sino en el seno de la sociedad, interesándose por sus ideales, por sus luchas, por sus alegrías y dolores. Entonces veremos ir delante á Luaces, valiente y justiciero, condenando crímenes, pregonando victorias y excitando á combatir por la libertad y el progreso. Hoy recuerda la grandeza antigua de Atenas y su decadencia posterior: mañana se regocijará viéndola renacer en el siglo XIX como el fénix. Un día es la corrupción de Babilonia la que le indigna y exalta. Otro día es el atentado de un Tarquino en Roma, que pone el puñal en manos del primer Bruto. Más tarde es el asesinato infame del patriota Lincoln. Ora canta un triunfo de la ciencia ó del trabajo humano, ora el de las armas que combaten por la razón y el derecho. Ya deplora la muerte de un varón esclarecido, ya el desastroso término de la lid en que se empeña un pueblo encadenado.

En la colección de Heredia figuran igualmente poesías políticas, acreedoras á sincera estimación. Sin embargo, no son sus obras maestras. Temas fecundos eran el triunfo de Bolívar y la muerte de Riego, y quedarían eternizados en lengua española si hubiese encontrado para ellos la elocuente expresión que halló

para sus emociones ante la catarata y la pirámide. No resultó así, por desgracia, y tanto las composiciones inspiradas por dichos caudillos, como todas las dedicadas á celebrar ó excitar el heroísmo de los oprimidos en Europa y América, quedaron relegadas á segundo término en el aprecio general por la deficiencia de la ejecución. Por el contrario, las de Luaces, aun habiendo tenido que sustraerse á la censura refugiándose en la historia, buscando el dolor de Polonia y de Grecia, ó el heroísmo de los Macabeos y de los helvéticos para tocar cuerdas simpáticas á un pueblo como ellos aherrojado, dejó entre las poesías políticas algunas de las más brillantes y elogiadas de sus producciones.

Si estas apreciaciones de las obras de los dos poetas que venimos comparando son exactas, ¿no será justo declarar que las de Luaces le conquistan el primer lugar entre los líricos cubanos? Si durante su vida hubo miedo de decirlo, porque la aureola del difunto, su significación histórica, el recuerdo de su destierro y su temprana muerte agigantaban la figura del cantor del Niágara, y á nuestro corazón cubano parecía profanación repugnante colocar más alto á otro poeta, debemos ya, muertos los dos, proclamar francamente la superioridad de su émulo. Pretender todavía que un par de odas excelentes de Heredia obscurezcan las de otro ingenio esclarecido, con cuyas piezas líricas selectas se forma un pequeño volumen primoroso, es conceder al prestigio de la prioridad una fuerza decisiva y valor insuperable.

Pasando á otros géneros poéticos, huelga la demostración de la superioridad de Luaces. Aunque sus esfuerzos en el género dramático sean con razón muy

discutidos, no cabe dudar que en las traducciones y arreglos de su antecesor no hay nada comparable á los méritos medianos de *Aristodemo* y *El Mendigo Rojo*. El poema *Cuba*, del panegirista del trabajo, tampoco encuentra nada que le haga leve sombra entre los laureles del inolvidable hijo adoptivo de Méjico, la tierra feliz que comparte con nosotros la gloria de haberlo poseído.

Luisa Pérez de Zambrana, distinguida hija de Santiago de Cuba, debe ser contada aquí también como continuadora de la corriente del buen gusto iniciada por Mendive. Publicó un tomo en 1856 y otro en 1860, con prólogo de la Avellaneda, ambos en la Habana, y después de su viudez ha cantado también con notable y conmovedora inspiración. Es sencilla, tierna, sentimental y melancólica. Su patria, el amor maternal y el conyugal, los recuerdos de la infancia, la aurora, el crepúsculo de la tarde, llenan sus versos armoniosos. *Efusiones*, *A Cuba*, *A mi esposo*, son sus composiciones más inspiradas en el tomo de 1860. *El Campo*, *Noches de luna*, *A la melancolía*, son también muy bellas. *El sabio en su patria* es un amargo lamento. Nunca muestra estro brillante y arrebatado tono, pero tampoco lo intenta ni se expone al fracaso. Conoce sus fuerzas y se limita á exponer sus afectos y emociones con naturalidad. Por eso su obra no es muy variada, pero tampoco es desigual como la de tantos otros que quieren ensayar en todos los géneros. Es lástima que haya enmudecido tantos años ha la tierna poetisa, postrada y abatida por los dolores sin consuelo que han destrozado su pobre corazón.

CAPITULO III

LA POESÍA LÍRICA

(Continuación.)

José Fornaris.—Sus *Cantos del Siboney.*—La poesía popular.—Sus cultivadores más afortunados: Juan Cristóbal Nápoles Fajardo *(El Cucalambé).*—Pedro Santacilla.—Ursula Céspedes.—Navarrete y Romay.—Los hermanos Sellén. — Luis Victoriano Betancourt. — *La limosna espiritual.*

Por su fecundidad, por su entusiasmo, por su dedicación constante á la poesía durante más de treinta años, por la popularidad grandísima que alcanzó en su país antes de la revolución, ocupa en nuestra historia literaria un puesto como lírico el escritor bayamés José Fornaris.

Sin pretender compararlo á Zorrilla, de quien dista mucho por los méritos y por las tendencias literarias, diríamos que su reputación ha tenido vicisitudes análogas á las del cantor de Granada. José Zorrilla, ídolo y jefe de la segunda generación romántica española,

pasó á América á mediados del siglo, y desde entonces ha quedado cesante en el Parnaso español. Al regresar á su país no ha sido ya sino uno de tantos románticos de ayer, mirado con prevención, leído sin entusiasmo, juzgado con severidad por el desorden de sus obras, por el vacío que con frecuencia se nota bajo los oropeles de sus rimas, por la prodigalidad con que ha despilfarrado los tesoros de su fantasía y de su corazón. José Fornaris, que entró en la república de las letras con el *visto bueno* de Lebredo y de Mendive, fué elevado por Ramón Zambrana, el crítico más popular de entonces, á la primera línea de los poetas vivos, y colocado junto al autor de *Las Pasionarias* y el de *Aristodemo;* Luaces le otorga sincera estimación y lo acepta como compañero de trabajo; Zenea lo respeta, lo elogia y pone en *El Almendares* su retrato; José Socorro de León opina que es el más conocido poeta cubano después de Milanés y Heredia, y acaso sin rival en el género erótico; los periódicos amenos solicitan su colaboración y los editores se encargan de publicar colecciones de sus versos; y en fin, el pueblo de Cuba, de todas las principales poblaciones de Cuba, responde como pocas veces con el bolsillo abierto á sus reclamos, da más de mil doscientos suscritores á uno de sus primeros volúmenes, agota cinco ediciones de los *Cantos del Siboney*, y añadiendo á la recompensa pecuniaria una verdadera estimación, recita y conserva en la memoria muchos de sus cantos. Y después de todo esto el poeta parte para Europa cuando aquí se enciende la guerra civil; y cuando regresa al hogar al restablecerse la concordia, lo reciben como á un desconocido.

Pero Zorrilla es todavía respetado como antigualla

gloriosa, como sombra del gran poeta nacional, porque, con todos sus defectos, fué rimador armonioso, trovador sentido, colorista brillante; no se quiere oirle, pero sí venerarle; la guerra no es tanto contra su personalidad como contra su influencia, contra sus imitadores que no saben disparatar agradablemente como el maestro. Fornaris es considerado de muy distinto modo por la actual generación cubana. No es el anciano poeta venerado como Vélez Herrera en la edad del reposo, distante del álgido período de sus triunfos. Parece que de sus antiguos cantos sólo resuenan los del *Siboney*, para que el autor no se presente á nuestros ojos sino en su menos simpático aspecto, como representante de una vieja manía literaria que en mejores tiempos ha caído desacreditada y sin prestigio.

No podemos fijar con precisión hasta qué punto diversas concausas han contribuído (aparte del valor positivo de sus poesías) á retirarle el aprecio general; aunque sospechamos que el escaso éxito de los folletines que viene hace años publicando todas las semanas, el daño que á sus propios versos ha hecho recitándolos en públicas tribunas, y alguna otra circunstancia quizá, han fomentado ese desdén que á ratos, *sotto voce*, se trueca en burla y sátira.

Sin embargo, Mendive no exageraba sus méritos, como suelen los prologuistas comprometidos, al recomendar algunas composiciones del tomo que en 1855 daba á luz el cantor de Lola. En épocas en que la poesía sólo produce conceptos alambicados, frases sin sentido, pensamientos raros que no tienen atadero, el que se expresa con naturalidad y sencillez, aunque no sea elocuente ni inspirado, agrada y persuade á que

se le acepte. Así Meléndez, sin el estro de Herrera, es el restaurador de la poesía castellana en el siglo XVIII. En más modesta esfera, con ternura, elegancia y dulcedumbre, Mendive desacredita aquel fuego que no purifica si no mata; que no abrillanta si no consume las inspiraciones de los rimadores á quienes en su juventud encuentra posesionados del palenque. Y Fornaris, que amaba á Milanés el apacible y al sonriente Garcilaso; Fornaris, que era de los suyos, que no imitaba las huecas y deslumbrantes imágenes en boga, ni aquel afán de sacar nuevos pensamientos martirizando los pensamientos anteriores, ni la desesperación ficticia de amantes no correspondidos y de libertinos fatigados que empezaba escribiendo *Mi hogar*, *Mi única creencia*, *La buena esposa*, *Amor de madre*, alcanzaba y merecía interinamente su predilección: «Mientras no brillen—escribía Mendive—en nuestro harto nebuloso horizonte literario otros astros que los que hoy admiramos.» Fornaris, por lo menos, procuraba depurar su gusto y huir de exageraciones.

La segunda parte de dicha colección formábanla los *Cantos del Siboney*, retocados y aumentados en ediciones posteriores. Si el pecado capital de ellos está en el asunto, justo es consignar que no es Fornaris el único responsable entre nosotros de haber buscado por tal camino la originalidad que á la literatura cubana se ha querido dar. *El Lugareño* recomendaba vivamente á su sobrino José Ramón Betancourt que poetizase la vida de los indios. Zenea publicó en el *Almendares* un artículo en que opina que por ahí haríamos algo propio. Mendive en el citado prólogo desliza un párrafo romántico en que elogia el tema. Vélez Herrera, Luaces y otros evocaron también re-

cuerdos de los siboneyes. Con mejor fortuna Plácido y Heredia, y la Avellaneda en prosa, se refirieron á los indios del continente, lo mismo que muchos poetas hispano-americanos. Pero la culpa de Fornaris fué cultivar el género con más empeño y constancia que todos, y formar una colección especial á la que su nombre irá más ligado que á otra alguna. Y como el escaso interés que despierta no corresponde al esfuerzo de originalidad intentado, el valor literario del conjunto no es satisfactorio. Por lo demás, no es tan exótico como pareció á su crítico García; antes bien, fáltale el colorido histórico á que aspira: si quitamos las piraguas y un corto número de nombres de cosas, lugares y personas, por lo común terminados en diptongo, no hay nada en el libro que no pertenezca á la poesía erótica corriente, nada que pinte costumbres y tipos particulares de un pueblo: se trata de indios que aman y celan como cualquier poeta sentimental. Por algo dijo el autor en 1862 que no pretendía ser absolutamente verdadero, como no lo era Garcilaso en sus églogas.

En 1860 publicó un nuevo tomo titulado *Flores y lágrimas*. De las composiciones que encierra nos gustan más las de arte menor, como las redondillas *Carnaval*, *Esperanza es amor*, *A la memoria de Miguel Tolón*, *Oreya*, *La vuelta del cisne;* las décimas *Silencio*, las quintillas *A Josefina* y las octavillas *A Marietta Gazzaniga*. Las escritas en endecasílabos por punto general son inferiores: unas veces porque el autor no acierta con la verdadera entonación elegíaca y hace consideraciones impropias, como en la dedicada á Josefina Silva, ó no interesa, como en *La sombra de mi esposa;* otras por defecto del plan ú otros motivos.

En 1862 trató de publicar sus versos en cinco tomos. Formaron el primero los *Cantos del Siboney*. El mejor fué el segundo, titulado *El libro de los amores*, en que reproduce muchas de sus poesías eróticas é inserta otras que, como basadas en el amor á la Humanidad, las considera análogas. El tercero, *Cantos populares*, contiene décimas, muchas glosando cuartetas suyas ó ajenas. «Conocemos – dice en el prefacio— que hay puerilidad y monotonía en rematar con pie forzado las estrofas, pero estas circunstancias son cabalmente el fundamento en que estriba la poesía popular de los cubanos.» Estas palabras, que recuerdan el procedimiento encomiado por Lope de Vega en su *Arte de hacer comedias*, condenan el libro por boca del autor; mas como éste añade que á los laureles de Lamartine y Hugo «prefiere el nombre de Rouget de l'Isle», no es difícil concederle un puesto al lado de Poveda, Arrondo y *El Cucalambé*, nuestros cultivadores de la poesía popular.

Después ha publicado en París dos colecciones: *Cantos tropicales* en 1874; *El arpa del hogar* en 1878. No presentan nuevas aptitudes de su ingenio. El viaje por Europa no ensancha su horizonte intelectual. Es siempre el mismo: débil en la poesía elevada cuando evoca recuerdos históricos de Italia; más aceptable para los no exigentes cuando en producciones de arte menor habla sencillamente de Cuba, su familia y sus amigos, demostrando una vez más la poca variedad y fuerza de sus aspiraciones (1).

---

(1) Este juicio se insertó en *La Habana Elegante* en 1888. En 1889 ha publicado el Sr. Fornaris una nueva edición completa de sus poesías.

Comparte la popularidad de Fornaris, mayormente en las poblaciones orientales de la Isla, Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, más conocido por *El Cucalambé.* Nació en las Tunas en 1829. Publicáronse por 1845 sus primeras décimas en *El Fanal,* de Puerto Príncipe. Imprimióse en la Habana en 1857 la primera edición de los *Rumores del Hórmigo,* la segunda en 1859, y la tercera, aumentada y corregida, en el pueblo de Holguín, en 1867. Del mismo autor es la pieza dramática *Consecuencias de una falta,* representada en Santiago de Cuba en 1865, única de él impresa.

Divídense los *Rumores del Hórmigo* en tres partes, de las cuales la primera, que comprende las composiciones líricas, es la más aceptable. Versificador fácil y espontáneo, cantor entusiasta de Cuba y su naturaleza, pasa *El Cucalambé* con razón por el más inspirado cultivador de la poesía popular entre nosotros. Su imaginación lozana y sus sentimientos y pasiones suplen, hasta donde es posible en la poesía sencilla de los cancioneros, los primores y la corrección que á la erudita dan mayores estudios y cultura. En la segunda parte, que comprende narraciones de amores y costumbres de los indios, jura *El Cucalambé* imitar á Fornaris; pero con menos instrucción y arte que su modelo, resulta más monótono al consumir sus fuerzas en el difícil género que emprende; la aglomeración de nombres del vocabulario siboney parece á ratos su exclusivo objeto, de donde resulta lógicamente la versificación pobre y cansada, llena de repeticiones de los mismos consonantes, de vocablos agudos y diptongos, que embarazando y preocupando al rimador, le impiden dar al fondo de su obra la frescura y espontaneidad que la poesía popular requiere. La terce-

ra parte de los *Rumores del Hórmigo* es de versos festivos, para los cuales tuvo poca gracia el autor. Su empeño es, en esta parte, amontonar esdrújulos.

Pedro Santacilia, natural de Santiago de Cuba, se distingue como poeta de estro fácil y espontáneo. Conocido primero por sus *Ensayos literarios*, que publicó en 1847 con su paisano Francisco Baralt, lo ha sido después más por su elegante volumen *El arpa del proscrito* (Nueva York, 1857). En las silvas *Dios* y *El Diluvio* fluyen de su pluma felizmente copiosos raudales de poesía. Escoge y traduce el salmo *Super flumina* con notoria intención política, tomando la representación del pueblo de Israel cautivo en Babilonia y alzando la vigorosa voz para pedir al Señor que su cólera caiga y abata la soberbia del tirano. *Adiós*, *Mi prisión*, *Una página de mi historia*, son composiciones llenas de tristeza. Cuba le arranca dulces estrofas; el amor y la galantería le dan temas para diversas composiciones ligeras, estimables por su soltura y gracia.

Ursula Céspedes, también de Santiago de Cuba, publicó allí en 1861 sus *Ecos de la selva*. Antes había colaborado, firmando *La Serrana*, en *El Redactor* y *El Semanario Cubano*, y después lo hizo con su nombre en diversos periódicos de la Habana, Villaclara y Méjico. Aunque descuidada en el lenguaje más que en los conceptos, brilla por sus abundantes endecasílabos robustos y sonoros, como los de *El pirata y la sirte*, por su melancolía interesante y por la ternura propia de su sexo. *Los celos de la bayamesa*, *A mi hija Luisa*, *A mi padre*, *Las primeras sombras de la tarde*, *¡Está dormida!*, *La buena esposa*, son las composiciones que mejor expresan su índole poética y su angelical carácter. ¡Nobles y ejemplares celos los de la ba-

yamesa, que sufre porque su amante se acerca á otra mujer y no quiere que esa otra sufra como ella si ama al hombre disputado, y prefiere verle alejado de ambas!

En algunas composiciones de 1860 *(El cadáver insepulto, Al sol, Los habitantes de los polos)*, acosada quizás por la insuficiente cultura que comienza á adquirir, ó por ejemplos de algún modelo en boga, empieza á contagiarse de la afectación, vaguedad y exageraciones del tiempo romántico; pero son páginas que abultan poco y no deslustrarán la inspiración que luce cuando contempla los campos ó manifiesta sus templadas tristezas, sus goces en la soledad, sus afectos filiales y maternales y las nostalgias de la ausencia. Cuba espera con motivo la nueva edición de sus poesías.

Carlos Navarrete y Romay parece admirador y discípulo afortunado de Mendive. Correcto, armonioso, delicado, tierno, nos agrada en sus dulces composiciones amorosas, tan breves como discretas y libres de las exageraciones que la pasión, la mal refrenada fantasía ó el erróneo concepto del arte causan en las más inspiradas improvisaciones de otros bardos. Es débil y de pocos alientos cuando quiere elevarse en *Napoleón* y *Al Progreso*, y lánguido y vulgar cuando filosofa y moraliza en la *Epístola á Mendive;* pero el carácter general de sus composiciones, que versan sobre temas adecuados á su inspiración apacible y modesta, el aliño y compostura de sus pensamientos y la sobriedad de su pluma, le colocan en el número de los aficionados cuyos *pasatiempos* (así los califica el poeta) más respeto merecen de la crítica. Los reunió en París en un volumen elegantemente impreso (1868),

que ya reclaman una edición segunda en que figuren las ulteriores composiciones del autor.

Como traductores y como poetas originales, pero principalmente como traductores, se distinguen ya los hermanos Sellén en los últimos años del periodo que nos ocupa. En 1863 publicaron un volumen de *Estudios poéticos*, benévolamente acogido, formado con traducciones é imitaciones excelentes de los principales bardos contemporáneos, escogidos de todas las literaturas europeas. En el año siguiente reunió Antonio sus *Poesías originales*, y en 1855 dió á luz su *Libro intimo*. Con posterioridad á 1868 sus traducciones de diversas lenguas han sido tantas, tan importantes y tan celebradas, que no sería posible, sin notoria injusticia, hablar aquí incidentalmente en cuatro lineas de obras como los *Ecos del Rhin*, *Ecos del Sena*, el *Intermezzo lírico* de Heine, los *Cuatro poemas de Lord Byron y Conrado Wallenrod*, que han traducido junta ó separadamente los hermanos Sellén, formándoles la reputación de que gozan como fecundos literatos de la nueva época que abre el alzamiento de Yara. También han colaborado con poemas originales en el tomo intitulado *Arpas amigas*, que formaron en 1880 varios escritores.

También Luis Victoriano Betancourt, hijo del festivo escritor José Victoriano, de quien anteriormente hemos hablado, dió á la imprenta en 1867 una colección de articulos y versos. En la parte poética, que ocupa solamente setenta páginas, sobresalen algunas delicadas composiciones amorosas y la silva *Abraham Lincoln*, aunque inferior á una análoga de Luaces. No es posible olvidar que entre sus poesías posteriores figura *La limosna espiritual*, popularísima entre los re-

citadores. Betancourt es de aquellos pulidos y discretos versificadores que, sin inspiración suficiente para fundar su reino en la poesía, no pretenden distinguirse en ella ni dedican á su culto su trabajo asiduo. Pero la corrección y mesura que campean en sus pasatiempos poéticos los separará siempre, en los grupos de poetas inferiores, de tantos otros aficionados ciegos de nacimiento, que llenan volúmenes de versos más desatinados ó vulgares.

CAPITULO IV

LA POESÍA DRAMÁTICA

Los dramas de la Avellaneda.—*Alfonso Munio.*—*El príncipe de Viana.*—*Recaredo.*—Las tragedias de la Avellaneda.—*Saúl.*—*Baltasar.*

De las obras de la Avellaneda, las dramáticas son las que menos pertenecen al movimiento literario cubano. No hay entre ellas, como entre las novelas, algunas escritas en Cuba y otras de asuntos cubanos. Demás de esto, por requerir el género dramático la representación de la obra para que se popularice, no son tan conocidas de los cubanos como de los madrileños. Pero no nos arrepentiremos de hacer aquí otra digresión, interrumpiendo la historia del movimiento literario local, para dar cuenta de las obras dramáticas de nuestra compatriota, que son las mejores que han salido de pluma cubana.

En los tomos segundo y tercero de su *colección* están las que fueron salvadas definitivamente de la severidad de la autora al repasar su gloriosa tarea.

Ocupa el primer lugar la tragedia *Alfonso Munio,* su primera obra que salió á la escena en 1844, cuyo nombre se trocó por *Munio Alfonso* al ser reimpresa muchos años después.

Tenía el décimo alcaide de Toledo, así llamado, una preciosa hija á quien el príncipe Sancho, monarca de Castilla después, rindió su corazón. Este amor, desvaneciendo el proyectado enlace de D. Sancho con Blanca, sello y garantía de la paz con Navarra, vino á romper solemnes compromisos y á poner en los ánimos de la nobleza castellana temor de nuevas y más graves discordias. Mas Sancho obtiene el beneplácito de su madre Berenguela, y aunque ignora todavía si consentirá el emperador su padre en enlazarle con dama que no es de real familia, corre á noticiar á Fronilde, la hija de Munio, las esperanzas que alienta Escala el balcón y penetra en su estancia, ausente Munio; mas éste vuelve, sorpréndelos, conoce á D. Sancho por la voz en la obscuridad, entiende que su hija ha sido deshonrada y la mata con su propio acero, sintiendo solamente que su lealtad le prohiba tomar venganza derramando la regia sangre del seductor. Cuando se cerciora luego de la inocencia de Fronilde y de la intención de Sancho de elevarla al trono con aquiescencia de su madre, su confusión y su dolor no tienen límites.

Los sorprendentes efectos conseguidos con tan sencillo asunto; la natural y lógica marcha de los sucesos que producen el conflicto, la acertada expresión de los afectos y la feliz y rápida pintura de los momentos álgidos de las pasiones, la elevación de los pensamientos, la brillantez de los versos y la pasmosa energía del carácter del protagonista, dan á la tragedia

grandes méritos y recuerdan las sencillas, severas y hermosas líneas de los modelos griegos.

Bastara la escena entre Sancho y Munio del acto cuarto para acreditar de maestra la pluma que la trazó. Mientras el alto clero reunido apresuradamente en concilio delibera sobre la penitencia que se imponga por su inaudito crimen al asesino de Fronilde, éste se ve acosado en la habitación inmediata por los ímpetus de la cólera de Sancho. El valiente príncipe, denodado y franco, anuncia á Munio que vengará la sangre de su amada con la del feroz parricida, é intenta acometerle desenvainando la espada. Entáblase tremenda lucha en el alma de Munio, porque ha jurado no hacer armas contra su príncipe, y su lealtad y su deber le hacen contenerse ante los ultrajes y provocaciones que le mueven á saciar su saña: la tentación es terrible, y en un instante crítico llega á parecer decisiva, pues cegado Munio por su odio, escarnecido y tildado de cobarde, resuelve satisfacer sus instintos y empuña la espada, aunque de súbito se domina y serena con admirable esfuerzo, rompe su acero y lo arroja á los pies del retador para que lo pise como pisó el honor de Fronilde.

A tan grave calumnia opone Sancho viva y enérgica protesta; y cuando entra D. Pedro á participar á Munio que por consejo de la augusta Berenguela retira la petición de la mano de Fronilde, destinada al príncipe, ve el parricida la virtud de la víctima, y anonádase bajo el peso de su inmensa desgracia, comprendiendo toda su ceguedad y violencia.

Todo lo que se relaciona con el amor del conde don Pedro á la hija de Munio está expresado con sumo arte para imprimir movimiento y vida á la acción, sin

que brille tanto este hecho secundario que obscurezca lo primordial del argumento.

Si impresionar con sencillos medios es el secreto del escritor inteligente, si el tacto del consumado artista da sublimidad y encanto á su obra sin numerosos materiales, *Alfonso Munio* es cumplida prueba de las maravillas que el talento hace en el terreno del arte sin recurrir á violentas exageraciones de la belleza de que dispone.

Sigue á ésta otra tragedia, de la cual dice la propia autora lo siguiente en la dedicatoria á Fernán Caballero:

«*El príncipe de Viana*, ilustre Fernán, era uno de los dramas condenados á ser suprimidos en esta *Colección*. Escrito precipitadamente, y lanzado á la escena sin siquiera habérselo leído á ningún amigo que me hiciese notar sus gravísimos defectos, me suscitaba, además, ciertos escrúpulos, que dictaban, más bien que su refundición, su completo anulamiento. En efecto, ¿no debe considerarse condenable abuso el que cometemos los autores cuando, al presentar los hechos y personajes que han existido realmente, nos cuidamos menos de la verdad histórica que de los efectos dramáticos? Respetuosa con los muertos, confieso á usted que no acabo de perdonarme el haber hecho del buen canciller Peralta—cuya vida positiva no encuentro en libro alguno manchada con tal nota—el cómplice sañoso de un sangriento crimen; y ni aun me juzgo suficientemente autorizada por rumores públicos, consignados en la Historia, para atribuir la muerte, aparentemente natural, de mi desgraciado protagonista al lento veneno que los enemigos de la reina de Aragón supusieron último recurso empleado por

la ambiciosa princesa para el triunfo de su causa."

Ahórranos esta confesión rectificar todos los puntos en que la poetisa se aparta de los hechos verdaderos, que pueden verse en la biografía que hace Quintana del infeliz primogénito de D. Juan II de Aragón; y dando por cosa juzgada que el lector no encontrará la enseñanza instructiva en *El príncipe de Viana*, diremos algo de lo que á su valor meramente artístico concierne.

Hay una razón para que el desenlace de esta obra satisfaga menos que el de *Alfonso Munio.* La catástrofe preparada por el odio, la ambición y la perversidad inspira horror, indignación y repugnancia, no asombro y lástima del mismo causante, como en la muerte de Fronilde: la emoción que produce el crimen premeditado por la reina doña Juana es inferior y más vulgar que el pasmo que causa la resolución violenta dictada á Munio por su honor, seguido de su intenso dolor, de su arrepentimiento tardío y de su desesperación incomparable.

Con todo, el argumento de la tragedia que nos ocupa no carece de interés, y aunque no deba defenderse con la benevolencia del duque de Frías, que se mantiene á la altura de la precedente, bien pueden repetirse los elogios que dedica el mismo á los caracteres, versificación, pensamientos filosóficos, máximas políticas y conocimiento de la época de que se trata.

Carlos de Viana es llamado por su padre á responder de cargos que le hacen como instigador de rebeliones que han de alzarlo al trono, y triunfando la maquiavélica trama de su madrastra, es puesto en prisión con gran escándalo de los pueblos que le aman y piden como legítimo dueño del cetro de Navarra que le

retiene su padre. La protesta armada de la nobleza y del pueblo hace á D. Juan ceder en la porfía y conceder la libertad al prisionero á ruegos de la madrastra, la cual, hipócrita y desalmada, antes envenena al príncipe malvadamente, para que por su muerte venga á D. Fernando su hermano la ambicionada corona.

Unese á este asunto principal, con arte y talento, la ficción del amor que por el preso siente la dama Isabel, hija del canciller Peralta, pasión que es fuente de recursos dramáticos, conflictos y situaciones de efecto. Ella es la intermediaria entre el príncipe y el bando que para libertarle se alza, descubre la ruta por donde huyen con el príncipe los que le guardan durante el asedio de la fortaleza de Aitona, complica su honra en las desgracias del augusto acusado, siendo sorprendida por su padre el canciller, que busca venganza creyéndola ultrajada, y cuando sabe que su padre es cómplice del envenenamiento, se suicida para no sufrir la vergüenza, la soledad y el silencio que su amor filial le impone. Las interesantes escenas del segundo acto (el mejor de los tres) estriban en la intervención de Isabel, pues su confusión al verse sorprendida, los esfuerzos del preso para que Peralta respete el secreto de la dama tapada, la ansiedad de todos mientras la reina permanece en el calabozo y la doncella se esconde, la repugnancia del canciller á separarse de allí cuando le obligan órdenes de doña Juana, las palpitaciones del corazón de la amante doncella cuando escucha las sombrías y terribles amenazas de la madrastra del príncipe, todo esto nace y deriva su belleza de la ficción afortunada.

Que, prescindiendo de la fidelidad de los retratos, los caracteres de los monarcas están trazados con vi-

gorosos y notables rasgos por segura mano, cosa es indudable. Y no tiene menos expresión y colorido el del príncipe, sintetizado en los cuatro hermosos versos que la dignidad le dicta cuando la calumnia lo enardece:

> ¡Rey de Aragón! Quitadme á vuestro antojo
> esta vida infeliz, pues que os la debo;
> mas no ultrajéis mi honor, porque eso es mío,
> y he de llevarlo hasta el sepulcro ileso.

Versos cuya valentía se repite gloriosamente cuando en la prisión rechaza las humillantes transacciones de la madrastra, exclamando:

> Mas no al vencido denostéis, sañuda...
> que el verdugo á la víctima respeta
> cuando el dogal á su garganta ajusta.

El drama *Recaredo* basa su argumento en el amor que siente el monarca godo por Bada, hija del vencido rey de los suevos. Esta mujer, huérfana y desamparada, vive obscura y humildemente, con duelo eterno en el alma y alimentando odio inmenso y terrible al hijo de Leovigildo, por cuyas venas corre la sangre del que ella considera verdugo de la independencia sueva, y en cuyas ideas arrianas ve un motivo más de repugnancia. Recaredo, por intervención del obispo Mausona, se presenta á conocerla disfrazándose con el nombre de Agrimundo su valido, exáltala diciendo que tiene planes secretos para hacer católica la España dividida en dos cultos, y cáptase las simpatías de Bada, que desde antes, sabedora por confidencias de la conspiración del verdadero Agrimundo,

sentíase ligada á la causa que representaba por el sentimiento común de odio á Recaredo. Un conspirador, Viterico, desesperado por no alcanzar el amor de Bada, promete descubrir la proyectada rebelión, de lo que luego se arrepiente; mas ella, justamente alarmada, corre á Palacio á prevenir al que tiene por Agrimundo, y descubre involuntariamente al mismo rey la trama. Generoso Recaredo, impone leves penas á los culpables, marcha á contener una invasión de los galos, y al retornar victorioso, celebra el famoso Concilio de Toledo, en que abjura el arrianismo. Brinda entonces á Bada su tálamo real y vence su odio con tan noble conducta. El voto que ha hecho de consagrarse á Dios impide el enlace, pero el Concilio lo anula y se realiza la dichosa unión.

No es esta obra de las principales. A menudo en los dramas históricos se tropieza con la dificultad de que la deslumbradora importancia del personaje que para protagonista se elige no corresponde á las necesidades de la escena, porque el poeta se ve forzado á prescindir en la urdimbre de la trama de todo lo inútil, á pesar de su valor y transcendencia, si de nada sirve para el estrecho cuadro que ha de encerrar conflictos personales. Así en *Recaredo* nótase que toda la alta significación del primer rey católico de España y de los acontecimientos que hacen famoso su reinado, nada aprovechan al desarrollo de la acción fundada en unos amores olvidados. Aliméntase ésta principalmente del enredo que produce la intervención de Viterico, decae desde que al final del segundo acto el flojo nudo amenaza deshacerse y queda transparente el desenlace, pues tonto será el que no adivine que Recaredo ha de volver victorioso, convertirse al catoli-

cismo y desposarse. Los fingidos propósitos del rey de castigar á Bada como cómplice de los rebeldes, á nadie engañan; y el episodio del ofrecimiento de Viterico para salvarla con la fuga de un peligro ilusorio que hace sonreir á los espectadores, no es suficiente para dar animación al tercer acto. El papel del protagonista es bien pobre y pasivo en la primera mitad de la pieza, y en la segunda no logra mucha vida ni relieve con su magnanimidad y clemencia, que siendo tan admirables en la historia, sirven de poco para impresionar en el teatro. Y finalmente, no hay en la expresión de los afectos y de las pasiones cosa notable, aun teniendo en cuenta los esfuerzos para sacar partida de la lenta transición del odio al amor que se verifica en el corazón de Bada y de los escrúpulos que le suscita el recuerdo de la conducta de Leovigildo con los suevos.

Sigue á *Recaredo*, *Saúl*, que por su desenlace desgraciado merece el nombre de tragedia; bien que, en rigor, la catástrofe final no deja al público la impresión dolorosa y la emoción patética propias de lo trágico, porque parece natural que con el triunfo de David, cuya inocencia, cuyo heroísmo y cuyos amores nos cautivan, nos olvidemos involuntariamente de los merecidos infortunios del protagonista y nos satisfagamos con la vindicación y gloria del vencedor de Goliat y de los filisteos, figura que de hecho aparece en la escena con mayor relieve, objeto principal de la atención de los espectadores, personaje en cuya espada se reflejan las esperanzas de Israel, y que por la persecución que sufre se atrae las simpatías de los corazones, eclipsando la importancia del mismo rey Saúl, destinado á representar primer papel en la obra.

Al regresar este primer monarca de los hebreos de una victoria alcanzada sobre los amalecitas, el profeta Samuel recuerda que el vencedor ha faltado al precepto de Dios apoderándose de las malditas riquezas de sus enemigos, y los sacerdotes se niegan á llevar al ara las ofrendas inaceptables é indignas por su procedencia: enójase el rey, hace con su propia mano los sacrificios profanando el ara, y el profeta le anuncia el castigo de su desobediencia y soberbia. El pavor se apodera del rey; los filisteos alardean á las puertas de sus campamentos; el gigante Goliat reta á los acobardados israelitas sin que uno se atreva á poner freno á sus audacias y arrogancias, cuando de súbito el pastor David recoge el guante, vence, guía luego á su pueblo á nueva victoria y recibe en premio la mano de Micol, hija de Saúl. En esto viene la noticia de la agonía de Samuel; por el labrador mensajero de ella sabe Saúl que el profeta anuncia tiempos mejores y que de Belén saldrá el rey predestinado, augurio que traduce suponiendo que David será un traidor que le arrebate la corona, por lo cual decreta su inmediata muerte. Vanas son las súplicas de Jonathás y Micol: la sentencia se ratifica, y mal lo pasara David si los sacerdotes no favoreciesen su fuga, expiando luego con su propia vida el servicio que le prestan. Algún tiempo después se encuentran los israelitas próximos á la derrota en el campo de batalla, porque Saúl, aterrorizado con la sombra de Samuel, evocada por la Pitonisa, no acierta á dirigir sus tropas, ni á darles ejemplo de serenidad y valor. La inesperada presencia de David reanima á los soldados. Entonces Saúl, aferrado á la idea de que el belemita es el rival velado que le perderá, determina asesinarlo; pero por error mata

á su propio hijo Jonathás, y al ver la estupenda obra de su odio se suicida; con cuyo motivo David es aclamado rey de Israel.

Como se ve, la personalidad del pastor David resalta grandemente y podría discutirse si en buena lógica le corresponde ser mirado cual protagonista y dar su nombre á la obra, ó si por lo menos sería fácil y hasta conveniente transformarla recortando el papel del rey Saúl y dando mayor juego á la figura de su sucesor en el trono, que tanto aventaja á las demás por el interés que despierta. De todos modos, y aparte de lo que se resuelva sobre preferencia de uno ú otro personaje, siempre será cierto que abundan en *Saúl* las buenas situaciones y los recursos dramáticos para mantener viva la emoción; la soberbia y el eterno recelo del monarca, que le roe constantemente las entrañas, están bien caracterizados en diversas escenas; adviértese el conocimiento de la época y el fiel reflejo del espíritu de aquellos tiempos bíblicos en el proceder y conducta de los personajes, en los pensamientos y hasta en la pompa oriental de las imágenes, y muy principalmente en la severa majestad y en los grandilocuentes tonos con que anuncia los acontecimientos futuros el profeta. Las inspirados acentos religiosos que antes había revelado la Avellaneda en cortas poesías líricas, toman aquí más alto vuelo en espacioso campo, dando forma á una obra de más importancia y dimensiones, ensayo afortunado de un género dramático que, como la autora lo previó, no satisfaría por completo al gusto dominante en nuestros días, pero que preludiaba el éxito asombroso del *Baltasar*, con que se había de imponer gloriosamente el genio de la poetisa cubana á las corrientes

literarias que entonces preponderaban en la escena.

Baltasar, en efecto, marca el cenit en el cielo del arte para el astro que al aparecer en el teatro español en 1844 empezó á iluminarlo desde el orto con los resplandores de su *Alfonso Munio*.

Nada importante ni nuevo podríamos añadir en ocho ó diez cuartillas á los juicios que ya la crítica expuso larga y razonadamente á poco de la aparición brillante de la tragedia *Baltasar*. Juan Valera, con experta pluma y rica erudición en literaturas extranjeras, desvaneció para siempre toda duda sobre las pretendidas semejanzas de la obra de la Avellaneda con el *Sardanapalo* de Byron. Severo Catalina declara que el *Baltasar* es una creación que ilustra grandemente en España "el género dramático más difícil, más delicado y que mayor talento y habilidad exige; que su aütora ha llegado al supremo grado en la espinosa ciencia de escribir dramas; que su obra representa para nuestra literatura un gran paso en los estudios verdaderamente clásicos". Pedro Antonio Alarcón, más concreto, preciso y categórico, más analítico y atento observador de las bellezas en que la tragedia abunda, recorre los detalles de la *pintura mural* que pasma y empequeñece á quien la mira: sorpréndese considerando la intuición que "ha permitido á la señora Avellaneda analizar el corazón de su héroe hasta el punto de señalarnos el origen y progreso de sus vicios, el germen muerto de sus virtudes, los resortes ocultos de sus pasiones"; elogia los demás caracteres por la lógica de su desenvolvimiento y los delicados matices con que se distinguen; aplaude las galas poéticas con que se revisten los rasgos escépticos del monarca, los dulces conceptos de la judía y los inspirados salmos

del profeta, perplejo al decidir si lo que le cautiva más es el propio pensamiento, el giro de la frase ó la armonía del verso; celebra, en fin, la marcha de la acción, las situaciones grandes y sorprendentes, la viveza dramática que le recuerda á veces al autor de *Macbeth*. Nada sabemos añadir á los fallos que en este rápido extracto condensamos, como no sea una frase de profunda extrañeza por la omisión del *Baltasar* en la *Galería de autores dramáticos* recientemente publicada bajo los auspicios del Sr. Novo y Colson. En esta colección figuran el duque de Rivas, García Gutiérrez, Zorrilla, Ventura de la Vega, Serra, Hartzenbusch, Martínez de la Rosa, Rubí, Bretón, Gil de Zárate, Núñez de Arce, Tamayo, Ayala y Echegaray, cada uno representado por su mejor obra; y siendo tan reputados los doce críticos que colaboraron en esta reimpresión de selectas joyas de nuestro teatro, dificultándose imputar á olvido la omisión que causa nuestro asombro, aun dudamos que pueda obedecer á deliberado propósito de relegar á la Avellaneda á inferior lugar que el de los autores dramáticos citados, porque si algunos la obscurecen, alguno también debe quedar algo debajo, y nunca, en todo caso, se la debe privar del lugar décimoquinto supriméndola, que la posteridad no puede revocar á la ligera muy justos y fundados fallos. De otros éxitos, de los de Eguílaz ó de Camprodón, pudiera descartarse lo que á extravíos de la violencia se debió, para restituirlos á sus verdaderas proporciones, mas no de los legítimos de *Alfonso Munio* y *Baltasar*.

Tampoco descenderemos á compendiar en veinte ó treinta líneas el argumento de la tragedia *Baltasar*, porque sería empequeñecerlo relatando los ingeniosos

recursos de la acción en que la poetisa encarna el vasto y profundo pensamiento que determinó concretamente en la dedicatoria en los brillantes términos siguientes:

«La caída del imperio babilónico, señalada por celeste prodigio, fué más que el hundimiento de un trono: fué un gran suceso providencial, de más alta trascendencia que otras revoluciones análogas. Ciro, anunciado por los profetas, era el escogido para romper las cadenas del pueblo de Dios, para levantarle el nuevo templo... aquel templo en que resonó la palabra divina del Mesías. Con Baltasar, y como él—la copa del festín en las manos y la hiel de la impotencia en el alma—se hundió una civilización gastada y corrompida, que entre las púrpuras de la orgullosa reina del Éufrates parecía haber soñado en la fusión de las razas por medio de la prostitución; celebrando—según la enérgica expresión de un escritor moderno—con una pascua de libertinaje su primer pensamiento de unidad. Cayó aquella civilización anunciando otra ruina más grande, más profunda, más trascendental: la del mundo antiguo, la de la sociedad idólatra, cuya última hora vibraba ya en los oídos de Daniel al término de las setenta semanas por entre cuyas sombras columbraba crepúsculos del día eterno de la verdad.

»La cabeza de oro de la simbólica estatua de Nabucodonosor rodó deshecha á los pies de los soldados de Ciro, dando lugar á un nuevo imperio que, por nuevo paso providencial del progreso humano, sucumbió á su vez bajo la espada de Alejandro... Como Baltasar, Alejandro celebró en la orgía la noche de su gloria, y arrastrando á su sepulcro los heroicos sueños de su genio, dejó en agonía la sociedad sensual y

politeísta, que tenía ya sucesora y heredera en Roma...

»Los siglos son instantes en la vida de la humanidad. En pos de la cabeza de oro de la estatua, se habían fundido la plata y el bronce... los dos grandes imperios persa y griego; y del mismo modo, Serenísimo Señor, al golpe invisible de la piedrecita desprendida del monte, debía fundirse el hierro sobre los pies de barro del coloso romano. Así, después de cumplirse las setenta semanas de Daniel, lució la luz para los que yacían entre las sombras de la muerte, y la civilización cedió el trono del mundo á la civilización cristiana, alumbrando desde el Capitolio con desconocidos resplandores las sombras y las ruinas de lo pasado, y haciéndolas de grande enseñanza para lo porvenir. Entonces el mundo nuevo comprendió y explicó el antiguo, y el festín sacrílego de Baltasar surgió á los ojos de la filosofía como una de las páginas más elocuentes de la historia de la humanidad, como el gráfico sello de una civilización materialista.

»Bajo este aspecto se presentó á mi vista cuando en un momento de temeridad osé comenzar este drama.......................................

....

»Elda y Rubén representan en este pequeño cuadro los dos seres más débiles y abyectos de la sociedad antigua: la mujer y el esclavo, rehabilitados sólo por el Cristianismo. En aquellos dos seres encuentra, sin embargo, el déspota oriental el límite invencible de su poder tiránico. Baltasar, el alma devorada por el hastío de la vida entre todos los goces materiales y todas las pompas de la vanidad mundana; el alma sin Dios, que no se satisface con recibir de la tierra las adoraciones que ella le niega al cielo; alma soberbia

que se imagina sin semejante entre los hombres, encuentra en la mujer y en el siervo la primera revelación de la dignidad humana y de la pequeñez de las potestades terrestres. El cetro del dios mortal de Babilonia se estrella en la virtud de dos corazones fieles, y en balde les pide el amor y la felicidad de que se halla desheredado en la cumbre solitaria de su grandeza egoísta. Ciego Baltasar con la impotencia de su primer deseo, venga su desventura de hombre con su tiranía de déspota; huella la virtud que ha negado en su escepticismo y que encuentra y reconoce para su castigo. La virtud, negándole la dicha, le deja el remordimiento; comprende en la desesperación de su soledad que existen para el alma goces purísimos, que Dios no rehusa á las más bajas condiciones sociales, pero sí al soberbio que desconoce á sus semejantes en la tierra y á su infalible juez en el cielo. Siente, en fin, el vacío inmenso de un alma sin fe ni amor, y quiere ahogar en vino entre los vapores de la orgía el grito de aquel dolor profundo, expiación providencial del orgullo.»

Entendemos que estos hermosos párrafos de la propia autora resumen y explican el pensamiento de la obra como no han podido hacerlo los más ilustrados comentarios de la crítica, y nos abstendremos de debilitarlos con la nuestra.

Un distinguido literato de Méjico, el Sr. Altamirano, ha examinado el *Baltasar* con gran independencia y demostrando sólida y copiosa erudición, para hacer ver con cuánta audacia la Avellaneda se ha apartado en su famosa obra de la historia, según lo que del sitio y caída de Babilonia se sabe por Herodoto, Xenofonte, Beroso, Flavio Josefo y por la misma

Biblia (1). Desde su punto de vista, tiene sobrada razón el Sr. Altamirano, y es su crítica un argumento más contra el osado empeño de llevar á la escena grandes cuadros desfigurándolos para que ajusten á su estrecho molde. Mas si prescindimos de buscar *verdad* en los detalles de la tragedia *Baltasar* y conformándonos con la *verosimilitud* de sus ficciones atendemos á la hermosura de sus caracteres, situaciones y formas literarias, persistiremos en admirarla como creación del arte que del mismo Sr. Altamirano mereció ser calificada de *brillante obra.*

---

(1) Véase la *Revista de Cuba,* 1880.

CAPÍTULO V

LA POESÍA DRAMÁTICA

(Continuación.)

Gertrudis Gómez de Avellaneda. — *La hija de las flores*.— *Tres amores*.—Caracteres generales de las obras de la Avellaneda.

Empieza el tomo tercero con *La hija de las flores*, drama distinguido por situaciones de mucha novedad y en alto grado interesantes, que ganó á la autora el más ruidoso de sus triunfos en la escena después de *Alfonso Munio* y antes de la representación del *Baltasar:* sostúvose en el cartel más de dos meses, recogió los aplausos del escritor cubano Sr. Muñoz del Monte y de otros críticos, y cuando la Avellaneda fué cariñosamente festejada en Barcelona, ese drama mereció ser el elegido para ejecutarlo en su presencia en el Liceo.

Inés y Luis, la solterona de treinta y seis primaveras y el galán de veintitrés, van á desposarse con mutua repugnancia por obedecer ella á su padre y él

al tío. La repugnancia de ella aumenta por la circunstancia fatal de presentarse el novio con una flor de lis, símbolo de dolorosos y tristísimos recuerdos; y la de él no crece menos desde que concibe, en el mismo día de la boda, violenta pasión por Flora, que pasa por hija de la jardinera y tiene la poética locura de creerse hija de las flores. Varios detalles que no pueden narrarse en corto espacio complican la acción y la mantienen á notable altura. Padre y tío, persuadidos de la demencia que los novios revelan por sus actos, llegan á pensar en deshacer el proyecto de enlace. Por su parte la jardinera se apresura á realizar su plan de alejar á Flora, que tanto contribuye al conflicto, y que debe desaparecer para siempre por ser fruto de una desgracia secreta. Por fin Inés descubre la causa de su angustia, aguijada por el remordimiento: declara qué fué deshonrada por un cazador que la salvó de ahogarse en un río, y aprovechó cruelmente los instantes en que ella perdió el conocimiento; su alma está pura, inmaculada, pero no debían ocultarse al futuro esposo tales antecedentes. Al escuchar esta historia el conde, tío de D. Luis, reconoce su víctima: comprende y revela que el fruto de su crimen es Flora, á quien Inés creía muerta. La sorprendida madre anhela abrazar á su hija. Suena un cañonazo, y todo gozo se desvanece, pues anuncia la partida de la fragata donde va Flora, con rumbo á América. Mas de súbito renace la esperanza: Flora ha sido libertada por su amante Luis cuando era conducida al barco, y ambos aparecen en la escena. Se aclaran los misterios; Inés confirma que Flora es su hija, reconociéndola por una mancha que tiene en el hombro en forma de flor de lis; el conde da su mano á Inés en repara-

ción de su falta, y los jóvenes enamorados son felices también concertando su matrimonio.

Exposición, nudo y desenlace tienen admirable desempeño. En la primera se advierte la claridad, viveza, naturalidad y rapidez que necesita; el segundo es rico en efectos, de lo menos vulgar que se ofrece en el teatro, no deja entrever la solución y excita la curiosidad; el final es inesperado, lógico, verosímil y breve.

Basada esta obra en el enredo y en la intriga, no presenta ningún carácter notable. Hay, sin embargo, en la pintura de algunos personajes toques muy dignos de mención, como el empeño y habilidad del barón, padre de Inés, para facilitar y apresurar la boda, las graciosas torpezas de Juan y las divertidas extravagancias de la protagonista, sobre todo.

La versificación merece particular elogio. El asunto se presta á dulces y armoniosas rimas, y á tan tiernas y delicadas inspiraciones ha dado nacimiento, que podría decirse que las flores no han recibido de la musa castellana en nuestra época tan embelesadoras y apasionadas frases de amor sino en las blandas notas de la lira de Selgas.

Oráculos de Talía, según su prólogo revela, alcanzó de la crítica una acogida severa, por más que sus representaciones fuesen continuados y halagüeños triunfos.

Defendiéndose la autora de las inculpaciones que le dirige la censura, según la cual su obra carecía de *inventiva, pensamiento filosófico y fin moral*, insinúa con ironía cortesana que en algo había pensado al escribirla, aunque tan insignificante y baladí, seguramente, que la crítica no había parado mientes en su

idea. Pensaba que Valenzuela, «hombre de ingenio, poeta activo, ambicioso de gloria, hubiera podido ser de provecho y de honra para su patria, si no se le hubiese arrancado de su esfera de acción para convertirlo en mal ministro; si la miseria y el abandono en que se arrastra en España la literatura no le hubiesen obligado á renegar de su vocación buscando por la intriga y el favor lo que no podía alcanzar por el mérito».

Opinamos que de esta defensa sale peor parada la obra, porque en su curso no se demuestra la persecución del pensamiento propuesto. En todo caso no podrá decir que dicho pensamiento aparece como incidental en los versos con que la autora arguye, mas no que se consagre la acción de la pieza á desenvolverlo. Lo que se ve en ella es á Valenzuela esclavo de una mujer por amor, intrigando por sugestiones de ella y no porque el desengaño lo aparte de la senda del poeta.

Afortunadamente no es forzoso que la obra de arte encierre trascendentales enseñanzas, y sin fin docente y sin propósitos morales determinados, *Oráculos de Talía* se salva porque prueba la inventiva que en balde le han negado, siendo sus recursos para excitar el interés tan abundantes y notorios.

Donde está su parte débil es en la violencia y falsedad de las situaciones de los dos primeros actos. Dice el prólogo que la crítica censuró que se pintase á Valenzuela como un solemne bobalicón, y comprendemos el cargo aunque la autora se asombre pareciéndole en contradicción con otra censura por haber hecho la apoteosis de dicho favorito: la apoteosis está en su triunfo final y en que le favorece el paralelo con los

conspiradores enemigos de la reina, más encenagados en las miserias cortesanas, dispuestos al asesinato por lograr sus ambiciosas miras; lo cual no se opone á que en los dos primeros actos, siendo Valenzuela el hombre de talento que la autora quiere, tenga la necia ductilidad de un bobalicón, tan patente cuando un duque hace armas contra él en su misma morada, y más aún al seguir á ciegas el plan de intrigas de una tapada desconocida y las instrucciones anónimas para hacer revelaciones graves y de alcance ignorado ante la reina. La exposición es, pues, la parte que adolece de grandes faltas: prescindiendo de ellas, la obra es divertida y aceptable, aunque no tenga extraordinarios méritos.

El millonario y la maleta es una graciosísima comedia escrita para aficionados, muestra muy recomendable de las aptitudes de la autora trágica para todos los géneros dramáticos.

Pende el argumento de una equivocación divertida. Se espera en un pueblo al millonario D. Esteban Cañizares. Llega antes el joven pintor Emilio Coello y le toman por el ricacho, error que él alimenta aconsejado por su amada Gabriela. Lluévenle pretensiones, honores, parentescos y mil majaderías que dejan cola, cuyas consecuencias se palpan cuando aparece el verdadero Cañizares y acuden á molestarle por los múltiples compromisos contraídos á su nombre por Emilio. La cólera del viejo, los apuros de Emilio y las exigencias de todos contribuyen á formar una cadena de lances cómicos que conducen la acción amenamente hasta el final, que es la fuga instantánea del millonario, que se vuelve á Madrid en su silla de postas después de prometer librar cuantiosa suma para que

Emilio salde todo lo pendiente y se case con Gabriela.

La verdad vence apariencias es un drama fundado en el *Werner* de Byron, aunque tan renovado en su argumento con otras complicaciones y tan mejorado en todo, que mejor que por afortunado arreglo merece ser tenido por obra original.

Asunto patético y conmovedor, impresiona fuertemente con sus lances terribles y angustiosos, mantiene al espectador largo rato presa de mortales zozobras ante el espectáculo de la maldad triunfante y la inocencia ultrajada; y sin embargo, no tiene errores que ofendan mostrando brutalmente su monstruosidad repugnante sobre las tablas, y satisface al final con la vindicación de la inocencia y un castigo para el crimen, que, aunque templado por la generosidad, no deja impune al perverso. Trátase de un misterioso asesinato ocurrido en un viejo castillo la noche en que D. Enrique de Trastamara perdió la batalla de Nájera. Las apariencias acusan á Fernán y se le condena á muerte; pero D. Alvaro, hermano y sucesor del difunto, sabe su inocencia y le proporciona la fuga. Tres años después, el segundogénito de D. Alvaro, Rodrigo, va á contraer matrimonio con su prima Leonor, hija del muerto D. Tello, apadrinándolos el mismo D. Enrique, rey ya de Castilla. Al aparecer Fernán con un mensaje del maestre de Santiago, reconócenle y préndenle. Descúbrese entonces que su verdadero nombre es Gonzalo, que es el primogénito de D. Alvaro, ocultado al nacer por D. Tello con infames fines. Mientras se afanan por salvarlo D. Alvaro y Leonor, y Rodrigo por perderle, llega el rey para asistir á la boda. D. Alvaro y el rey se reconocen con asombro:

recuerdan á un tiempo los sucesos de la noche en que murió D. Tello y simultáneamente se acusan de aquel crimen fundados en apariencias terribles para ambos. Pronto el rey, que en un subterráneo fué testigo del hecho, aclara los misterios, pone en libertad á Gonzalo y condena á Rodrigo, el asesino ignorado, á que busque la muerte del héroe en la guerra de Granada para que no deshonre su linaje en el patíbulo.

No es posible dar en breve espacio perfecta idea de las bellas escenas que visten el argumento aquí tan descarnada y someramente presentado. Hay una combinación tal de tremendos indicios, que tres personas aparecen alternativamente culpables y se ven embarazadas para defenderse, mientras el criminal goza y disfruta de su obra en la sombra con calma incomparable. El desconcierto con que proceden todos, ignorantes de la clave del enigma, da lugar á las actitudes más singulares y á los más interesantes diálogos. De éstos descuellan el de D. Alvaro y Rodrigo en la primera jornada, donde el último, creyendo descubierto su crimen, disimula su turbación fingiendo que recela sea su padre el asesino; y el del monarca y don Alvaro en el acto postrero, cuando cada cual pugna con viva ansiedad por confundir y arrancar la máscara al otro: son dos situaciones culminantes escritas con maestría y para actores de fuerza.

Podría tacharse la falta de justificación de las entradas de algunos personajes y advertirse también que la importancia de los principales está tan equilibrada, que ninguno descuella como protagonista y centro de la acción, y menos Fernán, cuya intervención activa es pequeña, aunque sus desgracias, sus peligros y su salvación sean el verdadero eje en cuyo derredor se

mueven los demás: lo cual, si bien no es defecto substancial que anule la obra, prívala, sí, de la mayor excelencia que alcanza un drama cuando, encarnadas las grandes pasiones en una ó dos figuras de sobresaliente relieve, causan sus cuadros una impresión más indeleble y viva. En rigor el argumento no permitía llenar esta condición, y lo que notamos solamente para explicar el motivo de que no haya alcanzado mayor éxito *La verdad vence apariencias*, abundando tanto en bellezas y dramáticos recursos, no es óbice para afirmar que logra puesto honroso en la colección que examinamos y merece simpatías.

Concluye el tomo tercero, y con él las piezas dramáticas de la colección, con el drama en prosa titulado *Tres amores*, calificado impropiamente de comedia por la autora (que alguna otra vez incurre en falta análoga) no sabemos si porque redoblada por la timidez la modestia de los poetas (pues otros hacen adrede igual sustitución), los inclina á tomar el nombre más humilde. Bien que la palabra *comedia* tuviese antaño una significación genérica, la disfruta hoy más restringida y precisa, y no era por olvidarlo, seguramente, por lo que la Avellaneda la aplicaba á pieza en que no había predominio de lo cómico, cual *Tres amores*, pues su conocimiento y distinción de los tres géneros dramáticos se ve en las portadas de otras piezas.

No fué lisonjera la acogida que tuvo *Tres amores*. Dice un biógrafo que fué retirada de la escena, que su autora quiso arrojar la pieza al fuego en los primeros instantes de su exaltación, y que se supone que la animadversión de enemigos ó envidiosos fué parte en el fracaso. Ignoramos los cargos que amontonaría la

censura descontentadiza del público que presenció su estreno, y si tal como aparece impresa en 1870 tiene correcciones de importancia que la varían y borran sus antiguos defectos capitales; pero no acertamos á persuadirnos de que tal como ha llegado hasta nosotros pueda naufragar escandalosamente una obra de sus condiciones y argumento, aun teniendo en cuenta sus grandes inverosimilitudes.

Matilde y Antonio han crecido juntos, han aprendido á quererse en la infancia bajo el mismo techo, en la sencilla vida de los campos, y la madre del mancebo apoya sus amores con la niña que tiene bajo su amparo desde que misteriosamente la entregaron al cura del lugar. Viene de la corte un joven poeta, galán y distinguido, pariente del conde de Lárraga (señor de las tierras que cuidan los padres de Antonio), y Matilde se desvía de su amor campestre, porque el rústico Antonio le parece inferior á Víctor de San Adrián, sin prever que el forastero se divierte con ella y la desprecia y olvida para marcharse á Madrid. Matilde tiene conciencia de su talento, el orgullo le dice que con él puede elevarse á la altura de quien la desprecia por su clase, y osa recorrer la distancia. La crueldad de sus ocultos protectores la precipita, pues sabe que la destinan al convento, y ya no vacila: Antonio la ama y la respeta; con él puede huir y realizar su sueño. Viven en Madrid cinco años como hermanos, durante los cuales Antonio calla y espera, mientras Matilde se convierte en brillante actriz para hacer su *début* en *Safo*, tragedia de Víctor de San Adrián. El éxito es glorioso. Matilde triunfante se estima ya igual por su talento á San Adrián, y accede á su amor, revelando que es la rústica despreciada. Pero San Adrián no la

quiere para esposa, porque su clase, su alcurnia, su condición de heredero del conde de Lárraga, le impiden descender al tálamo de una comedianta. Esta nueva decepción de Matilde es amarguísima: así es que cuando poco después descúbrese su origen, resulta sobrina del conde y es reconocida solemnemente por la familia, rechaza el enlace con San Adrián que le deparaba su madre, renuncia en favor de él los títulos que el conde le cede, y da su mano al sufrido y perseverante Antonio, modelo de abnegación y del amor puro y grande.

La crítica dirá que es falso el carácter ideal de Antonio, porque un amante apasionado no vive á solas cinco años con su amada respetándola, complaciéndola, trabajando excesivamente dia y noche para ella, sin plazo para que se colme su anhelo, esperando indefinidamente sin motivo para que se dilate el cumplimiento de la ventura que desea, esclavo de cien caprichos y receloso de que aquella mujer se aleje más de él según se va elevando con su genio. Dirá que es inverosímil el segundo acto, porque en él sale Matilde de su casa, va al teatro, representa su papel de Safo, concluye la tragedia y vuelve á su casa triunfante; porque todo esto no cabe en media hora. Dirá que no es natural que la criada abandone la casa y la deje á merced de dos desconocidos, de quienes sospecha que pueden hacer daño á su ama, y corra al teatro para dar aviso de que están allí. Dirá, por fin, que es extraño y discutible el episodio de la carta del tercer acto que escribe San Adrián, tanto como algún otro detalle que no rebuscaremos. Estos defectos, alguno de los cuales resaltará mejor en la representación que en la lectura, muestran bien claro que *Tres amores* dista

bastante de ser una producción de primer orden completa y acabada. Pero á pesar de esto, el interés y originalidad del asunto y la belleza de sus situaciones culminantes constituyen suficientes méritos para redimirla de la indiferencia, y ni la crítica ilustrada más razonada y fría desconocerá que presenta no poco que admirar. Quizá se podría decir que ninguna obra de la Avellaneda, de las que tratan asuntos modernos, ofrece más variedad y hermosa expresión de los afectos humanos. El alma de Matilde aparece con tan inimitable relieve, que creemos palparla cuando analiza tan serenamente su desvanecido amor que nació del entusiasmo y del orgullo. No hay menos talento en la pintura del amor de San Adrián, «de momentáneos fulgores, vivo, elocuente, impetuoso cuando lo estimulan la vanidad y el deseo; flexible, calculista y mudo cuando se lo dictan el interés y la ambición». El perfil del presuntuoso barón es un dibujo, aunque somero, notable, si se advierte todo el valor de trazar con cuatro rasgos breves y característicos una fisonomía moral.

La primera escena entre hija y madre es digna de atención por la exactitud y viveza con que recorren sucesivamente dos almas las emociones de la sorpresa, los impulsos del orgullo, la reacción del cariño y las expansiones del amor y del agradecimiento: copiaríamos esta escena si no alargase demasiado el capítulo. Otras escenas de Matilde y San Adrián, en el segundo y en el tercer acto, impresionan también vivamente, y en las de Matilde y Antonio, del prólogo, se admiran las deliciosas medias tintas de un idilio.

En suma, *Tres amores* fué una caída digna y honrosa como la del gladiador romano. Confesamos que su

lectura nos deleita por más que ofrezca inconvenientes para ser puesta en acción.

Omitimos examinar las refundiciones ó arreglos de las obras *Catilina, La Aventurera* y *La hija del rey René*, cuyos juicios requeririan previo cotejo con los originales franceses. Su éxito y los elogios que la crítica les otorgó nos dispensan de mayor prolijidad, innecesaria para corroborar las relevantes dotes de la traductora como tal.

Egilona y *La Sonámbula* no tienen puesto en la colección, ni tampoco el drama que sacó de su leyenda *La velada del helecho*, ni el anterior á éstos titulado *Errores del corazón*.

Considerando en conjunto las obras dramáticas de la Avellaneda, puede observarse que se distinguen por los siguientes caracteres generales: mejor colorido y más acierto en expresar la cólera, la soberbia, el odio, el desdén, la dignidad, el honor, que afectos dulces, tiernos y blandos; fecunda inventiva, fertilidad inagotable de recursos para hacer más tupida la trama, de donde se deriva su facilidad de poner siempre en acción los antecedentes en vez de confiarlos á largos relatos y confidencias de los personajes; brillante versificación, y concisión pasmosa para revelar con claridad y fuerza toda situación culminante, advirtiendo discretamente que el espectador no admite se le fatigue haciéndole oir explicaciones enojosas del pensamiento que ha comprendido ya con la frase viva y rápida de un diálogo.

CAPÍTULO VI

LA POESÍA DRAMÁTICA

(Conclusión.)

Joaquín Lorenzo Luaces.—Sus obras dramáticas publicada é inéditas.—*El mendigo rojo.*—*Aristodemo.* — *Arturo de Osberg.*—Las comedias.—Autores cómicos más afortunados.— Cárdenas, Millán, Otero. — Ligera noticia de otros cultivadores de la poesía dramática en el tercer período.

Joaquín Lorenzo Luaces, después de la Avellaneda, es el poeta cubano que con más fortuna ha cultivado el género dramático. Nuestro limitado movimiento artístico local ha hecho que sus triunfos se reduzcan á éxitos de gabinete, careciendo así el autor del principal estímulo de la literatura dramática, la popularidad, el éxito ante el público numeroso y entusiasta congregado por los atractivos de la escena. La falta de la población flotante de otras capitales, que renovándose á menudo y mostrando mayor curiosidad mantiene en los carteles muchas noches las piezas que hacen al-

gún ruido, y también la falta de compañias de actores del país y la menor afición de nuestras clases cultas al arte dramático que á la música, al baile y á otros recreos y espectáculos, hacen que nuestros dramaturgos sólo obtengan para sus mejores obras una primera y última representación, dada á veces por una compañía de paso, que tras fructuosa temporada desea probarnos su agradecimiento; ú organizada, lo cual es más frecuente, por alguna sociedad cortés y amiga del poeta que le honra y premia sus desvelos juntando á los aficionados complacientes que toman á su cargo el desempeño de la obra. Las compañías españolas que nos visitan traen formado el repertorio, y si alguna producción le agregan ha de ser fácil zarzuéla ó ligero sainete, que no requiera los repetidos y formales ensayos de una tragedia ó un drama. Y aun así, han de apartar casi siempre las obras maestras y probar fortuna con la disparatada revista cómico-lírica, la comedia de magia ó el melodrama aterrador y espeluznante. Así la poesía dramática de Cuba, por culpa de unos ó de otros, tiene que ser todavía un Prometeo encadenado, mirando volar alegres y gráciles en torno suyo, como aves libres y sin freno, las inagotables inspiraciones de la lírica.

Pero las obras dramáticas de Luaces ni obtuvieron la primera representación de honor y cortesía que *El conde Alarcos* y el *Don Pedro de Castilla* alcanzaron. Debe asombrarnos, por tanto, su constancia al cultivar sin estímulos ni gloria inmediata un género que tan laboriosos esfuerzos exige.

Fué uno de sus mejores ensayos *El mendigo rojo*, drama en cinco actos impreso en 1859. Su argumento se basa en los rumores vagos según los cuales el rey

Jacobo IV de Escocia no murió en Feldon como la historia dice, sino que sobrevivió muchos años á su derrota, permaneciendo incógnito y obscurecido. Auxiliado por algunos fieles magnates y leales servidores de la montaña, dedica la última época de su vida á combatir al Regente usurpador de su trono y á la libertad de su hijo prisionero, Jacobo V, para que recoja el cetro escocés, empresa que corona al fin un éxito completo. En ella es principal instrumento del aparente mendigo su hijo bastardo John, que entra como paje al servicio de lord Seyton, y se distingue por su valor salvando dos veces la vida del monarca Jacobo V. El amor de este paje á Clary, huérfana pupila de lord Seyton, y la rivalidad del rey, enamorado de la misma dama, pero que cede al final por exigencia de su padre, forman también parte de la acción.

La unidad de esta obra ha sido punto largamente debatido. Negáronla los señores Fornaris y Costales en unas sesiones públicas del Ateneo en 1865, y la defendió Luaces con particular empeño en la misma tribuna. Dijo el poeta que en *El Cid* y *Horacio* de Corneille, el papel de la infanta y las defensas ante Tulio Hostilio pueden suprimirse y se suprimen, porque son episodios desligados del asunto principal; y que si los episodios de *El mendigo rojo* calificados de acciones distintas que rompen la unidad estuviesen asimismo desligados, debían poder ser cercenados igualmente, lo cual no es posible, y á su juicio prueba el enlace íntimo que tienen con la obra y la sinrazón de los censores.

Cierto es que los peligros que corre el monarca no son episodios desligados, y que el vencerlos es lo que

verdaderamente constituye la acción del drama; y cierto es también que durante los cuatro primeros los amores de John y Clary no tienen tanta importancia que eclipsen la de los trascendentales proyectos del mendigo. Sin embargo, se ve claro que el quinto acto está completamente fuera de la acción que Luaces presenta como principal, y nada prueba contra esto que sea el mejor por la viveza y el interés de sus escenas. ¿De qué se trata? Luaces nos dice que de poner sobre el trono á Jacobo V por la influencia del mendigo. Pues esto queda cumplido en el cuarto acto al descubrir y desbaratar la conspiración del Regente. ¿Qué hay en el quinto? La desesperación de John, que lamenta la pasión del rey y el supuesto desvío de Clary; los consejos del mendigo, que promete vencer la inclinación del rey; la fuga de Clary, que huye bajo una tempestad de los asedios de Jacobo V; la persecución tenaz de éste, y finalmente la intervención del mendigo, que descubre los misterios y ordena á su coronado hijo que respete los amores de Clary y John. Nada hay aquí encaminado á restaurar la monarquía. Existe, pues, una segunda acción que ocupa precisamente las escenas finales, una prolongación del incidente más allá del término del conflicto propuesto para asunto principal del drama. Que á pesar de todo esto resulte un conjunto interesante, no es extraño: que plumas tajadas como las de Luaces derraman siempre, por donde pasan, bellezas y primores.

Se ha observado que la primera escena de *El mendigo rojo* tiene semejanzas con el principio de *El Trovador*, y que algunos versos recuerdan otros célebres del antiguo teatro español. Más que estas reminiscencias nos preocupan las analogías que observa-

mos entre la obra de Luaces y la de Zorrilla, *Traidor, inconfeso y mártir.* El supuesto traidor de Zorrilla es el rey Don Sebastián, que pasaba por muerto en una batalla de los portugueses, pero que vivía obscuramente en Madrigal, sin alegar sus derechos al cetro que el monarca español tomó por la supuesta vacante del trono del reino vecino. No hay plagio ni imitación en la obra de Luaces, porque el plan, el objeto y fin de la acción, el objeto y la clase y conducta de los personajes, son en una y otra obra muy distintos. La censura no puede hacer cargos á la honradez del poeta. Pero la simple coincidencia de dos obras en un punto provoca la comparación, y el autor que ha tenido la poca fortuna de coincidir con otro que ha tratado con más brillantez un asunto parecido, no puede impedir que el lector ó espectador que despierta sus recuerdos y trae á la memoria el gran triunfo de otro poeta, debilite algo el interés que la nueva obra le excita. Sólo cuando el último supera al anterior, como Corneille á Guillén de Castro, la coincidencia importa poco. Y el pastelero de Madrigal es más interesante y majestuoso que el mendigo escocés, y sus situaciones y conflictos más dramáticos. Por todas estas reminiscencias de unas y otras obras, por lo anotado acerca de la unidad de acción y por tener más enredos y sorpresas que pinturas de efectos y caracteres, *El mendigo rojo,* esfuerzo digno de una pluma vigorosa, lucha difícilmente en la arena literaria si pretende un puesto tan elevado como desearíamos que lo ocupase fruto de tan alto ingenio.

Su más vigoroso esfuerzo en el género dramático es la tragedia *Aristodemo,* publicada en el mismo año en que murió (1867).

Estrechados los mesenios por los espartanos, consultan al oráculo de Delfos sobre el modo de salvar su patria. El infame sacerdote Theon, ardientemente enamorado de la hija de Aristodemo, que le niega sus favores, aprovecha la ocasión para urdir una miserable trama, haciendo responder al oráculo que debe sacrificarse á los infiernos una virgen por cuyas venas corra la sangre de Alcides y de Apito, y obligando á Melas á que lea el nombre de Aretea cualquiera que sea el de la virgen que por insaculación resulte destinada al sacrificio. Pero Melas tiembla, vacila y lee el de Ifita, realmente designado por la suerte. Theon queda burlado y todo se dispone para el sacrificio de la víctima señalada. Mas no parece en el momento crítico, y como los mesenios se niegan á que haya nuevo sorteo, Aristodemo entrega á su propia hija para calmar las iras de los dioses. Sin embargo, Aretea no sirve para el sacrificio, porque está desposada en secreto con Cleonte, y el oráculo pide una virgen; y tampoco puede declararlo, porque ha jurado, con juramento terrible, por la Estigia, no revelar el misterioso enlace. Sólo Theon puede aclarar el punto, y rehusa hacerlo para saciarse en la venganza. Entonces aparece Cleonte y lo revela, rodeando por la cintura á su esposa con el brazo y defendiéndola ante el altar. Aristodemo, indignado, creyendo que se inventa una calumnia para salvar á su hija, apostrofa enérgicamente á Cleonte y le dirige un golpe con la espada. Aretea se interpone y cae herida por su padre. Cleonte la venga matando á Theon, y Aristodemo se arroja sobre la punta de su propio acero.

Piñeyro ha comparado este argumento con la verdadera tradición griega utilizada por Dottori y Mon-

ti, y resulta que Luaces ha inventado, para enriquecer la acción, el matrimonio secreto de Aretea y la intriga de Theon. Según la historia, la revelación de Cleonte es una mentira sublime para salvarla, y la muerte de la virgen mesenia no es casual, sino deliberada y resuelta por su padre para desmentir la calumnia, mostrando al pueblo las entrañas virginales de su hija. Por donde resulta que el autor, que demuestra por el argumento escogido, por la distribución de las partes y por todo, haber querido una tragedia clásica, ha fracasado por huir de la severa sencillez de los modelos y por desfigurar el asunto de tal modo que lo que en la historia es asombroso aparece en la tragedia artificioso resultado de un crimen repugnante. Estas observaciones de la crítica erudita son exactas: la catástrofe traída por la intriga es inferior á la que causa la inflexibilidad de un sentimiento como el honor ó el fanatismo. Así la catástrofe de *El príncipe de Viana*, de la Avellaneda, impresiona de distinto modo que la de *Alfonso Munio* y perjudica á la primera obra la comparación. Dados los propósitos concretos de Luaces, lo indicado impide que su *Aristodemo* sea una obra maestra en el género á que pertenece.

Con todo eso, estamos lejos de conceder que sea una pieza mediana. Cada acto, cada escena, cada discurso encierra un interés vivísimo y creciente. Cuando Aristodemo, exaltado, vitupera á Theon sus debilidades y temores porque triunfa el espartano; cuando la amante Aretea tiembla porque su padre quiere alejarla de la fortaleza de Ithoma sin saber que la aleja de Cleonte; cuando el cinismo del sacerdote supremo pugna con la soberbia entereza de la joven mesenia; cuando Melas, Aristodemo ó Cleonte narran episo-

dios del combate; cuando Theon prepara su tenebrosa intriga, ó disimula y miente ante la mujer codiciada; cuando Aretea se estremece al pronunciar el juramento funesto; cuando Aristodemo oye de Theon que Aretea es la víctima propiciatoria que la suerte elige; cuando el honrado Critias arranca el antifaz á Theon y le echa en cara sus sospechas; cuando Melas anuncia que la víctima es Ifita y sorprende agradablemente al rey atribulado; en fin, cuando ocurre todo lo del quinto acto que hemos dicho, no es posible dejar de sentir todas las emociones propias de las situaciones distintas que el poeta presenta, poniendo en ellas todo su corazón, toda su alma, todo el fuego de su lenguaje apasionado. Los detalles pasman, atraen, interesan y conquistan el aplauso de nuestra admiración. Hay movimiento, hay vida en los personajes; hay verdad y elevación en sus palabras; hay arte y esfuerzos felices en los puntos culminantes; y si la sencillez extrema de las tragedias clásicas es motivo de que para el público de hoy sean inaceptables puestas en la escena, uno de los defectos de *Aristodemo*, su complicada acción, haría quizá que en el teatro obtuviese el voto popular.

Por lo demás, no nos persuadimos, leyendo despacio la tragedia, de que por buscar concisión y rehuir estéril lirismo, Luaces haya privado al verso de sus condiciones musicales. Seis repeticiones de la sílaba *con* en ocho renglones, no deciden este punto. Ni vemos que las imágenes escaseen; antes creemos que abundan, y tan deslumbrantes, escogidas y propias, sobre todo en labios de Theon y Aristodemo, que sorprende la rica imaginación que las produce.

De las obras dramáticas inéditas de Luaces, la tra-

gedia *Arturo de Osberg* merece especial mención. El amor no correspondido de una reina impúdica y el desprecio insultante con que le paga el altanero vasallo, son sentimientos propios para producir, puestos en pugna, conflictos dramáticos no vulgares. Veamos cómo:

Isabel, reina de Francia, llega al castillo de Osberg con el duque de Orleans y algunas tropas, buscando refugio contra el de Borgoña, que ha insurreccionado el país. Uno de los hijos de la condesa de Osberg, Arturo, sigue la bandera del borgoñón, y se presenta en el castillo como emisario de los sitiadores para hablar á la reina. Isabel queda asombrada al reconocer en Arturo á su salvador, que la libró de muerte cierta en ocasión en que un caballo desbocado la conducía á un abismo. Disuelve su consejo y le recibe en audiencia privada para declararle el amor que le profesa y excitarlo á que pase á su bando. Pero Arturo responde con altivez y franqueza inauditas echándole en cara sus adulterios y afirmando que prefiere á su pura y casta Berta. Indignada la reina, hace que le prendan y manda que se cumpla la sentencia de muerte que desde antes pesaba sobre Arturo y estaba suspendida. Los caballeros, y principalmente Rodulfo, hermano de Arturo, se oponen á la prisión, porque su carácter de emisario le hace inviolable. Sin embargo, el vengativo duque de Orleans insiste en que la orden soberana se cumpla, y Arturo le ayuda entregándose para que su ejecución sea un crimen que deshonre y avergüence á los enemigos del de Borgoña. Posteriormente la piedad y la cólera de Isabel revocan y reiteran varias veces la sentencia, hasta que al fin se cumple. Llega en el instante crítico la condesa, de regreso de una ex-

cursión secreta que le ordenó la reina, y compele á ésta á que perdone otra vez á Arturo. Isabel se niega y la condesa descubre que Arturo es aquel hijo adulterino de la soberana que Osberg salvó y ocultó. Entonces Isabel decreta nuevo indulto. Por desgracia, ya era tarde.

La falta grave de esta pieza dramática está en la exposición. Al terminar el primer acto el lector cree que Arturo ama á la reina, y que este amor y sus obstáculos serán el asunto de la obra.

Cuando Arturo relata que la reina le entregó un lazo y una flor; cuando Berta tiene celos; cuando los tiene el duque, amante de Isabel, y sostiene un vivo altercado con Arturo, hay motivos para sospecharlo. En el acto segundo se trata de cosa completamente distinta. La condesa reconviene á Arturo porque huye de la sociedad; Arturo y Rodulfo desahogan sus resentimientos quejándose cada uno de que su madre prefiere al otro, y terminan amenazándose y queriendo batirse por la reina, á quien uno insulta y el otro defiende. Como se ve, las escenas de este acto no pueden apartarse más de la acción de la obra. Esta no fija bien su rumbo hasta la escena octava del acto tercero, en que Isabel declara su pasión y Arturo la rechaza: hasta entonces los dos principales personajes no se habían encontrado juntos, ni habían aparecido en pugna sus sentimientos opuestos que producen el conflicto dramático. Hay, pues, en *Arturo de Osberg*, por el empeño de llenar cinco actos á toda costa, una exposición del asunto demasiado larga y apartada de lo que ha de formar el nudo de la obra.

Hemos leído también en los manuscritos de Luaces sus restantes composiciones dramáticas, á saber: El

drama *El Conde y el Capitán*, y las comedias *El fantasmón de Aravaca, La escuela de los parientes, Dos amigas, El becerro de oro* y *A tigre y zorra bull-dog. El Conde y el Capitán* es un drama defectuoso y poco interesante. Las comedias tampoco merecen especial examen. En lo cómico, Luaces se movía con dificultad. Dispuesto siempre para sentir lo trágico y para enaltecer lo grande y digno en valientes y cinceladas estrofas, en cambio encontrábase cohibido cuando quería copiar lo ridículo y mover á risa. En *El fantasmón* hay un tipo cómico, pero muy exagerado y mal presentado, en una acción que interesa muy poco en sus cinco actos. Los diálogos son forzados y las situaciones con frecuencia falsas. *El becerro de oro* recuerda *Las preciosas ridículas;* pero Molière hace un breve episodio y Luaces lo deslíe en cinco actos lánguidos.

Los poetas cubanos del tercer período que más fácilmente han escalado la escena y recogido alguna vez los aplausos del público, han sido los autores cómicos José María de Cárdenas y Rodríguez, José Agustín Millán y Rafael Otero.

Cárdenas hizo representar en el Liceo de la Habana en 1848 su comedia en tres actos *Un tío sordo*, favorablemente juzgada por Blas María de San Millán y Anselmo Suárez. Dejó inédita otra comedia, *No siempre el que escoge acierta*, escrita en el mismo año.

José Agustín Millán dió al teatro multitud de juguetes cómicos, empezando en 1841. Cítanse de él *El médico lo manda, El camino más corto, El novio de mi mujer, El recién nacido, Amor y travesura ó Una tarde en Bejucal, La hechicera de París* (traducción del francés), *Gabina ó Un corazón de mujer, Un velorio en*

Jesús María, *Manjar blanco y majarete* (sainete escrito para un beneficio de Covarrubias), *Amor y guagua*, *La bendición, papá*, *Función de toros sin toros*, *El cometa del 13 de Junio* (1).

Rafael Otero escribió á los quince años su comedia *Mi hijo el francés*, y más tarde *Un novio para la isleña*, *Un bobo del día*, *El muerto lo manda*, *Quien tiene tienda que atienda*, *Un novio del día*, *El Coburgo*, representadas y celebradas. Para el Liceo de Matanzas escribió el proverbio *Del agua mansa me libre Dios*.

Vélez Herrera compuso en 1843 *Los dos novios de los baños de San Diego*, comedia respecto de la cual nunca hemos leído ni oído decir nada.

Mendive dejó algunas piezas dramáticas inéditas. Alguna debió escribir también Orgaz, cuyo título no se ha conservado.

De Domingo del Monte y Portillo es *El último sábado*. De Ramón Piña, *Dios los junta y ellos se estorban*. De Vinagears, *Los dos estandartes*. De *El Cucalambé*, la pieza en un acto *Consecuencias de una falta*. De Torroella, *Amor y pobreza*, composición vulgar, aunque representada con éxito en la Habana. De Federico Milanés, la comedia *Un baile de ponina*, y las premiadas por el Liceo de Matanzas, *Mercedes* y *La visita del Marqués*. De Blanchet, *El anillo de Isabel Tudor*, que obtuvo *accesit*. De Ignacio Miranda, varios proverbios y juguetes, uno de ellos premiado en Puerto Príncipe en 1868. De Casimiro del Monte, *Rosas y diamantes*, de asunto parecido al de *Amor y pobreza*. Otro drama del mismo autor, *El árbol de los Guzmanez*, careciente de mérito, fué juzgado por amigos con

(1) CALCAGNO: *Dicc. biog. cub.*

más benignidad de la que realmente merece, y lo prueba que su estreno fué un *fiasco* (1). Son de Isaac Carrillo *Magdalena*, *Luchas del alma*, *El que con lobos*

---

(1) Cítanse también las siguientes:

Lea usted, *Los Artistas*, *Una casa de modistas* y dos zarzuelas inéditas, de Pamela Fernández de Laude.

La hija de mi tío, *No hay atajo sin trabajo*, de F. Armas y Martínez.

El catalán generoso, *El cardenal Jiménez de Cisneros*, *El médico chino*, *Los amantes de Granada*, *Luz divina*, de Juan Miguel Losada.

Wenamaro, *El Juramento*, *El Doncel*, de Andrés López Consuegra.

Amoríos de novela, en un acto (Puerto Príncipe, 1844), y *Sancho Saldaña*, en cuatro (Matanzas, 1848), por Rafael Hernández Alba, militar y poeta natural de Sancti Spíritu.

La hija del pueblo, de José Fornaris.

Una vieja como hay muchas, de José Joaquín Govantes.

Las dos Dianas, de Carlos Manuel de Céspedes.

Roberto el Cervecero, de Angel Bello.

El caballero del penacho negro, drama en cuatro actos y en verso, premiado por el Liceo de la Habana en 1856, de José Beltrán y Ferrari.

La Huérfana, con dos ediciones, de Concepción Agüero.

Una mala vecina, por Jesús del Monte y Mena, de Santiago de Cuba.

Nobleza obliga, de Máximo Domínguez.

El matrimonio casual, de Francisco Filomeno.

Diego Velázquez, drama en cuatro actos y en prosa, de Nicolás de Cárdenas y Rodríguez.

El marqués de Varel, drama de Antonio María Lorié, de Santiago de Cuba.

Una comedia del Marqués de Montelo.

Otra escrita en Villaclara entre González, Capiró y Gutiérrez.

anda... De Adolfo Varona, un volumen de proverbios dramáticos, de 1866. Es imposible formar juicio de la mayor parte de estas obras que no se encuentran en ninguna parte.

Doce dramas de Ramón Francisco Valdés.

Dos de Pedro Arias.

Dos inéditos de C. Arozarena.

Y las obras de Teodoro Guerrero, Francisco Javier Balmaseda, José Socorro de León, José de Poo, Antonio Medina, Catalina Rodríguez, José Robreño, Fernando Urzáis, Manuel de Torres, Tomás Mendoza, Rafael L. Palomino, Solórzano, Zafra, Zamora y otros.

CAPÍTULO VII

OTROS GÉNEROS POÉTICOS

La poesía épica.—El poema mitológico *Cuba*.—Luaces.—López de Briñas.—Narciso Foxá.—Vélez Herrera.—Los *Romances cubanos*, de Carlos Navarrete.—Miguel Teurbe Tolón y sus *Leyendas*.—Güell y Renté, Antonio Vinageras, el marqués de Montelo y José Trujillo y Armas. La poesía satírica y festiva.—José María de Cárdenas y Rodríguez.—Luis Victoriano Betancourt y Francisco de Paula Gelabert.

En el género épico, lo único notable producido en el tercer período es el poema mitológico de Luaces titulado *Cuba*. Es un trabajo esmeradísimo, encantador é irreprochable en su forma. Consta de tres cantos, y cada canto de cien octavas reales. La voluptuosidad es su nota dominante.

El argumento... *(falta aquí un pliego que se extravió del M. S.)*

Luaces dejó también una colección, todavía en su mayor parte inédita, de setenta y cinco romances cortos. Algunos son independientes; otros forman grupos

de cuatro ó seis entrelazados entre sí, constituyendo un diálogo entre amantes, rivales ú otros personajes. Caracterízalos entre los romances cubanos de diferentes autores la completa ausencia del poeta, que ni para exponer antecedentes, describir lugares ó presentar personajes interviene directamente: todos los versos están en labios de campesinas y campesinos, que sostienen conversación ó cruzan correspondencia. Su estilo es sencillo, su lenguaje natural, sin ser grosero ni con pretensiones de imitar el incorrecto de las gentes sin cultura; su sobriedad y precisión contribuyen á que los saboree el lector con agrado y sin fatiga, lo que depende también de que los afectos y sentimientos en acción ocupan en ellos el lugar que en otros romanceros llenan los detalles copiosos de trajes, fiestas, sitios y cosas exteriores. No son indignos de la pluma de Luaces y merecen conservarse impresos.

Menos importantes son sus *Tradiciones cubanas*, también inéditas, todas de argumento trágico. *Don Pablo* es un campesino honrado, severo padre de familia, que castiga los atrevimientos del amante de su hija dándole un machetazo y separándole el brazo del cuerpo. En *El amante y el hermano* es éste quien castiga la informalidad del novio dándole muerte: la hermana declara generosamente que ella es la matadora; pero la justicia la absuelve. *El Agradecimiento* narra un caso singular de cortesía, más propio de la Edad Media que del siglo XIX: un campesino que huye de la justicia por haber matado á otro hombre en una riña, advierte, después de haber corrido siete leguas, que ha olvidado dar las gracias al caballero bienhechor que le proporcionó el caballo, y desanda resuelta-

mente todo su camino y toca á la ventana de D. Baltasar á media noche para manifestarle su eterna gratitud. *Para verdades el tiempo*, es la historia tantas veces repetida de un hombre injustamente sentenciado como autor de un crimen, y que no puede probar su inocencia hasta que la casualidad, años después, se encarga de dar el mentís á los precipitados jueces. *La cruz de ébano* quedó sin concluir. Los asuntos, como se ve, hieren fuertemente la imaginación. La ejecución no pasa de mediana.

Como autores de cantos épicos deben ser citados Felipe López de Briñas y Narciso Foxá. Ambos los dedicaron á Colón para concurrir en 1846 á un certamen del Liceo de la Habana, en que salió vencedor el segundo, cuyo poema prueba que su numen era más propio para lo tierno y apacible que para la entonación robusta de la épica. Así es que los motivos que el asunto le ofrece para algún rasgo de ternura, para alguna pincelada suave, los aprovecha mejor que otros.

Briñas, no más afortunado que los otros once competidores, no obtuvo el *accesit:* no obstante, publicó su composición con esta nota: «Admitida en el certamen de los Juegos florales que celebró el Liceo, en Noviembre de 1846.» Más lírica que épica, es uno de los atrevimientos menos felices de su imaginación. Concluye pronosticando que en los siglos futuros los huracanes pronunciarán el nombre de Colón.

"Se hundirán ante Dios las sociedades,
y cuando el mundo se desplome roto
formarán de Colón el monumento
las ruinas del tendido firmamento."

Con estas exageraciones sin sentido glorificaba á sus héroes la poesía romántica.

Foxá publicó también en 1839 el romance *Aliatar y Zaida*, en *La Siempreviva*, y en 1844 comenzó sus leyendas cubanas, dando á luz la primera, *La loma del indio*. Parece que abrigó intenciones de proseguir, aunque no hay noticias de que lo hiciese.

De los *Romances cubanos* de Vélez Herrera, de 1856, hablamos ya anticipadamente para no subdividir demasiado nuestro juicio del poeta.

Con el mismo nombre imprimió, en 1846, Poveda una colección que no supera el valor mediano de sus poesías líricas en otra parte mencionadas.

También tiene Carlos Navarrete sus *Romances cubanos*, dados á luz en 1856. La suavidad, la sencillez, la corrección, como queda dicho, son las cualidades triunfantes de este autor. Quizá porque no ha fatigado con su firma la prensa diaria, que es el heraldo de las reputaciones donde los libros circulan poco, su modesta obra, flor cuidada en el invernadero, no ha recibido el beso del aura popular, tan pródiga otras veces.

Miguel Teurbe Tolón creyó, según declara en el prólogo de sus *Leyendas*, que el romance cubano era el verdadero camino de la emancipación para nuestra literatura, y lo emprendió con entusiasmo y fe.

Pero las leyendas de Tolón justifican todavía menos que otras las pretensiones del autor. ¿Qué hay de verdaderamente local en el romance *Paula?* Una joven inexperta y liviana, amada y amante, huye de la casa materna con el mancebo que la enamora. Abandonada después, vuelve sin honra al hogar, donde encuentra á su madre muerta. Avergonzada y loca, Paula

muere también poco más tarde, y el seductor continúa en bailes y fiestas sus conquistas. ¿Qué hay en la niña liviana, en la madre infeliz y en el mancebo ingrato que no pueda ser de otros países?

La lectura de la Biblia no es tampoco romance cubano porque se diga en cuatro versos que un negro estaba presente, cruzado de brazos, ni porque éste pronuncie dos palabras dándose por conforme con el salmo leído.

Ni en *La ribereña del San Juan*, alegre antes de enamorarse, y melancólica después, ni en *El remedio de una honra*, que termina algo románticamente, arrojando un padre á los pies de su hija en oración la cabeza ensangrentada del amante que entró de noche en su casa (asunto parecido é inferior al de la tragedia *Alfonso Munio)*, vemos nada que refleje costumbres propias y exclusivas de Cuba.

Lo mismo decimos de las otras en que figuran los bandidos Juan Cabeza y Juan Ribero, que aunque hayan existido realmente en nuestra tierra, no son en sus astucias y generosidades diferentes de los que aparecen en novelas francesas y españolas.

La descripción de una pelea de gallos y la imitación del lenguaje incorrecto de la gente inculta de los campos, es quizá lo más realista que sus leyendas ofrecen; lo cual ni tiene mucha importancia ni difiere gran cosa de cuadros análogos de otros poetas cubanos.

Santacilia escribió una leyenda titulada *Hatuey*, que, por desgracia, perdió con su maleta al escaparse del pueblo de Montilla, donde estaba confinado por orden del Gobierno. Por la introducción que conservó, se ve que manejaba con soltura y elegancia las octavas reales. Si toda la obra estaba versificada de igual

modo y el plan correspondía á la versificación, debió ser una de su mejores producciones, y es lástima que se perdiese.

Otra aparece en *El arpa del proscrito*, titulada *Amor y deber*, cuyo asunto histórico está tomado de la Biblioteca Colombina de Sevilla. Es un interesante y sencillo poema escrito en correctos y delicados romances. Narra los amores y zozobras de un joven árabe, que cuando se dirigía á visitar á su dama es preso y conducido ante el alcaide cristiano de Antequera. Amenazado de ser castigado como espía, declara que no los ardides de la guerra, sino los del amor, le llevan sigilosamente por allí. El alcaide le concede permiso para que vaya á ver á su amada, con tal de que empeñe su palabra de regresar y constituirse prisionero. Parte el árabe y vuelve, pero no ya solo, sino acompañado de su dama, que se resiste á separarse de él y pide al alcaide compartir la suerte de su amante. El arrojo y ternura de la joven conmueven al alcaide, y la enamorada pareja es puesta en libertad. Este asunto está tratado con más acierto que el análogo que expone Milanés en *La promesa del bandido*. En esta obra del bardo matancero hay algo violento: aquel joven ilustre y bien nacido que porque mata á otro en una riña se cree forzado á convertirse en salteador, y que después se entrega á los esbirros para ver á su madre enferma, sabiendo que le espera la pena de muerte; ese hombre que advierte á la débil mujer que está obligado á volver á la prisión, sin comprender que le da un martirio más y que provoca su resistencia; y que al fin se suicida ante su madre porque entiende que así se lo ordena el honor, ya que empeñó su palabra de volver al calabozo, es un atolondrado

protagonista que piensa y se conduce al revés de cualquier hombre, honrado ó criminal. El lance de *Amor y deber* es también raro y novelesco, pero sin exageraciones extravagantes, y su versificación más aventajada en galanura.

José Güell y Renté, aunque de los menos populares, fué de los más fecundos cultivadores de la poesía narrativa.

Publicó en 1856 un volumen de *Leyendas americanas*, y más adelante *La Virgen de las Azucenas* y la *Leyenda del Monserrat.*

Antonio Vinageras compuso é insertó entre sus versos líricos largas leyendas del más exagerado corte romántico. La hipérbole y la inverosimilitud campean en ellas como en los cuentos más increíbles de *Las mil y una noches.*

El marqués de Montelo escribió los romances *La defensa de Martos* y *Ben-Aysa*, y la tradición alemana *La Maldición*. *La defensa de Martos*, Peñón atacado por los moros, funda su interés en la heroica actitud de la condesa doña Irene, que se pone á la cabeza de una tropa de amazonas para reforzar la escasa guarnición del castillo, y así da tiempo para que vuelva el conde y disperse á los sitiadores. *Ben-Aysa* es la historia de los amores del jeque alarbe de este nombre y del joven Ismail, ambos prendados de la misma dama: se desafían y baten y resulta el primero malherido; pero desleal y vengativo el jeque vencido en buena lid, rebelándose contra el *juicio de Dios*, sorprende la morada del respetable Abdalaya la noche en que su hija se desposa con Ismail, cayendo sobre ellos con gente armada para asesinar al rival y robarle la prometida, como lo hace, aunque sin contar con el valor

de ésta, que saca de su pecho una daga y mata al traidor audaz.

La Maldición relata una historia más breve: dos bardos llegan á la corte de un reyezuelo y hacen la delicia de todos con sus canciones; embelesada la reina, arroja al más joven una flor; el brutal y celoso monarca desnuda la espada y asesina al favorecido cantor; el otro, su padre, recoge al herido y fulmina una terrible maldición que al cabo se cumple, siendo destronado el reyezuelo y derruído su palacio.

José Trujillo y Armas incluyó en sus *Flores de un día* las leyendas *Genaro y Conchita*, *Esperanza y Floridano* y *Florisa de la Flor*, de asuntos amorosos y dulces versos que resbalan fácilmente, sin otras cualidades que merezcan especial mención: temprano abandonó las musas, que prometían serle propicias.

También Luis G. Acosta y Eusebio Guiteras, laureados en 1861; Morillas, Catalá y algún otro, han ensayado, obscura y brevemente, en el género de leyendas y romances.

Como poetas satíricos y festivos se han distinguido Federico Milanés, laureado en los certámenes, y Rafael Otero, ocurrente, infatigable y popular escritor desde los quince años, principalmente en la Habana y en Matanzas, por haber colaborado en ambos puntos largos años en periódicos diversos muy solicitados y leídos. También José María de Cárdenas y Rodríguez, el más notable de nuestros fabulistas y el chistosísimo escritor peninsular D. Juan Martínez Villergas.

Pero la forma natural de la literatura satírica y festiva, y de la crítica de usos y costumbres, la más favorecida, por razón de su espontaneidad y ductilidad, ha sido aquí, como en otras partes, la prosa.

Émulo distinguidísimo de José Victoriano Betancourt, quien, como hemos dicho, pertenece al segundo y al tercer período, fué desde 1840, en la prosa festiva, el citado poeta Cárdenas. El nombre de José María de Cárdenas y Rodríguez, que comúnmente trocaba por el anagrama *Jeremías Docaransa*, fué de los primeros y de los pocos autores cubanos que han salido de Cuba, como los de Milanés y Plácido, por el solo prestigio de sus obras. Escribió en *La Prensa*, en *El Faro Industrial*, en *El Artista*, en *El Prisma*, en la *Revista Pintoresca*, en *Flores del Siglo*, en la *Revista de la Habana*, y periódicos de Madrid, París y Nueva York reprodujeron sus artículos. Formó de ellos una notable colección en 1847, que lleva prólogo de Villaverde. No solamente brilla en ellos por su intención y gracia, sino también por el manejo del idioma.

Luis Victoriano Betancourt heredó de su padre la afición al género que le dió tanta nombradía. Los bailes, el juego, las preocupaciones de todas las clases sociales y las costumbres y dichos de las inferiores, fueron los temas favoritos de su pluma, que esgrimía con donaire.

Francisco de Paula Gelabert y Juan Francisco Valerio, que han hecho también curiosas, amenas é interesantes colecciones de sus críticas jocosas, sobresalen asimismo entre los numerosos y más ó menos afortunados cultivadores de la prosa festiva.

CAPITULO VIII

LA NOVELA

Gertrudis Gómez de Avellaneda.—Sus novelas y leyendas. *El artista barquero.—Dolores.—La velada del helecho. El cacique Turmequé.*—Un elogio del marqués de Valmar.

A su debido tiempo dimos cuenta de las primeras novelas de la Avellaneda, que escribió y publicó en España. Cúmplenos ahora tratar de las que pertenecen al tercer período, entre las que figuran *El artista barquero* y *Dolores*, escritas en Cuba á su regreso, y las composiciones más breves insertas en el tomo quinto de sus *Obras*.

El artista barquero es la más extensa de sus *novelas y leyendas*.

Consta de tres partes. En la primera se presenta al protagonista en su terrible lucha con el adverso destino. Es Huberto Robert un joven parisiense que encierra en su frente el fuego del genio nacido para el arte; pero que obligado á procurar el sustento á su ma-

dre y sus hermanas mientras su padre gime preso en poder de corsarios, trabaja modestamente en el taller de un lapidario, y los domingos manejando los remos de una barca en la bahía de Marsella. La mísera condición en que vive se opone doblemente á su dicha, porque enamorado de Josefina, cubana hija del opulento Mr. Caillard, ve que la diferente posición social de ambos será para su amor insuperable obstáculo. Un protector oculto y desconocido le trae los primeros rayos de esperanza: redime de su cautiverio al padre devolviéndolo á su hogar, entrega á Huberto una bolsa llena de oro, y pronto le anuncia que tiene pagados en París dos años de pensión en el taller de un distinguido profesor de pintura. Huberto parte radiante de alegría, alimentando sueños de oro, con el proyecto secreto de hacer un día maravilloso cuadro que Mr. Caillard ha pedido en vano á los grandes pintores, cuadro que ha de reflejar fielmente los recuerdos de su mansión favorita en los campos de Cuba, cuadro que es el tema de su extraña locura desde que hombres positivistas destruyeron los encantos de aquellos lugares amados sumiéndole en profunda tristeza: si con su genio de artista Huberto colma el afán del padre de Josefina, ¿qué se negará á su amor?

Huberto hace rápidos progresos; su fama crece instantáneamente, la Pompadour admira sus pinturas y obtiene para él un nombramiento de guarda-cuadros de Su Majestad con habitación en Palacio y crecido sueldo. Pero su amor peligra: la favorita de Luis XV se prenda de su gentil figura, sus halagos menudean y el joven artista tiene que hacer esfuerzos grandes para conservarse fiel á Josefina. Esta, entretanto, engañada por indicios alarmantes, juzga pérfida la conducta de

Huberto, y por despecho consiente en otro matrimonio. Cuando la noticia de este acontecimiento llega al apasionado amante, su virtud desfallece, y desesperado medita en su venganza.

En la tercera parte la autora explica la conducta de Josefina, que tanto sorprende al lector mientras ignora los antecedentes. Vienen después interesantes escenas en que el amor de la marquesa entra en su período álgido; comprende luego que el corazón de Huberto está entregado á su antiguo afecto, y al fin renuncia á conquistarlo por un inspirado rasgo de heroica generosidad. Huberto, persuadido ya de que fué un visionario creyéndose amado de la Pompadour, vuelve á Marsella á realizar su venganza, que consiste en llevar su obra maestra, su cuadro representando la colina, el templete, las palmas, los dulces recuerdos de Mr. Caillard, y dedicarlo á Josefina como regalo de boda, para que mantuviese perpetuamente vivo su remordimiento. Sin embargo, al cabo luce la hora de la dicha para los amantes, que con sus mutuos recelos se habían ido alejando uno de otro, y ambos al par de la felicidad; el novio que estaba próximo á desposarse con Josefina, recibe aviso de que hay obstáculos grandes para su unión, y renuncia á ella, comprendiendo que la eterna melancolía de su prometida es confirmación elocuente de su desamor; entonces, libre ya la bella criolla, reconcíliase con Huberto, y se efectúa el enlace que tres años antes parecía un sueño irrealizable.

Hay en la acción de esta novela situaciones de mucho interés. Cuando Huberto medita á solas si el amor que descubre en la marquesa de Pompadour es realidad asombrosa ó ilusión de sus sentidos, fantasma

creada por su vanidad; cuando contrariando sus tentaciones decide luchar con fuerte espíritu para no confundirse entre las miserias cortesanas; cuando la favorita de Luis XV se introduce una noche en la habitación del guarda-cuadros furtivamente y sorprende en su delirio las relaciones de su amor á Josefina; cuando la autora describe aquella escena difícil en que la dama protectora se despide de Huberto, oye serena el relato de sus penas y promete amparar y bendecir aquel enlace de dos almas puras y libres, ante las cuales la suya se avergüenza, hay en las pinceladas una maestría incomparable, una perfección de tonos y colores que cautiva poderosamente; esas medias tintas con que se da color indefinible á los sentimientos y emociones del alma enamorada, esa ligera sombra llena de magia y atractivos con que se rodean los afectos vagos y vacilantes que brotan entre las tormentas del pecho, son en la pluma de la Avellaneda fértiles recursos, de los cuales dispone con delicadeza primorosa.

Un reparo puede hacerse á la exposición del argumento en la primera parte de *El artista barquero*. Aquella primera entrevista de Huberto y Josefina se resiente algo de falta de naturalidad. Se comprende que dos amantes tengan ansias de conocer sus respectivos antecedentes, pero no que en la primera ocasión que logran para cambiar sus apasionadas palabras, cuando la emoción debe embargar sus facultades, cuando el exceso de la dicha no deja tiempo todavía para razonadas explicaciones, la mujer improvise un discurso de ocho páginas, durante el cual el galán no chista, para narrar una larga historia de muchos años y exigir seguidamente que el novio cuente la suya ó la

traiga por escrito el primer día que vuelva á verla. Nótase en toda esta precipitación una gran impaciencia por salir de los preliminares y entrar en el nudo de la novela; es que la autora, atenta siempre á huir de cansados y lánguidos relatos, deseosa de que la acción tenga pronto movimiento, ha querido emplear la mayor concisión al tratar de ciertos pormenores justificativos de posteriores sucesos.

De los caracteres, Huberto y la marquesa son los que aparecen con mejor relieve. Josefina no interesa tanto: más que parte principal de la acción parece un complemento de ella, aunque bien presentado y sostenido en todo su curso.

Avalora una erudición prudentemente repartida las páginas de esta novela: no es la fatigosa profusión de nombres y de sucesos históricos amontonados por lucir extemporáneamente el saber; es un ligero bosquejo de la sociedad cortesana que giraba en torno de Luis XV, que sirve de fondo al cuadro en que se destaca la vida del artista barquero. En el último capítulo, cuando ya el lector ha satisfecho su curiosidad conociendo el desenlace, cuando ya no le impacientan ni enojan digresiones, preséntanse con arte primoroso una reunión de la corte de admiradores que gira en torno de la Pompadour, y allí, presentes unos, aludidos otros, cruzan ante nuestra imaginación los más notables personajes que brillan á mediados del siglo XVIII: Diderot, Helvecio, Rousseau y otros varios son recordados por rasgos característicos de la personalidad de cada uno, y al dar cuenta uno de los tertulianos de la muerte del barón de Montesquieu, tan sabio como caritativo y generoso, se alza el velo que cubría el nombre del ignorado protector de la fa-

milia Robert, y la ilustre figura del autor del *Espíritu de las leyes* aparece rodeada de la bendición de los agradecidos y del respeto de todos, con la aureola que le da su filantropía modesta y recatada.

Termina con un toque de efecto: la Pompadour muere obscuramente, y en triste y lluviosa tarde es conducida á su última morada sin que rueden lágrimas sobre su féretro. El lector, sin duda, suelta el libro y reflexiona un instante filosóficamente sobre las pompas humanas desvanecidas.

Dolores es una novelita brillante, prueba del partido que saca una pluma ingeniosa de un asunto sencillísimo.

Los condes de Castro Xeriz son desagradablemente sorprendidos por el monarca castellano cuando anuncia que les prepara para esposo de la bella Dolores un digno vástago del más amado de sus servidores: D. Rodrigo, nieto de D. Alvaro de Luna. Principalmente la condesa doña Beatriz de Avellaneda, promete ver antes muerta á su hija que enlazada con la familia de sus eternos enemigos. Dolores ama á Rodrigo: la violenta oposición de su madre la hiere como el rayo y enferma del pesar. El conde no quiere labrar la desgracia de su hija ni descontentar al rey, y desentendiéndose de la voluntad de la condesa, consiente en el enlace y lleva la palabra de consuelo al lecho de Dolores; pero en balde, porque la tierna doncella se agrava, y por fin muere, llenando de desolación su casa. Seis años pasan y aún doña Beatriz no ha amortiguado su terrible dolor: retirada en su castillo, á nadie recibe en sus habitaciones fuera de dos ó tres criados; ni aun al conde. Un día éste rompe la consigna y viola su retiro porque ocurre algo grave: han caído en

desgracia, las intrigas de los Lunas prosperan, el rey recela y urge huir. En estos angustiosos instantes, una criada que ya no puede acallar en su conciencia los remordimientos de seis años, revela el terrible secreto: Dolores vive; vive encerrada por su madre en aquel rincón de la morada señorial, más que muerta, condenada á inenarrable agonía entre aquellas mudas paredes donde no hay un alma que responda á los suspiros de la suya. Pásmase el conde, libértala, y haciéndose violencia extraordinaria se ve obligado á perdonarlos á todos por fervientes ruegos de la mártir niña. Doña Beatriz, satisfecha de su obra, reta audaz al conde para que la castigue si lo merece por haber evitado la mancilla de su honra, la mancha de sus blasones. Dolores profesa en un convento, dedicándose á Dios, como lo estaba haciendo, desde la falsa noticia de su muerte, su amado Rodrigo, quien algunos años después, por providencial casualidad, reza por el alma de la hija de los condes sobre una tumba vacía, mientras obscuramente la depositan muy lejos de allí en humilde fosa.

El carácter de doña Beatriz es el más digno de atención y estudio. Es la genuina representación del más exagerado orgullo aristocrático, sublimemente cruel al tomar aquella resolución heroica con la cual se sobrepone á los más vivos impulsos del amor maternal: su acto de tremenda energía es otro caso análogo al de Guzmán el Bueno, aunque más terrible y estupendo, porque no nace de un doloroso deber impuesto por una lealtad acrisolada, sino de una altivez indomable que reputaríamos crimen si en los siglos medios no fuese el honor un fanatismo distinguido por los más extraños caracteres. El de Dolores, sin tanto relieve, está bosquejado con las delicadas tintas que

le corresponden. El conde, presentado con una maestría que honra á la pluma de la autora, es un tipo de cierto color indefinible cuya pintura requería cierto tino: es una voluntad débil y fuerte al mismo tiempo, esclava por punto general del carácter dominante y avasallador de la condesa, pero que cuando advierte caprichos de cierta importancia con los cuales no debe tener condescendencia, se decide, fija su rumbo y hace gala de firmeza en su resolución y de energía en sus actos, excusando el gasto de estériles palabras que para los espíritus reconcentrados y sobrios en hablar es una lastimosa dispersión de fuerzas; y como obedece á impulsos de su serena reflexión y no á los apasionados ímpetus de indomable genio, cuando ha pasado la ocasión de obrar depone su energía y no se entretiene en venganzas que dicta el amor propio. Por último, el médico y las criadas son ligeros perfiles muy correctos.

La disposición de los capítulos revela el conocimiento del arte utilizado por un experto artista. Siempre hay algo oculto que mantiene ardiente la curiosidad, y á cada rato sale un detalle que indica la existencia de un misterio que hay necesidad de descubrir. Las emociones se suceden y el desenlace no se adivina mientras no se acercan las páginas finales.

Hay también una enseñanza implícita en *Dolores*. El lector del siglo XIX siente un saludable horror hacia aquellos bárbaros heroísmos propios de las costumbres de los siglos medios, y se felicita de que la civilización haga ya imposibles semejantes atentados que hielan nuestra sangre, cometidos á nombre de un honor algo descomunal y fantástico.

De las obras más breves que encierra el tomo quin-

to, sobresalen por su trama *La velada del helecho* y *El cacique de Turmequé.*

La primera desenvuelve una acción sumamente interesante, y aunque basada en el viejo y manoseado asunto del amor de un galán pobre y una rica niña, tiene por sus episodios y lances mucha novedad. Arnoldo, el misterioso paje del conde de Montsalvens, sobre cuyo nacimiento corren rumores de muy varia especie, se ha enamorado de Ida Kéller, hija de un rico ganadero suizo; y si por ser correspondido es muy dichoso, por los obstáculos que hay para su enlace es desdichado. Una noche, víspera de San Juan, se reunen en el *chalet* del ganadero los aldeanos de la comarca para celebrar alegre fiesta: hónralos con su presencia el joven barón de Charmey, que de propósito suscita la cuestión del día, la popular conseja que supone que á las doce de aquella noche todos los años el diablo se presenta en el camino de Evi, y hace un donativo á quien lo acepte mediante un pacto previo. Unos opinan que es superstición, otros que es cierto y que se trata de vender el alma á Satanás, mientras el barón asegura formalmente que sabe de un caso por su abuela, y que el contrato no obliga á ser eterno esclavo del demonio. Arnoldo se despide apresuradamente sin acceder á las súplicas que le hacen para detenerlo; nadie sabe por qué se marcha tan temprano, pero tres días después para nadie es un secreto que Arnoldo está ya rico, que pidió la mano de Ida, y que se prepara deslumbrante boda entre el general alborozo. Sin embargo, pronto cambia la admiración de objeto, pronto el asombro tiene muy distinta causa, porque el paje es preso por mandato de su señor Montsalvens; sábese que hizo un robo de importantes

documentos, y córrese que ha confesado haber obedecido á órdenes del diablo, por lo cual será quemado vivo. Y así hubiera sucedido si el barón de Charmey no le salvase del trance. El era el diablo que fascinó al paje en el camino de Evi; él instigó el robo de los documentos con los cuales había de arrebatar al malvado Montsalvens riquezas usurpadas; él constriñe al conde para que perdone al mancebo y en cambio le otorgará una renta vitalicia; él, en fin, restituye á Arnoldo (que es su hermano, fruto de una secreta falta de su madre) la fortuna de que Montsalvens le despojara; y al cabo, bajo su patrocinio ambicionado, celébrase el matrimonio del paje y de Ida Kéller.

Una frase rápida y sobria caracteriza á la leyenda ésta, que en el corto espacio de cincuenta y seis páginas reune muchas notables situaciones; y el color local que luce en los diálogos y en las descripciones de la frescura encantadora.

El cacique de Turmequé es obra de más complicado argumento. Pasa la acción en Nueva Granada á fines del siglo XVI. Para poner coto á los escándalos de la magistratura en aquel reino, envió Felipe II como visitador ó juez de residencia al jurisconsulto Monzón, antiguo magistrado de la Audiencia de Lima. Su rectitud le captó muchos enemigos, entre los cuales se hizo temible el funesto fiscal D. Alonso de Orozco, sobre todo desde que, cediendo á las lágrimas de la fiscala, trasladó á Turmequé á un capitán cuya coqueta mujer, la encantadora Estrella, sostenía relaciones adulterinas con el marido de la querellante. Por cierto que aquel disimulado destierro fué motivo de complicaciones, pues la *incomparable capitana*, voluble y antojadiza, trasladó su criminal cariño al cacique de Tur-

mequé, apuesto mancebo mestizo de famosa bizarría, con quien tuvo un encuentro su rival Orozco, que salió del lance gravemente herido; por lo cual quiso vengarse con alevosía miserable corriendo la voz de que se tramaba una insurrección de indios á cuyo frente estaba el nuevo y más afortunado amante de Estrella. Aprovecháronse engañosos indicios, prendieron al cacique y condenáronle á muerte. Huyó de la cárcel por el ardid de Roldán, servidor de Monzón, cuyo corazón generoso quiso librar á la inocente víctima de la implacable cólera que le perseguía; y burlada de tal modo la venganza de Orozco, dirigióse entonces con más saña contra el mismo Monzón, que por declaración comprada de un criado suyo, fué encausado como cómplice y encubridor de la fuga del reo, y hubiera sido envenenado si los regidores y el alto clero no pidiesen seguridades para la vida del ilustre preso. Fueron noticias de estos escándalos á España, envió el monarca nuevo visitador á Santa Fe de Bogotá, y puesta la verdad en su punto, restituyó la libertad á Monzón y á los complicados en el fingido alzamiento, remitiendo á la patria presos á Orozco y Zorrilla. Entretanto el capitán averiguó las infidelidades de la esposa y la hizo morir envenenada. Despertáronse las sospechas y formáronle causa criminal; pero la suavidad de la justicia en el período que inició el nuevo visitador, pronto dió auto de sobreseimiento en ella, y el marido ultrajado voló á España para tomar venganza de Orozco y del cacique, que antes también había atravesado los mares en su fuga. No se vengó, sin embargo, pues el fiscal estaba loco, y el descendiente de príncipes indios harto castigado con servir en las caballerizas reales por un mezquino salario, más

bien que servicio, agravio de la munificencia de Felipe II.

Lo que nos extraña en esta obra es la elección del título, pues mejor podría llamarse *Estrella* ó bien *Alonso de Orozco*, porque una y otro tienen más participación en el curso que toman los acontecimientos, y porque la autora ha dado de hecho á sus caracteres más relieve que al del cacique Diego de Torres, cuya alma, cuya fisonomía moral debe escasos rasgos al pincel que trazó las otras dos.

Prescindiendo de esto, que tiene poca importancia, es de las lecturas más interesantes y entretenidas, cuyos múltiples enredos ocultan la resolución del nudo largo tiempo. Es una prueba más del tacto con que la Avellaneda aprovechaba los materiales de crónicas antiguas, dándoles vida, calor y movimiento bajo la magia de su prestigioso estilo.

La ondina del lago azul y *La montaña maldita* son dos leyendas elogiadas por el marqués de Valmar; la primera por su lujo de idealismo fantasmagórico, la segunda por la provechosa y severa enseñanza que encierra la catástrofe acaecida en la mansión de placer de un hijo ingrato, como providencial castigo de su perversidad.—Dentro de la modesta significación de su género, merecen el elogio; y aun por nuestra parte libraríamos á la primera de la censura que se le dirige por descubrir á su final el secreto de las escenas fantásticas del lago, pues aunque dar la clave de la ilusión sea disiparla, parece preferible que el lector se entere de que no eran hadas ni seres sobrenaturales los que halagaban á Gabriel y le infundían su romántico amor, sino una coqueta de París y sus burlonas sirvientas, que se divertían en sus excursiones cam-

pestres con la candidez y credulidad de los rústicos moradores de las montañas; porque aunque equivalga, como arguye el marqués de Valmar, á romper el juguete de cuerda para conocer el móvil que lo impulsa, aconsejamos este costoso experimento antes que permitir al niño una eterna y vergonzosa ignorancia de las leyes mecánicas; y dejando la metáfora, mejor es escarmentar con el desengaño que ofrece la leyenda y aprender que es un tormento terrible alimentar insaciables ansias infinitas y dar esperanzas á los irrealizables ensueños de la fantasía, que hacerse inútil, como el desdichado Gabriel, para cumplir los deberes humanos que tiene cada individuo dentro de su esfera, á lo que puede agregarse, para mayor abundamiento, que el ejemplo de los cuentos fantásticos de Hoffmann no ha de erigirse en único modelo de donde se derive precepto invulnerable, porque en tal caso las iras del crítico debían volverse contra el inmortal Cervantes, por haber descubierto en las aventuras del molino, del rebaño y del mesón el secreto de los desvaríos del pundonoroso caballero andante.

Sobre las restantes obritas del tomo nada particular hay que decir. Por su sencillez y su brevedad no tienen importancia, y fuera prolijidad enojosa descender hasta ellas. Baste apuntar que la denominada *Una anécdota de la vida de Cortés* es un trozo de *Guatimozin*, bello, interesante, patético, lleno de pasión y rico en colorido, único que la autora quiso conservar de una novela que no pudo rehacer conforme á sus deseos, aunque tan benévolamente fué acogida en su primera aparición.

LA VIDA Y LA OBRA DE MITJANS

POR

MANUEL DE LA CRUZ

I

El joven y laborioso escritor que acaba de morir, gloria de la nueva generación, es un ejemplo de lo que puede la energía moral, que domina y vence las iniquidades ciegas y fatales de la naturaleza; de cuánto puede realizar en el arte y en la vida social un espíritu serio, reflexivo, dotado de la virtud de la perseverancia, en el lapso más breve, sin pasar de las fronteras de la juventud; de cómo, en fin, el vencido inexorablemente en su lucha por la existencia, puede rebelarse contra su suerte y ceñirse el lauro de la victoria cuando parecía condenado á llorar su derrota irreparable. Obrero modesto de la regeneración de su patria, llevaba en su espíritu la chispa de aquellos varones que supieron mantenerse erguidos entre la muchedumbre arrodillada, puros en medio de la general concupiscencia. Cubano nacido en esta era de desfa-

llecimiento y de resignación, en este momento de disolución positiva, de desaliento profundo, en que parece se avecina como una expiación el éxodo de toda la tribu, supo sobreponerse á las influencias del medio, rechazar el contagio y seguir serenamente las huellas de los próceres, convencido de que habría de caer postrado al emprender la jornada, de que tal vez pasaría olvidado y obscuro, sin oir una voz de aliento, sin recoger la recompensa de sus afanes y desvelos.

Aurelio Mitjans nació en la Habana. hizo sus primeros estudios en el Real Colegio de Belén, residió en España breve tiempo y obtuvo en nuestra Universidad el grado de licenciado en Leyes, como coronamiento de una vida escolar que sus condiscípulos citan como modelo. Antes de cumplir la edad de veinticinco años dió á la luz las siguientes producciones: *Estudios Literarios* (colección de Memorias premiadas en varios certámenes), un volumen de 267 páginas; *Estudio sobre Lope de Vega* (Memoria premiada); *Luaces y Heredia* (paralelo), en la *Revista Cubana; Mis prisiones, Fornaris, Pablo Bourget, Trato social del negro libre,* artículos publicados en este semanario (1). Algunos de estos artículos, con el estudio completo sobre Lope de Vega, y su trabajo inédito y laureado *Caracteres de la poesía lírica hispano-americana*, debían formar un volumen con el rubro de *Nuevos Estudios Literarios.* Proyectaba, además, publicar un pequeño volumen de *Odas* y otro de *Poesías amatorias.* El artículo *Pablo Bourget* era el primero de una serie que proyectaba sobre los modernos crí-

(1) *La Habana Elegante.*

ticos franceses, proyecto que abandonó después de esbozar un estudio sobre Taine y otro sobre Hennequin. Terminó, y se conserva inédito, el primer tomo de una historia crítica sobre movimiento intelectual en Cuba, y los primeros capítulos del tomo II de la misma. Acaso sea ésta la más original y valiosa de sus labores, que siempre sorprenderán por el calibre y la cantidad, habiendo muerto su autor á los veintiséis años de edad. A los veinte años se manifestó la terrible enfermedad que lo ató al poste del dolor, convirtiendo á su excelente madre y á su amorosa compañera en incomparables hermanas de caridad, consagradas por entero á aliviar sus dolencias, á dorarle y perfumarle la cuesta escabrosa de su calvario. Su etapa de martirio fué su etapa de creador intelectual, que vamos á bosquejar.

II

La falta absoluta de relación y correspondencia entre su ser físico y su ser moral, había creado en Mitjans dos entidades contradictorias, algo así como el alma tempestuosa de un tribuno hospedada en un cadáver andante. El hombre real era un espíritu expansivo, batallador, enamorado de las justas de la dialéctica, verdadero temperamento de polemista, intrépido, severo, independiente. La inveterada y tenaz dolencia que lo llevó al sepulcro, contrarrestando sus naturales impulsos, constriñéndolo á aceptar como instrumento de expresión la palabra escrita, cuando

su conformación lo arrastraba á los empeños de la tribuna, propendía á hacer más enérgicas las genuinas manifestaciones del hombre real. En la lucha sorda y terrible entre su complexión física y su complexión moral se templó y depuró la energía indomable de su espíritu, como si estuviese desligado de las influencias de la ruin y mísera carne. Pudo Mitjans, por lógicas y naturalísimas determinaciones, haber sido un sarcástico implacable ó un pesimista gemebundo y sombrío ó trágico y maldiciente, y no sólo militó con fervorosa decisión en las filas de los optimistas, sino que combatió con ardor, con verbo arrebatado de propagandista, toda doctrina ó tendencia que infiltrara el desaliento ó el sosiego enervador. Por su optimismo rifoso acaso fué demasiado lejos en sus observaciones y distingos á los *Ensayos de Psicología Contemporánea* de Pablo Bourget, tal vez porque veía en los matices esfumados del diletantismo algo vago, flotante, indeciso, que pugnaba con la firmeza de sus convicciones y con el temple de su alma, forjada para combatir sin tregua, sin preocuparse poco ni mucho del éxito próximo ó remoto, de las delicias del triunfo ni de los dolores de la derrota. Su estilo sobrio, castizo, limpio de galas, transparente, tiene el ímpetu y la vibración del período oratorio. A veces hemos hecho la imaginación que la Memoria elaborada en la calma y soledad del gabinete fué oración tumultuaria que resonó bajo las bóvedas de algún liceo, entre aplausos, rumores y protestas. No es que su estilo adolezca de las epilepsias del énfasis y la declamación; es que su prosa, cauce por donde desbordan todas sus facultades, sobre la exposición natural, clara, sencilla, deja caer, como ráfagas que sacuden y rizan la corriente

cristalina y serena, el grito de guerra del dialéctico fogoso, el canto de gloria del hombre nuevo que entona el himno del porvenir, salpicado á trechos, como de suaves y perdidos tonos, de rasgos de exquisita y refinada ironía, porque su estilo está como diluído su temperamento, toda su savia, todo el nervosismo de sus viriles y generosos ensueños.

Su optimismo fué el trofeo de una lucha tremenda, la corona aureola de su largo é inenarrable martirio. A los veinte años hizo presa en su débil organismo la horrible carcoma de la tisis, que fué apagando su voz hasta que llegó al más completo afonismo, quebrantando sus fuerzas hasta reducirlo á un estado vecino de la inacción, limitándole el panorama de la vida y estrechándole la liza en que desenvolvía sus prolíficas facultades. Poco á poco fué habituándose á la idea de la muerte; en los últimos años tenía perfecta conciencia del próximo é inevitable desenlace de su existencia. Se resignó al silencio, ahogó su verbosidad, tascó el freno sin ira, sin revelar su angustia ni su desesperación; si alguna vez se olvidaba del inexorable mandato de su sino, muy pronto un golpe de tos, los síntomas de la asfixia, le hacían volver á la obediencia. Reaccionó, sin embargo, desplegando sus energías mentales; ya que no podía ceñirse la toga de apóstol de la Justicia, que en sus hombros hubiera sido manto de romano y no sayal de rábula, convirtió su habitación en celda de benedictino, se consagró al cultivo de las letras, á estudiar y acrecentar el patrimonio de la literatura cubana como juez y como creador, sin el calor del estímulo positivo, sin más voces de aliento que el eco de su propio entusiasmo, de su irrevocable y segura vocación. No levantó la pluma sino pocos

días antes de su muerte, cuando empezaban á envolverlo las tinieblas de la nada; cuando—según me escribía con invencible melancolía - leía mecánicamente, sin provecho alguno, y la ideas huían de su cerebro agotado, más que por el excesivo trabajo, porque lo había esterilizado la enfermedad.

III

Fué Aurelio Mitjans discípulo indirecto del crítico más ilustre de la España moderna: de Manuel de la Revilla. El método analítico, estrictamente literario, que no toma en consideración, ó le concede, si acaso le concede, alguna pequeña importancia á los tres factores primordiales; el espíritu moderno en porfiada, ardorosa y meritísima campaña, con añejas preocupaciones y errores seculares; la doctrina literaria limitada á la teoria del arte por el arte, pero sin negar el acceso al elemento trascendente; los conceptos derivados y los secundarios; las tendencias, hasta la estructura misma del estilo, son perfectamente idénticos en el crítico español y en su discípulo, el malogrado crítico cubano. Fué el cubano que, sin perder su carácter de autóctono, representó mejor la tendencia modernista de la literatura española.

El acopio de pruebas, la abundancia de argumentos que se han señalado en su procedimiento crítico como préstamos funestos que hacía el abogado al literato, corresponden de derecho al dominio propio de la crítica, y responden á una de sus cualidades predominantes: la honradez literaria. La opinión de sus coetáneos

había discernido á Milanés el diploma de gran poeta. Antes de Mitjans, más de un escritor de la nueva generación había llamado á juicio á los autores de la apoteosis, clavándolos en la picota del ridículo, degradando al bardo matancero al papel de poetastro por simple decreto anotado en un artículo ergotista á manera de *ukase*. Viene Mitjans á la palestra, instruye el juicio de residencia, examina todas las producciones del taciturno autor de *El conde Alarcos*, aduce pruebas, las confronta, las verifica, hace de fiscal y de defensor á la vez antes de emitir el juicio definitivo, la sentencia, dando á la posteridad la medida del mérito real del popularísimo bardo. El auditorio del crítico ha seguido paso á paso las fases de dos procesos paralelos: la del proceso vario y complejo que el crítico ha incoado al poeta, la del otro proceso puramente psíquico que se ha desarrollado en la mente del disector. Podrá el auditorio rechazar ó aceptar la sentencia, pero no podrá menos de aplaudir y de admirar el esfuerzo laborioso, la sinceridad profunda, la independencia cabal, el desinterés superior con que exhibe los materiales de que ha hecho uso para fabricar sus conclusiones, sin bastardos apasionamientos ni predilecciones injustificables. Crítico tan severo consigo mismo, y tan deferente y respetuoso con la opinión ajena, analista de primera fuerza, sutil y habilísimo, que manejaba la síntesis con acierto y desembarazo, dotado de extraordinario poder de asimilación, que había disciplinado severamente sus facultades, poseyendo todo lo que constituye un verdadero literato, no podía permanecer largo tiempo bajo la tutela de Revilla, y, como el maestro en sus postrimerías, empezó á buscar un guía entre los maestros de la crítica contemporánea. Re-

villa empezó naturalizándose súbdito de Kant, y acabó aproximándose á Bain. Mitjans, alejándose de Revilla, halló en Emilio Faguet la personificación de una crítica ideal, y en sus últimos trabajos discutía, con preocupación profunda, el método más adecuado, hasta qué punto era útil y asequible el método de Taine, como si sus nuevas adquisiciones hubieran causado una revolución en sus ideas y buscara senderos desconocidos para orientarse.

La serena justicia fué el rasgo moral distintivo de su crítica, como el equilibrio entre el análisis y la síntesis, la correspondencia entre los juicios de detalle y la concepción general, el rasgo característico de su intelecto, según se manifiesta en la joya de sus *Estudios*, en la *Memoria* sobre la eminente poetisa camagüeyana Gertrudis Gómez de Avellaneda. El estudio de la obra de Mitjans revela una personalidad vigorosa, con fisonomía propia, que llevaba en el germen los elementos que constituyen las personalidades superiores. De todas sus lucubraciones se exhala un aroma de cortesanía y severidad que acrece el deleite de su lectura, donde el espíritu más refinado no hallará una sola aspereza ni una nota discordante. Sus bríos de polemista, el entusiasmo reposado del optimista, el nervio y calor con que mantiene sus convicciones, predisponen el ánimo en su favor y casi nos sentimos contagiados, subyugados por su energía, por su fe robusta. Fortifica y alienta sin ser un moralizante ni un catequista. Aplaudimos al literato y admiramos al ser moral que se refleja entero y sin sombras en todas sus labores. Vino al estadio como pocos, después de borrar las huellas de los trabajos de tanteo, diestro en el manejo del idioma, con sus conocimientos funda-

mentales sistemáticamente organizados, con un credo literario perfectamente definido, con un caudal de ideas propias, con un propósito y una bandera.

IV

Hemos dicho que Mitjans, sin perder su carácter autóctono, era el cubano que mejor representaba la tendencia modernista de la literatura española, señalando la evolución que se iniciaba en sus doctrinas en los últimos días de su vida intelectual. La primitiva representación se completaba con su fervor de autonomista espontáneo, sectario, antes de que la doctrina cristalizase en programas políticos, de los que aprendieron á rechazar los procedimientos de fuerza en la lógica demoledora de José Antonio Saco. Su labor de aliado independiente casi pasó por alto para aquellos cuya causa defendió con su peculiar gallardía. Nada más lógico que esta simpatía política que pone de relieve una vez más la armonía que reinaba en su espíritu. Sin embargo, Mitjans no vivía arrobado en las esferas purísimas del arte; desterrado de la candente arena, seguía desde su retiro las peripecias de la lucha política, viviendo desde lejos la vida nerviosa, calenturienta y extenuadora de la legión batalladora. Su fe en la realización de la sabia utopía se fué debilitando poco á poco, empezó á sentir en su pecho generoso, abierto á las pasiones que depuran y elevan, el amor al excelso pasado del pueblo cubano, el culto á nuestras glorias del tiempo heroico; y él, poeta fino y retórico

supo encontrar el estro del bardo y la estrofa vibrante y encendida para ensalzar y propagar la veneración á los hombres del sacrificio estupendo. Para realizar esta evolución adoptó el anónimo, que cuidó de no revelar mientras vivió, porque imaginaba que no era su lira la llamada á iniciar un nuevo ciclo en la poesía cubana, y más aún, porque creía que un hombre como él, anulado para todo empeño, no debía ostensiblemente entonar alabanzas á los actores de nuestra tragedia revolucionaria. A nadie, ni aun á sus amigos más intimos, reveló los motivos que determinaron su movimiento de avance, ni el secreto del anónimo que por algún tiempo cautivó la curiosidad de nuestro público. Cuando contemplaba su túmido cadáver á la luz de los cirios que daban á su rostro y á sus manos la blancura casi transparente de la hostia, triste y desalentado por su temprana muerte y el ejemplo sombríamente elocuente de su vida, uno de sus familiares murmuró á mi oído: "El que yace ahí fué el poeta que firmaba sus poesías patrióticas con el seudónimo de *El Camagüeyano*."

V

Aurelio Mitjans merece un lauro póstumo: el de heraldo de los poetas de la Revolución. Nadie podrá disputarle esa palma de oro. Desde Heredia hasta Zenea van generaciones de precursores; desde Zenea hasta Palma va la estirpe de los poetas revolucionarios. Varona queda en la zona media, participa del carácter de unos y otros; Mitjans es el primero que inicia la poesía

que ha de eternizar la grandiosa epopeya. Proyectaba reunir sus producciones en el género, en un volumen titulado *Recuerdos del tiempo heroico.* En las columnas de este semanario (1), única publicación en que las dió á la estampa, publicó las siguentes: *El héroe obscuro, La Piamontesa, La última carta, A Milán, A la Patria, La rosa marchita;* deja inéditas una elegía *A Ignacio Agremonte,* una oda *Al Camagüey,* un pequeño poema, *La vuelta del amante,* y una sátira que tituló *Recuerdos.* La más gallarda de estas poesías es, sin disputa, *La última carta.* Las siguientes estrofas de la carta que escribe la novia de temple espartano á su amado el capitán camagüeyano, son realmente admirables:

Luego pienso arrogante que si un día
por mí deja su lábaro el soldado,
ahogando mi dolor le mostraría
su penoso deber, que es más sagrado.

Que no quiero que el mísero egoísmo
del amor que en mi pecho por ti arde,
corrompa en deshonor tu patriotismo
y me arroje á los brazos un cobarde.

Y envanecida en mi congoja quedo
cuando, midiendo el sacrificio obscuro,
aprendo que, aunque débil, también puedo
á la patria servir, como lo juro.

Sube audaz por la senda de la gloria,
sin ver mi corazón hecho pedazos,
y después de la plácida victoria
vendrás á reposar entre mis brazos.

---

(1) Alude á *La Habana Elegante.*

Y en la fiesta nupcial, entrelazadas,
brillarán, para envidia de donceles,
mis flores de azahares perfumadas
y tus verdes coronas de laureles.

Mas... ¡ay! que vanamente fortalezco
mi espíritu en la fiebre tormentosa.
Una duda me asalta y desfallezco.
¿Volverás de tu empresa generosa?

No quiero ni pensarlo... Dios te guíe.
Si tornas vencedor, Él sea bendito.
Si la muerte del héroe te sonríe...
¿para qué blasfemar? Estaba escrito.

El poeta erótico y el poeta objetivo no igualan al poeta patriótico. Sus correctas y brillantes odas *Al Progreso, A la Elocuencia, A Francia,* y todas sus poesías amatorias ó descriptivas, con rasgos de elevada inspiración, realizando verdaderos esfuerzos de arte, no superan la corta pero selecta labor del poeta civil. Los cantos del poeta de la Revolución fueron las últimas notas de su lira. La musa épica, que era la mejor que se compadecía con el temple de su espíritu, vino á depositar su ósculo de fuego en la lívida frente del artista cuando empezaban las sombras del crepúsculo de su vida á nublar su inteligencia y su horizonte siempre monótono y brumoso.

VI

Tal fué el joven animoso que acaba de morir, tal fué su vida excepcional y fecunda desinteresadamente consagrada á todo lo que ennoblece y dignifica. Fué un

mártir por la intensidad del sufrimiento y la estoica resignación, un vencedor por la fuerza de su espíritu y el esfuerzo de su poderoso talento. En otro país hubiera sido el ídolo de su generación; entre nosotros pasó como un desconocido: la sombra inmensa y obscura del montón de nulidades en pie sobre los pedesales que les ha erigido la eterna imbecilidad humana no dejó brillar su pálida aureola de... escogido.

¡Pobre amigo mío! ¡Qué frío de desaliento estremeció nuestras almas cuando te dejamos solo en la silenciosa ciudad de los muertos!

Entonces nos pareció más negro y pavoroso el porvenir, más grande la responsabilidad aceptada, más inexpugnable la fortaleza que intentamos derribar.

La luz del sol, que se hundía en el mar entre nubes de oro, besaba los penachos de los pinos y los remates de los suntuosos monumentos de mármol, como alumbrando en la gran necrópolis la imagen de la gratitud de los hombres que en vida erizan de abrojos ó abandonan en la penosa vía al amigo ó al hermano, y luego levantan sobre su huesa atrevido y soberbio mausoleo, como póstumo homenaje, como pomposo testimonio de desagravio. El mejor monumento que podríamos erigirte tus contemporáneos, el más digno de tu memoria, sería la publicación de tu obra, mausoleo de luz y de amor, que haría más profunda nuestra resignación y nos estimularía á seguir impávidos en la penosa labor, convirtiendo como tú nuestros sollozos y nuestros ayes en himnos de triunfo.

Manuel de la CRUZ

La Habana, 1889.

INDICE

Páginas.

CAPÍTULO II

LAS LETRAS Y LAS CIENCIAS

LIBRO SEGUNDO

Segunda época.

(PRIMER PERÍODO, 1790-1820)

CAPÍTULO PRIMERO

LA ENSEÑANZA

CAPÍTULO II

LA PROSA

Páginas.

CAPÍTULO II

MOVIMIENTO LITERARIO

CAPÍTULO III

LA POESÍA LÍRICA

CAPÍTULO IV

LA POESÍA LÍRICA

(Continuación.)

Páginas.

CAPÍTULO V

LA POESÍA LÍRICA

(Conclusión.)

CAPÍTULO VI

LA POESÍA DRAMÁTICA

CAPÍTULO VII

OTROS GÉNEROS POÉTICOS

Páginas.

LIBRO CUARTO

Segunda época.

TERCER PERÍODO (1842-1868)

CAPÍTULO PRIMERO

LA POESÍA LÍRICA

CAPÍTULO II

LA POESÍA LÍRICA

(Continuación.)

CAPÍTULO III

LA POESÍA LÍRICA

(Continuación.)

CAPÍTULO IV

LA POESÍA DRAMÁTICA

CAPÍTULO V

LA POESÍA DRAMÁTICA

(Continuación.)

CAPÍTULO VI

LA POESÍA DRAMÁTICA

(Conclusión.)

Páginas.

CAPÍTULO VII

OTROS GÉNEROS POÉTICOS

CAPÍTULO VIII

LA NOVELA

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE HISTORIA COLONIAL DE AMERICA

Maestre Juan de Ocampo: *La Gran Florida* (descubrimiento).

F. Salcedo y Ordóñez: *Los chiapas* (Ríos de la Plata y Paraguay).

Diego Albéniz de la Cerrada: *Los desiertos de Achaguas* (Llanos de Venezuela).

Maestre Juan de Ocampo: *Los caciques heroicos: Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy.*

Fray Nemesio de la Concepción Zapata: *Los caciques heroicos: Nicaroguán.*

Maestre Juan de Ocampo: *Nueva Umbria: Conquista y Colonización de este reino en 1518.*

Mateo Montalvo de Jarama: *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas (1656).*

3,50 cada vol.

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

(EXTRANJEROS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—SOREN KIERKEGAARD: *Prosas.*
Con análisis de Kierkegaard por el profesor danés Harald Hoffding y un estudio crítico del mismo por H. Delacroix.
Traducción de Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).—Precio: 3,50 pesetas.

II.—ENRIQUE HEINE: *El Cancionero.* (Das Buch der Lieder.) *Intermezzo lírico. Baladas. El regreso...*
Traducción de Juan Antonio Pérez Bonalde.
Con un comentario sobre Heine por Josué Carducci.—Precio: 3,50 pesetas.

III.—EÇA DE QUEIROS: *París.*
Traducción y prólogo de A. González-Blanco (obra inédita en castellano).—Precio: 4 ptas.

IV.—EUGENIO DE CASTRO: *Belkis.*
Traducción de Luis Berisso.

V.—JOSUÉ CARDUCCI: *La vida es sueño, Don Quijote y otros ensayos...* Traducción y prólogo de J. Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—4 ptas.

VI.—LAFCADIO HEARN: *Fantasmas de la China y del Japón.*
Traducción de Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).—Precio: 4 pesetas.

VII.—EDGARDO A. POE: *Cuentos de lo arabesco y lo grotesco.*
Traducción y prólogo de R. Lasso de la Vega (obra inédita en castellano).—4 ptas

VIII.—GIOVANNI PAPINI: *El crepúsculo de los filósofos.*
Traducción y prólogo de José Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—4 pesetas.

IX.—SAINTE-BEUVE: *La mujer y el amor en la literatura francesa del siglo XVII.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

